Compilado por GONZALO TORNÉ

BREVE ANTOLOGÍA
de las entradas más significativas
del magno proyecto de

LA ENCICLOPEDIA

QUE DIRIGIERON
Diderot y D'Alembert
y que fue uno de los hitos de
LA ILUSTRACIÓN

Prólogo de FERNANDO SAVATER

DEBATE

Compilado por GONZALO TORNÉ

BREVE ANTOLOGÍA
de las entradas más significativas
del magno proyecto de

LA ENCICLOPEDIA

QUE DIRIGIERON

Diderot y D'Alembert

y que fue uno de los hitos de

LA ILUSTRACIÓN

Prólogo de FERNANDO SAVATER

ENCYCLOPÉDIE,

OU

DICTIONNAIRE RAISONNÉ DES SCIENCES,

DES ARTS ET DES MÉTIERS,

PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. *DIDEROT*, de l'Académie Royale des Sciences & des Belles-Lettres de Prusse ; & quant à la PARTIE MATHÉMATIQUE, par M. *D'ALEMBERT*, de l'Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, & de la Société Royale de Londres.

Tantùm series juncturaque pollet,
Tantùm de medio sumptis accedit honoris ! HORAT.

TOME PREMIER.

A PARIS,

Chez { BRIASSON, *rue Saint Jacques, à la Science.*
DAVID l'aîné, *rue Saint Jacques, à la Plume d'or.*
LE BRETON, Imprimeur ordinaire du Roy, *rue de la Harpe.*
DURAND, *rue Saint Jacques, à Saint Landry, & au Griffon.*

M. DCC. LI.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY.

ANNEXE DE LA BIBLIOTHÈQUE
LIBRARY ANNEX

Compilado por GONZALO TORNÉ

BREVE ANTOLOGÍA
de las entradas más significativas
del magno proyecto de

LA ENCICLOPEDIA

QUE DIRIGIERON
Diderot y D'Alembert
y que fue uno de los hitos de
LA ILUSTRACIÓN

Prólogo de FERNANDO SAVATER

DEBATE

Dessiné par C. N.s Cochin fils Chev.r de l'ordre du Roi de l'Acad.e R.le de Peinture 1764.

Gravé par B. L. Prevost Graveur de L.L. M.M. Imp.rs a Rom. 1774.

FRONTISPICE DE L'ENCYCLOPEDIE.

Prólogo,
de FERNANDO SAVATER

> Esta obra producirá seguramente con el tiempo una revolución en los espíritus, y espero que los tiranos, los opresores, los fanáticos y los intolerantes no ganarán. Habremos servido a la humanidad.
>
> DENIS DIDEROT,
> «Carta a Sophie Volland»,
> 26 de septiembre de 1762

Cuentan que en cierta ocasión el malhumorado escritor escocés Thomas Carlyle, autor de una relevante historia de la Revolución francesa, discutía con una dama sobre la influencia que las obras de los pensadores de las luces tuvieron en los acontecimientos revolucionarios. La señora no estaba nada convencida de que hubiesen desempeñado un papel determinante: lo que habían escrito los *philosophes* era estrafalario o ininteligible, nada que pudiera cambiar la forma de pensar de la gente común y corriente. Exasperado, Carlyle señaló con amplio gesto los veintiocho tomos de la *Enciclopedia* que ocupaban la estantería de la habitación: «¿Ve usted esos libros, señora mía? ¡Pues la segunda edición de cada uno de ellos se encuadernó con la piel de los que se habían reído de la primera!». Sin duda este exabrupto es una hipérbole efectista, pero no carece de un fondo de verdad. Los pesados y caros tomos de la *Enciclopedia* no fueron desde luego una lectura popular (Voltaire escribió su *Diccionario filosófico* para hacer más ampliamente accesible su contenido militante) pero constituyeron algo así como

un banderín de enganche ideológico para los descontentos con el Antiguo Régimen. Como otras obras revolucionarias de calibre semejante (*El origen de las especies*, *El capital*, *Mein Kampf*...), ejercieron una influencia subversiva sin necesidad siquiera de ser leídas, por su simple existencia. La *Enciclopedia* fue un símbolo, el estandarte de una forma de pensar distinta a la tradicional, la leva de la veda para desacreditar los dogmas más acrisolados, el final del respeto. Su simple presencia transmitía un mensaje intelectual y también político: por eso madame de Pompadour, culta e intrigante, quiso que Boucher la retratase acompañada de los inconfundibles tomos malfamados...

Esta obra revolucionaria no fue escrita por revolucionarios tal como hoy los entendemos. La compusieron hombres (no había ninguna mujer, ya digo que solo querían trastocar el orden de las cosas hasta cierto punto) sosegados y eruditos, que nunca se propusieron derrocar la monarquía ni expropiar a los ricos. Todos ellos pertenecían al Tercer Estado, es decir, a la burguesía y a las clases populares urbanas, aunque había algún miembro de la baja nobleza infiltrado entre ellos. Los miembros del Tercer Estado reunían a todas las clases realmente productivas de Francia, pero carecían de derechos. En cambio, la nobleza, cada vez más anquilosada y suspicaz en sus privilegios feudales, los poseía todos. Los mecanismos del Estado, el Ejército, la Justicia, la Iglesia, todos estaban en manos de la aristocracia. Para ocupar cualquier puesto destacado en esas instituciones hacía falta haber nacido en la familia adecuada. Ejemplo: en 1789, ninguno de los 143 obispos de Francia había nacido fuera de la nobleza. Los cargos no se otorgaban según la competencia sino según la alcurnia. Por otra parte, el país guardaba otra herencia nefasta del feudalismo: las ciudades y las provincias conservaban sus privilegios ancestrales y sus normas peculiares de derecho consuetudinario que convirtieron a Francia en un auténtico rompecabezas de leyes regionales, disposiciones particulares, excepciones y circunscripciones diversas en lo jurídico y lo económico. El modelo de monarquía absolutista en el Antiguo

Régimen en realidad ni siquiera había conseguido la auténtica unidad nacional ni en lo político ni en lo económico. Sobre todo en este último plano, la incoherencia administrativa exasperaba a la clase burguesa, comerciante y profesional: las corporaciones, los reglamentos provinciales, la tasas y gabelas, los mil controles puntuales, a menudo incoherentes unos con otros, desesperaban a los emprendedores de nuevo cuño que se veían sometidos a pautas económicas medievales. Una de las reivindicaciones fundamentales de la *Enciclopedia* es la libertad económica y el fin de cuanto la obstaculiza. Los enciclopedistas no se proponen derrocar el orden vigente ni deponer la monarquía, sino refundarlo todo basándolo en principios racionales, no de linaje o de fortuna familiar. La tradición, el «siempre se ha hecho así» y las leyendas fundacionales deben dejar paso al «espíritu geométrico», a los méritos del estudio y a la competencia profesional.

El enemigo de los enciclopedistas no es, queda dicho, la monarquía, sobre todo si los reyes se ilustran y sustituyen la corte basada en la nobleza de cuna por otra cimentada en los conocimientos y la prosperidad que proviene de los buenos negocios, lo que luego se llamó «despotismo ilustrado». Ni muchos menos quieren acabar con las clases sociales y convertir al pueblo llano en dueño del país. No, el adversario de los enciclopedistas (en la medida que comparten un espíritu común) es el conjunto de supersticiones, dogmas, injerencias sobrenaturales en lo legal y lo político, que perpetúan lo irracional en la sociedad y bloquean el avance del afán racionalista y materialista que impulsa el progreso científico. En una palabra como en cien, su enemigo auténtico y constante es la Iglesia católica. Pero no es un rival pequeño, porque la Iglesia está defendida en Francia por leyes que castigan la impiedad y la blasfemia (v. gr., no descubrirse al paso del Santísimo Sacramento estaba penado con la muerte). De modo que los ataques contra ella deben ser encubiertos, por vías disimuladas, utilizando la ironía y la paradoja. Así veremos que, con frecuencia, las entradas más anticatólicas y anticlericales de la obra

corresponden a términos aparentemente inocentes, en las cuales viaja el mensaje prohibido, mientras que aquellas que designan los grandes temas teológicos son tranquilizadoras (e hipócritamente) convencionales. Estos procedimientos no avergüenzan a los enciclopedistas, dado que luchan en territorio hostil: D'Alembert señala que esta especie de «guerra sorda» es lo más conveniente cuando se habita en «las vastas regiones en que el error domina». El fortín intelectual de la Iglesia es la filosofía escolástica que, como su nombre indica, monopoliza todos los niveles de la enseñanza. De modo que lo más implacable de la batalla que mantiene la *Enciclopedia* será contra esta ideología, contra sus contenidos y también contra su método lógico antiempírico, resaltando con habilidad las contradicciones que encierra y ridiculizando sin misericordia sus conclusiones. Cuando hoy sonreímos ante estos ataques entre bromas y veras, apenas podemos intuir los peligros muy reales y materiales que implicaban tales procedimientos.

Visto en retrospectiva, la serie de dificultades y contratiempos que sufrió la composición y edición de la *Enciclopedia, o Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*, parece casi imposible de superar. Las peligrosas ínfulas más o menos disimuladas de lo que en principio no iba a ser más que una traducción al francés de una inocua obra inglesa de ambiciones mucho más modestas, la *Cyclopaedia* de Chambers, no pasaron desapercibidas y enseguida le granjearon enemigos. Puso de acuerdo a adversarios encarnizados, pues fue atacada tanto por los jesuitas en el *Journal de Trévoux* como por los jansenistas en *Nouvelles ecclésiastiques*; fue censurada por la Sorbona, «suprimida» por el Consejo del rey, objeto de burlas por parte de los grupúsculos literarios. Más tarde fue condenada por el Parlamento y por el Papa, uno de sus directores —el timorato D'Alembert— abandonó el puente de mando a mitad de la travesía, el propio editor ejerció como censor y la mutiló, varios de sus tomos fueron secuestrados, Diderot encarcelado, etcétera. No importa, salió adelante, coronó su tarea. Contó con apoyos que ya indicaban que los tiempos estaban cambiando: por ejemplo, sus fieles

suscriptores diseminados por toda Europa, que la mantuvieron pecuniariamente a pesar de retrasos y sobresaltos; el señor de Malesherbes, encargado por el rey de fiscalizar la obra, que apoyaba bajo manga cuanto podía a sus autores; los redactores siguieron trabajando sin desmayo (y con frecuencia sin cobrar), aunque sus nombres casi heroicos son, salvando algunas excepciones (Voltaire, D'Holbach, Rousseau), bastante desconocidos del gran público: el caballero de Jaucourt, el abate Mallet, el marqués de Saint-Lambert, el gramático Dumarsais, el médico Barthez, el biólogo Daubenton, el geógrafo La Condamine, el crítico literario Marmontel... Y sobre todo y por encima de todos, Denis Diderot. La *Enciclopedia* fue una gran obra colectiva, sin duda, pero salió adelante por el empeño obstinado, la capacidad de trabajo y el coraje indomable de un solo hombre, Diderot. Si no lo hubiera logrado, todos tendríamos razones para excusarle y disculpar su fracaso, pretendido por tantos. Pero es mucho más hermoso consignar su triunfo, casi inverosímil y a la larga mucho más revolucionario de lo que él mismo nunca soñó.

Nota a la edición,
de GONZALO TORNÉ

Diderot encarcelado y con una prohibición expresa de publicar filosofía en vida, Voltaire en el exilio, Rousseau gestando las polémicas que lo llevarían a marginarse (¡y a sufrir un intento de lapidación!), D'Holbach sin la menor esperanza de publicar sus ideas más queridas con su propio nombre (lo hubiese perdido todo)... Las circunstancias eran deplorables pero los enciclopedistas franceses lograron publicar en veinte años setenta y dos mil entradas.

Tal ingente cantidad de material obliga a quien emprende la tarea de traducir este empeño de difusión de todos los saberes de la época (auténtica encarnación, o encuadernación si se prefiere, del espíritu ilustrado, tan interesado en aumentar el área luminosa del conocimiento como de llevar esas luces a tantas casas como fuese posible, por humildes que fueran) a una antología, y casi con mayor urgencia a establecer un criterio de selección.

Aunque la *Enciclopedia* se publicó con las entradas dispuestas en orden alfabético, tanto Diderot como D'Alembert se preocuparon mucho de organizar todo el contenido en un árbol de conocimiento, un esquema libremente basado en las reflexiones y observaciones de Francis Bacon, a quien D'Alembert admiraba casi sin medida. En cierto sentido, pretendían enmendar el relativo desaguisado inicial con algo de coherencia retrospectiva: al publicarse el primer tomo ni el uno ni el otro tenían idea de las entradas que aparecerían en el segundo, lo que convierte a la *Enciclopedia* en la experiencia más prolongada de *work in progress* (traducción prestigiosa de «a trancas y barrancas») de la que tenemos noticia.

Con estos antecedentes parece lógico (o al menos coherente) que la posteridad (tanto la francesa como la internacional) se haya inclinado por las antologías «temáticas»: breves compendios sobre lo que los enciclopedistas dijeron acerca del arte, la política o la caza. Y, sin embargo, por razonable (y aconsejable) que sea este criterio... no es el que hemos seguido en este volumen, pues hemos preferido seleccionar las mejores entradas escritas por los nombres más relevantes que aparecen de las cuatro decenas de autores acreditados.

A primera vista este criterio desmiente un tanto la idea de una labor colectiva y parece imponer un rasgo romántico a la selección, un culto a la personalidad. Pero conviene aquí tener presente que los enciclopedistas jamás tuvieron reuniones (ni un triste *brainstorming*) y que la mayoría de las entradas fueron escritas en soledad y apenas editadas por Diderot o D'Alembert. Y tampoco podemos eludir que si todavía hoy acudimos a este almanaque de sabiduría dieciochesca y no a cualquier otro diccionario histórico se debe a las fantásticas resonancias que emiten los nombres de sus escritores principales: Voltaire, Diderot, D'Alembert, Rousseau, D'Holbach...

Creemos que esta selección tiene tres ventajas sobre el criterio temático: ofrece en un mismo volumen las entradas mejor escritas y que disfrutan de una inteligencia más penetrante, sean del ámbito que sean; presenta al lector una muestra bastante amplia de la enorme extensión de intereses que trataron sus autores de iluminar (y que, como se aprecia tras una rápida ojeada al índice de entradas, rebasa las preocupaciones filosóficas o políticas recurrentes para abordar asuntos como la cerveza, el chocolate, los bosques sagrados, los volcanes o los entrañables centauros); y permite recoger (pese a las diferencias evidentes de cada estilo) un espíritu común que, amparados en la autoridad de Kant, nos permitimos llamar «espíritu de la Ilustración». Las entradas están antecedidas por el célebre y traducidísimo «Discurso preliminar» de D'Alembert y desembocan en el «Prefacio al último tomo de la

Enciclopedia», un texto delicioso y apenas traducido con el que Diderot ajusta cuentas, reparte agradecimientos y echa el cierre de la función. La criatura flanqueada por sus padres, algo así.

Conviene también advertir que algunos de estos textos han sido extractados. Seguimos aquí una costumbre muy juiciosa entre los traductores anglosajones y alemanes, y que han adoptado también algunas ediciones francesas. Teniendo en mente un lector interesado y culto pero no fervorosamente especializado, el antólogo se ve en el brete de rechazar una entrada relevante porque es excesivamente prolija en datos que han perdido un tanto el interés o cuyo «exceso» de páginas amenaza con desestabilizar la armonía del conjunto. Convencidos de que el espíritu es superior a la letra hemos optado por no privar al lector de estas entradas, sometiéndolas a una leve intervención para extirparles contenidos desfasados, reiterativos o inconducentes.

Volvamos un momento a un asunto apuntado unas líneas antes: ¿en qué consiste el espíritu de la Ilustración? Aunque ese es un fruto que cada lector deberá recoger con sus propias manos al final del libro, ya opte por leerlo de corrido o picoteando en las entradas que más atraigan su atención, podemos ofrecer aquí cierta tentativa de respuesta: se trataría de un espíritu capaz de discutirlo todo, bien pertrechado para pensar de nuevo la realidad y sus materias, y poco dispuesto a transigir una vez alcanzado el convencimiento de estar en lo cierto. O, si se prefiere, abierto a discutir cualquier cosa, y convencido (por usar un título de Voltaire) de la necesidad de «tomar partido» por aquello en lo que su razón (y no su interés, superstición o privilegio) cree.

De ser así, todas las épocas y todos los presentes podrían ser juzgados por este espíritu ilustrado: basta con apreciar dónde nos oponemos a discutir algo porque hemos heredado esa creencia, y dónde cedemos pese a saber que estamos en lo cierto por una malentendida (y pusilánime) tolerancia para calcular cuán lejos estamos del espíritu que anima la escritura de esta *Enciclopedia*.

LA ENCICLOPEDIA

Discurso

PRELIMINAR,

de D'ALEMBERT

I

Como su nombre indica, la *Enciclopedia* que ahora presentamos a los lectores es obra de una sociedad de hombres de letras. Solo el hecho de pertenecer a ella nos priva de señalar que todos los participantes son conocidos y celebrados, y dignos de ambos estados. Pero que no se nos acuse de anticipar un juicio que corresponde a los eruditos; tan solo queremos manifestar, con el ánimo de que nada pueda oponerse a la satisfacción de esta empresa, que en ningún momento hemos cometido la temeridad de soportar más peso del que éramos capaces, y que el trabajo de los editores ha consistido fundamentalmente en ordenar los materiales que se nos han suministrado. Si hubiésemos tenido la precaución de señalar esto de antemano nos hubiéramos evitado la pregunta recurrente de los letrados: ¿cómo dos hombres solos pudieron abordar todas las ciencias y todas las artes? Para impedir que esta objeción se reproduzca, nos proponemos destruirla desde las primeras líneas de este texto.

Dos propósitos alberga la obra que ahora arranca (y que tanto deseamos ver concluida): en su calidad de *Enciclopedia* debería exponer hasta donde sea posible el orden y la relación entre los

distintos conocimientos humanos; en su calidad de *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios* debería exponer los principios generales en los que se basan todas las ciencias y las artes, sea cual sea su sustancia, y los menores detalles que las constituyen. El plan y las partes de este discurso preliminar están determinados por esta doble perspectiva: la de *Enciclopedia* y la de *Diccionario razonado*.

Basta con reflexionar un poco sobre la relación entre las diversas investigaciones para reparar en las contribuciones mutuas entre ciencias y artes, y el estrecho vínculo que las une. Pero si ya es bastante difícil reducir cada ciencia o arte a una serie de normas, todavía más complicada se presenta la tarea de capturar en un sistema unitario las infinitamente variadas ramas de las ciencias humanas.

El primer paso que tenemos que dar en esa dirección pasa por examinar la genealogía y el parentesco de nuestros saberes, las causas que les dieron origen y los aspectos por los que se distinguen. Dicho de otra manera: debemos remontarnos a la ontogénesis de nuestras ideas. Una empresa así, con independencia de las ventajas que nos reportará en el momento de clasificar las distintas ciencias, no podía pasarse por alto en un diccionario razonado del conocimiento.

Todos nuestros conocimientos pueden dividirse en dos clases: directos y reflexivos. Los directos son aquellos que alcanzamos de manera inmediata sin que medie la intervención de la voluntad. Nuestra alma es tan receptiva a estas impresiones que entran en ella sin esfuerzo, sin encontrar la menor resistencia. Los conocimientos reflexivos son aquellos que el entendimiento alcanza después de combinar y unir los directos.

Nuestros conocimientos directos provienen siempre de los sentidos, de manera que podemos concluir que todas nuestras ideas parten de las sensaciones. Este principio deriva de los primeros filósofos y durante años la escolástica lo ha tratado como un axioma tan solo porque era un principio antiguo, el mismo motivo por el que

han defendido con devoción las cualidades ocultas. Cuando la filosofía renació empezó a otorgarle a esta «verdad» el mismo trato que a otras opiniones absurdas, de las que en puridad se hubiese tenido que separar. El auténtico motivo de su destierro fue su proximidad con otros errores, que es uno de los mayores obstáculos para reconocer la verdad. Esta noción fue reemplazada por la de las ideas innatas, un sistema que impresionó a los contemporáneos por su novedad y que ha seducido a muchos pensadores. Reinó durante mucho tiempo y aún conserva numerosos seguidores, prueba de lo mucho que le cuesta a la verdad recuperar su trono cuando ha sido depuesta por sofisterías y prejuicios. Solo desde hace bien poco se ha reconocido que los antiguos tenían razón, y debo decir que este no es el único aspecto en el que empezamos a volver a pensar como ellos.

¿Qué puede ser menos discutible que la existencia de nuestras sensaciones? Para demostrar que son la base de todo nuestro conocimiento basta con señalar lo que son capaces de hacer, pues preferimos que cualquier buena exposición filosófica se sostenga sobre hechos al alcance de cualquier observador que en hipótesis y especulaciones por ingeniosas que sean. ¿Qué ventaja encontraríamos en demostrar que disponemos de nociones puramente intelectuales si para formarlas nos basta con reflexionar sobre los datos que nos suministran nuestras sensaciones? La explicación que sigue demostrará que estás nociones intelectuales no tienen otro origen que nuestros sentidos.

La existencia es lo primero que nos muestran nuestras sensaciones, tanto es así que cuesta diferenciar entre sensaciones y existencia. De ahí se deduce que nuestras primeras ideas reflexivas deben fermentar en nosotros mismos, esto es: sobre la sustancia pensante que constituye nuestra naturaleza y que no podemos distinguir de nosotros mismos. La segunda cosa que conocemos gracias a nuestros sentidos es la presencia de objetos exteriores, entre los cuales incluyo el propio cuerpo, puesto que descubrimos su materialidad antes de que hayamos descubierto la voz que piensa en

nuestro interior. La cantidad innumerable de objetos que percibimos produce un efecto tan enérgico y continuo sobre nosotros que tras una primera fase en que nuestras ideas reflexionan sobre nuestro ser nos vemos inducidos a salir del ensimismamiento en el que quedaríamos atrapados si no contásemos con su presencia. La múltiple variedad de estas sensaciones, la coherencia de su testimonio, los matices que apreciamos en ellas, las emociones inesperadas que nos provocan... todo contribuye a convencernos de la existencia cierta de los objetos de los que procede esa marea de sensaciones, pues los consideramos su origen. Muchos filósofos han creído que estas inclinaciones eran obras de un Ser Superior y las han convertido en el principal argumento, acaso el más convincente, de la existencia de esos objetos. Pues al no existir una relación probada entre el objeto y las diversas sensaciones que puede ocasionar, no parece fácil encontrar racionalmente el puente que nos lleva de una a otra. Nos confiamos más a una suerte de instinto que a la razón para superar la distancia, y se trata de un instinto tan vivo que debemos convenir sin la menor vacilación que la causa de nuestras sensaciones está fuera de nosotros.

El pensamiento se acomoda así a la idea de que esas causas tienen una existencia natural, y nos invita a no imitar a esos filósofos, de los que se burla Montaigne, que en el trance de indagar sobre el origen de las acciones humanas se preguntan si existen los hombres. Incluso los escépticos se rinden ante esta verdad cuando no están en vena de discutir, así que no la cubramos de nieblas artificiales. Dejemos que los metafísicos discurran sobre estos principios y los desarrollen. Es a ellos a quienes les incumbe estudiar la fuerza que impulsa a nuestra alma cuando da el primer paso, y la tensión que experimenta entre la llamada de numerosas percepciones que la empujan hacia objetos exteriores y esa naturaleza suya, que no parece pertenecer más que a sí misma, y que la circunscribe al pequeño espacio que no es capaz de traspasar.

Lo que nos lleva a examinar qué objetos externos pueden sernos útiles o nocivos es la necesidad de proteger nuestro propio cuerpo

del dolor, y en última instancia de la destrucción: ese es el motivo por el que buscamos el contacto con unos y tratamos de evitar a los otros. Al poco tiempo de empezar a familiarizarnos con el conjunto de objetos exteriores nos encontramos con un considerable grupo de seres que se asemejan a nosotros: su forma es parecida a la nuestra y a primera vista disfrutan de una capacidad perceptiva idéntica. Estos indicios nos empujan a pensar que tienen las mismas necesidades que nosotros y el mismo interés en satisfacerlas, de manera que supondrá una notable ventaja unirnos a ellos para descubrir qué partes de la naturaleza pueden beneficiarnos y cuáles perjudicarnos. La comunicación de estos descubrimientos constituye el principio operativo de esta asociación, que requiere la invención de las palabras: así se originaron las sociedades y nacieron las lenguas.

Las relaciones que se establecen entre los hombres para alcanzar un mutuo beneficio suponen un ensanchamiento casi inmediato de nuestras ideas: disfrutamos así de otras muchas que jamás hubiéramos alcanzado por nosotros mismos, sin ayuda. Es tarea de los filósofos juzgar si este intercambio recíproco de conocimiento, unido a los parecidos que observamos entre nuestras sensaciones y las que experimentan nuestros semejantes, contribuyen a reforzar la certeza casi invencible de que los objetos que topan contra nuestros sentidos existen de manera efectiva. Me circunscribo a mi tema y afirmo que el placer y las ventajas que encontramos en estas relaciones, cuando comunicamos nuestras propias ideas a los demás, o cuando incorporamos las suyas a las nuestras, nos induce a estrechar paulatinamente los vínculos sociales, con el propósito de que sean cada vez más útiles para todos. Los problemas aparecen en la medida que cada miembro de la sociedad pretende incrementar tanto como le sea posible las ventajas que extrae del conjunto, y entra así a competir con el resto de miembros que persiguen lo mismo, pues no todos alcanzan igual beneficio, aunque todos tengan derecho a beneficiarse. Casi de inmediato este derecho legítimo queda desfigurado por la ley del más fuerte, cuya

propagación nos confunde con los animales, y a la que sin embargo es tan difícil no recurrir. La fuerza que la naturaleza concede a algunos hombres con el propósito de que la usen para apoyar y proteger a los débiles termina siendo el origen de la opresión. Cuanto más violenta es la opresión, más impaciencia genera en quienes la soportan, con más claridad ven que hay algo antinatural en su sometimiento. Aquí nace la noción de injusticia, y también del bien y del mal moral, cuyo origen ha desvelado a tantos filósofos y cuyas nociones resuenan en la voz de la naturaleza, que habla en el interior de todo ser humano aunque viva en el pueblo más salvaje del planeta.

De aquí se originan también las primeras leyes de los hombres encaminadas a reducir la opresión, cuando no a suprimirla. Solo así los males que padecemos por culpa de la injusticia de nuestros semejantes permiten alcanzar el conocimiento reflexivo de las virtudes que se le oponen, un conocimiento de valor incalculable que quizá nos hubiéramos perdido de haberse asentado la sociedad en una unión y en una igualdad perfectas. Gracias a las recién adquiridas nociones de justicia y de injusticia, que permiten discernir la naturaleza moral de las acciones, podemos examinar de manera natural cómo es esa sustancia que piensa y desea. Ni siquiera es necesario profundizar excesivamente en la naturaleza de nuestro cuerpo (ni en las ideas que hemos elaborado sobre él) para darnos cuenta de que no lo podemos confundir con la sustancia con la que pensamos, pues las cualidades que descubrimos en la materia no pueden ser más ajenas al deseo y al pensamiento: en consecuencia, lo que llamamos «nosotros» solo puede estar formado por dos principios de naturaleza bien distinta, pero que actúan tan unidos que el movimiento de uno y el afecto del otro se relacionan en una mutua servidumbre que ni con cien años de esfuerzos seríamos capaces de alterar. Esta interdependencia es ajena a nuestra voluntad, de manera que nos empuja a conjeturar la existencia de un Ser Omnipotente responsable de que seamos como somos y que exige nuestra devoción: para reconocer su existencia no necesitamos

otra cosa que los sentimientos que encontramos en nuestro interior, sin necesidad de recurrir al testimonio universal que nos ofrecen el resto de hombres.

Queda pues probado que las nociones intelectuales del vicio y la virtud, la necesidad de que existan leyes, la espiritualidad del alma, la existencia de Dios y la obediencia que le debemos, es decir, las verdades más indispensables y urgentes, se deducen de nuestras sensaciones.

Todas estas verdades gratifican la parte más noble de nuestro de ser, pero las necesidades de nuestro cuerpo, que se multiplican sin descanso, enseguida vuelven para reclamar nuestra atención. Para conservar el cuerpo es imprescindible prevenir los males que lo amenazan o atajar los que ya ha contraído. Disponemos de dos métodos para triunfar en esta empresa: lo que descubrimos por nuestros propios medios y lo que aprendemos de los demás hombres. De estas necesidades nacieron, en primer lugar, la agricultura y la medicina, y después el resto de disciplinas imprescindibles para nuestra conservación. Estos conocimientos primitivos son la fuente de todo cuanto hemos llegado a conocer después, incluidos los que parecen muy distantes a primera vista.

Los primeros hombres, al compartir sus luces y sus esfuerzos, lograron en relativamente poco tiempo descubrir una serie de conocimientos veraces sobre el cuerpo. Necesitados de saberes prácticos, prescindieron de cualquier especulación ociosa y se entregaron a estudiar de manera independiente los distintos seres que la naturaleza les ofrecía, uno tras otro, clasificándolos según sus propiedades más evidentes y útiles. Es seguro que a esta clasificación la sucediera otra más compleja, pero siempre basada en la utilidad y en sus necesidades, referida a propiedades de inmediato menos sensibles: a la alteración y a la descomposición de los cuerpos, y qué ventajas pueden obtenerse de estos fenómenos.

Sea cual sea el camino que los hombres hayan recorrido para asegurarse su propia conservación, podemos dar por seguro que mientras escrutaban y experimentaban el amplio universo que los

envolvía se encontraron con obstáculos que ni con ímprobos esfuerzos lograban superar. Fue este momento en que el entendimiento aprendió a sacar partido de las reflexiones a las que es tan proclive, y así azuzado empezó a descubrir nuevas propiedades en los objetos. El hombre no tardó en descubrir que esta nueva senda no tenía límites, pues si la acumulación de un número considerable de conocimientos agradables pudiera consolarnos de perder una sola verdad útil al menos podríamos decir con algo de aplomo que el estudio de la naturaleza, incluso cuando nos niega lo necesario, nos sirve por lo menos para disfrutar; que lo superfluo sustituye, aunque de manera imperfecta, a lo que es necesario. Además, si ordenásemos nuestras pasiones y necesidades el placer aparecería en uno de los primeros puestos, y la curiosidad, lejos de ser un ocio vano, constituiría una necesidad para el hombre que siente inclinación a pensar, sobre todo cuando se siente inquieto, enfrentado a contrariedades que lo privan de sentirse satisfecho. Admitamos, por tanto, que el origen de un buen número de conocimientos agradables se encuentra en la tristeza que nos produce la impotencia de no poder alcanzar los más útiles. Y todavía hay otro motivo que nos empuja a este empeño: si bien la utilidad no es su fin, sí puede considerarse su pretexto. Basta con que en una ocasión hayamos descubierto una utilidad real a través de conocimientos fruto de la curiosidad para convencernos de que cualquier exploración de esta naturaleza puede resultarnos algún día provechosa. Este y no otro es el origen de los progresos que hemos hecho en esa amplísima ciencia que denominamos física (que supone el estudio de la naturaleza) y que podemos ya dividir en tantas ramas, entre las cuales se cuentan la agricultura y la medicina, que fueron sus impulsoras originales; y que aunque mantienen una jerarquía respetable han sido eclipsadas por otras.

Durante los exámenes a los que sometemos a la naturaleza un poco por curiosidad y un poco por necesidad descubrimos que los cuerpos disponen de un gran número de propiedades, y pese a que se manifiestan en el mismo sujeto parece conveniente estudiarlas

por separado. Gracias a esta delicada operación de nuestro pensamiento enseguida descubrimos propiedades que parecen comunes a todos los cuerpos, como el movimiento y el reposo. El estudio de estas cualidades nos permite descubrir enseguida, con ayuda de nuestros sentidos, otra propiedad que subyace tras las anteriores: la impenetrabilidad, que puede definirse como una clase de fuerza por la cual un cuerpo excluye a cualquier otro cuerpo del lugar donde se encuentra; de manera que dos cuerpos, por muy cerca que estén el uno del otro, nunca podrán ocupar un espacio menor que el que ocupaban por separado. La impenetrabilidad es también la facultad que nos permite distinguir los cuerpos de la porción de espacio indefinido donde parecen ubicados. Así es como nos lo inducen a creer nuestros sentidos, y si en este punto se engañan se trata de un error tan metafísico que no puede poner en peligro nuestra existencia ni nuestro discurrir, pues siendo esta nuestra manera natural de concebir, recaemos en él continuamente. Estamos casi obligados a considerar el espacio como el lugar de los cuerpos, y aunque el espacio no fuese real, seguiría siendo la única conjetura que admiten nuestros sentidos. Gracias a las partes de este espacio que se nos presentan como penetrables e inmóviles, alcanzamos una idea clara de qué puede ser el movimiento. El intelecto nos obliga así a distinguir entre dos clases de extensión: una impenetrable y la otra constituida por el espacio donde se sitúan los cuerpos. Así es como intuitivamente nos hemos acostumbrado a considerar la impenetrabilidad como independiente de la extensión.

Gracias a esta manera de imaginar el mundo entendemos los cuerpos como partes extensas del espacio provistas de figura. Pues la extensión en la que no reconociéramos figuras sería algo así como un cuadro lejano y oscuro en el que no distinguiríamos nada, y todo se nos escaparía. Precisamente son el color y la forma, dos propiedades inherentes a los cuerpos y que varían de uno a otro, las que nos permiten destacarlos del espacio de fondo; de hecho nos basta con una sola de estas propiedades para hacerlo. El intelecto prefiere reconocer los objetos por la forma antes que por el color,

aunque el motivo no esté claro: quizá porque la forma nos resulta más familiar (pues puede ser aprehendida tanto por la vista como por el tacto), o quizá porque sea más sencillo descubrir una forma sin color que un color sin la forma, o tal vez porque la forma tiene la cualidad de fijar con mayor precisión y facilidad las partes del espacio.

Aquí ya somos capaces de determinar tanto las propiedades de la extensión como de la forma. Nos encontramos en los dominios de la geometría, que en un primer momento, en aras de progresar con más facilidad en el conocimiento, limita la extensión a una dimensión, después a dos, y solo finalmente a las tres que constituyen la dimensión del cuerpo inteligible: una parte del espacio confinada en todo su perímetro por límites intelectuales.

La geometría, mediante una serie continua de operaciones y abstracciones intelectuales, despoja a la materia de la mayor parte de sus cualidades sensibles para considerar apenas su fantasma. Los frutos de estas investigaciones serán muy útiles en todo aquello que no requiera considerar la impenetrabilidad de los cuerpos, algo inevitable si pretendemos estudiar su movimiento en el plano espacial.

El estudio de la extensión implica un gran número de combinaciones posibles, para manejarlas con mayor facilidad mediante el cálculo y la relación entre las distintas partes del cuerpo geométrico. Esta ciencia deriva enseguida en la aritmética o ciencia de los números, que no es otra cosa que el intento de encontrar un modo abreviado de expresar las distintas relaciones. Las reglas de la aritmética responden a las distintas maneras de comparar las relaciones.

Sería muy extraño que en el proceso de reflexionar sobre estas reglas no reparásemos en ciertos principios o propiedades generales de las relaciones que pueden expresarse de manera universal, descubriendo así las diversas combinaciones posibles. Los resultados de estas combinaciones, al expresarse en una forma general, serán cálculos aritméticos representados en la expresión más simple y

breve que puedan admitir. La ciencia que designa así las relaciones se conoce como álgebra. Y como no podemos calcular sin números ni hay nada que podamos medir que no sea extenso (sin el espacio no podríamos medir con exactitud el tiempo), alcanzamos la rama principal de las ciencias naturales, que se conoce como ciencia de las magnitudes y que es el fundamento de todos los descubrimientos que podemos alcanzar sobre todo cuanto puede aumentar o disminuir.

Más allá de esta ciencia el estudio de las propiedades de la materia no puede llevarnos más lejos. Para avanzar más allá debemos abandonar el universo material. Este proceso nos muestra cómo progresa el intelecto en sus operaciones: primero analiza las percepciones hasta que es imposible avanzar en su segmentación; después vuelve sobre sus pasos: las recompone y va formando despacio y paulatinamente los seres que percibimos de manera inmediata y directa. Las abstracciones matemáticas nos facilitan el conocimiento, pero si no se ajustan a los objetos que se presentan de manera inmediata a nuestras sensaciones, que es el verdadero objetivo del estudio, son inútiles.

Este es el motivo por el que tras agotar el examen de las propiedades extensas por la vía de las especulaciones geométricas le devolvemos a los cuerpos físicos su impenetrabilidad, de la que lo habíamos despojado para avanzar en el estudio. A partir de este momento resulta imprescindible considerar la influencia recíproca entre los cuerpos; de ahí se derivan la mecánica y las leyes del equilibro y del movimiento.

Concentrados en el mundo corporal reparamos en la utilidad de la geometría y la mecánica para descubrir aspectos variados y profundos sobre las propiedades de los cuerpos. Así es como han nacido todas las ciencias fisicomatemáticas. Se suele poner a la cabeza de todas la astronomía, a la que se considera, después del estudio del hombre, como la más elevada y digna de todas las disciplinas por el espectáculo que nos ofrece. La astronomía ilumina la observación con el cálculo y viceversa, y logra determinar con una

precisión digna de aplauso las distancias más lejanas y los movimientos más complejos de los cuerpos celestes, al tiempo mismo que descubre qué fuerzas producen o alteran estos movimientos. No es exagerado decir que es la más sublime y confiable disciplina fruto de la acción combinada de la geometría y la mecánica, y que sus progresos suponen un monumento incontestable a las victorias del espíritu humano.

Los conocimientos matemáticos también pueden resultarnos muy útiles cuando examinamos los cuerpos terrestres. Todas las propiedades que hemos descubierto en ellos establecen relaciones más o menos sensibles para nosotros: conocerlas es casi siempre el único fruto al que puede tener acceso nuestro intelecto, y constituye la única finalidad que deberíamos proponernos. El camino para conocer la naturaleza no pasa por ensartar hipótesis vagas y arbitrarias, sino por el estudio de los fenómenos y las comparaciones que establecemos entre ellos. El conocimiento deriva del arte de reducir un gran número de fenómenos a uno solo que sea útil como principio de una ciencia. Cuanto más reducido es el número de principios de una ciencia más extenso puede ser su alcance, pues es mayor el número de objetos susceptibles de someterse a tal principio.

Pero también es un hecho que a medida que progresamos en el estudio encontramos objetos que se resisten a ser reducidos a nuestros principios, y sería muy injusto exigir a nuestros investigadores que los forzasen para adecuarlos a ellos. Pongamos un ejemplo: el imán es uno de los cuerpos que más se han estudiado, y aunque se han logrado numerosos avances algunas de sus propiedades siguen siendo demasiado singulares para ajustarse a principios comunes: la de atraer el hierro, la de orientarse hacia los polos (con unas leves variaciones que de tan regulares son más sorprendentes que si nos ofreciesen la dirección exacta) y la capacidad de inclinarse trazando un ángulo con la tierra. A causa del desconocimiento sobre las cualidades físicas de las propiedades del imán sería un logro memorable que un filósofo fuese capaz de

reducir este comportamiento a un único principio, algo de incalculable utilidad para el progreso de la física. Pero es esa misma dificultad la que nos sugiere que quizá un logro así esté más allá de nuestra capacidad. Este mismo argumento puede aplicarse a otros muchos fenómenos que tal vez pertenezcan al sistema general del mundo.

Cuando nos enfrentamos a investigaciones tan difíciles (y cuyo desvelamiento podría sernos tan útil) solo nos queda una vía fructífera: reunir la mayor cantidad de evidencia empírica posible, situar las observaciones en un orden que nos parezca natural y relacionarlas adecuadamente con lo que reconocemos como sus consecuencias. Si osamos elevarnos hacia especulaciones más audaces, que sea con la prudencia y la mesura que tanto conviene a una vista tan débil como la de la razón humana.

Este es el único método que podemos seguir cuando trabajamos en la vastísima área de conocimiento que conocemos como física general y experimental. A diferencia de los conocimientos fisicomatemáticos (que gracias a los cálculos matemáticos pueden deducir de una única observación un gran número de consecuencias) esta física supone un compendio razonado de observaciones y experiencias. En el mundo fisicomatemático una observación sobre las reflexiones de la luz origina la catóptrica (la ciencia que estudia las propiedades de los espejos); basta con un experimento certero sobre la refracción de la luz para que derivemos matemáticamente la teoría de los colores, la formación del arco iris o toda la dióptrica (la ciencia de las lentes cóncavas o convexas); de una sola observación sobre la presión de los fluidos hemos extraído nuestros conocimientos sobre las leyes del movimiento y del equilibrio de los cuerpos, y no se necesita más que un experimento en condiciones para deducir las leyes que rigen la caída sobre planos inclinados y los movimientos del péndulo.

Reconozco que en ocasiones los geómetras abusan de la aplicación del álgebra sobre la física. Cuando se encuentran sin las observaciones que les permitirían asentar sus cálculos sobre bases

sólidas, se permiten elaborar hipótesis que tal vez se acomoden a lo verosímil, pero que pueden estar muy lejos de lo que realmente podemos encontrar en la naturaleza. Se ha querido reducir el arte de curar a los cálculos, los médicos han tratado la complejísima maquinaria humana con el álgebra como si tratase de un mecano sencillo de descomponer. Es desalentador asistir a cómo estos hombres se desprenden de un plumazo de los problemas de hidráulica y de estática que los geómetras más importantes se han pasado estudiando casi una vida. Por lo que a nosotros respecta, recomiendo actuar de manera más prudente y modesta, limitándonos a considerar estos cálculos vagos e hipótesis indemostrables como una distracción intelectual a cuyos resultados la naturaleza no tiene por qué someterse. Y asumamos la siguiente conclusión: la única manera válida y verdadera de filosofar en física pasa por la aplicación del análisis matemático a la experiencia, por la observación del método a la luz del espíritu, apoyada en ocasiones por conjeturas que pueden servirnos como puntos de vista alternativos, pero prescindiendo de manera rigurosa de cualquier hipótesis arbitraria.

Puede resultar provechoso detenernos un tiempo aquí y observar el camino que acabamos de recorrer. Enseguida advertiremos la presencia de dos límites entre los cuales se encuentran concentrados casi todos los conocimientos sobre la naturaleza que nuestras luces son capaces de descubrir. Uno de estos límites coincide con nuestro punto de partida: la idea de nosotros mismos, de la que deriva la idea de un Ser Omnipotente y la de nuestros deberes y responsabilidades. El otro límite es el área de las matemáticas, cuya materia son la extensión y el tamaño, las propiedades generales de los cuerpos. Entre estas dos fronteras se abre un territorio inmenso con el que la Inteligencia Suprema parece burlarse de la curiosidad humana, pues está recorrido por bancos innumerables de nieblas, y aquí y allá se proyectan rayos de luz que parecen brillar solo para atraernos. El universo bien podría compararse con ciertas obras de oscuridad casi sublime cuyos autores, en un rapto, bajan a la altura

de la comprensión de sus lectores para persuadirlos de que lo están entendiendo casi todo. ¡Felices aquellos de entre nosotros que al transitar por este laberinto no pierden la orientación! Pues una vez extraviado el verdadero camino los relámpagos apenas servirían para alejarnos todavía más de él.

Hoy en día la humanidad está lejos de satisfacer todas sus necesidades; el número de conocimientos en los que podemos confiar sin dudarlo es todavía escaso. Nada menos que la propia naturaleza del hombre, uno de los saberes más indispensables, sigue siendo un misterio inescrutable para la inteligencia humana, y los genios más destacados de la historia, después de estudiar la materia durante años, apenas logran en los momentos más inspirados de sus luces saber un poco más que el resto de los hombres. Lo mismo puede decirse de nuestra vida futura, de la esencia que le debemos al Ser Superior y de la clase de culto que debería satisfacerlo.

Lo más importante y necesario para la humanidad sería una especie de religión revelada que nos instruyese sobre todos estos asuntos. Ahora mismo funciona como una especie de poderoso suplemento a nuestros conocimientos naturales, pero si bien nos muestra un área que de otra manera permanecería oculta, apenas se aplica sobre lo que es absolutamente imprescindible. Ante el resto, que uno calcula desmesurado, el ojo de la razón permanece cerrado, y por lo que parece nunca podremos abrirlo. Todo lo que nos ha suministrado la religión revelada son unos preceptos que tenemos que cumplir. En contraste podemos decir algo a favor de las luces: gracias a su empresa el pueblo está al corriente de conocimientos firmes y más provechosos que cuando vivían al amparo de las sectas filosóficas.

Las ciencias matemáticas constituyen el segundo límite, pero no debemos dejarnos intimidar por estas limitaciones. Las certezas que nos suministran las matemáticas se asientan sobre la sencillez de su objeto. Como están apoyadas en principios físicos (ya sean verdades empíricas o hipótesis), muchos de sus conocimientos no ofrecen otra certidumbre que la experiencia. Si somos precisos, las únicas ramas

que ofrecen conocimientos asegurados por la evidencia son aquellas que abordan el cálculo del tamaño y las propiedades de la extensión: el álgebra, la geometría y la mecánica. Y si atendemos a nuestras luces todavía descubrimos una especie de gradación sutil entre ellas. Cuanto más extenso sea el objeto que abarcan, cuanto más general y abstracto sea el abordaje, más claros serán sus principios; ese es el motivo por el que la geometría nos parece más sencilla que la mecánica, y ambas más sencillas que el álgebra. Nadie que haya estudiado estas ciencias desde la perspectiva del filósofo puede considerar esta afirmación como una paradoja: las nociones más abstractas y que parecen casi inalcanzables para la mayoría de los hombres son las que con frecuencia proyectan más luz sobre nuestro conocimiento. La oscuridad anega nuestras ideas a medida que estudiamos un objeto con más detalle y afloran más y más propiedades sensibles. La idea de la impenetrabilidad (sobre todo si está unida a la de la extensión) parece situarnos ante un nuevo misterio, y la naturaleza del movimiento constituye un enigma para los filósofos. En otras palabras: a medida que penetramos en la materia y descubrimos nuevas propiedades más se escapa o entenebrece la idea que teníamos de ella.

Como mínimo tenemos que reconocer que la inteligencia no ha quedado igual de satisfecha con todos los progresos que se han hecho en el campo de las matemáticas. Para demostrarlo debemos avanzar un poco más y dar cuenta de lo que hemos logrado. Basta con una mirada superficial para reparar en la enorme cantidad de descubrimientos matemáticos que hemos hecho. Son tan numerosos que parecen inagotables. Pero si los examinamos con mayor detenimiento y criterio filosófico enseguida reconocemos la pobreza de muchos de ellos. No me refiero a la inutilidad o a la arbitrariedad que guían a muchas de estas investigaciones, pues sería un argumento llamativo, pero débil. Me refiero a las escasas luces que propagan esas verdades. Al fin y al cabo, ¿qué son todos esos axiomas que tanto enorgullecen a los geómetras sino una serie de palabras repetidas en distintas combinaciones? ¿Sabe más quien

dice que dos y dos son cuatro que quien dice que dos y dos son dos y dos? La idea de todo y la idea de parte, como la idea de mayor y menor, ¿no son en propiedad distintos vislumbres de la misma idea, puesto que no se puede pensar en una sin que nos venga a las mientes la otra? Ya lo han señalado muchos filósofos: buena parte de nuestros errores proviene del mal uso de las palabras, y creo que muchos de los axiomas son fruto de abusar de ellas. Pero que nadie piense que estamos sancionando su empleo: sencillamente se trata de rebajar la euforia hacia su supuesto valor, con la ventaja de que así podremos limitarnos a emplear aquellas más sencillas y familiares, y las que se ajusten mejor al uso concreto que pretendemos darles. Estos argumentos son extensibles, con las precauciones lógicas, a los teoremas matemáticos. Si los examinásemos con frialdad descubriríamos que tan solo proclaman variaciones de una serie de verdades antiguas. Si analizamos con cuidado una serie de enunciados geométricos, veremos que se deducen los unos de los otros, y que cada uno de ellos amplía o modula uno anterior, de manera que las verdades que contienen, más que multiplicarse, se limitan a manifestarse con distintos ropajes. El esfuerzo de esta ciencia se parece al que haría alguien que tratase de actualizar una idea en un idioma que se altera sin cesar, de manera que el conjunto de sus afirmaciones respondería a momentos históricos distintos de la misma lengua. Si observásemos dos afirmaciones distanciadas en el tiempo podría parecernos que dicen cosas distintas, pero basta con reparar en la serie completa para darnos cuenta de que transmiten ambas la misma idea. Mi propuesta es considerar la cadena de verdades geométricas no tanto como un cofre lleno de joyas distintas, sino versiones más o menos complicadas y más o menos atinadas de la misma certeza, cuando no de la misma hipótesis. No niego la ventaja que supone disponer de estas distintas versiones, ya que nos permiten emplear variantes del mismo teorema que pueden ajustarse mejor a diversas circunstancias, pero conviene afirmar que el mérito de «traducir» una proposición matemática no alcanza al mérito de descubrir la

proposición original. El motivo de esta digresión es que reconozcamos la grandeza de los genios que lograron inventar una proposición seminal, fuente de otras muchas, pues solo a ellos debemos el verdadero incremento del conocimiento práctico que nos proporciona la geometría.

Algo parecido ocurre con todas las verdades físicas relativas a las propiedades de los cuerpos y sus relaciones. En conjunto, nos ofrecen un conocimiento único e integrado. Si con frecuencia separamos estas verdades como si estuviesen aisladas es por la intervención de nuestras luces, un efecto triste que refleja el estado de nuestra indigencia intelectual. En los cuerpos eléctricos se han descubierto muchas propiedades singulares que no sabemos cómo relacionar entre sí. Sabemos que atraen pequeños corpúsculos y que sacuden con violencia a los animales; pero estos dos conocimientos permaneces aislados, solo podríamos integrarlos si fuésemos capaces de remontarnos a una causa primera que de momento se nos escapa. Si alguien lograse abarcar el universo desde un único punto de vista descubriría un solo hecho y una sola verdad integrada.

Las distintas ramas del conocimiento de las que hemos hablado hasta el momento, fruto de la necesidad, no son las únicas que hemos cultivado. También hemos avanzado al mismo tiempo en otros campos. La principal ventaja que los hombres han encontrado en ampliar la esfera de su erudición partiendo del cuerpo (por sus esfuerzos individuales o colectivos) los indujo a pensar que sería muy beneficioso estudiar y sistematizar la manera como adquirimos conocimientos y los transmitimos. El nombre de esta disciplina es «lógica». La lógica nos enseña a disponer las ideas en el orden más natural y a formar con ellas cadenas que nos aproximen a la verdad, a descomponer en ideas simples las ideas complejas, a descubrir todas sus facetas y a aprestarlas de manera que sea más sencillo comunicarlas a los demás. Esta ciencia del saber se considera de manera muy justa la llave de todos nuestros saberes, aunque de ningún modo sea la primera que el hombre debe aprender. El arte de

la razón es un regalo que la naturaleza ha inoculado en toda inteligencia sana, de manera que los libros de lógica no son demasiado útiles y bien se puede pasar sin ellos. Se hicieron miles de razonamientos precisos mucho antes de que la lógica descubriese los principios de la argumentación y sistematizase la manera de discernir los buenos argumentos de los malos.

Este arte de situar las ideas en la disposición más conveniente para facilitar el paso de una a otra supone el mejor medio inventado para aproximar las imaginaciones de los hombres más distintos, en la medida que todo nuestro conocimiento se reduce a sensaciones, que no pueden diferir mucho de un individuo a otro y que el arte de combinar y relacionar ideas no añade un contenido suplementario, sino que tan solo esclarece su orden y vuelve más nítido su progreso. El hombre que combina ideas con facilidad no es muy distinto del que lo hace con gran dificultad; se parecen al individuo que juzga un cuadro de una sola ojeada y el que para captar el mismo cuadro necesita que alguien le ayude a observar las distintas partes. Tanto el uno como el otro han tenido las mismas sensaciones, pero sobre el segundo han resbalado sin dejar huella, y para llegar al estado en el que se encuentra el primero es imprescindible que se detenga y repare en las distintas partes. Lo que en uno es fruto de las ideas directas en el otro solo se alcanza tras un ejercicio reflexivo. Pero es justo reconocer que gracias a la lógica no existe ciencia o arte en el que no podamos instruir al entendimiento más limitado, porque hay pocos conocimientos o destrezas que no sean susceptibles de reducirse a nociones simples tan bien trenzadas que la mente apenas encuentra interrupciones. La lentitud o la velocidad de las operaciones del espíritu depende de la calidad de esta cadena de razonamientos, y la ventaja de los genios superiores estriba en que son capaces de formarlas a gran velocidad, sin apenas reparar en ello.

La lógica no solo se limita a poner orden entre las ideas, también nos enseña a exponer cada idea de la manera más clara posible y, en consecuencia, a pulir la forma de expresarla. Los hombres han

desarrollado estas capacidades poco a poco. Las lenguas nacieron sin duda con las sociedades, y es probable que en un primer momento no fuesen más que una colección extraña de signos heterogéneos. También es probable que los cuerpos naturales con los que se chocan nuestros sentidos hayan sido los primeros objetos designados con nombres. Pero hasta donde podemos vislumbrar estas lenguas primerizas, limitadas a la nominación de las cosas inmediatas, debían de ser imperfectas y sin excesivo cauce léxico, además de no respetar demasiados principios. Las artes y las ciencias que pueden considerarse absolutamente imprescindibles se desarrollaron de manera significativa mucho antes de que las reglas de la buena exposición y del estilo cuidado hubiesen nacido. El principal problema que ocasionaba la falta de buenas reglas para la exposición del pensamiento eran las numerosas trabas que dificultaban la transmisión de los descubrimientos, de manera que el investigador y el estudioso apenas contaban con sus propios esfuerzos, y era muy raro que pudiesen apoyarse en otros. Por contrapartida: la libre circulación de las ideas y de los conocimientos puede saturar el alma y atrofiarla antes de afrontar los estudios que solo pueden desarrollarse en soledad. Pensemos en los prodigios de los que son capaces los que nacen ciegos, sordos o mudos y podremos recrear la fuerza que tenía el entendimiento cuando solo podía avanzar aislado y en medio de dificultades.

En la medida que la facilidad para expresar y comprender ideas supone un beneficio incuestionable no puede sorprendernos que los hombres hayan intentado incrementar estas ventajas. Este es el motivo por el que empezaron a reducir las palabras a signos. A la generación de las palabras ha seguido sin duda el orden de las operaciones del intelecto: tras darle nombre a los individuos se debió de empezar a dar nombre a las cualidades sensibles que aparecen ligadas a estos, y tras un cierto esfuerzo se alcanzaron los términos abstractos que sirven para relacionar unas ideas con otras, designar las propiedades generales de los cuerpos o expresar nociones de índole intelectual. Estos conceptos abstractos son los últimos que

aprenden los niños y, sin duda, se tardó mucho en descubrirlos. Al reconocer las reglas que rigen el uso de las palabras se forma la gramática, que se entiende mejor como una rama de la lógica: una metafísica sutil y penetrante la ilumina, señala los matices de las ideas, nos enseña a distinguir y nombrar estos matices, nos proporciona reglas para usar todos los signos de la manera más conveniente y, gracias a su espíritu filosófico, es capaz de remontarse a los orígenes de cada elección.

La cronología y la geografía son los pilares de la ciencia: la primera sitúa a los hombres en el tiempo, la segunda los distribuye sobre el globo. Las dos extraen buena parte de sus contenidos de la historia del cielo y de la tierra o, dicho de otro modo, de las observaciones celestes y de los hechos históricos. Y si en un texto de esta índole estuviese permitido que los poetas nos prestasen su idioma, diríamos que la ciencia del tiempo y la del lugar son hijas privilegiadas de la astronomía y la historia.

Cuando estudiamos los imperios y las revoluciones enseguida disfrutamos de las ventajas intelectuales: aprendemos que las distintas familias de hombres (por llamarles así) han formado las distintas sociedades, cada una con su propio gobierno, sus propias leyes y sus propios símbolos. De ahí proviene el origen de las distintas leyes y lenguas, de ahí también nace la política, que puede entenderse como una exigencia de moral superior a la que la ética corriente no puede acomodarse sin un despliegue excesivo de sutileza, y que permite a aquel que domine sus saberes penetrar en las rendijas de los estados y descubrir qué se necesita para conservarlos, debilitarlos o, llegado el caso, destruirlos. Se trata de un estudio extremadamente difícil, pues exige un conocimiento exhaustivo de los hombres y los pueblos, sobre todo si el político no pretende desentenderse de la ley natural, que es previa a todos los contratos de los hombres y que debería ser la primera ley de todos los pueblos, pues infringirla supone abandonar la humanidad.

Hasta aquí las principales ramas del área del conocimiento humano que consiste en estudiar las impresiones directas que

recibimos de los sentidos, o en comparar y combinar estas ideas, una práctica que conocemos como filosofía. Estas ramas generales se subdividen en una multiplicidad casi infinita, cuya enumeración escapa a los propósitos de este texto, y que debe desarrollarse en el cuerpo mismo de la *Enciclopedia*.

La primera actividad de la reflexión pasa por relacionar las impresiones directas, por eso era imprescindible comenzar este discurso reflexionando sobre este aspecto y recorriendo las distintas ciencias que de él se derivan. Pero nuestro intelecto no se agota en la combinación de impresiones directas. Hay otra clase de conocimientos que se derivan de la reflexión y que ha llegado el momento de abordar. Se trata de las ideas que se manifiestan al pensar o al imaginar seres parecidos a los que se manifiestan de manera inmediata ante nuestros sentidos: se trata de la «imitación de la naturaleza», de la que con tanta admiración hablaron los antiguos.

Las nociones directas que arraigan con más fuerza en nuestra mente son aquellas que despiertan las impresiones más vívidas; estos son los primeros objetos que trataremos de imitar. Es cierto que los objetos agradables nos impresionan más en la realidad que copiados, pero lo que se pierde en la contemplación directa se gana por la gracia de la imitación. Cuando se trata de objetos que en la realidad provocan estados tristes de conciencia o temores resultan mucho más agradables de contemplar mediados por la imitación, pues quedan situados a una distancia en la que podemos saborear el placer de la emoción sin sufrir el menor desorden anímico. La imitación de la bella naturaleza tiene como propósito causar en nosotros emociones vivas y dulces, es un arte sobre el que muchos autores han escrito sin alcanzar una conclusión nítida e incontestable, quizá porque los límites que distinguen lo arbitrario de lo cierto en esta disciplina todavía no están bien establecidos y hay mucho terreno para que corretee libremente la opinión.

Las principales disciplinas que se basan en la imitación bien podrían ser la pintura y la escultura. El motivo: en ambas la

imitación se acerca muchísimo al modelo, y se dirige directamente a los sentidos. A esta dupla se le puede añadir la arquitectura, una disciplina que nació de la necesidad y que ha sido perfeccionada por el lujo, elevándose desde las cabañas hasta los palacios, de manera que el espíritu filosófico descubre en ella una máscara bellísima para cubrir nuestras necesidades supremas. La arquitectura no imita la bella naturaleza de una manera tan detallada e impresionante como la pintura y la escultura, que la reproducen sin restricciones, tal y como es: uniforme o variada. La arquitectura se inclina a imitarla combinando los distintos materiales que emplea.

Después de la pintura y de la escultura nos encontramos con la poesía, que para imitar se vale de palabras dispuestas de manera que su sonido transmite una melodía agradable para el oído. La poesía se dirige antes a la imaginación que a los sentidos: traslada a la mente una versión viva y sentida de los objetos que pueblan el universo y los dota de una fuerza, de un movimiento y de una calidez que más que pintarlos parece haberlos creado. La música ocupa el último lugar en el orden de la imitación, no tanto porque su manera de afectar al mismo tiempo a la imaginación y a los sentidos sea inferior a las anteriores, sino porque de momento se limita a muy pocos objetos; pero la causa no parece tanto su propia naturaleza como la comodidad y la falta de recursos de quienes la cultivan.

Quizá añadir aquí unas cuantas observaciones sobre este asunto no sea del todo baladí. Es probable que en sus orígenes la música no estuviese pensada más que para representar ruido, pero ha llegado paulatinamente a ser una especie de discurso capaz de transmitir una variada gama de sentimientos o, para ser más precisos, de pasiones. ¿Por qué limitarse a un juego reducido de pasiones y no extender el ámbito del idioma a todas las sensaciones? Si bien es cierto que las sensaciones que nos llegan por distintos órganos difieren entre sí aunque provengan del mismo objeto, no por eso debemos renunciar a compararlas por aquellos aspectos que tienen en común: por el placer o el desacuerdo que imprimen en nuestra

alma. Cualquier objeto que nos asusta (un ruido tremendo, un rostro terrible) se parece a cualquier otro objeto que nos asusta al menos en ese aspecto, de manera que admiten que los englobemos como sinónimos. No alcanzo a percibir el motivo por el que un músico que tuviese que imitar el miedo no fuese a encontrar en la naturaleza el sonido que nos induce a esa clase de emoción. El mismo argumento es válido para las emociones deleitosas. Oponerse a esta idea equivale a imponerle al arte unos límites excesivos y restringir de manera intolerable nuestro placer. Reconozco que la clase de imitación que espero de la música presupone un estudio sutil y profundo de todas nuestras sensaciones, y que de ninguna manera la empresa de encontrar estos matices puede ser cumplida con éxito por un espíritu ordinario. Será el hombre de genio quien los descubra, los experimentará el ciudadano con gusto y los comprenderá la persona inteligente, pero siempre se le escaparán a la masa. La música que no pinta es ruido, y de no ser por la costumbre no encontraríamos en ella más placer que en escuchar una serie de palabras bien sonantes, pero sin orden ni bien dispuestas. Y en cualquier caso, aunque es cierto que un músico con la ambición de pintarlo todo compondría cuadros sonoros cuyos placeres irremediablemente se le escaparían a un público vulgar, eso solo significa que tras desarrollar el arte de componer música debemos abordar el arte de enseñar a escucharla.

Aquí terminamos con la enumeración de las principales disciplinas que nos transmiten conocimientos. Si ahora las consideramos todas juntas y extraemos los principios que nos permiten discernirlas, enseguida nos daremos cuenta de que unas son eminentemente prácticas y tienen como objetivo ejecutar algo, mientras que otras abordan sus objetos de manera especulativa. La práctica y la especulación son los principios que nos permiten distinguir las ciencias de las artes, y si bien es así como se han dividido nuestros conocimientos, es justo reconocer que estamos lejos de alcanzar conclusiones definitivas. En ocasiones no sabemos bien qué nombre dar a los conocimientos en los que la especulación se da la mano

con la práctica, y apenas encontraremos una escuela donde no se discuta si la lógica es un arte o una ciencia. Quizá la mejor manera de solucionar el problema sería afirmar que es ambas cosas a la vez. ¡Cuántas complicaciones nos ahorraríamos si fuésemos capaces de fijar de una buena vez por todas el significado de las palabras, de manera clara y distinta!

Me avengo a llamar arte a cualquier sistema de conocimientos susceptible de ser reducido a reglas positivas, invariables e independientes de la opinión o de principios arbitrarios. Expresado así creo que muchas de nuestras ciencias orientadas a objetivos prácticos podrían considerarse arte. Pero de la misma manera que encontramos reglas propias para las operaciones que involucran la inteligencia o el alma, también las hay para las que involucran el cuerpo, aquellas que necesitan poco más que la mano para ser ejecutadas. De aquí proviene la taxativa distinción entre artes liberales y mecánicas, y también la superioridad que suele atribuirse a las primeras. Se trata de un prejuicio muy injusto. Pero todo prejuicio, por absurdo que nos pueda parecer, tenía una razón en su origen, y si bien la filosofía se muestra impotente para corregir sus abusos, puede por lo menos encontrar su fuente. En la medida que la fuerza física ha impedido que los hombres fuesen iguales, los débiles (siempre superiores en número) se han unido para reprimirla, y con el apoyo de las leyes y los gobiernos han impuesto una desigualdad cuyo criterio ya no es la fuerza física. Cuando esta desigualdad ha logrado afianzarse, los hombres, en público o en privado, no han renunciado nunca a conspirar contra ella porque el deseo de sobresalir y no ser relegados es algo que difícilmente puede sofocarse en cada uno de nosotros. Así es como los hombres han perseguido y han encontrado una compensación en una desigualdad menos arbitraria, y después de ver cómo la fuerza quedaba encadenada por las leyes, han perseguido distinguirse por la calidad de su espíritu. Este principio de desigualdad es tan natural como la fuerza, y tiene la nada desdeñable ventaja de resultar más útil a la sociedad. Así es como la parte más noble de nuestro ser ha

logrado vengarse de lo que el estrato más vil le había usurpado, y así ha sido como el espíritu ha logrado un reconocimiento superior al cuerpo. En la medida que las artes mecánicas dependen de operaciones manuales, la opinión pública, movida por una suerte de rutina, se ha dejado vencer por el prejuicio y las ha situado en la zona más baja del escalafón social. Las operaciones libres del espíritu, por el contrario, se consideran un premio para los favorecidos. Pero si bien es cierto que las artes liberales se consideran superiores a las mecánicas por ser más espirituales, las segundas procuran beneficios muy superiores a la mayoría. Su incuestionable autoridad es lo que ha obligado a reducirlas a operaciones reiterativas, sin gracia, para que pudieran ejercerlas el mayor número posible de hombres. Pero la misma sociedad que muestra su buen juicio respetando a los genios que la iluminan, no debería despreciar las manos que trabajan para ella. La construcción de una brújula es tan importante para el ser humano como las leyes físicas que permitirían explicar su comportamiento. Si consideramos el asunto exclusivamente desde la perspectiva de los principios, ¿no confirmaremos que también hay muchos sabios entre quienes se dedican a las artes mecánicas? ¿Y qué diferencia significativa encontramos entre una cabeza colmada de principios que no podemos aplicar y el instinto de un artesano reducido a la aplicación mecánica de sus habilidades?

Este desprecio por las artes mecánicas parece haber perjudicado a quienes aplicaron su talento en ellas: los inventores. Los nombres de estos individuos, que tanto bien han procurado al ser humano, son prácticamente desconocidos, mientras que los de quienes se han dedicado a la conquista y la destrucción están en boca de todos. Y es entre los artesanos donde debemos buscar los mejores ejemplos de la dimensión ingeniosa del entendimiento, y de su perseverancia. Reconozco que la mayoría de disciplinas se han desarrollado con lentitud, y que han tenido que pasar muchos siglos para que los relojes alcanzasen el grado de precisión actual. Pero ¿no sucede lo mismo con las ciencias? ¿Cuántos hombres inmortalizados por sus

descubrimientos no se apoyan en los trabajos acumulados por los siglos precedentes que han ido madurando la cuestión hasta el punto que a veces a nuestro gran hombre le vale con dar un pasito para coronarse? No abandonemos todavía la relojería: ¿por qué a los hombres a quienes debemos la espiral o el disparador no son tan celebrados como los que han logrado perfeccionar el álgebra? Si hemos de escuchar a algunos filósofos, a los pocos cuyo desprecio por lo manual no les ha impedido estudiar las disciplinas mecánicas, existen máquinas tan complicadas de ensamblar que es casi imposible que valga con un solo hombre para inventarlas. Y, sin embargo, alguien lo hizo. ¿No es algo de lamentar que su nombre se haya perdido, que no figure entre el escaso caudal de espíritus creativos que han abierto caminos nuevos para las ciencias?

Las artes liberales que han sido reducidas a principios y que se proponen imitar a la naturaleza se conocen como bellas artes, porque su finalidad es procurar placer. Pero no es su principal objetivo lo que las diferencia de manera inequívoca de otras artes liberales más útiles como la gramática, la lógica o la moral, sino más bien que estas últimas están regidas por principios fijos y bien delimitados que pueden ser transmitidos de un hombre a otro, mientras que la de las bellas artes es una historia de invención continua cuyas leyes solo brotan del genio. Las reglas escritas sobre las bellas artes apenas se refieren a su vertiente mecánica. Es como el telescopio: solo ayuda a ver a quienes saben dónde mirar.

De todo lo que hemos dicho hasta el momento se deduce que la primera estrategia para distinguir unos conocimientos de otros pasa por la manera en la que el entendimiento aborda los objetos y con qué meta. Pero sea como sea, todo nuestro conocimiento se dirige a satisfacer nuestros propósitos: sociales, de recreo, costumbres, necesidades o caprichos. Cuanto más difíciles son de satisfacer las necesidades más tarde logramos alcanzar los conocimientos. ¿En qué estado de progreso encontraríamos la medicina si en lugar de estar bajo el dominio de la especulación estuviese regida por principios tan exactos como los de la geometría? Pero también

existen otros criterios para definir nuestros conocimientos, que se derivan de la clase de juicio que nuestra alma hace sobre las ideas. Cada uno de estos juicios se designa con una de estas palabras: evidencia, certeza, probabilidad, sentimiento y gusto.

La evidencia se desprende de aquellas ideas que el intelecto puede percibir y relacionar sin esfuerzo; la certeza se desprende de aquellas cuya relación solo se descubre con el apoyo de cierto número de ideas intermedias, o si se prefiere: se trata de enunciados que solo podemos descubrir después de un rodeo más o menos largo, que si tenemos en cuenta la distinta calidad de los entendimientos quizá no sea evidente para todo el mundo. Si comparamos la «evidencia» con la «certeza» podríamos decir que la primera se desprende exclusivamente de las operaciones del entendimiento, mientras que la segunda la deducimos sobre todo de los objetos físicos; que con la primera trabajan la matemática y las especulaciones metafísicas, mientras que la segunda es propia de aquellas ciencias que confían en la observación constante de nuestros sentidos. Con la probabilidad entramos de lleno en el territorio de la historia, a cualquier especulación sobre el pasado, el presente y el futuro relativo a acontecimientos para los que no somos capaces de encontrar una causa segura, lo que nos obliga a recurrir a una suerte de azar. El segmento que se ocupa del pasado y del presente se basa en los testimonios, y es de notar que un testimonio bien articulado puede persuadirnos tanto como un axioma.

Encontramos sentimientos de dos clases. Uno de ellos se aplica a las verdades de la moral y se llama conciencia, se desprende de la ley natural y nos suministra todas nuestras ideas sobre el bien y el mal. No nos parece mal que se la llame «la evidencia del corazón», porque si bien llegamos a ella por una ruta muy distinta a la que nos permite alcanzar las evidencias del entendimiento, una vez nos alcanza puede llegar a dominarnos con la misma fuerza. El otro sentimiento se aplica sobre la imitación de la belleza natural y también a lo que llamamos bellezas de la expresión. Este

sentimiento nos permite percibir con admiración todos los paisajes sublimes, nos ayuda a descubrir las bellezas más sutiles y ocultas, y mediante él podemos desenmascarar y rechazar aquello que solo tiene apariencia de belleza. Es propio de esta clase de sentimiento formular juicios sin la menor intención de argumentarlos, porque la argumentación depende de aspectos que no son fáciles de concebir y mucho más difíciles de transmitir. De esta clase de sentimiento provienen el gusto y el genio: este lo debemos a la operación creativa del sentimiento, aquel surge de la decisión de ese mismo sentimiento de juzgar.

Después de las explicaciones que hemos ofrecido sobre las diferentes ramas de nuestros conocimientos y sobre los rasgos propios que nos permiten reconocerlos, ya solo nos queda trazar un árbol genealógico o enciclopédico que nos permita observarlos desde un único punto de vista que sirva para consignar su origen y estudiar las relaciones que se dan entre ellos. Enseguida pasaremos a explicar la utilidad que esperamos darle a este árbol, pero antes detengámonos en su elaboración, que no está falta de problemas. Aunque el relato filosófico sobre el origen de las ideas que acabamos de ofrecer sea útil para facilitar nuestro trabajo, que nadie se figure que el árbol enciclopédico debe estar a su servicio. El sistema general de las ciencias y las artes se parece a un laberinto de caminos retorcidos donde la inteligencia se interna sin estar muy convencida de qué camino conviene seguir. Azuzada por sus necesidades y por las del cuerpo a las que está unida, empieza estudiando los primeros objetos que se le ofrecen, penetra tanto como puede en ellos, enseguida choca con las primeras dificultades que detienen su avance y, movida por la esperanza de superarlos (incluso por la desesperanza), intenta un nuevo camino; a veces vuelve sobre sus pasos, supera obstáculos y descubre nuevas barreras, pasa de un objeto a otro y opera sobre ellos de manera intermitente, pues la discontinuidad es inherente a su manera de generar ideas. Este desorden es propio del espíritu filosófico de la indagación humana, pero de manera inevitable retorcería el árbol

genealógico hasta destruir su figura; nunca llegaríamos a representarlo. Y ya dijimos cuando hablamos de la lógica que la mayor parte de las ciencias que comprenden los principios que articulan a las demás, y que deben ocupar posiciones de privilegio en el orden enciclopédico, no tienen la misma importancia en el orden genealógico de las ideas porque no se cuentan entre las primeras en ser descubiertas. Nuestro primer objeto de estudio han sido los individuos; tras haber investigado las propiedades particulares y sensibles hemos alcanzado, gracias a una abstracción de nuestro intelecto, las propiedades generales y comunes que permiten que se desarrollen la metafísica y la geometría; y solo después de familiarizarnos durante un dilatado periodo con los signos hemos logrado desarrollar una ciencia de los signos; y por fin luego de una prolongada serie de operaciones sobre nuestras ideas hemos alcanzado, gracias a la reflexión, las reglas que las rigen.

El sistema de nuestros conocimientos se compone de diversas ramas, y varias de ellas tienen puntos de unión, pero como los puntos de unión son distintos y no es posible avanzar por todos los caminos al mismo tiempo, lo que determina la elección es la particular cualidad del intelecto. Por eso es bastante inhabitual que una misma mente sea capaz de recorrer muchos caminos distintos. Cuando empezaron a estudiar la naturaleza, todos los hombres se dedicaron a satisfacer las necesidades más urgentes. Pero una vez sobrepasados estos conocimientos han ido distribuyendo las tareas y especializándose. En el orden histórico del espíritu estos progresos divergentes han sido simultáneos.

Cuando se trata de definir el orden enciclopédico de nuestros conocimientos las cosas son distintas: aquí se trata de reunirlos en el espacio más pequeño posible, de situar el ojo del filósofo por encima del intrincado laberinto: una perspectiva lo bastante elevada para dominar las principales ciencias y las principales artes, abarcar de una mirada las distintas especulaciones y operaciones sobre una multiplicidad de objetos, distinguir las ramas principales del conocimiento, los puntos donde se unen y se separan y discernir los

atajos casi secretos que las relacionan. El orden enciclopédico de nuestros conocimientos se parece a un mapamundi donde se muestra la posición de los principales países y sus relaciones. Dentro de cada uno de estos países existen problemas que solo conocen los habitantes del territorio y los viajeros, y que se abordarán en las distintas entradas de la *Enciclopedia* como si fueran mapas muy detallados que complementan la visión general del mapamundi. En los mapas más generales del mundo que habitamos los objetos están más o menos cercanos y ofrecen un aspecto u otro en función del punto de vista donde se sitúa el geógrafo que lo ha trazado; así también la forma del árbol enciclopédico dependerá de la perspectiva donde nos situamos para contemplarlo. Quiero decir con esto que se pueden imaginar tantos sistemas diferentes del conocimiento humano como distintas perspectivas existan, y cada una de estas versiones puede albergar ventajas particulares. Pueden contarse con los dedos de la mano los sabios que no situarían en la cúspide de todas las ciencias aquella de la que ellos se ocupan, del mismo modo que los hombres antiguos situaban la Tierra en el centro del cosmos, convencidos de que todo el universo giraba en torno a ellos. Y también estoy seguro de que la mayoría de estos sabios serían capaces de ofrecernos otros argumentos más convincentes que el amor propio.

Sea como sea, de entre todos los árboles enciclopédicos posibles considero preferible aquel que sea capaz de ofrecer el mayor número de relaciones nítidas entre las disciplinas. Pero ¿son de fiar estas relaciones? Nunca se repetirá lo suficiente que la naturaleza está compuesta por los objetos singulares que topan directamente contra nuestros sentidos. De todos estos objetos podemos reconocer cualidades distintas que agrupamos con etiquetas abstractas, y el predominio de algunas de estas cualidades es lo que nos permite clasificar los objetos. Pero muchas veces ha ocurrido que un objeto que hemos colocado en una clase ostenta propiedades que lo facultarían para estar en otra. De manera que debemos concluir que cualquier clasificación general tiene algo de arbitrario. Quizá la más

acorde con la naturaleza sería clasificar los objetos por los matices que permiten señalar en qué se parecen a otros o en qué se diferencian. Pero los pocos ejemplares que hemos sido capaces de conocer no nos permiten encontrar esos matices. El universo es un océano interminable entre cuyas aguas asoman islas de mayor o menor tamaño, pero su relación con el continente se nos escapa.

Bien se podría formar un árbol de nuestros conocimientos dividiéndolos en naturales y revelados, en útiles y agradables, en especulativos y prácticos, en evidentes o ciertos o probables o sensibles, en conocimientos centrados en las cosas y en conocimientos centrados en los signos... Podríamos seguir así, buscando criterios de distinción, de manera indefinida. Nos hemos decantado por aquel criterio que nos parece más satisfactorio para respetar tanto el orden enciclopédico como el orden genealógico. Debemos esta división a un autor célebre, de quien hablaremos a continuación, pero hemos introducido algunas enmiendas a sus ideas que trataremos de justificar. Dicho esto, estamos tan convencidos de la arbitrariedad que debe reinar siempre en una tarea de estas características que no consideramos nuestra elección como la única posible, y mucho menos la mejor. ¿Cuál es nuestro propósito? Que nuestro sistema no sea desaprobado en conjunto por las mentes más brillantes. No queremos engrosar las filas de los empiristas, refutados recientemente por un filósofo con toda la razón, y cuya principal ocupación pasa por dividir sin descanso la naturaleza en géneros y en especies, invirtiendo así un tiempo precioso que mejor hubiese sido dedicado al estudio concreto de esos mismos objetos naturales. ¿Qué consideración nos merecería un arquitecto que en lugar de abordar la construcción del inmenso edificio que tiene a su cargo consumiese la vida trazando el plano? ¿O de un visitante que en lugar de recorrer las habitaciones de un gran palacio malgastase su tiempo observando la entrada?

Nuestra alma puede ocuparse de dos clases de objetos: espirituales o materiales, y puede hacerlo mediante impresiones directas o mediante ideas y reflexiones. El sistema de conocimiento

directo es una colección pasiva de saberes que se acumulan en la memoria. La reflexión puede actuar de dos maneras frente a los objetos: o razona o imita. De manera que la memoria, la razón y la imaginación son las tres maneras de operar que tiene nuestra alma sobre los objetos hacia los que dirige el pensamiento. Aquí no vamos a entender la imaginación como la facultad de representar objetos (pues con ese nombre nos referimos a la actividad de la memoria sobre los objetos sensibles), sino en un sentido más noble y preciso: el talento de crear mediante la imitación.

Estas tres facultades determinan las tres divisiones principales de nuestro sistema y los tres objetos generales del conocimiento humano: la historia, fruto de la memoria; la filosofía, fruto de la razón; y las bellas artes, fruto de la imaginación. Situamos la razón antes que la imaginación porque este orden nos parece bien fundado y se aviene bien con el progreso natural de las operaciones del espíritu. La imaginación es una facultad creadora, y antes de ponerse a crear el espíritu debe razonar cuidadosamente sobre los objetos que ve y las cosas que conoce. El otro motivo para anteponer la razón a la imaginación es que esta última contiene a las dos anteriores: razón y memoria. El espíritu no crea ni imagina objetos que no guarden ningún parecido a los que conoce por la sensación o por las ideas. Cuanto más se aleja de lo que conoce más extraños y desagradables son los seres que surgen de ella. Incluso en la imitación de la naturaleza la imaginación actúa sujeta a reglas, y estas reglas conforman el corpus filosófico de las bellas artes, bien poco desarrollado hasta el momento, porque solo puede ser precisado por el genio, que por lo general prefiere crear a disertar.

Sea como sea, si examinamos los progresos de la razón todavía nos convenceremos de que debe preceder a la imaginación en la jerarquía de nuestras facultades, puesto que siempre es la razón la que conduce a la imaginación, pues sus operaciones consisten en crear objetos generales cuyas cualidades la razón ha separado previamente de la experiencia inmediata mediante una operación abstracta. Este es el motivo por el que las ciencias de la razón en las

que más participa la imaginación son la geometría y la metafísica. Pido perdón a nuestros genios del arte que jamás imaginaron que algo a sus ojos tan despreciable como la geometría estuviese tan cerca de ellos, hasta el punto de que quizá solo los separa la metafísica. La imaginación no es menos activa en un geómetra que en un poeta, aunque es cierto que operan de manera distinta sobre los objetos: el geómetra los desnuda y los analiza, el segundo los viste y los embellece. Esta manera tan distinta de operar exige que actúen intelectos muy distintos, y por eso es casi imposible que se reúnan en la misma mente el talento de la geometría y el talento del poeta. Pero aunque se demostrase que son excluyentes no tienen motivos para despreciarse mutuamente. De la gran cantidad de nombres de la Antigüedad quizá solo Arquímedes reúne méritos para figurar al lado de Homero.

Espero que no se me acuse por esta digresión, animada por un temperamento que ama la geometría, pero que no se siente inclinado a exagerar. Regreso ya a nuestro tema. La división general de todos los seres en materiales y espirituales faculta una subdivisión en tres grandes ramas. La historia y la filosofía son los saberes que se ocupan de ambas clases de seres, mientras que la imaginación solo trabaja con los materiales. El primero de los seres espirituales es Dios, tanto por su naturaleza como por la necesidad que sentimos de conocerlo. Por debajo de este Ser Supremo debemos disponer a los espíritus que conocemos por la Revelación. Justo debajo encontramos al hombre, una criatura compuesta que participa tanto de la materia como del espíritu, y en el último escalafón se prolonga el universo del mundo material que también llamamos naturaleza. No terminamos de comprender por qué motivo el célebre autor que nos ha inspirado esta distribución ha situado en su sistema al hombre por detrás de la naturaleza, cuando todo induce a situarlo en el punto intermedio entre Dios y ella.

Cuando se trata de Dios la historia puede tratar de la Revelación o de la tradición, y estos dos puntos de vista la dividen en historia sagrada e historia eclesiástica. La historia humana se centra en el

hombre, en sus acciones y en sus saberes, de manera que admite dividirse entre civil y literaria; o dicho de otro modo: puede dirigirse hacia las grandes naciones o hacia los grandes hombres, a los conquistadores o a los filósofos. Por último, nos encontramos con la historia de la naturaleza, que trata de los seres innúmeros que se observan en ella y que puede dividirse casi en tantas ramas como especies.

Estas son las principales ramas que dependen de la memoria. Abordemos ahora la facultad que reflexiona y razona. La ontología o ciencia del ser o metafísica general es la rama de la filosofía que estudia las propiedades generales de los objetos espirituales y materiales: la existencia, la duración... Desde esta primera rama descendemos a los seres particulares, que se ajustan al mismo plan que ya hemos visto en relación con la historia.

La teología es la ciencia de Dios y tiene dos ramas: la teología natural busca conocer a Dios por medios exclusivamente racionales, y no ha logrado un gran caudal de conocimientos; la teología revelada extrae sus saberes de la historia sagrada y sus éxitos han sido muy superiores. La teología revelada se ocupa también de los espíritus creados. En este punto nos separamos de nuevo de nuestro autor en la medida que nos parece que la razón no admite que la dividamos sin más en teología y filosofía, pues ¿qué es la teología sino la razón aplicada a los hechos revelados? A nuestro juicio se relaciona con la historia por los dogmas que transmite y con la filosofía por las consecuencias que extrae de esos dogmas. Separar la teología de la filosofía supone arrancar del tronco del conocimiento un brote inseparable. También nos parece que la ciencia de los espíritus le corresponde antes a la teología revelada que a la natural.

El primer tema que aborda la ciencia del hombre es el alma; este segmento de conocimiento tiene como objeto el alma humana y sus operaciones, abordadas desde una posición especulativa. Si nos centramos en el alma nos encontramos en la neumatología o metafísica particular, que pertenece a la teología revelada; si nos

centramos en las operaciones nuestro trabajo enseguida puede dividirse en dos ramas: el descubrimiento de la verdad o la práctica de la virtud. El primer empeño se solapa con los objetivos de la lógica, que trabaja tanto para transmitir la verdad como para alcanzarla. Las reglas de la moral, por su parte, desbordan al hombre como individuo y lo presuponen en sociedad, rodeado de sus semejantes.

La ciencia de la naturaleza solo puede tener un objeto: los cuerpos, y su estudio empieza por el conjunto de propiedades comunes a todos ellos: la impermeabilidad, la movilidad y la extensión. Sus avances tienen una dimensión puramente intelectual que abre un campo inmenso para la especulación, y también una vertiente material y sensible que está sujeta a medición. La primera corresponde a la física general, que equivale a la metafísica de los cuerpos, mientras que la segunda cae bajo la influencia de las matemáticas, y sus divisiones son potencialmente infinitas.

Las dos ciencias nos encaminan hacia la física particular, que estudia los cuerpos como individuos. El más importante de estos cuerpos es el humano, seguido por aquellos que más necesitamos para conservarnos. De este estudio derivan la anatomía, la agricultura, la medicina...

La pintura, la escultura, la arquitectura, la música y todas sus derivaciones pertenecen al reino de la imaginación. Las bellas artes se ocupan del estudio de sus rasgos principales. Como en cierto modo todas estas disciplinas se dedican a «pintar» la realidad, aunque empleen medios muy diversos, bien se las podría englobar con el nombre de «pintura». Siguiendo un argumento parecido se las podría llamar a todas «poesía», pues el significado original de esta palabra remite a la invención.

Hasta aquí las ramas principales de nuestro árbol genealógico. Esta división de nuestros conocimientos basada en nuestras tres facultades más importantes nos ayuda también a distinguir tres ámbitos en el mundo literario: el de los eruditos, el de los filósofos y el de los espíritus creadores. Terminado el árbol de las ciencias

podemos trazar el árbol de los hombres de letras siguiendo la misma pauta. Los eruditos se valen de la memoria, los filósofos del entendimiento y los espíritus creadores del placer. Si consideramos ahora la memoria como el sostén de la reflexión, capaz de combinar y de imitar, podríamos decir que la principal diferencia entre los hombres radica en su capacidad de elaborar y combinar ideas. La reflexión, si la consideramos en el sentido más amplio posible, constituye el clima y el temperamento de la mente y nos ayuda a diferenciar entre las especies. Por otro lado, uno de los pocos rasgos en común que tienen estas tres repúblicas en las que hemos distribuido a los hombres es el poco interés que en cada una de ellas se siente por las otras. Poetas y filósofos coinciden en considerar al resto como majaderos a dieta de quimeras, y ambos piensan del erudito que es un avaro ensimismado en una acumulación sin placer ni provecho, incapaz de distinguir los metales viles de los preciosos. Mientras que el erudito desprecia tanto a poetas como a filósofos por el mismo criterio con el que el hombre sensato se burla de aquellos que se consideran ricos solo porque gastan más de lo que tienen.

Así es a grandes rasgos como cada tribu del espíritu se burla de lo que carece. Los hombres de letras serían más beneficiosos a la sociedad si en lugar de defenderse en el aislamiento, reconocieran la necesidad que tienen los unos de los otros, y las ventajas que lograrían con un intercambio franco. No voy a poner en duda que la sociedad les debe a sus poetas los placeres más elevados y a los filósofos sus luces, pero ninguno de los dos sería nada sin el concurso de la memoria, que encierra la materia primera de todos nuestros conocimientos. Es incontable la cantidad de veces en las que el esfuerzo del erudito ha suministrado sus temas al poeta y al filósofo. Los antiguos sabían muy bien lo que se hacían al decir que la Memoria era la madre de las musas, pues ninguna facultad creativa podría sobrevivir si no se alimentase de ella, y tampoco los romanos se equivocaban al erigirle templos como si de la Fortuna misma se tratase.

No conviene atribuirle a nuestro árbol enciclopédico mayores ventajas que las evidentes, y en ningún caso puede suplir el estudio de los asuntos particulares. El árbol enciclopédico sirve para enumerar de manera rápida los conocimientos que se pueden adquirir, algo frívolo para quien no pretende ir más allá, y muy útil para quien lo emplea como punto de partida. Un artículo breve pero bien razonado sobre un objeto particular, sea referido al arte o a la ciencia, contiene más sustancia que todas las divisiones y subdivisiones generales que se nos ocurran. Si volvemos a la comparación que hicimos antes con los mapas geográficos podemos afirmar que quien limite sus conocimientos al estudio del orden enciclopédico no sabrá más que quien conozca de memoria el nombre de todos los pueblos del mundo después de estudiarlos en un atlas. Con estas reflexiones terminamos la primera parte de este discurso.

II

Vamos a considerar ahora nuestra enciclopedia como un *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*. Creo que es desde este ángulo como nuestra obra puede interesar a la mayor parte de lectores, y cuyo desarrollo ha exigido más trabajos y esfuerzos. Antes de entrar en detalle considero que puede ser útil examinar la situación actual de las ciencias y de las artes y explicar paso por paso cómo se ha llegado hasta aquí. Ya hemos visto la ayuda que nos ha brindado para trazar el árbol enciclopédico el estudio metafísico del origen y las relaciones entre las ciencias; un provecho parecido podemos extraer ahora de la exposición histórica de nuestros conocimientos. Como sabemos, la historia de las ciencias suele estar unida a una breve lista de genios cuyas obras actúan como faros que proyectan su luz entre los hombres; estas obras son

tan importantes que debemos hablar de ellas antes de pasar a beneficios más particulares. No quiero remontarme muy atrás en el tiempo: empecemos hablando de la invención de las letras.

El estudio de los progresos del espíritu arroja una conclusión: han sido acordes con la naturaleza. Se empezó por la erudición, se continuó por las bellas letras y se ha terminado en la filosofía. Pero este orden difiere del que debería seguir un hombre que dependa de sus propias luces o que no tenga acceso al intercambio de ideas con sus contemporáneos. En la primera parte de este discurso ya hemos incidido en que un espíritu, cuando se encuentra aislado, es más sencillo que progrese en la filosofía que en las bellas artes. Pero en un momento como este, en el que después de una prolongada etapa somorgujados por las tinieblas de la ignorancia la mente se abre a una regeneración de las ideas, muchos de los procesos de adquisición de conocimientos deben experimentar variaciones acordes con las nuevas luces. Vamos a tratar ahora de ampliar estas ideas.

Las obras maestras que los antiguos nos dejaron fueron olvidadas, fuese cual fuese su género, durante doce siglos. Se habían perdido los principios de composición de las letras y de las artes, y esto es así porque pese a que la belleza y la verdad nos envuelven continuamente, los hombres no reparan en ello si no se les orienta. No puede decirse que estos siglos oscuros fuesen más estériles en genios que los precedentes, pues la naturaleza siempre es la misma, pero ¿qué logros podían alcanzar aquellos grandes hombres si estaban aislados y dispersos, si trabajaban en obras sin vínculo, incapaces de cultivar sus luces en otra cosa que no fuesen sus propios recursos? El germen de casi todos los logros humanos proviene de las ideas que adquirimos leyendo o conversando. A esta atmósfera que respiramos sin darnos cuenta le debemos la vida, y los hombres de los que hablamos, pese a todo su talento, eran ajenos a estos auxilios. Su situación era parecida a la de los pioneros de las artes y las ciencias, que fueron olvidados por sus sucesores. El primero que descubrió la rueda hubiese inventado también el reloj

de nacer en otro siglo, y si Gerbert hubiese vivido en tiempos de Arquímedes quizá hubiese igualado sus logros.

Sea como sea, la mayor parte de los espíritus creadores de aquellos tiempos oscuros se presentaban como poetas o como filósofos. ¿A qué se arriesgaban arrogándose esos nombres prestigiosos y olvidar al mismo tiempo que pensaban e imaginaban con luces prestadas? Aquellos hombres se convencieron de que buscar un modelo para la poesía en las obras escritas por griegos y romanos en una lengua muerta era un propósito inútil y se jactaban de reproducir la filosofía de los antiguos en una versión bárbara, que en lugar de transmitirla la desfiguraba. Así redujeron la poesía a una operación pueril. El examen profundo del hombre y de la naturaleza fue sustituido por especulaciones frívolas sobre seres metafísicos y abstractos. Este empeño requería de grandes sutilezas que, abusando del entendimiento, se retorcían sobre sí mismas. Tal desorden intelectual crecía en el seno de una Europa sometida a la esclavitud de la superstición, que fermenta en la ignorancia. Imposible imaginar mayores obstáculos para la razón y el gusto, pues el hombre solo está en disposición de alcanzar grandes logros cuando dispone de libertad para pensar y para actuar, y basta con tener buenas luces para contener el libertinaje y protegernos de sus excesos. Ese es el motivo por el que la humanidad, para salir de esta barbarie espiritual, necesitó una de esas revoluciones que reconfiguran el aspecto del mundo: tras la destrucción del Imperio griego afloran en Europa los contados conocimientos que quedaban del mundo antiguo. Y gracias a la protección de los Médicis y de Francisco I, y a la invención de la imprenta, se reaniman los espíritus y la luz renace por todas partes.

Los primeros estudios que se retomaron fueron las lenguas y la historia, que se habían abandonado durante los siglos dominados por la ignorancia. Al salir de la barbarie el espíritu humano se encontraba en un estado de curiosidad infantil, deseoso de descubrir nuevas ideas, pero todavía incapaz de asimilarlas, de integrarlas en un orden donde se revelase todo su sentido: el entendimiento

estaba entumecido por el mal uso. La memoria fue la primera de las facultades que el hombre volvió a cultivar. Es la más sencilla de ejercer y tiene la ventaja de que los conocimientos que con ella se alcanzan son fáciles de acumular. Esta es la explicación de por qué, a diferencia de sus ancestros, estos hombres renacidos no empezaron por estudiar la naturaleza, pues disponían de una apoyatura extraordinaria: las obras de los antiguos, que gracias a la imprenta y a la generosidad de los nobles empezaron a ser accesibles. Leer es más sencillo que ver con los propios ojos, así que los eruditos de aquel tiempo empezaron a leer sin mucho criterio, devoraban todo lo que caía en sus manos, fuese del género que fuese. La traducción se convirtió en la gran empresa, secundada por el comentario; los elogios que se prodigaban a estos trabajos estaban motivados más por la gratitud que por un juicio cuidadoso de su auténtico valor.

Esta es la explicación de que proliferasen tantos eruditos que exhibían un conocimiento profundo de las lenguas clásicas, que llegaron a desdeñar las lenguas propias hasta el punto de que un autor célebre ha dicho de ellos que de los antiguos lo habían aprendido todo excepto a pensar con sutileza y a escribir con gracia. Si estaban tan orgullosos de su fatua erudición es porque los méritos que menos valor tienen suelen ser aquellos que con más placer se ostentan. Recordaban a un grupo de hombres envejecidos presumiendo de unos conocimientos que no les pertenecían y que estaban alejados del mérito real de sus modelos. Para ser justos, esta clase de vanidad no deja de tener cierta justificación: el país de la erudición (como la tierra de los acontecimientos) es inagotable, cada día ve cómo se amplía su extensión gracias a sencillas adquisiciones de datos. En contraste, el país de la razón y el de las invenciones significativas es mucho más reducido y, con demasiada frecuencia, tras un periodo de esfuerzo y de estudio, en lugar de iluminar lo que se ignoraba se descarta un área de lo que se creía saber. Un erudito tiene siempre margen para ser más vanidoso que un filósofo o que un poeta, ya que por inferior que sea su mérito su

espíritu siempre está asimilando nuevos datos, mientras que el espíritu entregado a la invención siempre está descontento al comparar sus logros con el horizonte de sus expectativas, por no hablar de los mayores genios: estos esconden en su amor propio un juez secreto y rigurosísimo que ni el aplauso de sus congéneres logra aplacar. Que nadie se extrañe, pues, de la satisfacción que sienten estos eruditos por poseer una ciencia tantas veces ridícula y en no pocas ocasiones un tanto bárbara.

Ya sabemos que nuestro siglo se siente a menudo bien predispuesto a cambiar toda clase de principios y juicios, a evaluar con más justicia el pasado, y a no valorar tanto a esos hombres que fueron famosos en ese tiempo. Hoy en día casi se considera un rasgo de distinción despreciarlos, y no andamos escasos de personas cuyo único mérito es en apariencia este. Parece como si con esta indiferencia la historia los castigase por la estima excesiva que estos eruditos sintieron en su momento hacia sí mismos y que este fuera el principal motivo por el que ahora pisoteamos a estos ídolos, con el propósito de olvidar sus nombres. Hay algo injusto en esta operación: es preferible reconocer el laborioso esfuerzo de estos eruditos, del que todavía disfrutamos, pues para obtener todo el jugo de las obras de los antiguos fue imprescindible que alguien extrajese antes los líquidos más insípidos, de la misma manera que no se puede sacar el oro de una mina sin arrastrar a la intemperie materias viles y metales de menor valor. Si estos hombres hubiesen nacido más tarde se comportarían como ahora nos comportamos nosotros. La erudición ha sido necesaria para alcanzar las bellas letras.

No tuvimos que enfrascarnos mucho en la lectura de los antiguos para convencernos de que en esas obras donde al principio apenas se buscaban palabras o acontecimientos históricos, se podían aprender otras muchas cosas. Enseguida se descubrieron las bellezas que los autores habían diseminado en sus páginas. La admiración que hasta ese momento habíamos sentido por los antiguos ya era muy viva, pero solo entonces empezó a ser justa. En

ese momento muchos dejaron de actuar de manera razonable. Se creyó que la única manera de imitarlos era la copia servil, y se convencieron de que únicamente en su lengua podían expresarse aquellos logros. Nadie reparó en que el estudio de las palabras era una suerte de esfuerzo pasajero, imprescindible para estudiar los diversos asuntos, pero que enfrascarse en ello como si fuese una meta solo podía entorpecer el progreso del conocimiento. Este estudio debería haberse emprendido apenas para familiarizarnos con los textos griegos y romanos, para asimilar lo mejor de su pensamiento, pero jamás para tratar de imponernos un esfuerzo tan baldío como aprender a hablar y a escribir en esas lenguas muertas, pues no suponían el menor progreso para la razón. Nadie advirtió que de la misma manera que se han perdido muchos aciertos de los textos antiguos, pues ya no sabemos apreciarlos, también se esconden allí errores que no sabemos reconocer, y que obrando irreflexivamente corremos el riesgo de incorporarlos a nuestro saber como si fueran verdades. Ni tampoco se daban cuenta de que con este uso artificial y servil de la lengua de los antiguos alcanzaríamos un instrumento de expresión admirable quizá para nuestros contemporáneos, pero risible para Cicerón y Virgilio. Se reirían como nos reiríamos nosotros al escuchar una obra escrita en nuestra lengua en la que el autor mezclase frases de Bousset, de La Fontaine, de La Bruyère y de Racine, convencido de que cada uno de estos escritores es un modelo excelente.

Estos prejuicios de nuestros primeros sabios contribuyeron a formar en el siglo xvi una legión de poetas, oradores e historiadores en lengua latina cuyo principal mérito consiste en escribir en un idioma que apenas podemos juzgar. Algunas de estas obras son los antepasados de los discursos de nuestros actuales oradores, tan huecos y parecidos a cuerpos sin sustancia que bastaría con que se los tradujese al francés para que no los leyese nadie.

Solo paulatinamente los genios de la lengua fueron abandonando esta manía. El cambio se debe, al menos en parte, a la protección de los grandes, que prefieren ser sabios sin demasiado esfuerzo, y que

disfrutan juzgando sin necesidad de estudio las obras de ingenio a los hombres que honran con su amistad o a los que han prometido beneficios. Fue entonces cuando se reparó en que lo bello no perdía su fuerza transmitido en lengua vulgar, y que disfrutaría de la ventaja de llegar con más facilidad al común de los hombres; que no había el menor mérito en decir cosas triviales y tonterías en una lengua muerta. Los hombres de letras se enfrascaron desde ese momento en perfeccionar las lenguas vulgares, y empezaron por hacerlas decir lo que los antiguos habían pronunciado con las suyas. Pero los prejuicios seguían vivos y, en lugar de enriquecer la lengua francesa, comenzaron a desfigurarla. En manos de Ronsard se convirtió en una jerga erizada de pasajes en griego y latín, un fluido bárbaro aunque lo bastante irreconocible para no avergonzarnos. Pronto se dieron cuenta de que el mérito no consistía en transportar las viejas palabras a la nueva lengua, sino aprender a decir con ella las antiguas bellezas. Así fue como nuestro idioma, al perfeccionarse con el antiguo gusto, adquirió toda clase de giros e inflexiones valiosas. Ya no bastaba con imitar a griegos y romanos, se intentó sobrepasarlos, aprender a pensar por nosotros mismos. Y con ello renació la imaginación moderna, nutrida de los antiguos, y empezaron a brotar, al mismo tiempo, las obras maestras que en historia, oratoria o poesía nos brindó el siglo pasado.

Malherbe se había provisto durante años de las excelencias de los poetas antiguos, y en honor a ellos tomó como modelo la naturaleza, y fue el primero en dotar a nuestra poesía de armonía y de una belleza desconocida hasta entonces. Guez de Balzac, a quien hoy se le desprecia, le dio a nuestra prosa una nobleza desconocida. Los escritores de Port-Royal heredaron el patrimonio de Balzac y le añadieron precisión, una elección más feliz de las palabras y esa pátina de pureza que ayuda a preservar sus obras mientras otras tantas de la misma época, desprovistas de estos aires de modernidad, se arrugan y caducan. Tras años sometido al mal gusto propio de los dramaturgos de su tiempo, Corneille se liberó de todas las convenciones y descubrió el brío de su genio, desentrañó las

leyes del teatro y las expuso en sus admirables *Discursos sobre la tragedia*, y las aplicó con mano maestra a sus propias obras. Racine abrió otro camino para el teatro: al desarrollar los resortes del corazón humano hizo aflorar una pasión hasta entonces desconocida, y le añadió a lo sublime la elegancia y la continua exposición de la verdad. Despréaux quiso imitar a Horacio escribiendo un *Arte poética* y lo igualó. Molière superó la comedia antigua con su fina pintura sobre lo ridículo de las costumbres de su época. La Fontaine casi logró lo imposible, que olvidásemos a Esopo y a Fedro, y Bousset se puso a la altura de Demóstenes.

Las bellas artes están tan estrechamente vinculadas a las bellas letras que cuando el gusto empuja a cultivar unas conduce también a perfeccionar las otras. En paralelo a la aparición de tantas obras literarias ejemplares, Poussin pintaba y Puget esculpía; Le Sueur pintaba el claustro de los cartujos y Le Brun las guerras de Alejandro; Quinault alcanzaba la inmortalidad con un género desconocido (los poemas líricos) y Lully mostraba las facciones de nuestra música recién aparecida.

Hay que reconocer que el renacimiento de la pintura y de la escultura fueron más rápidos que el de la poesía y el de la música. Los motivos de ello son evidentes. Desde el primer momento en que se empezó a estudiar la producción de los antiguos, aquellas obras maestras, que no estaban sujetas a la superstición y a la barbarie, impresionaron a la imaginación de los artistas más preclaros. Imitar a los Praxíteles y los Fidias suponía hacer lo mismo que ellos, dar un paso más allá suponía alcanzar las perfecciones de Rafael y de Miguel Ángel, que todavía no han sido superadas. Como el objeto de la pintura y de la escultura es cosa de los sentidos, era lógico que estas artes madurasen antes que la poesía, sencillamente porque los ojos se vieron afectados antes por la belleza sensible y palpable de cuadros y estatuas que la imaginación por las bellezas intelectuales y mucho más difíciles de apresar de la poesía. Y hay algo más: cuando por fin la imaginación descubrió la belleza, sus imitaciones estaban constreñidas por la servidumbre al idioma extranjero, de manera que

no solo era imperfecta sino que también era muy complicado que progresase. Imaginen a nuestros pintores y a nuestros escultores privados de la ventaja de trabajar con la misma materia que trabajaron los antiguos: si hubiesen perdido tanto tiempo como nuestros literatos buscando esa materia para imitarla mal, en lugar de utilizar otra, sin duda hubiesen progresado más despacio, pues todavía seguirían buscando el mármol.

Si la música tardó más que el resto de las artes en alcanzar cierto grado de perfección fue porque los modernos tuvieron que crear sus reglas desde cero. El tiempo ha destruido todos los ejemplos que los antiguos nos hubiesen podido legar, y sus escritores, al menos los que han llegado hasta nosotros, apenas nos han transmitido sobre la música unas cuantas impresiones oscuras y algunas historias que parecen escritas para conmover a los lectores más que para instruirlos. Este es el motivo por el que varios de nuestros sabios, impulsados por el amor a la patria, tratan de convencernos de que la música se ha desarrollado mejor entre nosotros que entre los griegos, una ambición que la falta de testimonios impide que podamos apoyar o desmentir. Sobre lo único que podemos conjeturar con cierto viso de verosimilitud es que la música de los antiguos era muy distinta a la nuestra, que sus melodías eran mejores y que nuestra armonía los supera.

Pero no seamos injustos: conviene reconocer en este punto de nuestra exposición lo mucho que le debemos a Italia, pues de sus manos hemos recibido las ciencias que después se han desarrollado por toda Europa. A Italia le debemos las artes y el buen gusto, así como un amplio registro de modelos inimitables.

En el mismo momento en que las artes y las bellas letras prosperaban la filosofía parecía atorada, y no resurgió hasta pasadas muchas décadas. No creo que sea más sencillo despuntar en las bellas artes que en la filosofía, en cualquier disciplina es igual de complicado sobresalir. Pero de algún modo la lectura de los antiguos contribuyó al progreso de las bellas letras y del buen gusto antes que a las ciencias. Quizá sea este el motivo: para sentir la belleza

literaria y artística apenas se necesita buena predisposición a contemplarla; y como los hombres se sienten más inclinados a sentir y a pensar, es lógico que se desarrollase antes el juicio de las emociones que el juicio de los pensamientos. Otro motivo es que los antiguos no eran tan buenos filósofos como escritores. En el orden de nuestros esfuerzos, los primeros logros del raciocinio anteceden a las primeras consecuciones de la imaginación, pero cuando esta ha aprendido a andar avanza mucho más deprisa: disfruta de la ventaja de lidiar con objetos creados por ella, mientras que la razón está obligada a trabajar con lo que encuentra en la realidad y, a menudo, se ve agotada tras varias búsquedas estériles. El primer libro al que acudieron los auténticos filósofos fue al del universo. Era necesario emprender la misma tarea que los antiguos, acudir a estudiarlo, pero este paso no podía suplirse con el cotejo de viejos libros mutilados que no podían ofrecernos sobre la vastísima realidad más que intuiciones inciertas.

Durante los prolongados siglos de ignorancia la escolástica fue la depositaria de toda ciencia, y durante el siglo de renacimiento contribuyó a perjudicar los progresos de la auténtica filosofía. Desde tiempos casi inmemoriales la escolástica se había convencido de que disponía de la doctrina pura de Aristóteles, sin reparar en que le había llegado comentada por los árabes y desfigurada por mil escolios y adiciones, tan absurdos como pueriles. El respeto que sentían por la Antigüedad era tan profundo que ni siquiera se habían preocupado de asegurarse cuánto de bárbaro había en la versión que manejaban de la filosofía de aquel gran hombre. Muchos pueblos estaban convencidos de avanzar por la senda de la verdad cuando todo su falso conocimiento se apoyaba en un error de base. No es de extrañar que, mientras algunos contemporáneos estuviesen casi a la altura de los poetas y oradores griegos, los filósofos todavía no comprendiesen bien el pensamiento de los antiguos.

La ciega admiración por la Antigüedad sostenía decenas de prejuicios que se afianzaron por culpa de la manera abusiva en que

algunos teólogos trataban a los pueblos sometidos. Los poetas tenían permiso para celebrar las deidades del paganismo porque se consideraba, con razón, que estos panteones se citaban como juegos imaginarios de los que no podía derivar ningún peligro. La religión de los antiguos animaba un amplio campo de imaginación, pero era demasiado absurda para que alguna secta volviese a rendir culto a Júpiter o a Plutón. Lo que de verdad temía el cristianismo era los golpes que podía recibir de una razón inspirada en los antiguos. ¿No era ridículo este temor a una agresión sin fuerza? Cristo había sido enviado por el Cielo a los hombres, y era venerado con justicia por los pueblos con la garantía de las promesas avaladas por el mismísimo Dios. Por absurdos que sean los preceptos de una religión (y solo el infiel podría acusar de absurda a la nuestra) nunca son los filósofos quienes los destruyen; lo propio de esta clase de hombres es enseñar la verdad sin obligar a nadie a conocerla. Son los inspirados y los lunáticos quienes pierden al pueblo. Es necesario que la sociedad ponga freno a estos alborotadores, pero por el camino jamás deben los filósofos perder la libertad imprescindible para que prospere la auténtica filosofía, de cuyos frutos la propia religión tanto puede beneficiarse. La filosofía puede proporcionarle luces a la religión. La gracia permite someter a los incrédulos, pero solo el filósofo consigue reducirlos al silencio. Para asegurarse el triunfo de la fe verdadera estos teólogos hubieran podido valerse de las mismas armas que tan interesados estaban en mellar.

Otros teólogos también contribuyeron a poner en peligro la religión, aunque lo hicieron por motivos menos interesados. Una de las finalidades de la religión es regular nuestras costumbres, pero de ningún modo parece la disciplina más adecuada para explicar el mundo, pues el Todopoderoso parece habernos dejado esta tarea a los hombres. Estos teólogos no se dieron cuenta de que los libros sagrados fueron escritos con el propósito de transmitir al pueblo buenas prácticas y buenas creencias, y que no debían usarse para discutir en otro lenguaje sobre cuestiones ajenas. El despotismo religioso triunfó sobre el sentido común. Un tribunal, cuyo nombre

sigue aterrorizando a Francia, se impuso en el sur de Europa, en las Indias y en el Nuevo Mundo, y fue capaz de condenar por hereje a un importante astrónomo enfrascado en demostrar que la Tierra se movía. Recuerdo así al papa Zacarías, que condenó a un obispo cuya opinión sobre las Antípodas (que se adelantó seiscientos años a los descubrimientos de Colón) no coincidía con la de san Agustín. El abuso combinado de la autoridad espiritual y la temporal obligó a la razón al silencio, y de haber podido se le hubiese prohibido pensar a la humanidad.

Mientras la filosofía estuvo asediada por estos enemigos ignorantes o malintencionados se refugió en las obras de un puñado de grandes hombres que no aspiraban a convencer a sus contemporáneos, unos hombres que, trabajando en la sombra y el silencio, encendían las luces que iban a iluminar despacio y de manera gradual el mundo.

Quien encabezaba este desfile discreto de grandes figuras era el inmortal canciller de Inglaterra, Francis Bacon, cuyas obras más apreciamos cuanto más las conocemos, y que merecerían una lectura más intensa antes que tantos elogios superficiales. Muchos motivos nos inducen a considerarlo el más grande, universal y convincente de los filósofos por la variedad de asuntos que abarca su inteligencia, la osadía de su estilo, la manera de hermanar en su prosa imágenes sublimes con el rigor de la exactitud. Cuando Bacon nació el mundo estaba sumido en la noche más oscura, y al crecer se dio cuenta de que la filosofía no existía pese a que muchos se presentasen como doctores en la materia; al fin y al cabo, cuanto más grosero es un siglo más convencido está de su refinamiento. Bacon empezó por abordar de manera general los objetos de las diversas ciencias naturales e hizo un inmenso catálogo de todo lo que quedaba por descubrir. Este es el auténtico propósito de su extraordinaria obra, *De la dignidad y del desarrollo de los conocimientos humanos*. En el *Novum organum* desarrolló las ideas que había expuesto en la primera obra, además de ser el primero en señalar la importancia de emprender una física experimental, en la

que nadie más pensaba. Bacon es un gran enemigo de los sistemas, considera la filosofía como una rama más de nuestro conocimiento, que debe contribuir a su progreso o al incremento de nuestra felicidad. Sin embargo, prefiere circunscribir su estudio al campo de lo útil y recomienda una y otra vez centrarse en el análisis de la naturaleza. El resto de sus textos siguen el mismo plan. En sus propios títulos encontramos trazas del genio, del hombre que todo lo mira con ambición. Recogió datos, comparó experiencias, señaló investigaciones futuras, invitó a los sabios a que estudiasen y a los artistas a que se perfeccionasen, pues consideraba las artes como la corona de las ciencias humanas. En toda su obra se esfuerza por exponer con una claridad no exenta de nobleza sus ideas y conjeturas, aplicadas sobre todo a cuanto es digno de interesar a los hombres. De él se podría haber dicho, como dijo Terencio en su vejez: «Nada de lo humano me es ajeno». Todo parece prosperar bajo la mirada de este hombre: las ciencias naturales, la moral, la política, la economía... Y lo hace con profundidad. A estas alturas ya no sabemos qué es más admirable: si la riqueza que extrae de todos los asuntos que aborda o la elevada dignidad de su dicción. Sus textos resisten la comparación con los de Hipócrates, y si el cultivo de la inteligencia fuese tan querido por los hombres como la conservación de la salud sería tan leído como el maestro griego. Pero solo los hombres que son capaces de fundar una secta logran que su nombre resuene con tanta fuerza, y Bacon no está entre ellos; su propia filosofía se oponía a fascinar a los hombres: es demasiado sobria. La escolástica dominaba de manera firme el pensamiento de su tiempo, y solo se la podía desplazar con ideas nuevas y audaces que estaban muy lejos del temperamento de un filósofo cuya mayor aspiración consistía en decirles a los hombres: «Esto es lo poco que habéis aprendido; observad lo mucho que os queda por aprender». Era casi imposible que la filosofía de Bacon llamase la atención de sus contemporáneos. En este punto nos atreveríamos a formular un pequeño reproche al canciller Bacon: el de ser demasiado tímido. Algo sí podemos criticarle a su filosofía:

aunque tenga a los escolásticos como una especie de enemigos que han ido debilitando las ciencias con sus divisiones y clasificaciones, parece todavía sujeto a los principios de la escolástica y al vicio de las divisiones y subdivisiones que dominaba su siglo. El hombre que había destrozado tantos grilletes no se atrevía a desatar los nudos de las última y frágiles cuerdecillas que lo sujetaban.

Ya hemos declarado la deuda decisiva que nuestro árbol enciclopédico tiene con el canciller Bacon. No vamos a desaprovechar ninguna ocasión para brindarle este reconocimiento. Pero nuestra deuda no nos ha impuesto seguir paso por paso el mismo despliegue que hizo nuestro maestro. No hemos situado la imaginación por delante de la razón porque nuestro plan es seguir en la *Enciclopedia* el orden metafísico de las operaciones del espíritu antes que los progresos históricos de las artes desde el Renacimiento hasta hoy, que era el orden que Bacon tenía en mente cuando estaba elaborando, según sus propias palabras, el censo de los conocimientos humanos. En cualquier caso, si tenemos en cuenta el trecho que han recorrido las ciencias desde entonces, a nadie puede sorprenderle que nuestro camino se desvíe del de Bacon.

El canciller fue relevado a la cabeza de las ciencias por Descartes, hombre extraordinario que poseía todas las cualidades necesarias para tallar el nuevo rostro de la filosofía: era de imaginación enérgica, inteligencia bien trabada, hombre de experiencia, valiente para enfrentarse a los prejuicios enquistados y sin lazos de dependencia que obligasen a su pensamiento. Descartes, cuya fortuna ha cambiado tanto en el transcurso del siglo, experimentó en vida el destino de aquellos hombres cuyo esfuerzo y talento los convierte en un ascendente sobre la vida de muchas personas: se vio rodeado de una muchedumbre de detractores y de entusiastas. Aunque su propósito fue ganarse el honor de tener discípulos antes de todo ello, la multitud lo persiguió a su retiro y desfiguró la vida tranquila en la que prefería pensar. Con buen criterio había empezado su carrera demostrando la existencia de Dios, y aun así unos religiosos que quizá creían menos que él lo acusaron de

ateísmo. Los compatriotas lo despreciaban, los extranjeros lo atormentaban, todos lo calumniaban, así que se marchó a Suecia a morir, lejos de la tierra donde un día brillaría tanto la fama de sus opiniones.

Tanta razón tienen quienes consideran a Descartes un filósofo como aquellos que lo tienen por un geómetra. Aunque dedicó poco tiempo a las matemáticas, es en este terreno donde alcanzó logros que constituyen la zona menos discutida de su fama. Los italianos fueron los responsables de inventar el álgebra, Viète desarrolló esta ciencia de una manera que solo podemos calificar de prodigiosa, y fue Descartes quien la enriqueció de manera significativa. Pero el logro por el que este hombre se ganó la inmortalidad es su manera de aplicar el álgebra a la geometría, que puede considerarse como una de las ideas más afortunadas y de mayor alcance que un intelecto humano haya formado jamás, y que será siempre clave en el desarrollo no solo de la geometría sino en cualquier disciplina fisicomatemática.

Descartes fue tan gran geómetra como físico, pero en esta disciplina su fama no está tan asentada. La geometría es una ciencia que admite avances indiscutibles, que estaba ya lanzada, y en manos de un genio como él sus progresos fueron evidentes para todo el mundo. Descartes encontró la física en un estado deplorable. Estaba todo por hacer y lo más difícil en este mundo es dar los primeros pasos. El arranque es tan meritorio de por sí que poco importa que el avance sea pequeño. Descartes nos abrió el camino pero no avanzó tanto como proclaman sus epígonos, aunque, para desesperación de sus adversarios, es cierto que ya solo con su método se ha ganado la inmortalidad. Su dióptrica es la mejor y más bella aplicación nunca vista de la geometría a la física, y basta con abrir la menos leída de sus obras para ver brillar el genio de un descubridor. Sus torbellinos son hoy por hoy una hipótesis ridícula, pero juzgados con los ojos de entonces es posible que no se hubiese podido imaginar nada mejor. En aquel entonces no se disponía de las observaciones astronómicas que tanto han contribuido a destruir

la teoría de los torbellinos, de manera que era coherente imaginar un fluido que transportara a los planetas: todo lo que se conocía era un engrudo de datos, cálculos, razonamientos e hipótesis; tenían que pasar muchos años para poder rebatir una teoría tan seductora. Además de atractivos, los torbellinos contaban con una ventaja: su fuerza centrífuga bastaba para explicar la gravitación de los cuerpos, y no me avergüenza reconocer que se trata de una de las más bellas e ingeniosas hipótesis nunca imaginadas por la filosofía. Tanto es así que, para dejarla atrás, los físicos han tenido que ser arrastrados a desgana por la teoría de las fuerzas centrales, verificada por experimentos. Este es nuestro tributo: obligado por las circunstancias a inventar una física casi de la nada lo hizo lo mejor que pudo y, si bien se equivocó al describir las leyes del movimiento, nadie podrá negarle que fue el primero en advertir que tales leyes existían.

La metafísica de Descartes es sutil y novedosa, y ha corrido la misma suerte que su física por motivos parecidos, aunque hoy, tras soportar a tantos adversarios, solo se encuentren en Francia apologistas. Su mayor error fue admitir la existencia de ideas innatas, pero la lectura de Descartes es para las buenas cabezas la mejor escuela para sacudirse los prejuicios y la barbarie que difunde la autoridad escolástica. Hoy en día recogemos los frutos de una rebelión que nos ha proporcionado un beneficio muy superior al de todos los seguidores de Descartes juntos. A cierta distancia vemos en él al hombre que tuvo el valor de alzarse el primero contra un despotismo arbitrario, el jefe de los conjurados cuya revuelta sentó las bases de un gobierno más justo, un Estado más feliz que no llegó a ver instaurado. Descartes acabó su vida convencido de haberlo explicado satisfactoriamente todo, pero tuvo el atino de empezar su carrera por dudar de ello; las mismas armas que usamos ahora en su contra él mismo tuvo el mérito de forjarlas. Con Descartes aprendimos que cuando las ideas erróneas están profundamente enquistadas a veces es conveniente tratar de sustituirlas por otras, que quizá también estén equivocadas, pero que contribuyen a

destacar el error donde nos han embarrado las primeras. Al fin y al cabo el entendimiento es tan vanidoso e incierto que siempre quiere una opinión a la que aferrarse; es como un niño al que después de coger un arma peligrosa hay que darle un juguete para que la suelte. No hay que temer por ese juguete: cuando crezca él mismo lo abandonará. Con Descartes los aspirantes a filósofos aprenden a desconfiar de sus luces, y dan así el primer paso importante hacia la verdad.

El siguiente genio en aparecer en el mundo fue Newton, a quien Huyghens había desbrozado el camino. Newton fue el primero en comprometerse a descartar de la física las conjeturas y las hipótesis insustanciales, y en basar todos los progresos de esta ciencia en la experiencia y en los principios geométricos. Las observaciones de Kepler sobre el peso contribuyeron a que el filósofo inglés descubriese la fuerza que mantiene a los planetas sujetos a sus órbitas. También nos enseñó a distinguir los movimientos de sus causas y a calcularlos con una exactitud que, de no ser por el atajo de su genio, nos hubiese llevado siglos alcanzar. Descubrió nuevas leyes para la óptica, y cualquier elogio que imaginemos para este gran filósofo quedará por debajo del agradecimiento universal que hoy en día rendimos a sus descubrimientos y a su talento, tan extenso y profundo como preciso. Newton ha enriquecido la física con cientos de saberes exactos, pero su principal contribución al conocimiento humano quizá sea el ejemplo de su prudencia, la convicción de confinarse dentro de los límites de la razón, conteniendo la audacia que las circunstancias obligaron a Descartes a tomar. Sus teorías sobre el mundo (debemos resistirnos a considerarlas un sistema) se han impuesto de tal manera sobre los estudiosos de todo el mundo que se comienza a discutir que las ideas fuesen suyas; curioso destino el de los genios: empiezan siendo tratados como mentirosos y se termina acusándolos de plagio. Invito a los que se han convencido de que todo se encuentra en los libros antiguos a que se sumerjan en ellos en busca de la ley de la gravitación; con suerte encontrarán algunas nociones

fantásticas que solo por la mediación de Newton se estructuraron en una demostración. He aquí el verdadero mérito, lograr que abandonasen el ámbito de las méritas hipótesis. Si un escritor célebre se aventurase a declarar sin la menor prueba que un día podremos fabricar oro, ¿estará en su derecho a negarle la gloria al químico que lograse este prodigio? Lo mismo podemos decir del invento de las lentes; ¿cómo quitarle la gloria solo porque algunos escritores antiguos no viesen imposible que un día el hombre ampliase la esfera de su visión?

Algunos eruditos han elevado contra Newton una acusación mucho más atendible que la de «plagiario»: le reprochan haber introducido en la física las «propiedades ocultas» de los escolásticos y de los filósofos antiguos. A estos eruditos les pregunto: ¿estas dos palabras que los escolásticos manejaban vacías de sentido eran acaso entre los antiguos otra cosa que una marca para reconocer su ignorancia? Newton, que había estudiado a fondo la naturaleza, jamás presumió de saber más que ellos sobre la causa primera de la que dimanan todos los fenómenos, pero si renunció a utilizar el mismo lenguaje lo hizo para evitarse polémicas con unos contemporáneos que no hubiesen dejado pasar la oportunidad de atribuirle ideas que no eran suyas. Se mostró satisfecho demostrando que los torbellinos cartesianos no bastaban para explicar el movimiento de los planetas, que existe una fuerza que permite que estos se atraigan mutuamente, aunque reconoció que ignoramos su principio. No rechazó el impulso; se limitó a pedir que se lo utilizase con más rigor que hasta entonces si se pretendía explicar así el movimiento de los planetas. Su ruego todavía no ha prosperado, y quizá no consiga imponerse nunca. A fin de cuentas, ¿qué menoscabo le ha provocado a la filosofía al señalar que la materia tiene propiedades que desconocíamos, y que estábamos muy lejos de la ridícula presunción de conocerlo todo?

Tampoco me parece que Newton haya despreciado totalmente la metafísica. Era demasiado buen filósofo para no advertir que la metafísica es la base de todos nuestros conocimientos y que es

obligado acudir a ella para extraer de las cosas nociones claras y distintas. Incluso podría defenderse que gracias a los descubrimientos de este excelente geómetra la metafísica ha progresado en el alcance de sus conocimientos. Hay diversos motivos que justifican lo poco que habló de metafísica en sus principales tratados: no estaba lo bastante contento con sus progresos, no quería enredarse en una ciencia que a menudo resulta incierta y cuyos estudiosos son tan proclives a la controversia, temía que sus discípulos, amparándose en su autoridad, prolongasen sus errores como los cartesianos los de Descartes... Sea como sea, sus ideas sobre cuestiones metafísicas solo podemos inferirlas de los escritos de sus colaboradores más cercanos. Su impronta en esta disciplina es tan tenue que vamos a dejar aquí nuestro comentario.

Locke emprendió y desarrolló con éxito aquello que Newton no se atrevió o no supo cómo hacer. Si Newton desarrolló la física, Locke hizo lo propio con la metafísica. Su proyecto contemplaba omitir las cuestiones abstrusas y ridículas que habían dominado la discusión hasta ese momento. Señaló que esas abstracciones insostenibles eran los principales motivos de nuestros errores. Se alejó de unos libros que solo lo hubiesen instruido mal y, decidido como estaba a descubrir la verdad sobre el alma, sus ideas y pasiones, se sumergió en sí mismo. Este es el motivo por el que el *Tratado del entendimiento humano* puede leerse como un retrato de la humanidad a partir de la imagen que le había devuelto el espejo en el que se miraba. Su mayor logro fue confinar la metafísica en la física experimental del alma, que si bien es una materia muy distinta a la que se ocupa de los cuerpos, debe tratarse con el mismo rigor. La física del alma trabaja con un objeto distinto, y por ese motivo está obligada a enfocar sus investigaciones de otra forma: en esta disciplina se pueden descubrir, y de hecho se descubren, fenómenos nuevos; en la otra todo el material con el que se trabaja existe desde el principio de los tiempos, es común a todos los hombres, y quien cree que está revelando algo nuevo solo se engaña. La metafísica nos parece razonable cuando se esfuerza por examinar

cuidadosamente los hechos y trata de explicarlos (igual que la física experimental) relacionando a unos con otros en una estructura jerárquica. Dicho en una sola frase: los principios de la filosofía, cuando se expresan con claridad, son los mismos para los eruditos que para la gente más sencilla.

El escaso progreso que ha hecho la metafísica estos años es una prueba de cuán difícil resulta aplicar correctamente sus principios, tanto por lo complicado de la tarea como por la paciencia que exige trabajar en unos límites tan estrechos. Pese a todo sigue siendo moneda corriente en nuestro siglo enfrascarse en problemas de esta clase. Nuestro presente se muestra generoso a la hora de incrementar el conocimiento, ¡pero qué pocos investigadores demuestran ser dignos de ese nombre! ¡Cuántos estudiosos emplean su erudición en oscurecer con sus falsas sutilezas ideas que eran claras y distintas! ¡Cuántos prefieren lo extravagante a lo verdadero y anteponen lo abstruso a lo sencillo! No me sorprendería nada que en un lapso de tiempo relativamente breve el nombre de «metafísico» se considere una injuria para nuestras mentes más brillantes, como ya ha ocurrido con «sofista», una palabra que en su origen significaba «sabio», pero que por culpa de las malas artes de quienes se presentaban en Grecia con este nombre terminó por causar rechazo entre los auténticos filósofos.

Nuestra conclusión es la siguiente: Inglaterra nos debe el germen de toda la gran filosofía que nos ha legado. Y quizá sea más meritorio recorrer la distancia que va de las formas esenciales a los torbellinos que de los torbellinos a la gravitación universal, así como tiene más mérito recortar la distancia entre el álgebra y su aplicación geométrica que pasar del triángulo de Barrow al cálculo diferencial.

Hasta aquí llega el listado de los genios indiscutibles del espíritu humano, y que incluso en Grecia hubiesen merecido estatuas, aunque conllevase desplazar las de algunos de sus grandes hombres.

La extensión de este discurso nos invita a que mencionemos a otros filósofos importantes, de ambición más reducida que los

anteriores, pero que han sabido levantar algunas puntas del velo que ocultaba la verdad. La lista es amplia: Galileo, que ha contribuido tanto al desarrollo de la geografía gracias a sus hallazgos astronómicos como a la mecánica gracias a sus teorías sobre la aceleración; Harvey, pues el descubrimiento de la circulación de la sangre le ha valido un sitio entre los inmortales; Huyghens, a quien volvemos a nombrar, pues así lo ameritan sus talentosas contribuciones al desarrollo de la geografía y de la física; Pascal, que ya solo por su tratado sobre la cicloide merece ser considerado como un prodigio de inteligencia y de penetración, y quien por sus estudios sobre el equilibrio de los líquidos y el peso del aire admite ya la calificación de genio universal; Malebranche, que con tanta sagacidad ha señalado los errores de los sentidos y de la imaginación que parece como si los suyos no lo hubiesen engañado nunca; Boyle, a quien la física experimental reconoce como padre; y otros muchos, entre los que no pueden dejar de citarse a Vesalio, Sydenham, Boerhaave... Y una legión de físicos célebres.

Pero quiero detenerme en un hombre cuya filosofía es ahora discutida con tanta devoción en el norte de Europa que resulta imposible pasarla por alto: me refiero al ilustre Leibniz. Ya merecería que lo celebrásemos con honores tan solo por compartir con Newton la invención del cálculo diferencial, pero lo justo es abordar sus logros mayores como metafísico. Como Descartes, advirtió la ineficacia de la mayoría de respuestas que se habían dado hasta al momento a problemas como la unión del cuerpo y el alma, la Providencia, la naturaleza de la materia... Incluso se dice que extirpó con más vigor que Descartes los errores heredados y que incluso se anticipó a las dificultades con las que se encontraría quien pretendiera solucionarlos. Pero a diferencia de Locke y Newton rebasó los límites de la prudencia y trató de disipar las dudas con la misma falta de éxito que Descartes. El principio de razón suficiente es una formulación muy bella, está aureolado de justicia, pero no parece que pueda ayudar a criaturas tan poco perspicaces como los humanos a descubrir los primeros principios de todas las cosas; sus

mónadas constatan que comprendió como nadie que es imposible formarse una idea clara de la materia pero, por desgracia, y en consecuencia, él tampoco fue capaz de dárnosla; con la armonía preestablecida contribuyó a confundir todavía más los problemas que ya tenía Descartes para unir el alma y el cuerpo; y su optimismo, en la medida que pretende explicarlo todo, termina siendo peligroso para la propia razón. Las aportaciones que este gran hombre hizo a la metafísica quizá puedan considerarse más agudas que sólidas, pero nadie puede negar la ambición y la audacia de sus ideas sobre una extensión prodigiosa de asuntos, y que sus investigaciones estuvieron siempre dirigidas por un inequívoco espíritu filosófico.

Vamos a terminar con una afirmación que no sorprenderá a ningún filósofo. Ninguno de estos hombres logró ver en vida cómo sus investigaciones transformaban el rostro de las ciencias. Ya hemos explicado por qué Bacon no llegó a liderar a los intelectuales de su tiempo, pero podemos añadir dos nuevos motivos. En primer lugar: varios de los libros de este insigne pensador fueron escritos en el exilio; es imposible que los sufrimientos del político no repercutiesen en el autor. En segundo lugar: quizá sus contemporáneos se mostraron reticentes a ser instruidos sobre tantos temas por el mismo hombre. Solo con mucha desgana se admite a los genios que sepan tantas cosas, se acude a ellos para aprender sobre un tema específico, pero de mala gana nos obligamos a reformular nuestras ideas de acuerdo con las suyas. Este es también el motivo por el que tras la muerte de Descartes sus obras fuesen más atacadas en Francia que en Holanda durante toda su vida, y que los colegios tardasen tanto en admitir una física que consideraban contraria a las viejas leyes de Moisés. La oposición a Newton entre sus contemporáneos fue mucho más leve, pero quizá se pueda aventurar un motivo muy específico: sus descubrimientos geométricos no admitían discusión. Tal vez estos contribuyeron a que los ciudadanos se acostumbrasen a admirarlo y a homenajearlo sin esfuerzo, o quizá su grandeza era tan evidente que se imponía

sin propagar ninguna envidia. Sea como sea, disfrutó de la suerte de que Inglaterra (acaso una nación menos celosa que las otras) aceptase su filosofía, y se pudiese contar entre sus partidarios a todos sus compatriotas. Pero ni por asomo fue saludado con el mismo asentimiento en el continente. En Francia seguía dominando la filosofía escolástica, de manera que ni siquiera se enteraron de que Newton había derribado el cartesianismo, y que los torbellinos de Descartes fueron negados antes de que hubiésemos sido capaces de asimilarlos. Después nos ha costado tanto renunciar a ellos como nos costó aceptarlos. No sin cierta vergüenza podemos cotejar que en los libros de hace treinta años seguía vigente el cartesianismo. Tuvimos que esperar al autor del *Discurso sobre la figura de los astros*, un compendio de amplios conocimientos geométricos animados por un genuino espíritu filosófico (una rara y preciosa combinación) para que Francia tuviese su primer newtoniano. Su nombre es M. de Maupertuis y fue el primero en darse cuenta de que se puede ser un buen ciudadano sin adoptar a ciegas una física elaborada en su propio país, y su atrevimiento al atacar el cartesianismo es algo que siempre debemos agradecerle. Nuestro país es extraordinariamente goloso cuando se trata de novedades del gusto, pero se muestra muy apegado a las viejas nociones científicas. Los motivos de esta divergencia de actitud son variados. Los objetos que afectan al sentimiento no se prolongan mucho, las cosas enseguida dejan de resultarnos agradables, el ardor se apaga, y el alma, ya saciada, busca algo nuevo con lo que alimentarse. El entendimiento, por el contrario, solo alcanza lo que persigue tras mucha dedicación y esfuerzo; se comprende pues que cuando alcanza un objetivo se incline a meditar sobre sus logros.

Los físicos tienen con los artesanos del pueblo varias cosas en común que solemos pasar por alto: trabajan sus teorías con el mismo celo con el que los otros trabajan con sus herramientas. Nuestra admiración hacia Descartes seguirá viva, pero que eso no impida que abandonemos teorías a las que él mismo hubiese renunciado de haber vivido cien años más. No hagamos del estudio

de sus teorías una secta. Un genio encontró en medio de la oscuridad reinante un camino nuevo que no ha sido heredado por sus seguidores; los primeros en avanzar por esa senda equivocada tenían, por lo menos, valor, pero no veo ningún mérito en seguir adelante y entre tinieblas cuando alrededor se han encendido luces más potentes. El propio Descartes hubiese despreciado a quienes defienden el cartesianismo por apego a las enseñanzas infantiles o por orgullo nacional, que es siempre la vergüenza del pensamiento. Quien defiende a Descartes con estas motivaciones quizá sea el último en abandonar el barco del cartesianismo, pero nunca será el primero de sus discípulos, y es casi de justicia que lo consideremos el enemigo de su herencia. Admirar de verdad el legado de un gran hombre exige reconocer sus errores cuando el tiempo los desvela. Ese es el motivo por el que los jóvenes, pese a su fama de malos juzgadores, son a veces los mejores jueces cuando se trata de valorar asuntos filosóficos, puesto que si no son necios, como todo es nuevo para ellos, no les guía otro interés que elegir bien.

Y son los jóvenes geómetras, los de Francia y los de otras naciones, quienes han terminado por decidir la suerte de las dos filosofías en pugna.

El cartesianismo ha quedado tan devaluado que ni siquiera sus partidarios más feroces se atreven a nombrar esos torbellinos con los que llenaron tantas páginas. No dudo de que si una nueva teoría destrozase el newtonismo sus discípulos harían el mismo grotesco papelón que ahora interpretan sus rivales. Esta y no otra es la naturaleza de los espíritus: perseverar en el error por el mismo amor propio que empujó a los filósofos hacia nuevos descubrimientos.

La suerte de Locke ha sido muy parecida a la de Bacon, Descartes o Newton. Rohault y Regis lo olvidaron durante mucho tiempo, y la multitud no llegó a conocerlo. Solo ahora empieza a tener en nuestro país lectores y seguidores. Y es que los personajes geniales cuya inteligencia está por encima de su siglo suelen trabajar en desventaja. Es a los que vivirán en los próximos siglos a quienes compete recoger los frutos de su inteligencia. Por eso los genios que

dan las ciencias raramente disfrutan en vida de la gloria que merecen. Hombres de calidad muy inferior les arrebatan la gloria, porque la vida de un gran hombre está entregada al trabajo, mientras que el mediocre la dedica a su nación. Estoy seguro de que la conciencia de su propia superioridad es suficiente para consolarse. La fama propaga antes lo que sabe de oídas que lo que ha comprobado por sí misma, y sería justo que los mismos poetas que difunden su voz también contribuyesen a quitarle la venda de los ojos.

Y lo cierto es que la filosofía que hoy en día domina nuestro siglo progresa con tanta velocidad que ni siquiera tiene interés por vengarse de los desprecios que recibiera de nuestros padres, pues parece mucho más preocupada en recuperar el tiempo perdido. El desprecio recae ahora sobre la erudición, pero no por haber cambiado de objetivo nos parece menos injusto este trato. Ahora nos complace imaginar que ya hemos agotado todos los tesoros de los cofres que nos legaron los antiguos, y miramos con recelo y suficiencia a quienes todavía acuden a consultar esas viejas fuentes. Se ha puesto de moda pensar en la Antigüedad como en un oráculo que ya lo ha dicho todo y al que es tan difícil interrogar como extraer agua de un cauce seco. Ahora mismo le damos tanta importancia a la restitución de un párrafo o de un verso como al descubrimiento de una vena insignificante del cuerpo humano. Pero sería demasiado pretencioso y ridículo considerar que la anatomía ya no puede suministrarnos nuevos conocimientos solo porque los anatomistas del presente se hayan entregado a investigaciones poco ambiciosas cuyos resultados refrendan su inutilidad. Y es igual de absurdo desentendernos de la erudición solo porque los sabios del presente parezcan enfrascados en discusiones sin horizonte. Es propio de ignorantes certificar que una materia, sea la que sea, está acabada, de manera que hay que resistirse a quienes pretenden hacernos creer que es imposible extraer provecho de la lectura y del estudio de los antiguos.

Una costumbre que ha contribuido mucho a que arraigue este prejuicio (y que quizá sea más perjudicial que el prejuicio mismo) es la de escribirlo todo en lengua vulgar. Al reparar en que nuestro idioma se ha infiltrado por toda Europa nos hemos convencido de la conveniencia de sustituir el latín como vehículo de expresión de los sabios, un papel que venía desempeñando desde el renacimiento de las letras. A mi juicio es más fácil disculpar que un filósofo escriba en francés que un poeta insista componer versos en latín. Estoy incluso dispuesto a admitir que este nuevo hábito contribuye a propagar la Ilustración, aunque le pondría un reparo: no es lo mismo lograr que las luces penetren de manera profunda en el espíritu de los pueblos que extenderlas sobre la superficie. De lo que no se puede dudar es del prejuicio que ha supuesto y que no supimos anticipar: los sabios de las otras naciones se han dicho a sí mismos que quizá podrían imitarnos y escribir en su propio idioma. En Inglaterra ya nos imitan, Alemania (donde parecía haberse refugiado el latín) empieza a abandonar la lengua antigua, y no tardarán en hacerlo los suecos, los daneses y los rusos. Pronostico que antes de que acabe el siglo xviii cualquier filósofo que pretenda estar al corriente de lo que han estudiado y descubierto sus predecesores no tendrá otro remedio que estudiar siete u ocho idiomas, gastará tanto tiempo en llenar así su memoria que morirá antes de haber empezado a conocer bien el contenido de la filosofía. Este latín que con tanta alegría hemos proscrito era muy útil cuando se trataba de obras, como las filosóficas, donde lo principal es la claridad y la precisión, que tan bien pueden expresarse en una lengua universal.

La recuperación del latín sería una noticia magnífica, pero no tengo la menor esperanza de que ocurra. La sustitución del latín por las lenguas vulgares halaga demasiado la vanidad y favorece demasiado la pereza para que tengamos la menor oportunidad de desarraigarla. Los filósofos se parecen al resto de escritores en un aspecto: quieren que sus compatriotas los lean. Si escribiesen en latín jamás serían elogiados por tantos labios que se jactan de comprenderlos. Y si bien es cierto que cuando se reduce el número

de lectores aumenta la calidad de los jueces, el escritor sabe bien que la fama depende del número y no del mérito de sus prosélitos.

Lo más conveniente es no exagerar ninguna de las dos posturas y juzgar la situación con mesura. En nuestra época los escritores dedicados a las ciencias parecen haber alcanzado un derecho en apariencia exclusivo de los dedicados a las bellas letras. Nuestro siglo ha tenido el privilegio de disfrutar de un escritor que enseñó a sus colegas a desprenderse del lastre de la pedantería. Maestro en transparentar las ideas más abstractas, logró que fuesen accesibles incluso para las mentes más bastas, invirtiendo en ello mucho método, claridad y precisión. Incluso se atrevió a engalanar el pensamiento científico con adornos que hasta ese momento se consideraban incompatibles, cuando no parecían estar rigurosamente prohibidos. Esta empresa se ha visto respaldada por un éxito imposible de discutir. Como sucede con todos los escritores originales este hombre ha dejado muy atrás a todos los aspirantes a imitarlo. Me refiero al autor de la *Historia natural*, el conde de Buffon, que ha desbrozado un camino propio, inconfundible. Apenas se puede recurrir a Platón y a Lucrecio como predecesores de esta elevación del estilo. Su fama crece día a día, y ya nadie duda de que la nobleza de sus textos refleja la naturaleza de su alma.

Pero por mucho que la filosofía de nuestro tiempo progrese en el empeño de expresarse en un estilo agradable, parece que no se ha olvidado de que su razón de ser es instruir, de manera que los sistemas, pensados más para halagar la imaginación que para iluminar nuestra razón, han desaparecido prácticamente de todas las empresas serias. Quizá le debamos el golpe de gracia a uno de nuestros mejores filósofos. No dudo de que las hipótesis y las conjeturas fueron utilísimas en otro momento, cuando el principal objetivo era reanimar la filosofía tras años de oscuridad, pues era más importante aprender a pensar de manera correcta que a desarrollar un pensamiento propio, pero los tiempos han cambiado y un escritor que se dedicase a elogiar los sistemas nos parecería un hombre a quien los avances del presente han dejado atrás. Las

ventajas que un espíritu así puede proporcionarnos son demasiado escasas para que nos compense por sus numerosos inconvenientes. Tampoco nos convence quien pretenda defender los sistemas recordando los logros que obtuvieron en el pasado, pues además de ser escasísimos equivaldría a pedir a los geómetras que se concentrasen en el problema de la cuadratura del círculo solo porque de ese esfuerzo derivaron dos teoremas interesantes. El sistema es para la filosofía lo que la metafísica es para la geometría: un mal menor, porque si bien en ocasiones contribuye a encaminarnos hacia la verdad, es incapaz de conducirnos hacia ella por sus propios medios. Si lo enriquecemos e iluminamos con observaciones tomadas de la naturaleza, quizá seamos capaces de vislumbrar con dificultad la existencia de algunas causas y después anticipar tentativamente sus consecuencias. Pero sin ayuda de estas observaciones las hipótesis derivadas de un sistema rara vez están a la altura de la certidumbre que debemos exigirle a las ciencias naturales y de las que suele carecer esa agrupación frívola de sentencias que conocemos con el nombre de sistema. La experiencia también nos demuestra que cuando otras ciencias recurren a los sistemas los resultados son desalentadores, e incluso peligrosos. La física debería limitarse a hacer cálculos y observaciones; la medicina a estudiar con el mayor detenimiento posible el cuerpo humano, clasificar sus dolencias e intentar procurarle un remedio; la historia natural a examinar el mayor número posible de animales, plantas y minerales; la química al estudio de cómo se componen y se descomponen las sustancias... Todas y cada una de las ciencias debería circunscribirse a los hechos tanto como les fuera posible, y solo recurrir a opiniones e hipótesis cuando no quedase otro remedio. Ni siquiera merece la pena mencionar la geometría, la astronomía o la mecánica, que parecen condenadas a un grado de precisión cada vez superior.

El ser humano abusa de lo mejor con gran frecuencia. Este es el espíritu que domina actualmente en la filosofía: querer verlo todo por sí mismo y no recurrir jamás a las hipótesis. Tan extendido está

que ha penetrado incluso en las bellas letras. El nuestro es un siglo analítico, y tanto es así que parece convencido de las ventajas de inocular en las obras artísticas, que pertenecen al terreno del sentimiento, discusiones frías y didácticas. No niego que tanto las pasiones como el gusto no escondan una lógica propia, pero afirmo que esa lógica es muy distinta de la corriente. De la misma fuente brota esta metafísica de los sentimientos que se ha apoderado de nuestros escenarios. No digo que se tenga que purgar del todo, pero es absurdo permitir que los domine por completo. El vicio de diseccionar el alma se ha apoderado incluso de las conversaciones domésticas: en lugar de conversar se diserta, y las sociedades han perdido la calidez y la alegría que brotaban de la charla despreocupada.

A nadie puede extrañarle, por tanto, que nuestras obras sean, por culpa de este sesgo «intelectual», inferiores a las del siglo pasado. El principal motivo quizá sea el esfuerzo denodado que hacemos por superar a quienes nos antecedieron. En cuanto se recuperó el camino correcto el arte literario y el gusto hicieron rápidos progresos. Basta que un genio descubra una belleza para que sus coetáneos aprendan a reproducirla y la generación siguiente se queda sin nada que descubrir. Pero ningún artista verdadero puede resignarse a la imitación, quiere incrementar la riqueza heredada, y se pierde en el innecesario esfuerzo de rebasar lo que ya es perfecto. Este es el motivo por el que justo cuando aumenta el número de buenos jueces y de criterios valiosos merma la cantidad de obras maestras. Ya no hay libros buenos, sino libros escritos por hombres de talento. Lo mismo ocurrió en el siglo de Demetrio de Falero (tras la plenitud de Demóstenes), en el de Lucano y Séneca (tras la gloria de Cicerón y Virgilio), y lo mismo sucede en el nuestro (tras la grandeza de Luis XIV).

Aclaro que estoy hablando de la orientación general del siglo y que estoy muy lejos de minusvalorar a los raros hombres de mérito que conviven con nosotros. El mundo literario necesita periodos de letargo tanto como el mundo natural cambiar de estación, y sería un

despropósito elevar nuestras quejas por ello. Y de la misma manera que en el siglo de Plinio, pese a la decadencia generalizada, se escribieron las obras de Quintiliano y de Tácito, que la orgullosa generación anterior quizá no hubiese podido componer, nuestro siglo también entregará a la posteridad obras de las que uno puede enorgullecerse con justicia. Un poeta justamente celebrado por su talento y que despierta nuestra compasión por su mala suerte ha eclipsado con sus obras a Malherbe y ha superado con sus epístolas y sus epigramas a Marot. Solo en nuestro siglo hemos asistido a la composición en lengua francesa de un poema épico que puede competir con los que se escribieron en griego, latín, italiano, inglés y español. Dos hombres se disputan el coturno, los dos son tan ilustres que nuestros compatriotas están divididos y parece que solo la posteridad podrá decidir quién merece la supremacía; entre tanto podemos decir que sus obras nos causan tanto placer como las de Corneille y las de Racine. Uno de estos dos hombres es el mismo a quien debemos *La henriada*, que también merece un lugar destacado entre los poetas. A todos estos méritos añade uno realmente insólito: sabe escribir en prosa. Nadie antes que él había dominado tan bien el extrañísimo arte de expresar sin aparente esfuerzo las ideas más complicadas empleando la palabra exacta, en un estilo que es bello sin confusión, pues acierta en el color más adecuado para cada asunto. Un rasgo imprescindible en un gran escritor, aunque poco atendido, es no estar nunca ni por encima ni por debajo de su tema. El libro que escribió sobre el siglo de Luis XIV debe añadir a sus numerosos méritos el de que el autor no contase con ningún modelo, ni entre los antiguos ni entre los escritores de la generación que le precedía. La nobleza y la velocidad del estilo con el que escribió su libro sobre Carlos XII se ajusta a la dignidad de su héroe, y sus piezas breves (quizá las mejores) bastarían por su variedad y excelencia para inmortalizar a cualquier escritor. Lamento no poder en este momento ir más allá de esta rápida revista a sus obras, detenerme a pagar el tributo que merece por la generosidad de su talento. Ya ha escuchado muchos aplausos

de sus compatriotas y de los extranjeros, y es una lástima que la muerte le impida escuchar los que forzosamente tendrán que dedicarle los hijos de sus enemigos si son justos.

Pero no se terminan aquí los motivos de orgullo para nuestro siglo. Un escritor muy riguroso que ha destacado tanto por sus valores cívicos como por su talento para la filosofía nos ha legado una obra sobre los principios que rigen las leyes, que ha sido tan aplaudida en Europa como criticada en Francia.[1] Pero no cabe la menor duda de que esta obra está destinada a ocupar un sitio destacado entre los monumentos al progreso de la razón, para gloria del autor. No solo la filosofía ha prosperado en lo que llevamos de siglo, diversos autores también han escrito obras notables de historia antigua y moderna. La comedia ha revelado un nuevo género que no deberíamos subestimar, pues le proporciona al espectador un placer enorme y no fue totalmente desconocido por los antiguos, se diga lo que se diga: la comedia doméstica. También hemos escrito varias novelas que nos impiden abandonarnos a la nostalgia por el siglo precedente.

Las bellas artes también disfrutan en Francia de un auge indiscutible. Si hay que creer a los entendidos, nuestros pintores son los primeros de Europa y muchas de sus obras rivalizan con las de los antiguos. La música quizá sea la disciplina que más ha progresado entre nosotros. Los extranjeros que durante años se quejaban de no poder soportar nuestras sinfonías han empezado a valorarlas gracias a un genio vigoroso y fecundo; pese al enorme aprecio que siguen demostrándole los franceses parecen haberse convencido por fin de que Lully dejó mucho trecho por recorrer. Es Rameau quien ha perfeccionado la música, acaparando en su persona los papeles de maestro y blanco de las envidias. Son legión los artistas que lo censuran mientras corren a imitarlo. El rasgo que más sobresale en este artista son sus reflexiones teóricas sobre la música, pues ha descubierto y compartido los principios de la armonía y de la melodía, y también ha reducido la composición musical a un número manejable de reglas allí donde antes dominaba

la arbitrariedad o una experiencia ciega. Me congratula celebrar expresamente a este genio en un texto dedicado a elogiar a los grandes hombres. Pese a los parabienes que ha recibido en vida creo que solo cuando el tiempo logre enmudecer las envidias será valorado en su justa medida, y lo será por todo el pueblo y no solo por las personas más sagaces de la nación, como sucede ahora. Con estas palabras igual me gano algunos enemigos, pero qué lamentable sería un filósofo que ni siquiera se atreviese a decir la verdad cuando habla de arte o de ciencia.

Estos son los méritos de los que podemos sentirnos orgullosos. Pero el mapa de nuestros bienes solo estará completo si a estos tesoros literarios les añadimos las sociedades que trabajan para preservar el gusto por las letras y el rigor en las ciencias, y a las que debemos tantos libros excelentes. La existencia de unas sociedades así solo puede suministrarles beneficios a los estados; la única reserva es que no se multipliquen ni se llenen de un excesivo número de espíritus mediocres. Es imprescindible que sean dirigidas por hombres capaces de orientar al resto, que únicamente reconozcan la superioridad del genio, que premien el trabajo y que valoren el talento muy por encima de la intriga. Pero que nadie se engañe: para el progreso del arte y de las ciencias es mucho peor distribuir mal los premios que suprimirlos, aunque en honor a la verdad los sabios proliferan e incrementan sus conocimientos sin necesidad de que los estimulen con recompensas públicas. Buena prueba de lo que digo la encontramos en Inglaterra, donde las ciencias prosperan sin que el Gobierno haga nada por ellas. Ahora bien, a cambio, la nación las respeta, y la recompensa del honor es un estímulo superior, quizá el mejor abono para que florezcan tanto las ciencias como las artes. Este amor hacia las obras de los hombres de letras todavía no está tan extendido entre nosotros. Tal vez nunca pase de ser una moda transitoria, o tal vez sea cierto que produce cientos de aficionados ignorantes por cada mecenas inteligente, pero cuando menos parece una valiosa barrera para no precipitarnos de cabeza en la barbarie.

Un signo de esa amenazadora barbarie lo encontramos en el estéril ingenio que disimula la ignorancia, que tanto contribuye a propagarla y que un día cubrirá el planeta entero. Ese dominio universal es el destino último del mal gusto. Pero también será su remedio, pues las revoluciones son incesantes y también la barbarie desembocará en un siglo de luz. La claridad impresiona más después de un periodo sometido a la oscuridad. Quizá pronto comenzará un periodo anárquico, terrible para quien tenga que atravesarlo, pero fecundo para sus descendientes. Pero no seré yo quien desee vivir una revolución tan agria: la razón y el buen gusto son pasajeros, los periodos de barbarie pueden prolongarse durante siglos.

Acaso esta sea una buena oportunidad para desviar los dardos que un escritor muy elocuente (dotado asimismo de cierto talento filosófico) ha lanzado contra las artes y las ciencias, a las que acusa de corromper las costumbres. Sería asombroso que los autores de una obra como la que aquí nos ocupa pudiesen comulgar con estas ideas, pese a que este autor parece confiar en nuestro empeño hasta el punto de que ha colaborado en él con dedicación y éxito.[2] Prefiero no señalarle que ha confundido el cultivo de la mente con los abusos que esa mente puede cometer, pues seguramente nos respondería que el cultivo desemboca de manera inevitable en el abuso. Así que prefiero señalarle otro aspecto: ¿no están la mayoría de males que él atribuye a las artes y las ciencias ocasionados por otros motivos, muy distintos, cuya enumeración sería demasiado larga y comprometedora? Creo firmemente que las letras contribuyen a que las sociedades sean más amables. No me costaría demostrar que mejoran a los hombres y extienden la virtud, hasta el punto de que compiten en este terreno con la moral. ¿Acaso consideraríamos justo cancelar las leyes porque en países donde las aplican unos salvajes contribuyen a condenar a hombres justos? Estoy muy lejos de apreciar las desventajas que pueda procurar el conocimiento humano, pero, de ser así, ¿qué ganamos destruyendo el pequeño dique que nos separa y defiende de la ignorancia y el vicio generalizados?

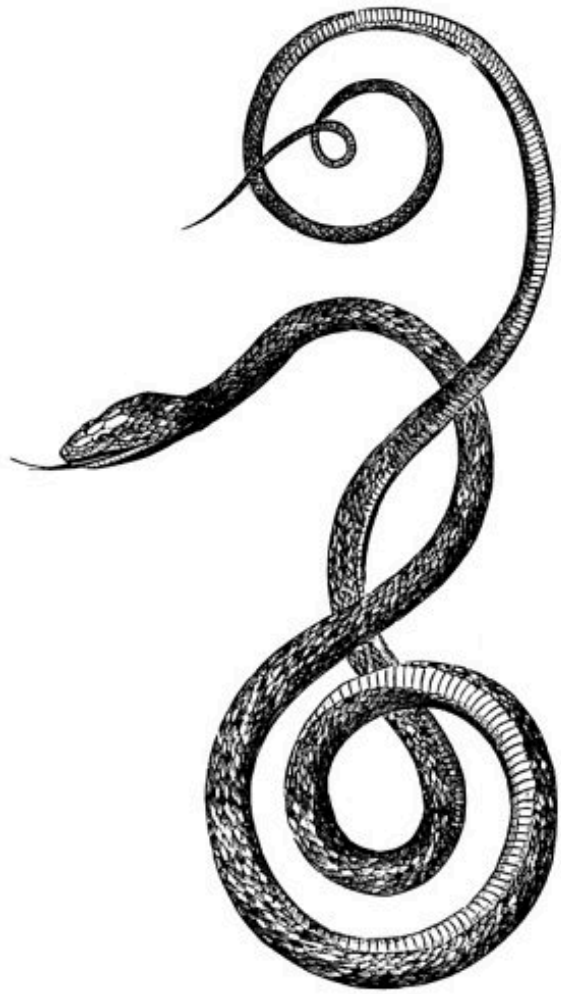
Podemos acabar esta historia de las ciencias señalando que también las diversas formas de gobierno influyen sobre los conocimientos que afloran en un país, pues la clase de gobierno interviene decisivamente en la modelación del temperamento de las personas encargadas de desarrollar las artes y las letras. En general, en una república lo normal es que proliferen oradores, historiadores y filósofos, y que en una monarquía sobresalgan los poetas, los teólogos y los geómetras. Pero no se trata de una norma universal imposible de quebrar; de hecho, son incontables las circunstancias que pueden alterar esta presunción.

D'Alembert

LA ENCICLOPEDIA

ADULTERIO

No pretendo plantear aquí la cuestión de si el adulterio es un crimen o de si desfigura la sociedad. Supongo que nadie deja de sentir en su conciencia que no es una pregunta digna de ser planteada, a menos que se quiera correr el riesgo de terminar abrumado por toneladas de argumentos dictados en gran medida por el interés propio. Una cuestión digna de ser discutida en relación con este asunto sería determinar quién daña más a la sociedad: ¿quien deshonra a la esposa de otro o quien se pasa la vida al lado de una mujer sin asegurar el futuro de sus hijos contrayendo un matrimonio legal?



Juzgamos con razón y de acuerdo con los sentimientos de todos los pueblos que, después del homicidio, el adulterio es el más punible de todos los crímenes, el más cruel de los robos y un ultraje capaz de suscitar el asesinato.

La otra forma de unión ilegítima no suele provocar la misma indignación que el adulterio. Las heridas que abre en la sociedad no son tan evidentes, pero no por eso dejan de ser reales, y aunque son menos vistosas sus consecuencias pueden llegar a ser mucho peores.

El adulterio presupone la unión de dos corazones corruptos, colmados de injusticia, que deberían horrorizarse el uno del otro, de la misma manera que nadie desprecia más a un ladrón que otro ladrón, pues conocen mejor que nadie sus ponzoñas. El adulterio

puede dañar irreversiblemente a los hijos que nacen de esta unión ilícita: rara vez gozarán de los beneficios de la ternura materna ni tampoco recibirán una educación moral sana, pues su madre solo ve en estos niños motivos de preocupación o el reproche viviente de su infidelidad, y ha perdido la inocencia, que es la fuente de la mejor educación moral. Pero aunque estos trastornos son graves, la sociedad sufre poco por ellos siempre que sean secretos: los niños son alimentados y reciben una educación honesta. Los hijos fruto de un adulterio sostenido reciben más cuidado que los nacidos de una unión pasajera.

Los placeres que Dios vinculó a la unión conyugal son los que permiten el crecimiento de la raza humana. Para proteger la generación la sociedad instituyó el matrimonio. Cuando estos placeres no están sujetos por la ley, el resultado no puede ser otro que la ruina de la fertilidad y el oprobio de la sociedad.

Veamos primero la ruina de la fertilidad: las mujeres que no respetan su deber moral aprecian poco la condición de madre, pero se muestran muy bien predispuestas a las relaciones ilegítimas, y no temen para nada los frutos que puedan derivar de estas relaciones. Desde el punto de vista de la sociedad las cosas son distintas: la llegada de estos hijos infelices es una vejación a la felicidad, parece que no tienen derecho a estar aquí y, muchas veces, tal como llegan al mundo son recibidos con métodos asesinos que caen sobre ellos en el momento mismo de nacer o a los pocos días. Esta masa de niños esparcidos al azar conforma una población envilecida que no puede acceder a la educación, que carece de bienes y a la que tampoco se le enseña un oficio. Los que sobreviven crecen en una amarga libertad que suprime en ellos la dulce coacción de los principios, las reglas y las restricciones. A menudo el resentimiento y la rabia se apoderan de esta clase de niños, y se entregan a excesos y abusos para vengar el abandono en el que viven.

El menor daño que estos amores ilegítimos pueden causar ya es terrible: cubrir la tierra de ciudadanos desgraciados que perecen sin haber provocado otra cosa que molestias a una sociedad que no ha

aprendido a tratarlos de otra manera que con desprecio. No puedo imaginar nada más contrario al crecimiento y al sosiego de la sociedad que el infame celibato que defienden por todas partes esos falsos filósofos que solo hablan de la salud de la sociedad mientras arruinan sus auténticos fundamentos. Nada es más sano para un estado que seguir con celo la doctrina de la Iglesia, que solo honra el celibato con la intención de que aquellos que lo abracen se vuelvan más útiles a los demás, mientras inculcan tanto a los ricos como a los pobres la conveniencia del matrimonio para anclar a todos en una sociedad honorable y virtuosa. A fin de cuentas es la Iglesia la que más se esfuerza por recuperar, nutrir e instruir a los niños abandonados por una filosofía salvaje.

Los antiguos romanos no tenían ninguna ley formal contra el adulterio. Tanto la acusación como el castigo eran bastante arbitrarios. El emperador Augusto fue el primero en establecer una legislación sobre este asunto y tuvo la desgracia de presenciar cómo se castigaba la conducta de su propio hijo. Se trataba de la ley Julia, que penaba al culpable con la muerte. Aunque el adulterio siempre se ha considerado más como un crimen doméstico y privado que público (este es el motivo por el que rara vez se espera que los extranjeros denuncien a sus mujeres, sobre todo si el matrimonio es pacífico), la ley de Augusto lo trató como un delito público.

Varios emperadores anularon la posibilidad de que los varones extranjeros acusasen a sus mujeres de adulterio. El motivo es la imposibilidad de impedir que un juicio así incremente la discordia entre marido y mujer, lo que sitúa a los hijos en una posición de incertidumbre intolerable para la sociedad. Puesto que el marido es el más interesado en examinar las acciones de su esposa para evitarse la burla y el descrédito, se da por supuesto que si este no la acusa nadie más tiene derecho a denunciarla.

Este es el principal argumento por el que la ley permite en ciertos casos que el marido sea el juez y el ejecutor de su propia situación. Así, cuando sorprende a la mujer adúltera y a su amante, se le permite elegir la venganza contra quienes han violado su

honor, pues es cierto que toda acusación pública de libertinaje contra la propia esposa daña el honor de la víctima. El testimonio público puede ser más doloroso que sufrir la pena en privado.

Actualmente, en la mayoría de países europeos el adulterio no se considera un delito público, solo el marido tiene la potestad de acusar a su esposa. La fiscalía no puede hacerlo a menos que el adulterio esté acompañado de un escándalo enorme. Además, aunque el marido viole la confianza conyugal, la mujer no puede acusarlo por este delito. En este aspecto la ley Julia era más avanzada, pues contemplaba castigos tanto para la esposa como para el marido.

Sócrates nos informa de que bajo el gobierno del emperador Teodosio, en el año 380 a.C., una esposa acusada de adulterio fue entregada a un castigo brutal: a cualquiera que se le antojase podía insultarla en público.

Licurgo castigó a un hombre condenado por adulterio con la misma pena que si hubiese cometido parricidio. En algunos pueblos al adúltero le arrancan los ojos, y en la mayoría de pueblos orientales lo castigan con muchísima dureza.

Entre los antiguos sajones era costumbre quemar a la mujer adúltera, y sobre las cenizas se construía un andamio donde se colgaba a su cómplice. En Inglaterra el rey Edmundo condenaba el adulterio con la muerte. Canuto instituyó que el castigo para el adúltero fuese el destierro y para la mujer que le arrancaran la nariz y los ojos.

En España se castiga al culpable cortándole las partes que le sirvieron para perpetrar el crimen.

En Polonia, antes de que se estableciese el cristianismo, castigaban el adulterio y la fornicación de una manera singular: llevaban al criminal a la plaza pública, allí le ataban los testículos con un pequeño gancho y a su alcance se le dejaba una navaja, de manera que para liberarse le bastaba con mutilarse. La otra opción era morir de hambre encadenado.

Justiniano, azuzado por su esposa Teodora, reformó la ley Julia para moderar su rigor. Desde entonces la mujer adúltera se libró de la pena capital, se la castigaba con una tanda de azotes y se la encerraba durante dos años en un convento. Si durante ese periodo el marido no la reclamaba, lo que equivalía a un perdón, le afeitaban la cabeza y la condenaban a quedarse en el convento el resto de su vida.

Las leyes que regulan el adulterio se han relajado mucho actualmente. El único castigo que se le impone a la mujer que ha sido condenada consiste en privarla de su dote y de los derechos matrimoniales y retirarla a un monasterio. Hoy en día la mujer sabe que si el marido la perdona y decide volver a llevársela a casa no tendrá que pelear contra ninguna la afrenta pública.

Lo malo de la actual legislación es que da alas a las intrigas de los herederos: podrían acusarla de adulterio con la idea de privarla de la dote o de su derecho a heredar. Para protegerla se impide a los herederos aportar pruebas contra ella durante el primer año de duelo.

En cualquier caso, la mujer condenada por adulterio no deja de estar entre los franceses bajo la protección de su marido.

Hubo un tiempo en que los lacedemonios en lugar de castigar el adulterio parecían tolerarlo, o eso nos dice Plutarco.

El adulterio vuelve ilícito el matrimonio de los culpables, o eso nos aseguran los teólogos, que lo consideran un «impedimento criminal».

Los cristianos orientales, muy en particular los griegos, consideran que el adulterio destruye el vínculo matrimonial, de manera que el marido que lo ha padecido puede casarse sin mayores formalidades con otra mujer. Pero el concilio de Trento ha condenado estas ideas y amenaza con anatematizar a cualquiera que las apoye.

En Inglaterra, si una mujer casada abandona a su marido para ir a vivir con otro en adulterio, pierde su dote y no puede exigirle a su esposo ninguna otra fuente de ingresos.

Algunos astrónomos decían que los eclipses de sol y de luna son como los adulterios: irregulares y sorprendentes. Hoy sabemos mucho sobre la mecánica de los eclipses y esta expresión ha caído en desuso.

Diderot

AFECTACIÓN

Aplicado tanto al lenguaje como a la conversación, se trata de un vicio bastante común para las personas de las que se dice que tienen labia. Consiste en hablar de cosas triviales o comunes en términos excesivamente rebuscados. Por este motivo los oradores refinados suelen ser insoportables para las personas con buena cabeza, pues los hombres con la cabeza sana acostumbran estar más interesados en hacer las cosas correctamente que en hablar bien, mientras que los hombres de labia piensan que escribir recargado equivale a pensar bien: si la expresión está cuidada el pensamiento será novedoso, certero y brillante. Para el hombre con cabeza una idea corriente exige una expresión corriente.

D'Alembert

ÁFRICA

Es una de las cuatro grandes extensiones de la Tierra. Se extiende unos cuatro mil kilómetros desde Tánger hasta Suez; unos siete mil kilómetros desde Cabo Verde hasta cabo Guardafui; y otros siete mil desde cabo de Buena Esperanza hasta su extremo norte.

Las costas africanas apenas conocen el comercio y el interior de esta parte del mundo sigue siendo un territorio bastante desconocido. Los europeos no empezaron a relacionarse con los habitantes del interior del continente hasta el siglo xiv. Casi no existe comercio interno entre los reinos de Marruecos y las áreas próximas a Cabo Verde. Las mayores áreas de intercambio se extienden entre los ríos Senegal y Sierra Leona, aunque también hay bastante actividad cerca de Cabo Verde. La costa de Sierra Leona ha sido explorada por las cuatro grandes naciones navegantes, aunque solo Portugal e Inglaterra han establecido relaciones comerciales con sus puertos. Costa de Marfil sí es frecuentada por todos los europeos, quienes a su vez han levantado asentamientos y fuertes por toda la prolongación de la costa de Ora. El cabo de Córcega es el principal asentamiento de los ingleses. Los negros se cazan en Benín y Angola. Hay poco comercio en Asdres y ninguna actividad en Kafir. Los portugueses se han establecido en Sofala, en Mozambique y en Madagascar, desde donde despliegan una gran actividad comercial.

Diderot

AMISTAD

La amistad no es otra cosa que la práctica de mantener un trato digno y agradable con alguien. Pero ¿seguro que la amistad no es más que eso? Un trato puramente mental entre dos hombres se llama «ser conocidos»; el trato que involucra al corazón, donde uno se interesa también por la felicidad del otro, es lo que llamamos «amistad». No se me ocurre una definición más precisa y adecuada de la amistad y ninguna nos sirve mejor de base para estudiar sus cualidades.

Detengámonos en un rasgo de la caridad: la disposición de beneficiar a cualquiera. La amistad se diferencia de la caridad en que se pretende beneficiar a aquellos con los que tenemos trato. La especie humana es demasiado vasta para que todos sus miembros tengan trato con nosotros. La amistad integra la caridad, comparte

los mismos rasgos, pero añade el interés personal por la felicidad concreta de alguien, que deriva del trato mutuo entre dos personas.

Es la insuficiencia de nuestro ser lo que posibilita la amistad, y es esa misma insuficiencia la que la destruye. Cuando estamos solos experimentamos nuestra miseria, sentimos la necesidad de apoyo. Buscamos a alguien para compartir nuestros gustos, un compañero para vivir placeres y dolores. Queremos acercarnos a un hombre con el que ocupar nuestro corazón y nuestros pensamientos. ¿Se puede imaginar un inicio más dulce para la amistad? Pero los sentimientos cambian cuando alcanzamos nuestros deseos.

Cuando vemos algo bueno, de lejos y en un primer momento seguro que inflama nuestros deseos. Cuando lo alcanzamos se manifiesta su insignificancia. La mirada de nuestra alma se fija en un objetivo; tras recortar la distancia nada puede impedir que miremos más allá. Este es el motivo por el que una amistad que de lejos parecía capaz de satisfacer nuestras aspiraciones, al acercarnos es incapaz de llenar el vacío que se comprometió a llenar. Ni la amistad más provechosa puede impedir que surjan nuevas necesidades que nos dirijan hacia nuevos objetivos. En ese momento nos volvemos menos cuidadosos, nuestro trato se eriza, exigimos como un deber las atenciones que antes recibimos como un regalo. Está inscrito en la naturaleza de los hombres que tiendan a apropiarse incluso del mérito de los favores que les hacen. El hábito nos convence de que ejercemos una autoridad natural sobre la voluntad de nuestros amigos. Nos gustaría convertirlos en un resorte de nuestros antojos para dominarlos. Cuando estas exigencias son recíprocas, lo que sucede con cierta frecuencia, la vanidad se despierta y clama a gritos, y llegan el trato duro, la frialdad, las explicaciones amargas y la ruptura.

A veces los amigos descubren falsedades que los otros mantenían ocultas, o bien se desarrollan nuevas pasiones que causan la aversión del otro, igual que las enfermedades más violentas nos alteran el gusto por el placer. Tampoco los hombres más vigorosos, los más capaces de ofrecernos pruebas de sincera

devoción, son los más apropiados para mantener una amistad inquebrantable. La amistad se mantiene más viva y estable entre los espíritus tímidos y serios, pues sus almas moderadas están más acostumbradas a la virtud. La sensación de tranquilidad apacible que transmite la amistad alivia su corazón, relaja su mente, ensancha el ánimo, los vuelve más confiados y les da ánimo, los hace mejores en el trabajo, en la diversión y en el placer. La amistad es el alma de su vida.

Los jóvenes, tan receptivos a las novedades, son muy sensibles a la amistad, pero la vivacidad de sus pasiones los distrae enseguida y se vuelven frívolos. La sensibilidad y la confianza suelen estar agotadas en los ancianos, pero se unen por necesidad, y cuidan de su amistad con la razón. Las primeras amistades son más pasionales, las últimas son más sólidas.

Los deberes de la amistad se extienden más allá de lo que uno piensa en un primer momento. Un amigo solo puede exigirnos de manera proporcionada a la naturaleza de la amistad. Conviene que encontremos argumentos para refutar la injusta opinión de aquellos que se quejan de haber sido abandonados, maltratados o poco valorados por sus amigos. Se equivoca quien tras disfrutar de una amistad basada en las diversiones literarias espera compromisos más profundos, pues, la clase de amistad que prosperaba entre ellos no exigía dar este paso. Un amigo con el que hemos conversado con placer no tiene el derecho a pedirnos una fortuna, un puñado de horas dulces no justifican tal sacrificio.

Un amigo que pasa por ser un hombre juicioso y que en ocasiones ha dado buenos consejos se enfada al enterarse de que teníamos un problema y no acudimos a consultarle. Se equivoca al obrar así. Algunas situaciones exigen que las compartamos en la confianza más íntima, que a veces se reserva para la familia. El cálculo de lo que un amigo está en su derecho a esperar de nosotros es muy complicado y depende de muchas circunstancias, y de miles de variantes de confianza y de intimidad. La norma general para conseguir la mutua satisfacción de los amigos bien podría ser que

cada uno se adaptase a las exigencias del otro, que nunca pidiera más de lo que su amigo está dispuesto a darle y que nunca ofreciese menos de lo que el otro espera.

Gracias a estas reflexiones podemos aclarar un asunto importante relativo a la amistad: ¿es la igualdad entre los dos amigos una condición necesaria para que la relación progrese? ¿O es la amistad la que iguala a los dos amigos, provengan de donde provengan? En latín se decía: «La amistad ni encuentra ni crea iguales». ¿Significa esto que un monarca no puede tener amigos? ¿Cuál sería el proceder adecuado: buscar amigos entre los otros monarcas o tratar a los hombres que merecen su estima en pie de igualdad? Me parece que en la segunda opción descansa el sentido más provechoso de esta máxima.

Entre dos amigos debe circular una libertad de pensamiento y de palabra lo bastante grande para que ninguno de los dos se sienta superior o inferior al otro. La igualdad de trato es la fuente de todos los placeres y amabilidades que siembra la amistad. Esta amabilidad consiste en ofrecerse el uno al otro sus pensamientos, sus gustos, sus dudas y sus preocupaciones... pero sin rebasar nunca los límites de la confianza que la naturaleza ha establecido.

Los antiguos parece que divinizaron la amistad, pero no le construyeron ni templos ni altares de piedra como a otras divinidades. El tiempo ni siquiera ha conservado la menor imagen. En su obra sobre los dioses del paganismo, Lilio Geraldi asegura que representaban a la diosa de la amistad con la figura de una chica sin nada en la cabeza, vestida con ropajes gruesos y con una mano sobre el pecho, a la altura del corazón. Reconozco que me parece una representación sublime.

Diderot

ARABIA

Se trata de una región muy importante de Asia. La península que recibe este nombre limita al oeste con el mar Rojo, el istmo de Suez, la Tierra Santa y Siria; al norte limita con el Éufrates y el golfo Pérsico; al este con el océano; y al sur con el estrecho de Bab-el-Mandeb. Arabia está dividida en tres partes: la pétrea, la desértica y la feliz. La Arabia pétrea recibía su nombre de su antigua capital (la actual es Herac), que se llamaba Petra; es la más pequeña de las tres. Se trata de una zona montañosa, poco habitada en el norte pero populosa y fértil en el sur. La Arabia desértica se llama así por las características del territorio que ocupa: una sucesión de montañas estériles que se levantan sobre enormes extensiones de arena; su capital es Ana. A la Arabia feliz se la conoce en árabe como Yemen, que debe el epíteto a su fertilidad; su capital es Saná. Los árabes son musulmanes, sus gobernadores reciben el nombre de emires o jeques, y cada uno de estos gobernadores es independiente de los otros, aunque todos dependen del sultán. Los árabes son ladrones y pendencieros.

Solo la Arabia feliz participa de manera significativa en el comercio. Las ciudades más comerciales son las que se levantan a orillas del mar Rojo, el océano Arábigo y a lo largo del golfo de Basora. Se podría añadir a estas las ciudades de La Meca y Medina, donde la devoción atrae a tantos peregrinos como la codicia a comerciantes. El comercio entre ambas ciudades circula por el puerto de La Meca, y las mercancías se almacenan en la ciudad de Moca.

Moca está situada en la entrada del mar Rojo, desde donde se vislumbran los barcos que llegan desde Europa, Asia y África. Además del comercio marítimo también circula en Arabia el comercio terrestre; las mercancías (terciopelos, satenes, telas suntuosas, azafranes, frutos secos) viajan en caravanas desde Alepo hasta Suez.

Parte de lo que importamos de la península son productos naturales del país, aunque también traemos manufacturas o

productos que provienen de las Indias. Las fábricas producen algunas telas de algodón, y también se negocia con perfumes, incienso, mirra, ámbar gris, gemas, aloe, bálsamos, canela, salvia y coral. Aunque el principal producto sigue siendo el café.

Diderot

ARISTOCRACIA

Dícese del gobierno político administrado por un pequeño número de nobles y sabios. Los autores que han escrito sobre política aseguran preferir esta clase de gobierno a cualquier otra. Las repúblicas de Venecia y de Génova están dirigidas por nobles, el resto de personas están excluidas del Gobierno. A primera vista podría parecer que la oligarquía y la aristocracia tienen mucho en común, pero una oligarquía es un gobierno aristocrático corrupto: en lugar de ser gobernado por los mejores, queda en manos de un pequeño grupo de personas que dominan a los demás para favorecer sus intereses.

En cuanto a las leyes que definen y rigen la aristocracia conviene remitirse a la obra del señor de Montesquieu. Enumero a continuación algunas de las principales:

1. En una aristocracia solo los aristócratas participan y tienen derecho a voto en las cuestiones públicas, pero ni las conversaciones ni los votos pueden ser secretos.
2. El sufragio nunca debe hacerse por sorteo, pues esta práctica solo conlleva inconvenientes. De hecho, una vez se eleva a unos ciudadanos por encima de otros, ningún elemento puede atenuar el odio. Es el poder lo que uno envidia, no la nobleza.
3. Cuando haya demasiados nobles, tiene que articularse un senado que regule los asuntos. Entre sus funciones está la de escoger los temas sobre los que deberá pronunciarse el grueso de la aristocracia. Podría decirse que el poder ejecutivo descansa

sobre el Senado, que el conjunto de los nobles forman el cuerpo democrático y que el pueblo no vale nada.

4. Siempre es una buena medida contrarrestar el poder de la aristocracia para que no se vuelva absoluto. La solución en Génova ha sido darle cierto poder al banco de San Jorge, que está dirigido por el pueblo. De esta manera se les vuelve corresponsables de su prosperidad.
5. Los senadores, una vez terminado su ciclo, no pueden ocupar los asientos vacantes. Debe constituirse una institución que atribuya el cargo de senador a otros nobles para impedir los abusos.
6. El mejor gobierno aristocrático es aquel en el que la proporción del pueblo que no tiene el menor poder es tan pequeña, insignificante y pobre, que los que gobiernan no sienten el menor interés por oprimirla.
7. El gobierno más imperfecto es aquel en el que un gran número de personas están en situación de servidumbre civil ante quienes las gobiernan.
8. Si el pueblo es virtuoso disfrutará de una satisfacción parecida en un gobierno aristocrático que en una democracia, pero se beneficiará de un Estado más poderoso.
9. La virtud específica de la aristocracia es la moderación, que es la fuerza cardinal de esta clase de gobierno.
10. La modestia y la sencillez de costumbres constituyen la principal fuerza de la nobleza en un gobierno aristocrático.
11. Si algunos nobles asumiesen prerrogativas a título personal distintas a las del conjunto de la aristocracia, el Estado se estaría desviando de su naturaleza y se iría corrompiendo en una monarquía.
12. Existen dos fuentes principales que pueden trastornar a los estados aristocráticos: la desigualdad excesiva entre los que gobiernan y los gobernados, y la desigualdad entre los encargados de gobernar.

13. La primera de estas desigualdades se produce cuando los privilegios de los principales ciudadanos se exageran al mismo tiempo que se aumentan los impuestos sobre los gobernados.
14. El comercio es la profesión del pueblo, pues se ejerce entre iguales. Los nobles nunca participarán del comercio en una aristocracia.
15. Las leyes deben estar escritas de una manera que los nobles estén obligados a obrar e impartir justicia.
16. Se debe reprimir por completo el impulso de dominar.
17. Es imprescindible que exista, de manera permanente o temporal, una instancia cuyo poder teman los nobles.
18. Tanto una riqueza como una pobreza excesiva entre los nobles resulta pernicioso en una aristocracia.
19. Entre los nobles no se instaurará la progenitura; de este modo los bienes quedarán repartidos de manera equitativa entre los distintos descendientes.
20. Es imprescindible que los conflictos que puedan surgir entre los nobles no se prolonguen demasiado.
21. Las leyes deben sofocar rápidamente las diferencias que la vanidad siembra entre las familias nobles.
22. Si las leyes son buenas será sencillo que prospere en los nobles la impresión de que son superiores los beneficios que los inconvenientes que acarrean.
23. La aristocracia se corromperá cuando el poder de los nobles se aleje de la virtud y se vuelva arbitrario.

Diderot

ARTE

Arte en sentido abstracto: los hombres empezaron recogiendo información sobre la naturaleza, sobre las cualidades de los distintos seres y los empleos que podrían darles, y a todo ello le atribuyeron un valor simbólico. Después los hombres llamaron ciencia a la articulación de todas las observaciones que habían hecho, y el resultado fue un sistema de reglas que aspiraba a abarcar todos los objetos al mismo tiempo. Este es el significado más general que le podemos atribuir a la palabra «arte». Pongamos un ejemplo: los hombres reflexionaron durante mucho tiempo sobre el empleo y la función de las palabras y solo mucho después inventaron el término «gramática». La gramática designa, por tanto, un sistema de instrumentos y de reglas que afectan a un objeto específico. Este objeto específico es el sonido articulado. Lo mismo ocurre con el resto de artes y ciencias.

Origen de las artes y de las ciencias: el hombre empezó a aplicar su trabajo y su inteligencia sobre los productos de la naturaleza en busca de lujo o diversión y empujado por la curiosidad y la necesidad. Fue así como se crearon las artes y las ciencias. Si el objeto conduce a la acción, llamamos «arte» al conjunto de reglas que rigen su ejercicio. Si el objeto conduce a la contemplación (en cualquiera de sus formas), al compendio de reglas que rigen su estudio lo llamamos «ciencia». Este es el motivo por el que consideramos la metafísica una ciencia y la ética un arte, la teología una ciencia y la pirotecnia un arte.

Aspectos especulativos y prácticos de un arte: de lo dicho anteriormente podemos concluir que cualquier arte tiene una vertiente especulativa y otra vertiente práctica. La primera consiste en conocer todos los principios de un arte sin que intervenga el menor hábito irreflexivo. Es muy difícil, por no usar la palabra imposible, llegar lejos en el ejercicio práctico de un arte sin conocer sus principios especulativos, de la misma manera que no se pueden esperar grandes progresos en un arte si uno se limita a conocer sus principios especulativos sin ejercitarse: en cualquier arte existen peculiaridades del material y un instrumental específico que solo pueden llegar a dominarse con la práctica. La especulación debe explicar los fenómenos y señalar nuevos retos, mientras que la práctica debe resolverlos, de manera que solo un artista que pueda pensar correctamente sobre su arte podrá desempeñarlo bien.

División de las artes en liberales y mecánicas: cuando los hombres examinaron los productos de las artes se dieron cuenta de que algunos habían sido fabricados por la mente y otros por las manos. Esta distinción ha contribuido a que se haya establecido una jerarquía entre las artes, y que a unas se las llame liberales y a otras mecánicas. La distinción está justificada pero la jerarquización es algo absurda, pues por su culpa se ha rebajado a algunos artesanos que son trabajadores muy dignos y que hacen un trabajo muy útil, y también se ha insuflado en el hombre, al rebajar el trabajo manual, cierta pereza. Casi todos los hombres educados tendemos a pensar que aplicarse de manera diligente y continua a la fabricación de objetos concretos supone una rebaja del espíritu humano, y que nuestra mente rebaja su dignidad cuando se entrega al trabajo práctico. Este descrédito de las artes mecánicas constituye un gravísimo error social. Demasiadas veces la mente se entrega a especulaciones que no tienen apenas valor o aborda cuestiones de por sí vergonzosas. Estos prejuicios han contribuido a llenar las ciudades de espectadores inútiles y de hombres orgullosos dedicados al ocio o a la especulación inútil, y ha poblado nuestros campos de pequeños tiranos ignorantes, tan perezosos como

desdeñosos. Jamás hubiese suscrito estos prejuicios Bacon, uno de los principales genios de Inglaterra, ni tampoco Colbert, uno de los ministros más inteligentes que ha conocido Francia; y no los hubiese aprobado ni uno de los hombres sabios y sensatos que ha conocido el mundo. Bacon consideraba la historia de las artes mecánicas como la rama más importante de la verdadera filosofía, de manera que no podía estar más lejos de despreciar su práctica. Colbert consideraba que la fundación de industrias populares y de manufacturas constituía la inversión más fiable a la que podía entregarse un reino. Hoy en día, ningún hombre capaz de discernir el valor de las cosas puede dejar de agradecer a Colbert que llenase Francia de grabadores, pintores y escultores de todo tipo; que le arrebatase a los ingleses el secreto de los telares, a los genoveses el secreto del terciopelo y a los venecianos sus espejos; que se beneficiase de todos los pueblos que derrotaban los ejércitos de Francia arrancándoles sus conocimientos. A ojos de un filósofo los gobernantes que reciben más alabanzas son aquellos que han sufragado a ingenios como los de Le Brun, Le Sueur o Audran, que han encargado pinturas, grabados o tapices con las versiones de las grandes batallas de Alejandro protagonizada por sus generales. Pero si se coloca en un plato de la balanza las ventajas reales que le han aportado al pueblo las ciencias más sublimes y en el otro las aportaciones de las artes mecánicas enseguida juzgaremos que no las estimamos en la debida proporción. El pueblo tiende a celebrar antes a quien ocupa su tiempo convenciéndonos de que somos felices que a quienes realmente contribuyen con su trabajo a nuestra felicidad. ¡Qué manera más extraña tenemos de juzgar! Ojalá todos los hombres ocupasen su tiempo de manera útil y aprendiésemos a despreciar a los hombres inútiles.

Propósito general de las artes: en relación con la naturaleza el hombre solo puede ser su intérprete, y solo puede actuar sobre ella en la medida que conozca bien a los seres que la componen y la rodean, ya sea gracias a reflexiones o a experimentos. Por otro lado, por muy fuerte, hábil e incansable que sea un hombre con las

manos desnudas solo puede conseguir unos pocos efectos sobre la naturaleza, no alcanzará grandes logros si no se vale de instrumentos y herramientas. Lo mismo sucede con el entendimiento: la mente progresa más si se vale de reglas que si trata de avanzar de manera desordenada. Es como si los instrumentos y las reglas suministrasen un juego de músculos nuevos a los brazos y energía adicional para la mente. El propósito general de cualquier arte (o, si se prefiere, de cualquier sistema de instrumentos y reglas) consiste en imprimir formas específicas (bellas o útiles) en el material en bruto que nos ha proporcionado la naturaleza, ya sea materia o espíritu, algo que elaborar con el alma o manufacturar con el cuerpo. Voy a concentrar mi atención sobre las artes mecánicas precisamente porque la mayor parte de los autores las han descuidado.

Proyecto para un tratado general sobre las artes mecánicas: a menudo no conocemos nada sobre el origen de un arte mecánico o solo disponemos de informaciones muy vagas sobre su progreso. Este desconocimiento es la consecuencia natural del desprecio que recae sobre los hombres y las mujeres que se dedican a estas artes en todos los tiempos y en todos los países. La ignorancia es tan homogénea que debemos recurrir a suposiciones filosóficas, partir de hipótesis apenas probables, seguirle la pista a un dato que ha llegado a nosotros de manera fortuita, y desde allí tratar de llegar hasta el estado actual de desarrollo del arte. Me explicaré mejor con un ejemplo. Imaginemos a un filósofo que desconoce el origen de la fabricación del vidrio o del papel. ¿Qué haría para explicar la historia del desarrollo de estas artes hasta alcanzar su actual estado? Supondría que un pedazo de tela cayó de manera accidental en un recipiente lleno de agua y que permaneció allí el tiempo suficiente para disolverse, de modo que cuando el líquido se evaporó descubrió que en lugar de tela lo que había era una especie de sedimento. De no ser por unos pocos filamentos que recordaban el aspecto de la tela hubiese sido casi imposible determinar de qué material procedía ese sedimento. Para explicar el arte de trabajar el vidrio nuestro

filósofo probablemente supondría que las primeras viviendas sólidas construidas por el hombre eran de arcilla o de ladrillo cocido en un horno. Como es imposible cocer ladrillo al fuego sin que una parte de él se vitrifique, colegiría que fue así como se descubrió este arte. ¡Pero cuán lejos está aquel primer fragmento de vidrio sucio del cristal transparente que usamos en las ventanas! Sea como sea, el filósofo tiende a arrancar sus explicaciones sobre el origen de las distintas artes de parecidos hechos fortuitos para luego avanzar hasta llegar al estado actual de cada arte específico.

Ventajas de este método: al emplear este procedimiento el progreso de un arte cualquiera se revelaría de manera más clara, y la lectura de su historia, una vez reconstruida, resultaría más instructiva. Los obstáculos superados por el arte en su camino hacia la sofisticación aparecerían en un orden natural. El estudio de los distintos avances facilitaría que incluso las mentes poco dotadas entendieran cómo funciona este arte, y facilitaría a los artesanos avanzar por el camino de la mejora.

Orden que debería seguirse en el tratado: a mi juicio creo que sería muy ventajoso vincular las artes y los elementos naturales con los que trabajan. Una enumeración detallada de los materiales revelaría un listado de artes a las que los estudiosos nunca han prestado atención. Si además analizásemos las distintas maneras de trabajar un mismo material descubriríamos todavía nuevas artes. El primero de esos esfuerzos exige un conocimiento muy amplio de la historia natural; el segundo, una gran habilidad dialéctica. El tratado sobre las artes, tal y como yo lo imagino, solo puede ser obra de un hombre con un genio amplio. Que nadie suponga que pretendo entregarme a una especulación ociosa, ni que el resultado vaya a ser un mero listado de artes imaginarias. Ya he señalado que la historia natural siempre estará incompleta si no se aborda con seriedad la empresa de elaborar una historia competente de las artes. Me hago aquí eco de las opiniones de un filósofo, Bacon, a quien no me canso de elogiar de la misma manera que no me canso de leerlo. Ya he sugerido que los naturalistas que porfían por perfeccionar nuestros

conocimientos de los reinos vegetal, mineral y animal progresan en una rama del conocimiento decisiva para la auténtica filosofía. Mi proyecto no tiene la menor relación con los sistemas filosóficos arbitrarios ni con los caprichos de una mente despierta pero indisciplinada. De lo que aquí se trata es de asentar los cimientos de un nuevo edificio del conocimiento. Quien piensa de otra manera, quien desprecia el sistema de las artes, en especial las mecánicas, contribuye, lo sepa o no, a limitar la esfera del conocimiento y a desalentar la mente de los hombres.

Debemos al azar descubrimientos muy importantes que no perseguíamos de manera consciente. ¿Por qué asumir entonces que no vamos a descubrir nada de valor si no imponemos nuestros esfuerzos a los caprichos del azar y sometemos todo nuestro método de investigación a un orden sin resquicios? Si ahora disponemos de conocimientos que el hombre del pasado apenas sospechaba, ¿cómo negar que el hombre del futuro hará descubrimientos que no podemos imaginar? Si unos cuantos siglos antes alguien hubiese dicho a esos eruditos, convencidos de que no existe más conocimiento del que ya hay en su cabeza, que se descubriría un polvo capaz de destruir rocas y paredes a una increíble distancia, que este polvo situado en estratos profundos era capaz de sacudir la tierra y abrir en la superficie un abismo lo bastante grande para contener una ciudad entera, hubiesen dicho que ese supuesto polvo era un espectro de la imaginación y que solo el relámpago o el mecanismo natural que genera los terremotos puede provocar prodigios tan temibles. Todos los filósofos obtusos, pertenezcan al siglo que pertenezcan, hablan de la misma manera. Si todos los hombres adoptasen la misma actitud ante las nuevas investigaciones el conocimiento jamás avanzaría, las artes no producirían cosas nuevas, ni grandes ni pequeñas. Los hombres que emiten juicios precipitados sobre los descubrimientos que se desvían de las prácticas establecidas para asimilarlos a máquinas y teorías ya conocidas deben saber que no están preparados para participar de la ambición común de ampliar el edificio del conocimiento humano.

Otro motivo para llevar a cabo la investigación: basta con pensar en la cantidad de siglos que han transcurrido sin que el hombre se diese cuenta de lo fácil que era inventar una imprenta para sentirnos alentados a mirar atentamente a nuestro alrededor y animarnos a seguir investigando. ¡Qué extraña condición la de la mente humana! Cuando está investigando desconfía de su fuerza, se enreda en obstáculos que ha puesto allí ella misma, y por momentos le parece inalcanzable la meta que se ha propuesto como objetivo. Una vez ha dado con el descubrimiento la mente no comprende cómo pudo invertir tanto tiempo en algo tan sencillo, y se lamenta por la inadecuación entre lo consumido y el valor de sus logros.

Diferencias notables entre las máquinas: una vez expuestas mis ideas sobre cómo debería escribirse un tratado filosófico sobre las artes en general, voy a exponer algunas observaciones útiles sobre la manera en que se podrían abordar individualmente algunas artes mecánicas. A veces empleamos máquinas muy complejas para conseguir efectos que parecen bastante sencillos, mientras que máquinas de apariencia muy sencilla son capaces de producir efectos muy complejos. Si queremos explicar el funcionamiento de ambas máquinas lo mejor en el primer caso sería fijarse en los resultados, ya que la máquina es demasiado compleja y confundiría a nuestro oyente; en el segundo caso parece mejor describir primero la máquina y luego tratar de que entienda los resultados. La función de un reloj consiste en dividir el tiempo en partes iguales con ayuda de una aguja que se mueve de manera uniforme y muy despacio sobre una superficie marcada. Si muestro un reloj a cualquier persona que no conozca cómo funciona esta máquina, primero le explicaré sus funciones y luego cómo trabaja su mecanismo. Pero no procederé de la misma manera si alguien me pregunta cómo son los artefactos con los que se confeccionan las medias, el paño, el terciopelo o el raso. En este caso empezaría con una descripción detallada de cómo trabajan las máquinas para producir estos materiales. Si el mecanismo es sencillo enseguida captamos cuál es su función, en las máquinas más complejas es imposible captar su

propósito sin una explicación previa. Quien quiera convencerse de la verdad de estas observaciones que intente explicarle a alguien qué es la gasa sin presuponer el menor conocimiento sobre la máquina que la elabora.

Sobre la geometría de las artes: todo el mundo estará de acuerdo en que hay muy pocas clases de artesanos que puedan prescindir de los conocimientos matemáticos. En este hecho descansa una paradoja tan sutil que bien podría pasar desapercibida: el conocimiento matemático podría obstaculizar el trabajo de los artesanos si en la práctica la familiaridad con el material no ayudase a suplir un conocimiento teórico que no siempre tienen. El artesano domina la elasticidad, la rigidez, la fricción y la consistencia de los objetos por la práctica, sabe cómo reacciona su material en contacto con el aire, el agua, el frío y el calor... Sabe perfectamente en qué posición y con qué inclinación y por qué lado es mejor trabajarlo. De hecho, los valores geométricos corresponden a los aspectos más sencillos que un artesano debe abordar en su taller. No existe una sola palanca en el mundo que sea idéntica a la que emplea Varignon en sus cálculos; de hecho, no existe una sola palanca cuyos efectos puedan ser calculados. Muchas de las operaciones que se realizan en un taller no pueden dominarse mediante operaciones matemáticas, sino por medio del ejercicio y la pericia práctica. Un hombre que llegue a un taller con amplios conocimientos de geometría como único talento no suele ser un trabajador hábil. La experiencia nos demuestra que es más sencillo para un artesano dominar sus trabajos sin conocimientos de geometría teórica. A pesar de los grandes avances que hemos realizado en el cálculo es en los talleres donde encontraremos a los hombres que más dominan los efectos de la fricción. ¡Cuántas pésimas máquinas han sido diseñadas por científicos que solo conocen las palancas, las ruedas, las poleas y los cables mediante los cálculos que hacen sobre un papel! A causa de no haberse ejercitado nunca desconocen la cantidad de problemas que añaden

las características del material que debe emplearse para darle cuerpo a su esquema.

Me gustaría añadir una segunda observación relacionada con este tema que ya he sugerido antes: hay máquinas que tienen éxito a pequeña escala, pero no a gran escala. De otras se podría decir exactamente lo contrario. En este último supuesto podemos incluir todas las máquinas cuyos componentes son muy pesados o que actúan sobre una gran cantidad de materia elástica. Construidas a pequeña escala, estas máquinas no funcionan. Pero de la misma manera que hay un límite inferior por debajo del cual una máquina pierde eficacia, también hay un límite superior que una vez traspasado condena a la máquina a un mal funcionamiento. Cada máquina tiene un tamaño máximo y un tamaño mínimo, y este margen suele estar definido por la diferencia de dimensiones que no permite que las distintas partes interactúen con eficacia. Dicho de otro modo: el tamaño con el que una máquina es eficaz está determinado por su estructura, su uso, sus materiales y cien variables más. Quizá alguien se pregunte: ¿cuál es el tamaño exacto con el que cada máquina concreta (un reloj, un molino, un barco) logra su mejor rendimiento? Para dar una solución exacta en cada caso debemos recurrir a la geometría experimental, pero no en su actual grado de desarrollo, sino refinada por siglos de observaciones y asistida por una geometría teórica más sutil de la que hoy en día disponemos. Estoy convencido de que es imposible responder de manera satisfactoria a estas preguntas si las dos ramas de la geometría se mantienen separadas, pues el progreso en este campo se prevé muy difícil incluso si trabajan juntas.

Del lenguaje de las artes: me he dado cuenta de que el lenguaje para hablar de las artes es muy imperfecto por dos motivos: no disponemos de una nomenclatura apropiada y se emplean con demasiada frecuencia falsos sinónimos. Algunas herramientas reciben nombres específicos mientras que a otras las conocemos por sus nombres genéricos, «motor» o «máquina». A veces una diferencia insignificante basta para que los artesanos inventen

nombres específicos con el que sustituir al nombre genérico. En otras ocasiones una herramienta muy específica por su forma o uso no tiene nombre genérico o se le da el nombre de una herramienta precedente con la que no tiene nada en común. Todo esto se hace por costumbre, y uno desearía más rigor y que los nombres se atribuyesen teniendo en cuenta la función específica de la herramienta. Los geómetras no le ponen un nombre a cada figura que descubren, pero los artesanos emplean tantos nombres como artes... Hay cientos de maneras de nombrar los martillos, las pinzas, los baldes, las palas... Estoy convencido de que incluso las máquinas más complejas y las operaciones más inusuales podrían explicarse empleando un número relativamente pequeño de términos conocidos por todas las artes, de manera que podría limitarse la invención de palabras cuando nos enfrentemos de veras a una novedad. Lo que estoy diciendo le resulta meridianamente claro a todo el que sabe que incluso las máquinas más complejas están compuestas de máquinas simples, y que el número de máquinas simples es lo bastante reducido para explicar cualquier mecanismo de manera sencilla. Sería deseable que un buen lógico, versado en su arte, se comprometiese a estudiar y descubrir los elementos de una «gramática de las artes». En primer lugar, debería determinar el valor exacto de palabras como «grande», «enorme», «delgado», «grueso», «ligero», «pequeño», «pesado»... Para lograrlo debería descubrir primero una medida constante en la naturaleza, o bien tomar como patrón la altura, el peso y la fuerza promedio del hombre, y comparar con ella todas las expresiones imprecisas que se emplean hoy en día. Después debería establecer con precisión la forma y el uso de cada instrumento para decidir si merece recibir un nombre propio o subsumirse en una nomenclatura común junto con otros. Quien emprenda esta tarea sin duda deberá acuñar términos nuevos y suprimir falsos sinónimos debidos a la falta de rigor que domina actualmente. Pero también estoy seguro de que es más difícil encontrar una definición convincente de qué es la «elegancia» para los pintores que explicar las máquinas más complejas. El

principal obstáculo, en cualquier caso, no es tanto la diversidad de operaciones como el déficit de definiciones precisas que complican muchísimo hablar sobre las artes con claridad. El único remedio que se me ocurre pasa por familiarizarse con todas las operaciones, acudir a los talleres con el convencimiento de que ocuparse de estos asuntos que tantos beneficios nos reportan es un honor para la mente humana. ¿En qué sistema metafísico se reúne tanta inteligencia, discernimiento y efectividad como en las herramientas que trabajan el oro, fabrican medias, pulen madera o elaboran la seda? ¿Qué demostración matemática puede competir en complejidad con el mecanismo de algunos relojes, las operaciones a las que sometemos la fibra del cáñamo, o el trabajo que exige la crisálida del gusano de seda antes de obtener un hilo con el que podamos tejer? ¿Qué podemos imaginar más sutil que el arte de oscurecer el terciopelo? Nunca me cansaría de enumerar todas las maravillas que sorprenden a quien entra en una fábrica, a menos que sus ojos estén velados por los prejuicios o por la estupidez.

Voy a seguir el ejemplo del filósofo inglés y mencionaré tres invenciones modernas desconocidas para los antiguos, pues constituye una vergüenza para esos contemporáneos que van con la cabeza llena de poetas que desconozcan la verdadera grandeza de estos hallazgos. Me refiero a la imprenta, la pólvora y la aguja magnética. ¡Qué revoluciones han provocado estos tres descubrimientos en la república de las letras, el arte militar y la navegación! La aguja magnética ha llevado a nuestros barcos hasta las regiones más remotas; los caracteres tipográficos han permitido que cuaje una comunidad literaria que incluye a hombres de todos los países y que admitirá a hombres que todavía no han nacido; la pólvora ha provocado que se construyan las maravillas arquitectónicas que defienden nuestras fronteras. Estas tres artes han transformado ellas solas la faz de la tierra.

Seamos justos con todos los artistas y artesanos de la tierra, pues lo merecen. Hace ya mucho tiempo que los artistas liberales reciben los elogios de sus contemporáneos. Ahora es buen momento

para ampliar el cerco de las alabanzas para que englobe también a las artes mecánicas. Corresponde a los filósofos y a los hombres de letras sacudir los prejuicios que durante años han mantenido a las artes mecánicas sumidas en el descrédito, y a las cortes elevarlas del estado miserable en el que languidecen. De tanto escucharlo, los propios artesanos se han convencido de que merecen el desdén y el menosprecio en el que trabajan. Nuestro objetivo es que aprendan a pensar mejor de su trabajo; solo así, en un clima de orgullo, progresarán de verdad las artes. Nos gustaría que de los salones de las academias apareciese un hombre que entrase con buen ánimo en los talleres para registrar todo lo notable que surge de las artes mecánicas, y que después vertiese todo este conocimiento en un libro que indujese a pensar mejor y de manera más útil a los filósofos, y que sirviese para que los nobles orientasen de manera adecuada sus caudales.

Nos complace darle un consejo a los eruditos: que practiquen en ellos aquello que enseñan a los demás. Que no juzguen con excesiva precipitación ni condenen una invención como inútil solo porque en las primeras etapas de su desarrollo no aporte tantos beneficios como se esperaba. Si Montaigne, que en muchos sentidos fue un gran filósofo, regresase de la tumba, se avergonzaría por haber escrito que las armas de fuego eran tan poco efectivas como ensordecedoras. ¿No hubiese demostrado ser más sabio si en lugar de juzgar críticamente lo que desconocía hubiera alentado a los arqueros de su tiempo a sustituir el fósforo y la rueda por una máquina activada por la pólvora? ¿Y no hubiese revelado un alma más perspicaz si hubiese intuido que un día se construiría una máquina parecida? Situemos ahora a Bacon en el lugar que hemos imaginado a Montaigne. Enseguida se hubiese puesto a estudiar con detalle la naturaleza y a profetizar con acierto las futuras granadas, minas, cañones, bombas y el resto de la pirotecnia miliar. Por desgracia, Montaigne no es el único filósofo que le ha permitido a su ignorancia decidir si una máquina era imposible o posible de construir; también Descartes, ese genio extraordinario que nació

para conducir unas veces y confundir otras al género humano, sostuvo que los descubrimientos de Arquímedes eran una ficción. Sin embargo, el espejo de Arquímedes se exhibe en el jardin du Roi para que todos los hombres instruidos puedan verlo. Buffon, que lo redescubrió, está logrando resultados tan impactantes que solo un hombre duro de mollera puede dudar que Arquímedes lo emplease para construir las murallas de Siracusa. Estos notables ejemplos deberían servirnos para despejar nuestro pesimismo.

De la superioridad de un proceso de fabricación sobre otro: la superioridad de un proceso sobre otro dependerá de la calidad de los materiales utilizados, de la velocidad del trabajo y de la perfección de la mano de obra. La calidad de los materiales es una cuestión de inspección. En cuanto a la velocidad del trabajo y la perfección de la mano de obra dependen del número y de la calidad de los trabajadores. Cuando en un proceso de fabricación se emplea a muchos trabajadores, lo lógico es que cada uno de ellos tenga bajo su responsabilidad un aspecto de la producción. Un trabajador en particular se pasa toda la vida realizando una única operación, siempre la misma. Gracias a esto esa operación en concreto se realiza a gran velocidad y con altísima calidad. Otra ventaja añadida es que el producto mejor fabricado resulta ser siempre el más barato. También es cierto que cuando hay que coordinar un gran número de trabajadores, el gusto y la calidad de los trabajadores mejora, porque algunos de ellos deberán entregarse a reflexionar y a descubrir la manera de superar a sus compañeros: economizando materiales, empleando mejor el tiempo o sobresaliendo por su inventiva. La llegada de cada nueva máquina acentúa estos procesos de mejora personal. Si la industria extranjera es hoy por hoy incapaz de superar la de Lyon, el motivo no es que en Francia recurramos a procesos desconocidos en el resto de Europa, pues en todas partes se trabaja de igual manera, se utilizan los mismos telares, las mismas sedas y procesos muy parecidos. La gran diferencia es que en Lyon se han reunido más de treinta mil trabajadores, todos entregados a la fabricación del mismo material.

Podríamos extender mucho más esta entrada pero lo que hemos dicho hasta ahora basta para los lectores capaces de pensar, y nunca podríamos escribir una entrada lo suficientemente larga para instruir a los que son incapaces de pensar por ellos mismos. Es posible que algunos lectores consideren que en ocasiones manejamos una metafísica un tanto atrevida; lo asumimos como un mal menor. Nos habíamos comprometido a hablar del arte en general, de manera que ha sido inevitable hablar de generalidades. El buen sentido nos asegura que cuanto más general es una proposición más abstracta resulta, ya que la abstracción consiste en afirmar una verdad eliminando de su enunciado cualquier término que la individualice. Nos hubiésemos ahorrado mucho trabajo de no haber puesto a disposición del lector estas reflexiones.

Diderot

ASTROLOGÍA

Esta palabra se compone de «estrella» y de «tratado». En sentido literal esta ciencia trataría de conocer tanto el cielo como las estrellas. En su origen el significado de la palabra indicaba que la astrología perseguía el conocimiento sobre lo que hay en los cielos: planetas y estrellas. Pero el significado del término ha cambiado y ahora utilizamos la palabra «astronomía» para lo que los antiguos llamaban «astrología».

La astrología es el arte de predecir acontecimientos futuros por el aspecto, la posición y la influencia de los cuerpos celestes. La

astrología se divide en dos ramas: la natural y la judicial. Se presupone que el estudio detallado de las estrellas nos ayuda a anticipar inundaciones y otros fenómenos más o menos catastróficos. Como resultado de esta hipótesis se intentan justificar toda clase de sucesos atendiendo a las distintas estaciones, las posiciones y los movimientos de los planetas, incluso por el número de estrellas en una constelación.

La astrología natural aspira a que la tomemos como una rama de la física o de la filosofía natural, pues en su opinión la prevención de fenómenos naturales es el resultado de una observación muy detallada de los cielos. Boyle reconocía, con cierta razón, cierta influencia de esta disciplina en el estudio de los gases. Según él, la creación y la corrupción eran sus estados extremos y la condensación su estado intermedio, y este proceso dependía en gran medida de la emanación de los cuerpos celestes. De manera que sería muy extraño que no contribuyese también a otros fenómenos físicos relacionados con los líquidos y con los sólidos.

Es cierto que la humedad, el frío y el calor (todas las cualidades que la naturaleza utiliza para producir la condensación y la rarefacción) dependen casi por completo de la atmósfera, la temperatura, la posición de los cuerpos celestes... No es menos cierto que cada planeta tiene su propia luz, una luz distinta al resto de cuerpos celestes. El sol es el más brillante de todos los cuerpos celestes y alimenta al resto con su calor primordial, los mantiene vivos y en movimiento, y le proporciona a cada planeta sus propiedades específicas. Pero eso no es todo. Los rayos que emite le dan a cada organismo el color que le es propio, determinado por la distancia, de la misma manera que el ángulo y la fuerza con la que estos mismos rayos impactan en él definen su brillo y la forma de su superficie.

La astrología judicial es el arte que pretende adivinar los acontecimientos morales antes de que se produzcan. Con la expresión «acontecimientos morales» me refiero a los que dependen

de las acciones de los hombres libres. Hombres libres que, según esta ciencia, son más bien siervos de la autoridad de las estrellas.

Entre los que practican esta rama del saber se dice que «Los cielos son el gran libro en el que Dios escribió la historia del mundo, de manera que todos los hombres pueden acudir a ellos para leer su destino». Y también aseguran que «Nuestro arte procede de la cuna misma de la humanidad: los antiguos asirios disfrutaban de cielos cuya belleza y serenidad favorecía las observaciones y las revoluciones de los cuerpos celestes. Así fue como descubrieron analogías consistentes entre estos cuerpos y los organismos terrestres y llegaron a la conclusión de que las estrellas equivalían al libro del destino, que presidieron nuestro nacimiento y que decidirían nuestro futuro».

Así es como los astrólogos de hoy derivan su actividad de tiempos pasados, aunque actualmente la principal actividad de estos sujetos sea escribir almanaques y elaborar calendarios.

Sea como sea, la astrología judicial parece haber nacido en Caldea, y desde allí se expandió a Egipto, Grecia e Italia. Algunos autores prefieren situar su origen en Egipto. Otros aseguran que la recibimos de los árabes. Los romanos se enamoraron tanto de esta ciencia que los astrólogos o matemáticos (pues así se les conocía en aquel tiempo y en aquel país) se mantuvieron en la ciudad pese a que habían sido expulsados por ley.

De los brahmanes se dice que introdujeron una variante de estos conocimientos en la India. Se dice también que en ese país quienes se dedican a estas artes ejercen una autoridad prodigiosa sobre el pueblo, pues se considera que de ellos depende la buena o mala suerte de cada cual. Se les consulta como oráculos y venden muy caras sus respuestas. Se necesita mucho dinero para acceder a sus visiones.

Algunos escritores antiguos no dudaron en calificar de bárbara superstición todos los intentos de atribuir a los astros una influencia en el futuro de la vida humana. Los judíos, a pesar de su religión, incurrieron en estas supersticiones, de las que tampoco se libraron

los cristianos. Los griegos modernos han llegado a creer hasta tal punto en toda esta superchería que cuesta encontrar un autor que pase diez páginas sin hablar de horóscopos, estrellas y talismanes. Además, si tenemos que creerles, no hay ni una columna, una estatua o un edificio que no haya sido construido de acuerdo con las leyes de esta astrología.

Los últimos siglos han conocido una infección parecida. Los historiadores franceses señalan que la astrología judicial estaba de moda durante el reinado de Catalina de Médici; según dicen, no se atrevía a emprender nada importante sin haber consultado previamente a las estrellas. Y durante los reinados de Enrique III y Enrique IV el tema más popular de conversación en la corte francesa fueron las predicciones de los astrólogos.

En la segunda parte de su *Argenis*, Barclay satirizó con bastante inteligencia los prejuicios de la corte. Se inspiró en la historia de un astrólogo que era el responsable de predecir los resultados de una guerra. Barclay escribe:

> Usted se autodenomina adivino y nos asegura que de la influencia de las estrellas que rigen nuestro nacimiento dependen las distintas circunstancias, felices o infelices, por las que pasamos en la vida hasta nuestra muerte. Pero, por otro lado, nos asegura que los cielos se mueven tan deprisa que basta con un instante para cambiar las estrellas de posición. ¿Cómo vamos a reconciliar estas dos ideas? ¿Si el cambio es tan rápido que en un instante han alterado su posición todos los cuerpos celestes, no cambia también nuestra fortuna? ¿Cómo puede estar fijado entonces nuestro destino? Además, si es tan rápido ese movimiento, ¿cómo saber cuál era la configuración del cielo en el momento exacto de nuestro nacimiento? Quizá sospeche usted que el primer pensamiento que tiene nuestra partera al vernos asomar al mundo es comprobar la hora exacta del nacimiento y cuál era la posición de las estrellas. Basta conocer el mundo para saber que los padecimientos y los esfuerzos de la madre no nos permiten perder así el tiempo. Incluso si la partera, convencida por la superstición y sin miedo alguno de cometer una negligencia, anotase la hora, ¿cómo fijar el momento exacto si todo nacimiento supone un proceso? ¿Y si el reloj atrasa o adelanta? Dadas todas estas circunstancias supone una suerte extraordinaria que

alguien llegue a saber de verdad qué disposición de las estrellas acompañó su nacimiento.

Supongamos ahora que alguien consigue saber bajo qué estrella nació, y que un adivino nos interpreta qué influjo tiene sobre nosotros esa posición. ¿Por qué aceptar qué nuestro carácter está dominado por tales estrellas y no por las que aparecieron más adelante, cuando el cuerpo tierno empezó a templarse y el alma abandonó el estado de ignorancia?

Dejemos ahora todas estas dificultades a un lado. Asumamos que se conocía la posición de los cielos en el momento exacto del nacimiento y que esas estrellas son las que dominan la formación del temperamento. ¿Por qué deberíamos asumir que esas estrellas no solo dominan el carácter sino también la voluntad del hombre? Esto supondría aceptar la existencia de estrellas que supervisan mi felicidad, que se aseguran de guiarme hasta el día mi muerte. ¿No hay personas nacidas bajo el mismo signo que van a la batalla y mientras que unos viven otros mueren? ¿Cómo podemos asegurar que un buque naufraga única y exclusivamente por la influencia de las estrellas? La experiencia nos descubre a diario que las personas que mueren en la misma batalla o que abordan juntas un barco no tienen nada en común que no sea compartir el instante mismo de la muerte. Todos los que entran en el mundo bajo el mismo signo astral, ¿no deberían compartir un destino parecido? Fijémonos en el rey: ¿quién puede sostener que todos los que han nacido bajo el mismo signo que él comparten su poder sobre tantos reinos si ni siquiera tienen acceso a una fracción de su riqueza? Consideremos ahora al señor de Villeroy: ¿acaso quienes han nacido bajo el mismo signo comparten su sabiduría y viven también honrados por el favor del príncipe? ¿Y son todos los que han nacido bajo el mismo signo astrólogos, por no decir algo peor? ¿Cuando un viajero muere a manos de un asesino es que su destino era perecer por culpa de un desgraciado? ¿Son las estrellas las que fijan el destino de un pobre hombre desde su nacimiento hasta que se encuentra expuesto al cuchillo de un asesino cuya vida y comportamiento también están moldeados por esas mismas estrellas, quizá mucho antes de que naciese el desdichado viajero? Según esta manera de pensar las estrellas justifican cualquier comportamiento cruel, le ofrecen una disculpa racional a la infelicidad de los que mueren. Si alguien queda enterrado bajo los escombros de un edificio debería resignarse, pues su destino no era otro que perecer bajo los muros caídos de su propia casa. El mismo razonamiento puede aplicarse a los hombres honrados que de ninguna manera se atreven a considerarse responsables de su fortuna. Si son los planetas o las estrellas los responsables de todos los triunfos humanos, uno se pregunta: ¿por qué no extienden su influencia para cubrir a todos los que han nacido, para que el mundo entero se pueble de destinos felices?

Uno podría creer que hay algo de real en la influencia de los cuerpos celestes sobre el hombre, de la misma manera que el sol calienta de manera diferente las diversas zonas de la tierra. Aunque se trata siempre de la misma clase de rayos y provienen todos del mismo astro, algunas semillas crecen y prosperan gracias a sus efectos y otras se secan y mueren. Quizá los niños nacidos el mismo día se puedan comparar a campos que bajo las mismas condiciones climáticas se trabajan de distintas maneras, según el temperamento y las costumbres de los campesinos, logrando resultados distintos. Quien pretenda juzgar con mesura racional los motivos por los que un niño tiene un temperamento no puede limitarse a consultar a las estrellas, debería también estudiar las costumbres de sus padres, además de asumir que existen factores desconocidos.

Quiero preguntarle una última cosa: esta influencia que usted considera la fuente de toda felicidad e infelicidad, ¿permanece siempre en los cielos a la espera de intervenir en el momento apropiado o baja a la Tierra con el niño para acompañarlo y asegurarse que a su debido momento se cumplirán los decretos irrevocables de las estrellas? Si nos inclinamos por el primer supuesto enseguida aparece una contradicción: la alineación de las estrellas en el momento del nacimiento no perdura en los cielos, el propio curso de los astros destruye aquella situación momentánea para constituir otra distinta. ¿En qué parte del cielo se conserva el poder que no habrá de actuar hasta mucho tiempo después, cuando el que fue niño cumpla cuarenta años? Por otro lado, conjeturar que ese poder avanza al lado del niño, contenido en él, hasta que alcanza la edad adecuada es una fantasía presuntuosa. ¿Cómo vamos a considerar al campesino responsable de la guerra que empobrece su finca o del buen tiempo que facilita una cosecha abundante? ¿Cómo va a ser un pasajero más responsable del naufragio que los vientos asesinos o el piloto distraído que encalla la nave?

Es cierto que algunos de su tribu han acertado algunos oráculos, pero se trata de un número tan escaso de acontecimientos si los comparamos con aquellos que respaldaron y no se cumplieron que constituyen más un motivo de vergüenza que de orgullo. Las cuentas solo les salen si se deciden a ignorar un millón de mentiras infelices a cambio de esas siete u ocho veces en las que acertaron. ¿Cómo dudar de que adivinaron por casualidad si vosotros mismos lo celebráis como si se tratase de algo sorprendente, que no suele suceder muy a menudo? Expresado en otros términos: ¿si sois capaces de prever todo cuanto sucederá en Sicilia durante siglos, por qué no adviertes al pueblo de lo que acontecerá hoy? ¿Por qué nunca llegáis a tiempo de advertir al rey de que alguien pretende atacarlo o intriga en su contra? Cuando la astrología permita saber cuándo un rey va a triunfar sobre sus enemigos, entonces se acrecentará nuestra fe en los oráculos.

Aunque la astrología judicial fue duramente atacada por Barclay y otros autores famosos, que les sacaron los colores evidenciando su injustificada soberbia, no podemos asegurar que lograsen el objetivo de desarticularla. Siguió siendo muy influyente, sobre todo en Italia. A finales del siglo pasado un italiano le envió al papa Inocencio XI una predicción, basada en el horóscopo, relativa a la fortuna de Viena, que al poco tiempo fue sitiada por los turcos. Ya en nuestra época sabemos que el conde de Boulainvilliers, que por lo demás era un hombre de probada inteligencia, se enamoró de la astrología judicial, sobre la que escribió completamente en serio.

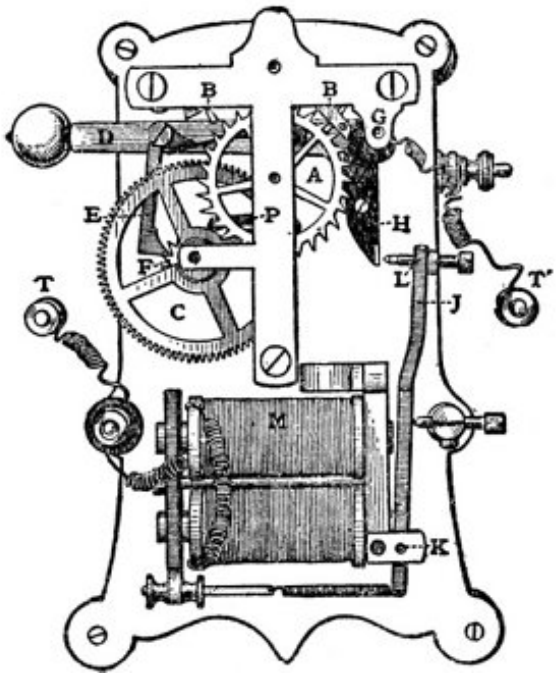
D'Alembert

AUTÓMATA

Instrumento que se mueve por sí mismo, o máquina que contiene en sí misma la fuente de su movimiento.

Algunos autores incluyen entre los autómatas instrumentos mecánicos que se ponen en movimiento por medio de resortes... como los relojes.

Vaucanson, miembro de la Academia de Ciencias, ha inventado varios autómatas, como el «pato» o el «flautista», que se encuentran entre los más famosos que ha conocido nuestra época.



Al primero de estos autómatas se le conoce como el pato, y contiene las vísceras imprescindibles para beber, comer y digerir. La interacción de los elementos es imprescindible para que realice todas las acciones que imita con total fidelidad. El pato estira el cuello para coger el grano de la mano de su creador, se lo traga, lo digiere y lo excreta. Todos los movimientos que realiza el pato, incluido el incremento de velocidad de la garganta para tragar adecuadamente, están copiados de la naturaleza. Los nutrientes se digieren gracias a una disolución y no por trituración, como sucede en realidad con los animales. La materia digerida en el estómago se transporta por unos tubos muy similares a los intestinos de un animal real, y la expulsa gracias a un esfínter artificial. El inventor no ha pretendido que esta digestión sea perfecta. Sería una grosería criticarlo porque no intervienen en ella la sangre o los fluidos nutricionales. El autómata se limita a imitar la mecánica de este proceso en tres fases: deglutir el grano, disolverlo, devolverlo al mundo sustancialmente cambiado.

Para conseguir todo esto se han tomado decisiones de las que sin duda nuestros lectores merecen ser informados. El inventor tuvo que hacer muchas probaturas para conseguir que el grano fuese transportado hasta el estómago, y una vez allí tuvo que construir un laboratorio en ese pequeño espacio para descomponerlo y lograr que lo expulsase por el otro extremo.

Tampoco los anatomistas encuentran en las alas nada que puedan criticar. Todos los huesos del pato han sido imitados. También las protuberancias conocidas como apófisis, con todos sus huecos y curvas, se muestran de manera fiel. El reto era complicado, porque los tres huesos que forman las alas son muy distintos. El primero es el húmero, y gira en todas las direcciones con el apoyo de otro hueso que equivale a nuestro omoplato. El segundo hueso es el cúbito, y se mueve gracias a una articulación que los anatomistas llaman bisagra. El tercero es el radio, en cuyos extremos se une a los pequeños huesos que forman la punta del ala, tal y como ocurre con el animal real. Con el fin de demostrar que los movimientos de estas alas no están copiados de otras obras

maestras, como los grifos de Lyon y Estrasburgo, el mecanismo del pato artificial es visible, como si el inventor no solo quisiera enseñar su máquina sino mostrar la maestría de su composición. Estoy convencido de que las personas atentas y sensibles entenderán desde el primer momento la enorme dificultad que supone que un autómata realice tantos movimientos distintos; ya solo que pueda levantarse sobre sus patas y girar el cuello de izquierda a derecha merecería nuestra admiración.

Una vez puesto en marcha, el mecanismo funciona sin intervención humana. No quiero olvidarme de reseñar que estos patos beben, nadan y graznan como si fueran reales. El inventor ha intentado que realicen todos los movimientos de un pato real después de observarlos con muchísima atención.

El segundo de estos autómatas es el tamborilero. Se trata de un autómata plantado de frente y con mucha dignidad en su pedestal, vestido como un músico, que interpreta una veintena de melodías, desde minuetos hasta canciones populares.

A primera vista parece un autómata menos complejo que el flautista, pero cambiamos de opinión justo al reparar en la pequeña flauta que toca, uno de los instrumentos más ingratos, pues es facilísimo desafinar. Para que el efecto funcione el inventor tuvo que armar una flauta de tres agujeros donde los tonos dependen del aire y de la abertura. Todas las variaciones de la respiración se han tenido en cuenta, y el inventor tuvo que imaginar cómo suplantar la lengua humana, que evita que el sonido sea desagradable. Puedo decir que el autómata es superior a la mayoría de los tamborileros humanos, incapaces de mover la lengua a esa velocidad. Los hombres no son capaces de tocar una melodía donde cada nota suene con tanta claridad como el autómata, que por momentos parece como si tuviese dos lenguas.

¡Cuánto ingenio invertido para conseguir este efecto! Y en el camino el inventor ha logrado otros descubrimientos inesperados: ¿quién habría podido afirmar que una flauta tan pequeña fuese uno de los instrumentos que más fatigan los pulmones de los músicos?

Los músicos tienen que hacer una fuerza que bastaría para levantar cincuenta y seis kilos, solo así consiguen la energía eólica suficiente para alcanzar la nota más alta del instrumento. Basta con un soplo ligero para que suene la nota más baja. Esto da una idea de la variedad de fuerzas que hay que aplicar para que puedan sonar todas las notas que tiene la flauta. El propio inventor se sorprendió de la cantidad de combinaciones necesarias (en las que también intervienen las posiciones de los dedos) para que el instrumento funcionase, y durante un tiempo perdió la esperanza de alcanzar el éxito, aunque al final la paciencia y el coraje terminaron por prevalecer.

Pero eso no es todo: esta pequeña flauta está sujeta por una sola mano. En la otra, el autómata sostiene un palo con el que golpea el tambor de Marsella. Puede dar golpes simples o dobles, y acompaña así todas las melodías que interpreta con la pequeña flauta. Acompasar los dos sonidos es quizá la tarea más compleja que debe abordar el autómata. A veces tiene que golpear con más fuerza, otras veces a más velocidad; para lograrlo el interior contiene una multitud intimidante de palancas y resortes, que se activan con una precisión matemática para seguir la melodía.

Pero sería demasiado extenso describir todo esto al detalle. Este autómata presenta ciertas similitudes con el flautista, pero ha sido construido por medios muy distintos.

D'Alembert

AUTORIDAD

(referida a discursos y a escritos)

La autoridad del discurso equivale muchísimas veces a la capacidad de volver creíble aquello que decimos. Cuanta más capacidad tenemos para pasar por cierto aquello que decimos o escribimos, de más autoridad disfrutamos. Este derecho se asienta en la buena fe y en la ciencia. La ciencia impide que uno se engañe a sí mismo y cercena muchos errores de raíz, pues muchos de ellos suelen ser fruto de la ignorancia. La buena fe impide engañar a los oyentes, suprime de antemano la malevolencia que podría impulsar a mentir. Las luces y la sinceridad son la base de la autoridad literaria, las dos cualidades imprescindibles para resultar convincente. Ni el hombre más ilustrado ni el más instruido merecen un crédito sin condiciones, pues en cualquier momento pueden sentir la tentación de engañarnos; tampoco debemos creer a pies juntillas al hombre más piadoso y santo, pues con cierta frecuencia habla de cosas de las que no sabe nada. Tampoco debemos ceder nuestra credulidad a la reputación, por mucho que así lo quiera san Agustín, pues no es garantía de nada, y demasiadas reputaciones se sostienen sobre una confabulación de intereses. La verdadera piedra de toque para determinar que un autor desprende una autoridad confiable descansa en la capacidad del lector y del oyente para juzgar la adecuación entre el discurso y el tema. En cualquier caso, nunca emplearemos el nombre del autor como criterio para valorar el texto, sino que siempre será la obra concreta la que contribuya a disminuir o acrecentar el prestigio del autor.

A mi juicio solo tiene sentido hablar de autoridad cuando se trata de hechos, de historia o de cuestiones religiosas. En otros temas la autoridad es irrelevante. ¿Qué importan el tono o un énfasis particular mientras los argumentos se ajusten a la lógica y desemboquen en la verdad? Es irrelevante si un argumento es de Aristóteles, lo importante es que el silogismo sea intachable. ¿De qué sirven las citas eruditas cuando lo que se dirime depende únicamente del testimonio de la razón y de los sentidos? ¿De qué sirve una imagen poética para convencerme que es de día si puedo comprobarlo por mí mismo saliendo a la calle y abriendo los ojos? Los nombres de los escritores prestigiosos solo sirven para deslumbrar al pueblo llano, engañar a las mentes lisas y proporcionar algo de conversación a las personas medio instruidas. El pueblo, que admira todo lo que no entiende, siempre cree que aquel que habla más y con menos naturalidad es el más inteligente. Quienes carecen de una mente lo bastante amplia para pensar por sí mismos quedan satisfechos rumiando ideas ajenas y, puestos a

escoger, eligen las que están asociadas a nombres prestigiosos. Las personas cultivadas de manera insuficiente consideran el silencio o la modestia como un síntoma de ignorancia, y van recogiendo citas de aquí y de allí hasta convertirse en depósitos vivientes de conocimiento prestado.

No estoy diciendo tampoco que la autoridad sea absolutamente inútil en las ciencias. Pero debe servir para reclamar nuestra atención, nunca para dirigir el progreso del conocimiento. No debemos volver a permitir que la autoridad se apodere de lo que pertenece a la razón. La razón es una antorcha cuya llama encendió la naturaleza para iluminarnos, y la autoridad no es más que un bastón tallado por las manos de los hombres, útil para apoyarnos en momentos de flaqueza mientras avanzamos por el sendero que nos indica la razón.

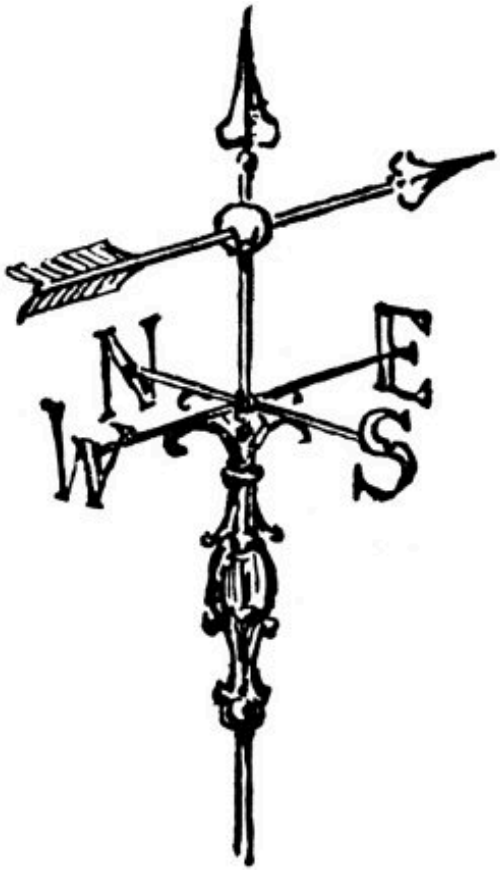
Los que dirigen sus estudios según las indicaciones de la autoridad se parecen a esas personas ciegas que solo pueden caminar apoyadas en otro. Si el guía es malo terminan andando por caminos equivocados. Uno puede pasarse años andando y terminar cansado y aburrido sin haber dado un solo paso por el auténtico camino del conocimiento. Si el guía es hábil quizá recorra mucho trecho en poco tiempo, pero no habrá logrado asimilar las bellezas del camino ni tendrá la menor garantía de llegar algún día a la meta.

Imagino a los hombres que no quieren desarrollar sus propias ideas, que avanzan siempre guiados por los pensamientos de otros, como a niños cuyas piernas nunca se robustecen lo suficiente para sostenerlos en pie, o como a esos enfermos que jamás superan la convalecencia ni vuelven a dar un paso sin apoyarse en el brazo del enfermero.

Diderot

AUTORIDAD POLÍTICA

Ningún hombre ha recibido del cielo el derecho de mandar sobre los otros. La libertad es un regalo divino, y todos los hombres de nuestra especie tienen derecho a disfrutar de ella en cuanto alcanzan el uso pleno de sus facultades racionales. La única autoridad que ha establecido la naturaleza es el dominio de los padres. Pero incluso este dominio tiene sus límites, y termina en cuanto los niños alcanzan la mayoría de edad y pueden cuidar de sí mismos. Cualquier otra clase de autoridad proviene de otra fuente distinta a la naturaleza. Si consideramos el asunto con rigor, las fuentes posibles se reducen a dos: o bien un individuo se apodera de la voluntad de otros por la violencia, o bien un grupo entrega su voluntad mediante un contrato que reconoce la autoridad del hombre que va a gobernarlo.



El poder que se obtiene mediante la violencia se llama usurpación, y dura mientras la fuerza del individuo que lo detenta prevalece sobre los que obedecen, de tal manera que si los que obedecen reúnen la fuerza suficiente para soltarse del yugo, lo hacen amparados en los mismos derechos y en la justicia que se habían impuesto sobre ellos. La misma autoridad que forjó las leyes puede destruirla, porque la única ley que respeta la violencia es la del más fuerte. A veces la autoridad que se impuso por la fuerza cambia de naturaleza; esto ocurre cuando termina siendo aceptada y sostenida por el consentimiento expreso de quienes están bajo su sujeción, pero en este caso el individuo que tiene el poder deja de ser un tirano y pasa a ser un príncipe.

El poder que proviene del consentimiento del pueblo presupone de manera necesaria ciertas condiciones que permiten considerarlo útil para la sociedad, legítimo y ventajoso para la república. La principal de estas condiciones es el establecimiento de límites:

ningún hombre puede ni debe entregarse por completo y sin reserva a otro hombre, pues su ser entero pertenece a Dios, cuyo poder establece un vínculo directo con cada criatura, y quien se erige como un señor celoso, que nunca pierde sus derechos sobre nosotros ni los cede. Lo único que Dios permite es que en beneficio del bien común, y para preservar la sociedad, los hombres constituyan cierto orden jerárquico, que obedezcan como hombres a otro hombre como ellos, pero que lo hagan siempre guardando cierta proporción y guiados por designios naturales, nunca sin reservas y dominados por la ceguera, pues nada debería repugnar más a los hombres que ver cómo uno de ellos se arroga una autoridad reservada al creador. Cualquier autoridad que vaya más allá de los límites establecidos por la razón supone un auténtico crimen de idolatría. Doblar las rodillas ante un hombre o una imagen constituye apenas una ceremonia que, al no involucrar al corazón ni a la mente, de ninguna manera afecta a Dios, pues él permite a los hombres que hagan lo que quieran con los símbolos civiles o religiosos. De ninguna manera son estas ceremonias por sí mismas lo que puede molestarle, sino el espíritu de dominio que puede apoderarse de ellas. Un noble inglés no siente el menor empacho por doblar la rodilla ante su rey, pero para que esta costumbre se convirtiese en un crimen contra la majestad divina debería también entregar el corazón, el espíritu y la conducta, y obedecer sin reservas a la voluntad y al capricho de quien no es más que una simple criatura humana, constituida como él. Cuando esto ocurre el poder de Dios se convierte en un ruido vacío que la política humana puede usar a su antojo, el espíritu de la irreverencia religiosa se propaga y el príncipe se cree con el derecho de tratar a Dios de tú a tú, cuando no a perderle el respeto.

El príncipe debe hacer un buen uso de la autoridad que sus súbditos le han concedido, y esa autoridad debe estar siempre sujeta por las leyes de la naturaleza y del Estado. Una de estas leyes dice que, puesto que toda la autoridad que el príncipe ostenta sobre su pueblo deriva del consentimiento, nunca podrá emplear su autoridad contra sus súbditos ni tampoco para romper el contrato.

De hacerlo estaría actuando contra sí mismo, porque su autoridad descansa precisamente sobre ese contrato que ha dejado de respetar. Si se destruye el contrato se destruye la autoridad. El príncipe no puede de ninguna manera disponer de la vida de sus súbditos sin el consentimiento del pueblo. En el mismo momento que transgrediese el contrato todo quedaría anulado, y se desactivarían las promesas y los juramentos que sujetaban al pueblo a su voluntad. Sería castigado como un menor de edad que actuase sin pleno conocimiento de causa, ya que en una cabeza madura no cabe usar aquello de lo que disponía por cesión y confianza como si fuese suyo y pudiese manejarlo sin condiciones.

El gobierno, aunque sea hereditario, no puede considerarse propiedad privada de una familia. La propiedad pública nunca puede ser conculcada por particulares. Pertenece de manera absoluta al pueblo. Solo el pueblo puede establecer el contrato por el que cede la autoridad. Ningún Estado puede pertenecer a un príncipe; el príncipe siempre es propiedad del Estado. El príncipe está sujeto por las leyes y las obligaciones que le impone el Estado de la misma manera que el pueblo está sujeto a la autoridad del príncipe. La persona que carga con la corona puede librarse del peso del poder, pero no puede depositarla sobre la cabeza de otra persona sin el consentimiento del pueblo y la elaboración de un nuevo contrato. Dicho de otra manera: la corona, el gobierno y la autoridad pública son propiedad del cuerpo de la nación, y han sido entregadas en usufructo al príncipe y a los ministros. En ocasiones se establece como un principio de Estado que la corona se herede. Así, el cetro de Luis XV pasará a su hijo mayor y no hay poder que pueda oponerse a esto (ni siquiera el propio Luis XV), pues se trata de una cláusula insoslayable del contrato.

A veces se establece que el depositario de la autoridad lo sea por un tiempo limitado, como sucedía en la república romana. A veces dura lo que dura la vida de un hombre, como en Polonia. A veces se establece que dure lo que dure una familia, como en Inglaterra. A

veces que se transmita entre los descendientes varones, como ocurre en Francia.

El poder se encomienda unas veces a cierta clase social, otras a varias personas y en ocasiones a un solo hombre.

Como podemos apreciar, las condiciones del pacto son distintas en cada Estado, pero en todas partes la nación se reserva el derecho a mantener vigente el contrato. Ningún poder humano es lo bastante fuerte para romperlo o cambiarlo; cuando pierde su validez por cualquier motivo es el pueblo quien recupera la soberanía, el derecho y la plena libertad para establecer uno nuevo con quien sea y en las condiciones que prefieran. Esto es lo que ocurriría en Francia si por un mal mayor toda la línea sucesoria se extinguiera. El cetro y la corona serían devueltos a la nación.

Parece que solo los esclavos, cuya mente es tan limitada como estrecho ha quedado su corazón, se inclinan a pensar lo contrario. Estos hombres no han nacido ni para contribuir a la gloria del príncipe ni para beneficiar a la sociedad, carecen de la virtud y de la grandeza de alma imprescindibles para afrontar estas empresas. Para un esclavo, el miedo y el interés son los únicos motivos de conducta. La naturaleza produce esta clase de almas para mejorar el valor de los hombres virtuosos, y ella misma los emplea para beneficiar a poderes tiránicos, que sirven para disciplinar a las naciones que han ofendido a Dios.

El respeto a las leyes, la defensa de la libertad y el amor al país son las fuentes de todas las acciones bellas y memorables. Solo cuando se respetan florece la felicidad del pueblo y brillan los príncipes. Solo en este caso la obediencia supone un privilegio y abona la gloria. Por el contrario, la adulación, la lucha por el interés particular y el espíritu de sumisión están en la raíz de todos los males que abruman a una patria y son el principal abono de la cobardía, fuente de tanta deshonra; allí donde prevalecen el pueblo vive miserablemente y los príncipes se vuelven odiosos, el amor se apaga y prospera una dominación cruel. Si observo a Francia y a Turquía desde la misma perspectiva, a un lado veo a una sociedad

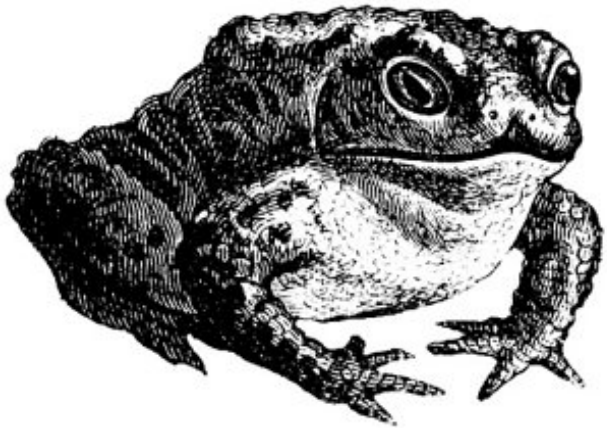
de hombres unidos por la razón, vigorizados por la virtud y gobernados por un jefe de Estado sabio que sabe acatar las leyes de la justicia; al otro lado, en Oriente, aprecio una manada de animales, domesticada por el hábito, sometida por la vara y dirigida por un señor absoluto que no conoce ningún límite a su capricho.

Diderot

BESTIA, ANIMAL, BRUTO

Mucha gente emplea la palabra «bestia» para contraponerla al hombre. Suele decirse: «El hombre tiene alma, y en cambio la mayoría de filósofos está de acuerdo en que los animales no la tienen». «Bruto» es un término despectivo que solo aplicamos a un hombre cuando ha demostrado sobradamente que es un cafre que se entrega a sus pasiones como un auténtico salvaje. «Animal» es un término genérico con el que referirse de manera legítima a todos los seres vivos orgánicos. El animal es una criatura que vive, actúa y se mueve por sí misma. Si valoramos a los animales por lo que piensan y desean o por cómo obran en comparación con nosotros, parece evidente que la palabra «alma» debería restringirse a la especie humana. Pero si consideramos el «alma» como la sede de la inteligencia y de la voluntad, con independencia de su alcance, no podemos negar que los animales tienen un «alma». Solo podemos llamar «brutos» a los animales si nos empecinamos en observar únicamente sus aspectos menos sofisticados: su ignorancia y su amoralidad. No sabemos si las bestias están gobernadas por las leyes generales del movimiento o por un impulso particular. Ambas hipótesis presentan dificultades. Si actúan movidas por un impulso particular, entonces, ¿en qué consiste esa alma? Difícilmente será material, pero ¿podría ser espiritual? En cualquier caso, asegurar que los animales ni tienen alma ni piensan los rebajaría al nivel de las máquinas, y no parece que estemos más autorizados a este desprecio que a considerar a una persona que habla sin que nos interese nada de lo que dice un autómata. El argumento basado en

que los animales no progresan, que sus acciones son las mismas a lo largo de su vida, parece muy potente, pero en realidad no está sustentado en la experiencia. Los nidos de las golondrinas y las guaridas de los topos no se parecen entre sí mucho más que las casas que construyen los hombres. Si desalojas a los castores de sus refugios, cuando se instalan en otro lugar, a poco que el terreno y los materiales sean distintos, emplearán técnicas distintas para construir sus madrigueras.



Sin embargo, no es posible imaginar que las bestias tengan una relación mucho más íntima con Dios que otras criaturas del mundo material. De lo contrario, ¿quién de nosotros se atrevería a ponerles una mano encima y a derramar su sangre sin reparos ni remordimientos? ¿Quién sería capaz de matar a un cordero sin ensuciar su conciencia? Lo sentimientos que tienen los animales, sean los que sean, apenas parecen útiles para comunicarse entre sí o con otras criaturas. Gracias al incentivo del placer tratan de mantenerse vivas, y así conservan a su especie. He escrito el «incentivo del placer» por no disponer de una expresión más precisa, porque si las bestias experimentasen la misma clase de sensación que nosotros llamamos «placer», hacerles daño sería un ejercicio de crueldad sin precedentes. Los animales están sujetos por sus propias leyes naturales a causa de que están unidos por necesidades comunes, pero no disponen de ninguna ley positiva

porque no están unidos por ningún vínculo intelectual. Los animales siguen esas leyes naturales sin oponer excesiva resistencia, y suponemos que las plantas que ni sienten ni comprenden todavía están más sujetas a las leyes.

Las bestias no disponen de la ventaja suprema de los seres humanos. Pero nadie puede negar que sus privaciones les proporcionan ventajas desconocidas para nosotros: no disfrutan de nuestras esperanzas, pero tampoco padecen nuestros miedos. Sufren la muerte como nosotros, pero sin saberlo. La mayoría de ellas se cuidan a sí mismas mejor que nosotros y rara vez abusan de sus pasiones.

Diderot

BIBLIOMANÍA

Loco deseo de comprar libros y acumularlos.

Descartes consideraba que la lectura es una conversación que mantenemos con los grandes hombres de los siglos pasados, que tienen la cortesía de enseñarnos exclusivamente sus mejores pensamientos. Esta observación es cierta, pero solo si se aplica a los grandes hombres la cantidad de estos es tan escasa en todos los tiempos que constituiría un gravísimo error tratar de aplicar dicha máxima a todos los libros y a todos los géneros. Son tantísimos los mediocres, por no hablar de los tontos, que han escrito libros que podemos estar seguros de que bibliotecas enteras apenas sirven como registro histórico de la ceguera y la estupidez de la humanidad. De todo ello se deduce que cuando el amor a los libros no está guiado por una mente iluminada constituye una de las pasiones más ridículas. Esta idea se podría colocar como inscripción en todas las grandes bibliotecas: viviendas de la mente humana. De otro modo, acumulando libros al tuntún actuaremos como aquel amante de los minerales que, incapaz de distinguir el valor de las muestras que recoge, termina sepultando media docena de diamantes bajo un montón de pedruscos.

El amor a los libros solo es digno de elogio en dos casos: cuando uno sabe apreciar su auténtico valor, cuando los leemos como los filósofos, para beneficiarnos de lo bueno que contienen y mofarse de lo malo. Y en segundo lugar, cuando lo que encontramos de beneficioso para nosotros en esos libros pueda serlo también para otros, y lo compartimos con placer y sin reservas. Basándonos en estos dos criterios podemos señalar a Falconet como modelo para todos aquellos que tienen una biblioteca o aspiran a tener una.

He escuchado que una de las mentes más brillantes del siglo logró adquirir, por medios un tanto inusuales, una biblioteca muy selecta, con muchos libros, pero que no ocupa demasiado espacio. Pongamos un ejemplo: si compra una obra en doce volúmenes donde solo hay seis páginas que merece la pena leer, separa estas seis páginas del resto y lanza el lastre al fuego. Este procedimiento me parece muy útil.

La avaricia que se desprende de la acumulación de libros puede llegar a ser muy sórdida. Conocí a un loco que había desarrollado una pasión extrema por los libros sobre astronomía, aunque no entendía ni media palabra sobre el asunto. Llegó a comprar volúmenes por un precio exorbitante y después los encerraba en un cofre sin siquiera ojearlos. No permitía que nadie se acercase a ellos, y aunque los mismísimos Halley o Le Monnier le hubiesen pedido que los dejase consultarlos se hubiese negado. Otro hombre tenía sus libros tan guardados, por miedo a estropearlos, que cuando

tenía que consultarlos los pedía prestados a otros amigos. En su biblioteca colgó el cartel: «Acudid a los libreros», en previsión de que algún distraído pudiera pedirle un libro.

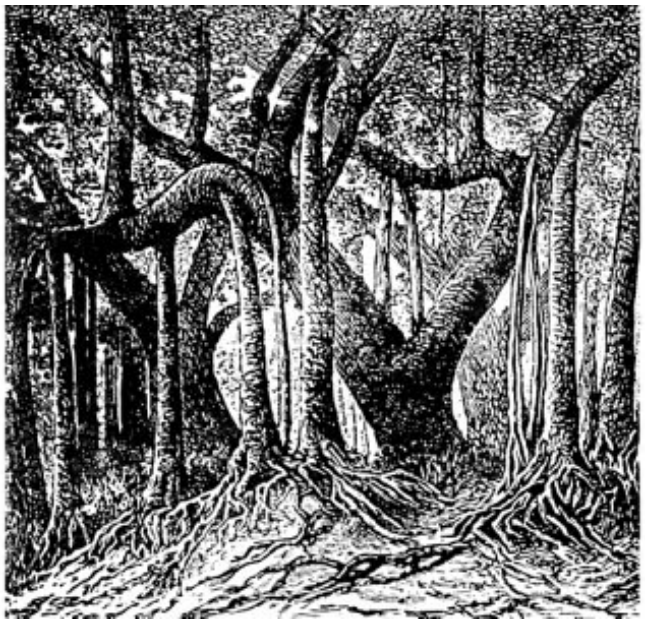
Por regla general, la bibliomanía, con algunas excepciones, es de la misma naturaleza que la pasión por la pintura, las curiosidades o las casas. Quienes están dominados por ellas apenas experimentan ningún placer en acumular los objetos de su deseo. Cualquier filósofo que entrase en una biblioteca podría decir de aquellos libros lo mismo que uno de sus colegas dijo al entrar en una casa muy ornamentada: «¡Hay tantas cosas aquí que ni necesito ni me importan...!».

D'Alembert

BOSQUES SAGRADOS

Los bosques sagrados fueron los primeros espacios dedicados a adorar a los dioses. En los huecos de los árboles y en las guaridas de los animales, entre las extensiones silenciosas de los grandes bosques, se hicieron los primeros sacrificios. A la superstición le gusta la oscuridad, así que levantaron los primeros altares en zonas aisladas. Cuando los templos empezaron a construirse a las afueras de las ciudades, la superstición les añadió algo de misterio, plantando a su alrededor árboles inmensos. Estos bosques no tardaron en ser tan venerados como los propios templos. La gente se reunía bajo las copas para celebrar juegos y bailes. Las ramas de los árboles estaban cargadas de ofrendas. Los troncos sagrados recibían tantas reverencias como los sacerdotes, las hojas se consideraban atributos propios de los dioses, romper una rama equivalía a un sacrificio. No podemos dejar de señalar que estos bosques sagrados eran el sitio más propicio para los milagros; muchos se realizaron allí. Apolo tenía un bosque donde jamás entró un animal venenoso, los ciervos vivían seguros en su interior, se refugiaban allí cuando los perseguían porque los perros no se atrevían a entrar, ladraban desde el exterior mientras los ciervos comían tranquilos. Asclepio tenía un bosque donde estaba prohibido que alguien naciese o muriese. Los bosques del monte Etna, que eran propiedad de Vulcano, estaban custodiados por perros sagrados capaces de despedazar a quienes se acercaban con un corazón impuro, y de separar a los hombres y a las mujeres que trataban de

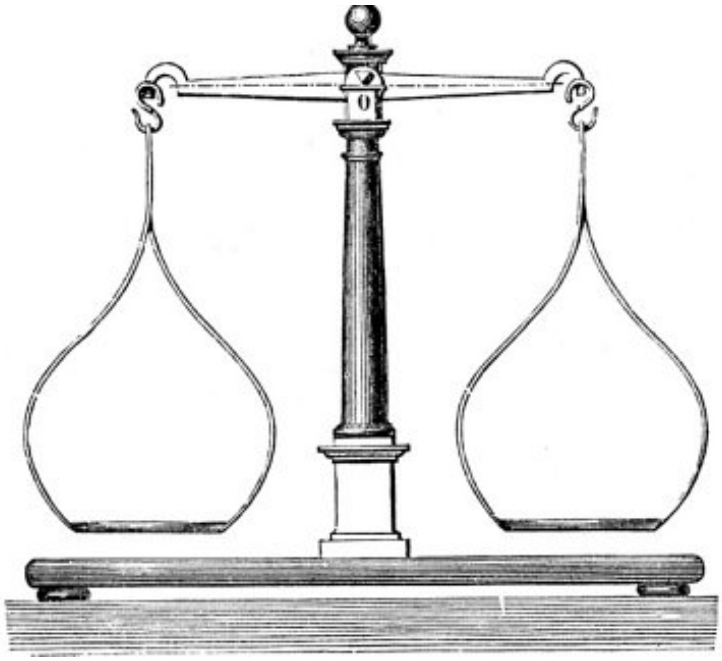
abrazarse en la oscuridad. Incluso las terribles furias tenían un bosque sagrado cerca de Roma.



Diderot

CARÁCTER

Es la tendencia del alma a hacer unas cosas en lugar de otras. Así, de un hombre que rara vez o nunca perdona diremos que tiene un carácter «justiciero». Prefiero decir «rara vez» a «nunca» porque un carácter ni es un destino ni presupone una constancia rigurosa, así que es mejor definirlo como la disposición más habitual del alma.



Duclos, en sus consideraciones sobre el carácter, acierta al observar que la mayoría de errores y desatinos que cometen los hombres provienen del desacuerdo entre sus ideas y su temperamento. De Cicerón se dice que disfrutaba de una gran mente, pero que su alma era débil: este desequilibrio hizo de él un gran orador y un hombre de Estado mediocre. Esta verdad particular

puede aplicarse a muchos otros hombres. No hay nada más peligroso para una sociedad que un hombre sin carácter, cuya alma no tiene ninguna disposición ambiciosa ni constante. Confiamos en el hombre virtuoso tanto como desconfiamos del pícaro. Un hombre sin carácter pasa de un estado a otro, es imposible adivinar lo que es, y jamás estaremos seguros de si es un amigo o un enemigo. Se trata de un anfibio negativo, malo para cualquier medio; ¿y qué criatura puede prosperar fuera de su elemento? Me viene a la cabeza aquella ley con la que Solón declaró infames a todos los hombres que, después de decidir en asamblea participar en una revuelta, se mostraban incapaces de unirse a ella. Para Solón nada era más temible que el carácter indeciso de un hombre.

D'Alembert

CARÁCTER *de las* NACIONES

El carácter de una nación consiste en cierta propensión del alma que se encuentra con más facilidad en unos países que en otros, aunque de ningún modo se manifiesta en todos los habitantes del territorio. Así, el carácter de los franceses contempla la alegría, la sociabilidad y el amor a la monarquía como institución y a su rey como persona.

En las naciones que tienen una larga historia cualquier observador atento puede reparar en ciertos rasgos básicos de carácter que no se han alterado con el tiempo. Los atenienses estaban ávidos de noticias en tiempos de Demóstenes, seguían así en tiempos de san Pablo, y hoy en día no han cambiado nada. En las observaciones de Tácito sobre los alemanes leemos costumbres que siguen vivas en aquellas tierras.

Tal vez el clima tenga una influencia real en el temperamento de las personas, pero no podemos secundar que sea un elemento decisivo en la forma del gobierno, pues esta cambia con los años, mientras que el clima sigue igual. Lo que sí es cierto es que la forma de gobierno, si se prolonga en el tiempo, termina influyendo sobre el carácter de un pueblo. En un Estado despótico, por ejemplo, las personas no tardan en volverse perezosas y en desarrollar una afición excesiva por las frivolidades, el interés por la verdad y la belleza se agotan, y sería un disparate esperar de ellos grandes pensamientos o gestas virtuosas.

D'Alembert

CARÁCTER *de las* SOCIEDADES

Las sociedades o los grupos particulares que prosperan dentro de una nación pueden considerarse un pequeño pueblo rodeado de otro pueblo más grande. Son algo así como un injerto, bueno o malo, implantado en el tronco principal. El temperamento de ciertas asociaciones consiste, por ejemplo, en la subordinación; en otras, y no son las peores, domina el espíritu de igualdad. Algunas sociedades están agrupadas en defensa de las costumbres dominantes, otras existen para favorecer cambios. Lo que en un individuo podría parecer un defecto puede ser una virtud en un grupo. Por ejemplo: creo que tenía razón el ingenioso que dijo que una sociedad literaria que se precie tiene que ser algo pedante.

A menudo el carácter de estas sociedades es distinto al de la nación que las contiene, como una suerte de cuerpo extraño.

Las sociedades que han jurado lealtad a un príncipe que no es su legítimo soberano sentirán más apego por esta casa que el resto de la nación. Por este motivo, los monjes han hecho mucho daño a nuestro país cada vez que tomaban un partido equivocado. Pero que nadie crea que estas lealtades son para siempre, pues el tiempo modifica todas las costumbres. Así lo dejó escrito Voltaire en su admirable libro sobre Luis XIV:

> Los monjes, cuyos jefes residen en Roma, son con suerte criados del papa que viven dispersos por el mundo. La costumbre de considerar esto como algo natural es la responsable de que los reyes no hayan previsto los peligros que pueden surgir de cosas aparentemente sagradas. Jurar lealtad a cualquier otra persona que no sea un príncipe, no digamos ya a un enemigo del

príncipe, es un crimen de alta traición para un lego, pero parece que si se da dentro de un claustro es un acto religioso. La dificultad estriba en calcular hasta qué punto el religioso va a respetar su obediencia al otro soberano. Es de sobras conocido que demasiado a menudo estos hombres enclaustrados, arrastrados por la angustia o por el entusiasmo, han preferido servir a Roma en detrimento de su patria. El espíritu de la Ilustración, que ha dominado Francia desde el siglo pasado y que ha impregnado todos los estamentos, ha resultado ser el mejor remedio contra esta clase de abusos. Los libros de mérito que se han escrito sobre este asunto les han procurado un auténtico servicio a los reyes y a sus ciudadanos. Uno de los cambios en las costumbres más beneficioso, que tuvo lugar en tiempos de Luis XIV, es que las órdenes religiosas empezasen a considerarse antes súbditos del rey que del papa.

De nuevo la filosofía, con su capacidad de destruir prejuicios como si abriese puertas, ha actuado a favor del Estado.

D'Alembert

CELOS

Se trata de una inquietud del alma que nos empuja a envidiar la gloria, la felicidad y el talento de los demás. Esta pasión se parece mucho en su naturaleza y en sus efectos a su hermana, la envidia, de manera que es relativamente sencillo confundirlas. La diferencia, a mi juicio, es que cuando nos sobreviene la envidia solo nos fastidia el beneficio ajeno en la medida que nos gustaría disfrutar a nosotros de él; mientras que los celos se aplican sobre nuestro propio bien: algo que tenemos miedo a perder o compartir. Envidamos la autoridad de otra persona, estamos celosos de perder la autoridad que poseemos.

Los celos no solo dominan a los individuos, también someten a naciones enteras. A esta escala producen en ocasiones grandes estallidos de violencia. Los celos propician enormes rivalidades con el propósito de defender la posición social, el comercio, el arte o la religión.

Digamos unas palabras sobre los celos amorosos: son una fiebre que devora a quienes viven en regiones quemadas por el sol, pero que tampoco es desconocida entre nuestros climas templados. En este sentido, los celos se parecen a una tormenta que asola el corazón de un amante temeroso de que la persona amada comparta con otro su tiempo, sus sentimientos, sus ideas o cualquier otra cosa que él cree que le debería estar reservado en exclusiva. El gesto más pequeño lo sobreinterpreta con alarma, y percibe en las acciones más cotidianas la prueba segura de la desgracia que tanto teme. Vive en la sospecha y condena a la otra persona a vivir en el tormento y en la restricción.

Esta pasión, tan cruel como mezquina, es el signo inequívoco de que desconfiamos de nuestros propios méritos, y la confesión tácita de cómo nos reconcome la superioridad del rival. Ambos rasgos, la desconfianza y el complejo de inferioridad, aceleran el mal que tanto se teme.

Pocos hombres y pocas mujeres logran pasar por la vida exentos de celos. Los amantes más elegantes tienen miedo de admitir estos sentimientos, y las personas casadas se avergüenzan de ellos. Así que donde los celos se manifiestan públicamente con más evidencia es cuando los hombres de más edad incurren en locuras, sobre todo en los países cálidos, pues a esa edad conocen bien el carácter fogoso de sus amadas, y es sencillo dejarse llevar por este demonio.

Por culpa de los celos los hombres deforman los pies de las mujeres en china, y también por culpa de los celos se sacrifica la libertad de las mujeres en los países del este.

Diderot

CENTAUROS

Se trata de criaturas medio hombre medio caballo que surgieron de la unión entre el monstruo Ixión y una nube. Las personas crédulas que buscan una base real para cada una de las fábulas de la Antigüedad aseguran que los centauros habitaron la región de Tesalia, cerca del monte Pelión, y que fueron los encargados de domesticar a los primeros caballos. Como nadie había visto jamás a un hombre a caballo consideraron que el caballo y el hombre que iba a lomos del animal eran la misma criatura. Sea o no cierta esta explicación, lo cierto es que el centauro Quirón, tutor de Aquiles, era considerado un jinete muy experto. También se dice que a la boda de Pirítoo y Deidamía asistieron estas criaturas y que Heracles persiguió a los centauros de Tesalia. ¿Han existido o se trata de monstruos ficticios? No es esta una cuestión sencilla de dilucidar. Plutarco asegura que un centauro recién nacido de una yegua fue mostrado a los siete sabios; Plinio dice que vio a un centauro que habían traído a Roma desde Egipto, y que estaba embalsamado como es costumbre en aquel país. San Jerónimo escribió que san Antonio conoció a un centauro mientras estuvo en el desierto... Si se quiere resolver el asunto apelando a la historia natural enseguida descubrimos que hay muchos animales cuyo origen surge de la combinación de dos especies precedentes. De esta manera la razón puede admitir la hipótesis de la existencia de centauros o faunos.

Diderot

CERVEZA

Se trata de una clase de bebida alcohólica fuerte, de graduación similar al vino, pero que no se fabrica con uva, sino con grano fermentado. Su invención suele atribuirse a los egipcios. Se dice que este pueblo, privado de la vid, perseguía el secreto para imitar el vino, y lo encontró en la fermentación del grano, que les sobraba en abundancia. Así, haciendo de la privación virtud, fue como inventaron la cerveza. Otros retrotraen su origen a los tiempos de las fábulas. Se dice que mientras Ceres y Osiris viajaban por la tierra (Osiris para hacer felices a los hombres, Ceres para encontrar a su hija perdida), enseñaron el arte de fabricar cerveza a los pueblos que, por falta de viñedos, eran incapaces de fabricar vino. Pero abandonemos el territorio de las fábulas y regresemos a la historia: parece que este arte se extendió desde Egipto hacia otras regiones del mundo. Durante años se consideró que en la ciudad de Pelusium, situada cerca de la desembocadura del Nilo, se fabricaba la mejor cerveza del mundo. Se conocían dos clases, la zythum y la carmi, esta última más dulce y más agradable al paladar. Supongo que equivalían a nuestra cerveza rubia y a nuestra cerveza negra. En la Galia no tardaron en descubrir la cerveza, y durante siglos se convirtió en la bebida favorita de sus habitantes. El emperador Juliano, que gobernaba en aquellas regiones, aludió a la cerveza en un epigrama bastante malo. Después la cerveza arraigó en las provincias del norte, en Flandes y en Inglaterra, pues en las regiones dominadas por el frío, donde no se fabrica vino, ni siquiera sidra, parece ideal una bebida que solo necesita grano y agua para ser

elaborada. Ya me parece más difícil creer que la cerveza llegase hasta Grecia, cuyo fantástico clima es tan propicio para elaborar vino, pero muchos autores famosos han dado testimonio de que la conocían. Aristóteles habla de los efectos embriagadores de la cerveza. Teofrastro la llamó οἶνος κριθῆς, «vino de cebada»; Esquilo y Sófocles, ζῦθος βρυτὸγ. Los españoles también bebían cerveza, al menos en la época de Polibio.

Diderot

CHOCOLATE

Llamamos chocolate a una clase de pastel preparado con distintos ingredientes cuya base es el grano de cacao. La bebida hecha con este ingrediente tiene el mismo nombre y debemos buscar su origen en América: los españoles descubrieron que esta bebida se tomaba mucho en México cuando conquistaron aquel territorio hacia 1520.

Los indios, que han tomado esta bebida desde los albores del tiempo, la preparan de manera muy sencilla. Tuestan los granos de cacao en vasijas de barro, después los muelen con dos piedras, los blanquean, derriten la sustancia en agua tibia y la mezclan con chiles. Los más escrupulosos con las viejas recetas añadían achiote a la mezcla para darle color. También nos dicen que se usaba atole para espesar. El atole es un guiso de harina de maíz o de trigo de la India, cuyo sabor, ya muy aderezado por las especias mexicanas, fue mejorado por las monjas o las esposas de los indianos con azúcar, canela, aceites perfumados, ámbar o almizcle. En estas regiones el atole se utiliza de la misma manera que la harina de arroz en el levante. La mezcla de todos estos ingredientes le da a la bebida un aspecto tan salvaje y un sabor tan extremo que un soldado español dijo una vez que parecía más apropiado arrojarlo a los cerdos que dárselo de beber a una persona. Añadió que de no ser por la escasez de vino jamás hubiese probado un brebaje así.

Los españoles se dejaron convencer por los mexicanos de que esta bebida era buena para la salud. Tras constatar por propia experiencia sus beneficios se dispusieron a refinarla para que complaciese al paladar europeo: añadieron azúcar, algunas especias

de Oriente y algunas hierbas locales que sería absurdo enumerar aquí, pues de ellas apenas conocemos sus nombres y tan solo ha llegado a Europa la vainilla (de la misma manera que la canela es la única especie india que se ha aceptado en nuestra cocina), y es la única que empleamos en nuestras recetas.

La vainilla es una vaina de color marrón, de aroma muy suave. Su forma es más plana y larga que nuestras judías, y en su interior tiene una sustancia similar a la miel y muchas semillas pequeñas, negras y brillantes. La vainilla debe ser cosechada cuando el grano es joven y graso, y antes de usarse conviene asegurarse de que no ha sido untado con ningún aceite ni almacenado en un lugar húmedo.

El sabor agradable y el aroma sublime del chocolate lo han convertido en un alimento y en una bebida muy deseados. Sin embargo, después de varios siglos de consumo se empieza a pensar que tomado en exceso podría perjudicar la salud del estómago. Este es el motivo por el que se consume mucho menos ahora, y por el que las personas que anteponen el buen funcionamiento del cuerpo al placer de los sentidos han renunciado al chocolate. En España y en Italia han llegado a la conclusión de que el chocolate es sano si no se le añade vainilla, y en las colonias francesas de América, donde la vainilla no es tan rara y cara como en Europa, jamás se le añade al chocolate, aunque lo beben y lo comen tanto o más que en cualquier otra parte del mundo.

Sin embargo, como son muchísimas las personas que siguen prefiriendo el chocolate con sabor a vainilla, es justo que esta especia siga apareciendo en las recetas. No obstante, no podemos afirmar que la mejor receta de chocolate lleve sí o sí vainilla, pues cuando se trata de gustos no solo la variedad de opiniones es infinita, sino que todo el mundo pretende que lo tengamos en cuenta. El ingrediente que una persona omitiría porque no quiere saber nada de él es indispensable para otra. Incluso en el supuesto de que llegásemos a ponernos de acuerdo en todos los ingredientes que debe incluir una receta de chocolate sería imposible consensuar

las proporciones adecuadas. De manera que la «receta ideal» responde apenas a la combinación de ingredientes que satisface al mayor número de personas, esto es, el sabor más popular.

Cuando la pasta de cacao está ya molida en la piedra se le añade el azúcar previamente tamizado en un tamiz de seda. La proporción correcta de cacao y azúcar es a partes iguales, pero conviene reducir un poco la cantidad de azúcar para impedir que la pasta se seque, pues el azúcar vuelve la pasta más sensible a los cambios en el aire. Este cuarto de azúcar es preferible reservarlo para añadirlo cuando se nos sirve la bebida.

Después de mezclar el azúcar con la pasta de cacao se le añade un polvo muy fino hecho con semillas de vainilla y canela en rama. La mezcla resultante se muele en una piedra. Cuando todos los ingredientes están ya mezclados correctamente se vierte el resultado en un molde de hojalata, donde tomará la forma que hemos elegido e irá poco a poco adquiriendo la textura adecuada. Si uno es aficionado a los aromas puede añadir una pequeña cantidad de aceite aromático antes de verter la mezcla en los moldes.

Cuando el chocolate se hace sin vainilla la proporción de canela tiene que aumentar. En cuanto a la vainilla, la cantidad empleada es arbitraria: una o dos gotas, tres, incluso más, por cada libra de cacao, según el gusto o el bolsillo.

Los chocolateros que quieren convencernos de que han usado mucha vainilla en su preparación, pero que no quieren gastarse el dinero que vale, añaden pimienta o jengibre. El resultado no es para nada malo: las personas cuyo paladar se inclina hacia los sabores fuertes no quieren que se les sirva el chocolate sin pimienta o jengibre. Pero debemos ir con cuidado con estas especias, pues calientan excesivamente el cuerpo. Lo bueno, en cualquier caso, es no tomar ningún chocolate de cuya composición no estemos seguros.

En el Caribe se toman el cacao en bloques puros, sin mezclarlo con ningún otro ingrediente. El chocolate en barras (mezclado o puro) tiene una ventaja: si uno está apremiado o está de viaje y no puede disolverlo para bebérselo, puede masticar la barra y dejar que el estómago mezcle el chocolate con el resto del desayuno.

En las islas francesas de América siempre se ha consumido mucho chocolate, y ahora mismo está muy de moda esta manera de prepararlo: se cortan las barras de cacao en rodajas muy finas con un cuchillo o con un rayador plano. Después se añaden dos o tres puñados de canela bien tamizada y dos cucharadas de azúcar. La mezcla entera se pone en una olla con un huevo fresco entero (tanto la yema como la clara). Luego se mezcla todo bien con ayuda de un batidor, hasta que se consigue la consistencia de una miel líquida. La hervimos con agua o leche, sin dejar de batir, para que la mezcla sea homogénea. En cuanto retiremos la olla del fuego debemos servir el brebaje en tazas para que esté espumoso. Si queremos mejorar el sabor se le puede añadir una cucharada de agua de azahar con una a dos gotas de aceite de ámbar diluidas.

Esta forma de preparar el chocolate tiene varias ventajas que la hacen preferible a cualquier otra.

En primer lugar, uno puede estar seguro de que este chocolate, si se ha preparado bien, desprenderá un aroma exquisito y su sabor será muy delicado. Además, el estómago lo encontrará suave, y no ensucia en exceso ni la olla ni las copas.

En segundo lugar, nos proporciona el placer de prepararlo nosotros mismos, alterando la receta en función del gusto. Nada más sencillo que agregar más o menos azúcar o canela, y decidir si le añadimos flor de naranja o aceite aromático...

En tercer lugar, ninguno de los pasos de este proceso puede estropear las cualidades del grano de cacao. La elaboración es tan neutra como sencilla: podemos disfrutar del chocolate en cualquier hora del día, a cualquier edad, tanto en verano como en invierno... sin temor alguno a que nos siente mal. Esta manera de preparar el chocolate no supone tantos riesgos como el chocolate sazonado con vainilla y con otros ingredientes calientes y amargos, que pueden descomponernos el estómago en verano, sobre todo a los jóvenes, cuyas constituciones son secas. En caso de preferir el chocolate sazonado con vainilla es bueno recordar que un vaso de agua fría tomado antes o después que el chocolate puede aliviar o prevenir la sensación de ardor. El agua, al pasar por el tracto digestivo, contribuye a apaciguar la sangre encendida por el chocolate.

En cuarto lugar, el chocolate así preparado es tan barato que una taza apenas nos cuesta un céntimo. Incluso los artesanos más humildes podrían beneficiarse de este almuerzo tan agradable al paladar y tan nutritivo, que podría mantenerlos en el trabajo sin necesidad de comer nada más hasta la hora del almuerzo.

Diderot

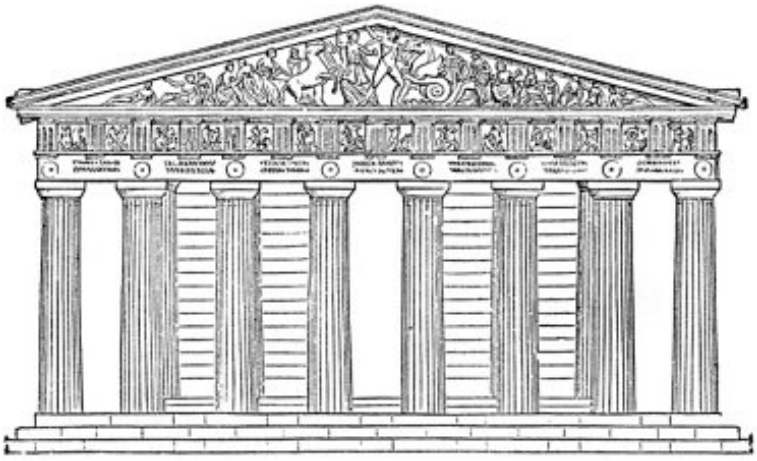
CIUDADANO

El ciudadano es un miembro de una sociedad libre constituida por muchas familias. Comparte con el resto de ciudadanos los deberes que impone la sociedad y se beneficia de sus derechos. Quien reside un tiempo en un sitio para realizar un trabajo, y que lo abandonará tan pronto como terminen sus negocios, no puede considerarse un ciudadano de pleno derecho, pues tan solo de manera pasajera debe someterse a las leyes de la nación. Quien acostumbra a pasar sus vacaciones en un emplazamiento, pero no participa de sus derechos y deberes, tampoco alcanza la categoría de ciudadano. Todo aquel que por su comportamiento ha sido despojado de sus derechos y libertades perdió la condición de ciudadano. A las mujeres, a los niños y a los sirvientes se les considera ciudadanos porque pertenecen a la familia de un ciudadano, pero tampoco lo son por derecho propio.

Podemos distinguir dos clases principales de ciudadanos: los nativos y los naturalizados. Nativos son aquellos que nacen ciudadanos, y se considera naturalizados a los hombres que la sociedad permite participar de los mismos derechos, deberes y libertades que los ciudadanos, pese a que no han nacido en el territorio.

Los atenienses eran muy restrictivos cuando se trataba de darle el título de ciudadano a un extranjero, de manera que esta condición fue siempre mucho más digna entre ellos que entre los romanos, que la entregaron con prodigalidad. De esta manera mantuvieron alerta a los extranjeros que ambicionaban este gran honor. Atenas

nunca tuvo un gran número de ciudadanos cuyos padres no fuesen a su vez ciudadanos. En cuanto un joven cumplía los veinte años se le inscribía en el registro de ciudadanos, se celebraba una ceremonia de adopción y debía jurar fidelidad bajo la atenta mirada de los dioses. Su discurso de aceptación sonaba así: «No deshonraré a mi ciudad; no abandonaré a un aliado si está de pie, sea quien sea; lucharé por los hogares y por los altares, solo o al lado de muchos; no causaré el menor daño a la patria y nunca la traicionaré; navegaré hasta cualquier puerto donde me envíen; obedeceré las costumbres heredadas y lo que el pueblo haya decidido sobre cualquier asunto, siempre que sea razonable; y si alguien intenta suprimir leyes que fueron aprobadas justamente, me opondré». Quiero señalar que dejar en manos de cada individuo la decisión de si una ley es «razonable» antes de seguirla u oponerse me parece una fuente inagotable de problemas. El resto del discurso sigue siendo muy hermoso y muy sabio.



Los extranjeros solo podían llegar a ser ciudadanos de Atenas si eran adoptados por un nativo y recibían el consentimiento del pueblo. Pero esta asimilación no era universal: solo podían aspirar a ella los varones que no habían cumplido los veinte años. Tampoco los hombres que habían sido enviados al exilio podían regresar como ciudadanos.

Para llegar a ser ciudadano romano de pleno derecho era imprescindible reunir tres condiciones: tener una residencia fija en Roma, estar adscrito por lazos de parentesco o amistad con una familia romana y contribuir a la gloria de Roma. Quien obtenía la ciudadanía sin haber nacido en la ciudad y sin reunir estas tres condiciones lo hacía más a título honorífico que con pleno derecho.

En la época en la que habían inscritos más de cuatro millones de ciudadanos romanos en el censo que había encargado Augusto se aprecia que solo los que vivían en Roma se consideraban ciudadanos de pleno derecho, y que los que vivían en el resto del imperio se les trataba como si hubiesen recibido una distinción honorífica: la de residente.

Se apreciaban diferencias considerables entre ciudadanos y residentes. Los ciudadanos, en tiempos de Augusto, lo eran por nacimiento. Los derechos y privilegios de los que disfrutaban no podían adquirirse por más años que un ciudadano foráneo viviese en territorio romano. Solo la voluntad de los cónsules o del emperador podía convertir a un residente en ciudadano de pleno derecho.

El principal privilegio de un ciudadano romano era que solo podía ser juzgado por su pueblo. La ley Porcia los protegía de posibles condenas a muerte. Cuando estaban en provincias no podían ser sometidos por el poder arbitrario de un procónsul o por las leyes de un magistrado local. La condición de ciudadano impedía a estos tiranos subalternos que se inmiscuyesen en su camino. Montesquieu asegura que en Roma la libertad de los ciudadanos y la servidumbre de los esclavos eran tan extremas como en Lacedemonia. Sin embargo, pese a todos los privilegios, el poder y la grandeza sobre los que tanto entusiasmaba escribir a Cicerón me parece que en Roma se tenía una idea menos precisa sobre los derechos del ciudadano que en un cantón de Zurich. Para convencerse de que esto es así basta con prestar atención a lo que nos queda por decir en esta entrada.

Hobbes no ve ninguna diferencia entre un sujeto y un ciudadano, pues contempla al «sujeto» en su sentido más estricto y al

«ciudadano» en el más amplio, de manera que, efectivamente, el sujeto es a las leyes lo que el ciudadano es al soberano. Ambos obedecen órdenes, pero el primero lo hace en cuanto criatura moral, y el segundo en cuanto persona física. El nombre de ciudadano no corresponde ni a los que viven aislados ni a los que viven subyugados, de donde se desprende que aquellos que viven absolutamente dominados por un soberano, como los esclavos, o sometidos al estado de naturaleza, como los salvajes, de ninguna manera merecen aspirar a que se les considere ciudadanos. No ha existido jamás una sola sociedad natural donde la moral se haya mantenido inmutable, eso sería tan extraño como ser gobernado por un monarca inmortal.

Puesto que las leyes de las sociedades constituidas por familias libres no son las mismas en todas las regiones, y como incluso en las sociedades más democráticas existen ciertas jerarquías, cada uno de los ciudadanos puede ser valorado en función de las leyes de su país y también por el rango que ocupa en el orden jerárquico. La primera distinción permite explicar las diferencias entre un ciudadano de Amsterdam y otro de Gante, y la segunda explica las diferencias entre un magistrado y un comerciante.

Sin embargo, pese a tener muy presente los rasgos distintivos que los ciudadanos obtienen por pertenecer a un país y ocupar una posición en el entramado jerárquico, Aristóteles reconoció un rasgo común a todos los ciudadanos: estén donde estén pueden acceder a las funciones de juez, si bien es cierto que esta característica se ajusta sobre todo a las democracias auténticas. En cualquier caso, esta es la base de la distinción duradera entre «ciudadano» y «sujeto»: el primer término se refiere a los distintivos y desempeños públicos de una persona, el segundo a los papeles que esa misma persona desempeña en privado.

Debemos aquí censurar a Puffendorf: al restringir el acceso a la categoría de ciudadano a aquellos que habían fundado el Estado en la primera reunión de las familias y a sus sucesores, introdujo un requisito irracional, que sigue circulando y que puede causar

conflictos graves en el seno de las sociedades, al establecer una separación insuperable entre los ciudadanos nativos y los naturalizados; en este error está la raíz de la naturaleza mal entendida. Todos los ciudadanos, si atendemos a su categoría dentro de una sociedad, son igualmente nobles. La naturaleza no depende en exclusiva de la ascendencia, sino de los derechos comunes que pueden esgrimirse ante las magistraturas.

La moral ejerce el mismo poder sobre el soberano que el déspota ejerce sobre el sujeto, y ni siquiera el esclavo más sumiso entrega todo su ser al soberano. La pregunta que se nos ocurre es la siguiente: ¿tiene el ciudadano derechos a los que nunca va a renunciar por mucho que se lo indique la moral? En ocasiones su lealtad se verá puesta al límite, y verá que sus derechos y su moral entran en un conflicto de intereses. Todo hombre tiene una dimensión pública y otra dimensión privada, que no siempre concuerdan.

En tiempos difíciles el ciudadano tomará partido a favor del grupo que apoya al gobierno legítimo. Si se derrumba el sistema de gobierno se unirá a aquella facción que apoya la igualdad y la libertad del mayor número de ciudadanos.

Cuanto menos alejadas están las ambiciones y las riquezas de los ciudadanos más pacíficos serán los estados. Esta máxima se percibe mejor en las democracias puras que en el resto de gobiernos, pero incluso en la democracia más perfecta la igualdad absoluta entre los distintos ciudadanos nunca pasará de ser una quimera. Si se persigue con demasiado empeño puede provocar la disolución del buen gobierno o contribuir a la institución de costumbres odiosas, como el ostracismo. En cualquier caso, en el gobierno se cumple la misma máxima que en la existencia animal: cada paso en la vida es un paso hacia la muerte. El mejor gobierno no es el que se perpetúa, sino el que contribuye a la paz durante más tiempo.

Diderot

CONVERSACIÓN, DISCUSIÓN

En general, con estas dos palabras nos referimos a un intercambio mutuo de pareceres entre dos o más personas. La diferencia estriba en lo siguiente: la «conversación» es un decurso que admite saltar de un tema a otro, mientras que la «discusión» se centra en un asunto concreto. De manera que cuando decimos que un hombre es un «buen conversador» nos referimos a que tiene la capacidad de manejarse bien con todos los temas sobre los que habla; en cambio, nunca se dice de alguien que es «buen discutidor», pues depende del tema. La palabra «discusión» también se usa para referirse a la charla que un inferior tiene con su superior. Un campesino o un cortesano nunca conversan con el rey, sino que tienen una discusión con él. También recurrimos a la palabra «discusión» cuando el tema que abordamos es importante. Dos reyes, por ejemplo, jamás «conversarán» sobre la paz, sino que «discutirán» sobre ella. Cualquier conversación que llega a imprimirse se considerará una discusión, a menos que el tema sea muy ligero. Discutimos sobre la naturaleza de los dioses y conversamos sobre Cicerón. La palabra «diálogo» está reservada a las conversaciones teatralizadas, y la palabra «coloquio» se refiere a las polémicas públicas sobre aspectos susceptibles de constituir una doctrina. Si un número de personas superior a dos se reúnen para hablar de manera informal tendrán una «conversación» y no una «discusión».

Las reglas de la conversación inducen a no detenerse demasiado en un tema, pasar de uno a otro con suavidad, sin aparente esfuerzo y renunciando a toda afectación. El arte de la conversación pasa por

recordar que se trata de un ejercicio para entretenerse, que no debe confundirse con una partida de ajedrez. Constituye parte de su encanto el talento para dejar pasar por alto las inconsistencias del interlocutor, y para ser impreciso en la propia argumentación y facilitar así el libre vagabundeo de la mente. También es importante no monopolizar la conversación y evitar los dogmatismos y el tono dogmático, que pueden arruinarla además de predisponer al resto en contra nuestra. La conversación nos da la oportunidad de ocultar la autoestima, pues si ofrecemos nuestras heridas a la vista de los otros enseguida encontrarán los medios de hacernos daño. Otro defecto que debemos evitar es el intento de remedar con el habla el estilo libresco; nada hay más cargante que intentar una conversación «bien escrita». Mucho mejor que una conversación que parezca un libro sería intentar escribir un libro que suene como una conversación. No dejará nunca de sorprenderme la frecuencia con que las mismas personas incurren en ambos errores. Nunca somos lo bastante prudentes cuando hablamos delante de la gente y nunca estamos lo bastante relajados cuando conversamos con nuestros amigos.

D'Alembert

CORRUPCIÓN

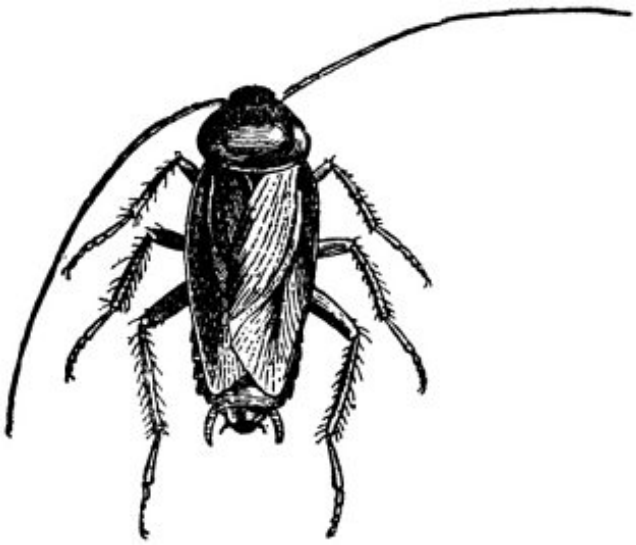
La corrupción es el proceso por el que una cosa deja de ser lo que era antes. La materia queda irremediablemente dañada cuando ya no existe, cuando en lugar de madera encontramos brasas. También un huevo deja de existir cuando en su lugar aparece un pollo, aunque esta no sea la acepción habitual de corrupción. De aquí se desprende el axioma filosófico que nos asegura que de la corrupción de algo nace otra cosa.

La corrupción se diferencia de la generación igual que se diferencia cualquier otro par de opuestos. También debemos distinguir la corrupción de la alteración: la corrupción supone un grado mayor de intensidad que la alteración. Decimos que una cosa está alterada cuando, aunque muy cambiada, seguimos reconociéndola y merece, por tanto, conservar su antiguo nombre. Si una cosa está corrupta ni la reconocemos ni merece conservar su nombre.

Pero de la misma manera que la generación no surge del vacío, tampoco la corrupción supone la destrucción final de la materia: implica la destrucción de los rasgos particulares que determinan que un cuerpo sea de una manera o de otra, pero su resultado final no es la nada, siempre deja un residuo.

Los antiguos creían que muchas clases de insectos se generaron gracias a la corrupción. Hoy en día consideramos que esta creencia es equivocada, aunque parece apoyarse en la observación de fenómenos cotidianos. Es cierto que de todo cuerpo corrupto nacen gusanos, pero el motivo es que otros gusanos adultos depositaron

allí sus huevos. Esto se ha demostrado con un experimento: si usted corta dos porciones de res muerta y coloca una en una olla destapada y otra en una olla que cubre con un trozo de tela para que pase el aire, pero impide el paso de los insectos, ambas carnes reaccionarán distinto. Al poco tiempo la primera pieza estará recubierta de gusanos porque las moscas pueden poner allí sus huevos libremente. La otra pieza se secará por efecto del aire y por la evaporación de sus jugos, se llenará de polvo, pero no encontraremos ni huevos ni gusanos ni moscas. Como mucho, algunas moscas, atraídas por el olor, revolotearán en grupo cerca de la tapa, y al no poder entrar arrojarán sus huevos contra el trapo. Según Pluche es absurdo defender que un pedazo de queso genera ácaros, pues entonces tendríamos que reconocer que un bosque genera ciervos y que la selva genera elefantes.



Pese a todo contamos con algunos filósofos modernos que se muestran favorables a la vieja opinión de la generación por corrupción, al menos en algunos supuestos. Buffon, por ejemplo, se inclina por esta posibilidad. En su *Historia natural*, después de presentar su sistema de moléculas orgánicas, llega a la conclusión de que pueden existir tantos seres vivos (o vegetativos) como los que puedan producirse gracias a la unión fortuita de moléculas, que

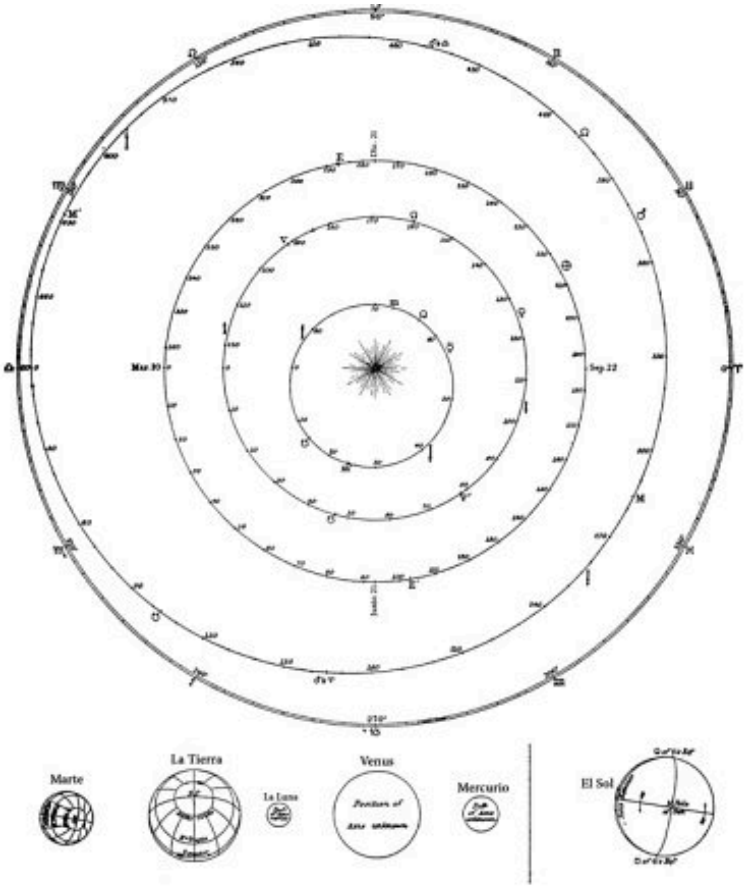
no siempre surge de las formas ordinarias de generación. Según él, el antiguo precepto *corruptio unius alterius generatio* se puede aplicar a varias criaturas. Así es como supone que las anguilas se formaron en una masa de harina y no tienen otro origen que la unión de unas moléculas orgánicas a partir de las partes más sustanciales del grano. Las primeras anguilas no surgieron de seres vivos, aunque las de hoy tengan la capacidad de generar otras anguilas vivas. En la obra citada se puede leer sobre este asunto con más detalle. En general, diríamos que las moléculas que componen un insecto solo pueden ensamblarse por generación. Pero sabemos tan poco sobre el conjunto de procesos naturales que sería prematuro hacer una afirmación tan categórica. Sabemos por experiencia que en la mayoría de los casos los insectos que parecen generados por corrupción han nacido por generación. Pero ¿sabemos lo suficiente para descartar en todos los casos que la corrupción no pueda crear vida? Debemos cuidarnos mucho de hacer esta afirmación. El propio Buffon reconoce que necesitamos muchos más experimentos para establecer las distintas clases de los seres generados.

D'Alembert

COSMOLOGÍA

Esta palabra está formada por la combinación de dos raíces griegas: κόσμος, mundo, y λόγος, discurso. De manera que podemos definirla como la ciencia que nos habla del mundo en el que vivimos, de lo que realmente existe.

La definición más precisa que podemos dar de cosmología es la siguiente: se trata de una parte de la física general que evita una explicación demasiado detallada de los hechos para así poder examinar los resultados metafísicos de estos hechos, es decir, las conexiones que existen entre ellos, con el propósito de descubrir las leyes que rigen el universo.



Este es el supuesto de partida: todo el universo está unido, todos los seres están conectados por una cadena continua de la que solo vemos algunas partes, pues una gran porción de la continuidad queda más allá de nuestros sentidos. El arte del filósofo consiste no tanto en vincular con relaciones especulativas partes muy distanciadas de ese continuo (aunque esta clase de intentos estériles se repiten muy a menudo) sino en establecer relaciones entre puntos más próximos del continuo para reforzar sus lazos. Para crear estos vínculos es importante que el filósofo atienda a dos cosas: a los hechos observados que se relacionan con los posibles vínculos y a las leyes que supuestamente los garantizan. Las llamo «leyes generales» porque podemos observarlas en un gran número de fenómenos, y como soy cauteloso me resisto a llamarlas «leyes universales». Entre este conjunto de leyes encontramos las del movimiento, que son los cimientos de la cosmología. Pero como

todavía no hemos sido capaces de reunir ni de examinar todos los hechos sería una enorme imprudencia pensar que con estas leyes podemos explicarlo todo. Quizá un día lo logremos, pero hasta que no llegue ese día la prudencia aconseja que prescindamos de llamarlas universales, incluso es posible que seamos demasiado optimistas llamándolas «generales». Basta con reflexionar sobre la debilidad de nuestra razón para que nos admire lo mucho que hemos descubierto ya, pese a todo lo que sigue oculto.

D'Alembert

DECADENCIA, RUINA

Estas dos palabras se diferencian en que normalmente la segunda es el resultado de la primera. Ejemplo: la decadencia del Imperio romano en tiempos de Teodosio anunció su ruina total. Pero hay alguna diferencia: se dice de las artes que entran en decadencia y de las casas que se arruinan.

D'Alembert

DERECHOS NATURALES

Estas dos palabras se emplean juntas tantas veces que casi todo el mundo está convencido de que se entienden con claridad. Esta falsa confianza se aprecia tanto en el filósofo como en el hombre que jamás usa la cabeza, con una diferencia: cuando se les hace la pregunta «¿Cuáles son tus derechos?», pese a que ambos se encuentran en la misma ignorancia, el hombre sencillo se remite al tribunal de la conciencia y decide quedarse en silencio, mientras que el filósofo solo se decide a callar después de dar vueltas en los círculos viciosos de la sofistería (que él considera reflexiones profundas) para terminar en el mismo punto de ignorancia por el que empezó el recorrido.

Nos sentiremos más que satisfechos si en esta entrada logramos establecer con cierta luz principios que podrían ayudar a otros a resolver problemas más graves que se asocian a la discusión sobre los derechos naturales. Para conseguir este propósito es imprescindible discutir el asunto a fondo y no dar por supuesto nada que no esté probado de manera clara y evidente. Claras y evidentes hasta el punto que puedan serlo las cuestiones morales, esto es, si satisfacen al hombre sensato.

1. Parece evidente que si el hombre no es libre, si sus resoluciones o su indecisión dependen de una exigencia externa a su alma, entonces de ninguna manera podemos considerarlo como el producto de una sustancia incorpórea (el alma), ni siquiera de una facultad de esa sustancia (la voluntad). Las acciones derivadas de

un caos así no se podrán atribuir a la benevolencia ni a la malevolencia racionales, y no se podrá hablar de bondad ni maldad en un sentido moral. La lección que podemos extraer de este razonamiento, aunque no vamos a detenernos en ella, es que la condición necesaria para juzgar moralmente las acciones es la libertad, la cual está muy por encima de la voluntad.

2. El estado habitual de nuestro ser es la pobreza de ánimo, la irascibilidad y el ansia. Tenemos pasiones y necesidades. Queremos ser felices y a cada momento los hombres injustos y apasionados sienten la inclinación de hacer a los demás lo que no quisieran de ninguna manera que les hiciesen a ellos. Esta es una verdad que todos conocemos en el fondo de nuestra alma y que no siempre hacemos todo lo posible para evitar. Un primer paso para comportarnos correctamente pasa por reconocer esta maldad en el fondo de nuestra alma, también el derecho de los demás a no sufrir lo que tanto tememos padecer nosotros.
3. Sin embargo, ¿qué podemos reprocharle a un hombre que es atormentado por pasiones tan violentas que convierten su vida en una carga onerosa si no las satisface? Qué le vamos a responder si nos dice: «Claro que sé que llevo el miedo y el desorden a la humanidad, pero debo elegir: o mi infelicidad o la de otros. Es la voz de la naturaleza la que me exige comportarme así. No soy libre, y no puedo querer a nadie más que a mí mismo. ¡Hombres!, a vosotros apelo. ¿Quién de vosotros en el instante previo a la muerte no compraría una nueva vida a expensas del dolor de parte de la raza humana si le asegurasen impunidad y silencio? No solo soy sincero, también soy justo: si mi felicidad exige que destruya la vida de todos lo que se oponen a ella, también admito que otros, sean quienes sean, destruirían la mía si es un obstáculo para su felicidad. No estoy tan loco como para imponer a otros sacrificios a los que no tengo la menor intención de someterme».
4. En primer lugar advierto algo que reconocerán tanto los hombres buenos como los malvados: puesto que el hombre no es solo un animal, sino un animal que razona, debemos aplicar la razón a

todos los asuntos. De tal manera que incluso en un asunto tan complicado como el que nos ocupa, quien renuncia a esclarecerlo racionalmente renuncia a su condición humana, y merece que lo tratemos como una bestia salvaje. Añadiré que una vez hayamos descubierto racionalmente la verdad, quien se niega a conformarse a ella es a todos los efectos un loco o un malvado.

5. ¿Qué podemos responderle al hombre que razona con tanta agresividad? Le diremos que todo su discurso se reduce a saber si se adquiere el derecho sobre la vida de los demás reconociendo sencillamente que los demás tienen derecho a quitarle la suya. Esta conversación es importante porque estamos ante un hombre que no solo busca la felicidad, también se presenta como un hombre justo, que de ninguna manera admite que lo consideremos una mala persona. Deberíamos empezar llamándole la atención sobre un hecho: incluso si él ofrece a los demás voluntariamente el derecho a que le quiten la vida, y aunque ese ofrecimiento fuese justo, eso no le da derecho a disponer de la vida de otros; no tiene la menor autoridad para obligarlos a aceptar. La persona que dice «quiero vivir» tiene la misma

legitimidad que la que dice «quiero morir». Los hombres solo tienen una vida y no por aceptar que pueden abandonarla en cualquier momento merecen apropiarse de una infinidad de ellas. Este trato solo sería aceptable si quedasen solo dos personas sobre la tierra con el mismo punto de vista sobre la vida. Es completamente absurdo pretender que otras personas desean lo mismo que uno desea. La cuestión del derecho natural es, por tanto, mucho más compleja que lo que este hombre se figura al situarse como juez y parte de todas las circunstancias.

6. Pero alejémonos ahora de este individuo para preguntarnos cómo es posible discernir entre el bien y el mal. ¿Dónde vamos a colocarnos para hacerlo? La única respuesta posible, a mi juicio, es delante de toda la humanidad, pues la bondad es la única pasión común a todos los hombres, de manera que tomadas por lo individual todas las voluntades son sospechosas de parcialidad. En cambio, la voluntad general no puede equivocarse, por lo que es siempre buena. Si los animales se encontrasen en un estado aproximado al nuestro, si fuesen capaces de comunicarse con nosotros y de transmitir con claridad sus pensamientos y emociones y de conocer los nuestros, si fuesen capaces de votar en una asamblea general, podríamos incorporarlos a la decisión de qué es el derecho natural. Pero entre los animales y nosotros se alzan barreras invariables y eternas, así que solo los hombres pueden dilucidar entre sí los problemas que emanan de su propia dignidad y que los constituyen.

7. El hombre debe dirigirse a la voluntad general para averiguar qué se espera de él como hombre, ciudadano, padre e hijo; y para discernir cuándo se espera que entregue su vida y cuándo se espera que siga viviendo. Es la voluntad general la que determina los límites de cualquier desempeño social. Tenemos derecho a vivir como nos plazca siempre que no rebasemos los límites marcados por la especie. Es la voluntad general la que tiene que iluminarnos sobre la bondad de nuestros pensamientos y deseos. Solo así, si es de interés general, cuanto concibamos será bueno y noble, y

podrá alcanzar lo sublime. La cualidad esencial de la especie exige que trabajemos para propagar la felicidad entre nuestros semejantes. Nunca debemos perder de vista esta voluntad general, de lo contrario la benevolencia, la justicia y la compasión empiezan a desvanecerse. «Soy un hombre y no tengo otro derecho inalienable que cuanto se desprende de mi humanidad»: eso es lo que debemos repetirnos a diario.

8. Alguien nos replicará: «¿Dónde está esta voluntad general de la que hablan? ¿Dónde puedo consultarla?». La respuesta sería: en los principios que rigen las legislaciones escritas por todos los pueblos civilizados, en las prácticas sociales de los pueblos salvajes y bárbaros, y entre las convenciones tácitas que respetan incluso los enemigos.

9. Si se medita cuidadosamente en todo lo que hemos dicho tendremos que concluir convencidos de que: 1) el hombre que solo escucha a su voluntad particular debería ser declarado enemigo de la raza humana; 2) que la voluntad general se expresa entre las pasiones de cada hombre como una comprensión espontánea de lo que puede pedir a sus semejantes de manera legítima y lo que estos le pueden pedir a él; 3) el respeto a esta voluntad general es la regla de oro para establecer las relaciones justas entre particulares dentro de la misma sociedad, y también entre las diversas sociedades; 4) la sumisión a la voluntad general hermana a todas las sociedades, y rige incluso a los criminales, pues de todos es conocido que los ladrones la respetan entre ellos en sus madrigueras; 5) que las leyes deben ser escritas pensando en el bien de todos y no para beneficiar a uno solo, de lo contrario este ser solitario se parecería al razonador violento cuyos argumentos hemos despedazado antes; 6) dado que la voluntad general nunca comete errores y que la voluntad individual solo vela por sus intereses, está claro cuál de ellas tienen que seguir los cuerpos legislativos para alcanzar el aumento de la felicidad de la mayor parte de la raza humana; 7) que todas estas conclusiones son evidentes para

cualquier persona que razona, y que quien no razona está renunciando a su condición humana, de manera que podemos tratarlo como a una criatura antinatural.

Diderot

DESCUBRIMIENTO

En un sentido general esta denominación se le da a cualquier nueva aportación que se haya conseguido en las artes o en las ciencias. Pero apenas se aplica en este sentido, y así debería seguir, pues no solo debe reflejar la novedad, sino también si el descubrimiento es útil, complicado e importante. A los descubrimientos menos importantes bastaría con llamarlos invenciones.

Tampoco es imprescindible que un descubrimiento sea al mismo tiempo útil, importante y difícil. Descubrimientos que engloban estas tres condiciones son de primer orden y excepcionales. Lo que sí es imprescindible es que disfrute de una de las tres. Así, la brújula fue desde el mismo momento en que se descubrió algo muy útil, pero como su hallazgo fue casual no se puede considerar que tuviese dificultad alguna. El descubrimiento de la descarga eléctrica fue muy importante, pero también se logró por casualidad, de manera que no supuso un gran esfuerzo, y de momento tampoco ha demostrado ser de gran utilidad. El descubrimiento de la cuadratura del círculo supuso una cantidad ingente de trabajo, pero nadie puede considerarlo demasiado útil, pues existen otros métodos de aproximación lo suficientemente exactos.

Para que un descubrimiento difícil sea meritorio debe presentar alguna utilidad. ¿Por qué valoramos tanto entonces la cuadratura del círculo? Por su singularidad. Es un descubrimiento único y dificilísimo, que se ha perseguido durante mucho tiempo.

Los descubrimientos, si atendemos a lo que acabamos de decir, se pueden dividir en dos según su origen: o son fruto de la

casualidad o son fruto del trabajo de un genio. El azar suele ser predominante cuando se trata de cuestiones prácticas; ese es el motivo por el que la mayoría de personas que han descubierto algo relacionado con la artesanía o las artes aplicadas permanecen en el anonimato. En muchos de estos casos las novedades fueron descubiertas por personas que no las buscaban, de manera que su mérito es limitado. Se podría añadir otro motivo: a los descubrimientos en las artes aplicadas se llega poco a poco, son el resultado del esfuerzo sucesivo de varios artesanos, cada uno de los cuales ha añadido algo a lo que había encontrado antes de él. ¿A quién podríamos atribuir ese descubrimiento si somos escrupulosos? Algo parecido ocurre en las artes. Además, los artistas plásticos rara vez escriben y los escritores rara vez prestan atención a los logros ajenos.

Los descubrimientos que podemos atribuir a un genio suelen darse en las disciplinas del razonamiento. En este campo el papel del azar es mucho menos preponderante que en las artes. Las ciencias también han conocido muchos descubrimientos que solo podemos atribuir al azar. Por ejemplo: la atracción del hierro por el imán no pudo deducirse, tuvo que ser por casualidad que una piedra magnética se acercase a un trozo de hierro, y así descubrir el fenómeno. Podemos decir que la física es una disciplina donde también descubrimos muchas cosas por casualidad. En estas ciencias también encontramos descubrimientos mixtos, donde interviene el genio y la casualidad; englobamos en este rubro todos los casos en los que el genio busca algo e inesperadamente encuentra otra cosa.

Es este el caso de muchos químicos que, entregados a la búsqueda de cierto componente o a la explicación de algunos procesos sutiles, han terminado por hacer descubrimientos inesperados. No hay ninguna ciencia donde estas combinaciones no se produzcan. Entre los geómetras, por ejemplo, no son pocos los que mientras perseguían la cuadratura del círculo se han encontrado con teoremas bellísimos, de gran utilidad, a los que han llegado sin

proponérselo. Descubrimientos de esta clase son efecto del azar, pero se trata de una clase de suerte que solo les llega a quienes se lo merecen. De la misma manera que decimos que una réplica fina y apropiada es la firma del hombre de talento, podríamos defender que esta clase de fortuna es la firma del hombre de talento. A estos hombres se les puede aplicar la frase que el rey Guillermo decía del mariscal de Luxemburgo: tantas victorias son demasiadas para atribuírselas a la suerte.

La clase de descubrimiento más importante que conocemos es aquel que solo se puede atribuir a los genios. Se alcanzan de tres maneras: persiguiendo ideas completamente nuevas, combinando una idea vieja con una nueva o dos ideas viejas de una manera insólita. El descubrimiento de la aritmética parece ser de la primera clase: representar todos los números con nueve dígitos más el cero parece ser una idea nueva y original, que no deriva de otra, un auténtico golpe de genio del que se desprende toda la ciencia que conocemos. El descubrimiento del álgebra pertenece al segundo tipo. La idea de representar todas las cantidades posibles en una serie de caracteres generales fue una novedad absoluta, pero para que funcionase tuvo que combinarse con algo ya conocido: el cálculo aritmético, que es casi imprescindible en las operaciones algebraicas. Por último, el descubrimiento de que se podía aplicar el álgebra a la geometría sería del tercer tipo.

Por regla general, cuando se trata de reunir dos ideas que ya eran conocidas, hay que resistirse a calificarlo de «descubrimiento» a menos que su combinación sea realmente insólita y tenga consecuencias importantísimas. También es importante recalcar que muchos descubrimientos pasan por poner en contacto ideas que hasta ese momento parecían infructuosas. En ese caso la gloria debería ser para quien las vuelve beneficiosas, aunque su primer descubridor hiciese ímprobos esfuerzos. Las ciencias pueden verse como un gran edificio en cuyo beneficio trabajan muchas personas; algunos son los encargados de arrancar las piedras de la cantera con el sudor de sus músculos, otros de transportarlas con gran esfuerzo a los pies del edificio, otros las levantan consumiendo la energía de sus brazos y de las máquinas, pero es el arquitecto que remata la obra poniendo todas las piezas en su lugar quien se lleva toda la fama y el prestigio derivado de la construcción.

En el ámbito de la erudición, lo cierto es que los descubrimientos auténticos son algo extraño de ver. Las materias que son objeto de esta clase de estudio no han sido inventadas ni pertenecen a la imaginación del hombre, de manera que no pueden asignarse a un autor. Sin embargo, podemos atribuir méritos parecidos a los de un «descubrimiento» al erudito que logra dar una explicación ingeniosa y consistente a un problema antiguo de interpretación que había llevado de cabeza a sus colegas.

Las dos únicas ciencias que parecen refractarias a cualquier clase de descubrimiento son la teología y la metafísica. En el primer caso porque la Revelación se estableció desde el nacimiento mismo del cristianismo, y todos los añadidos posteriores de los teólogos pueden considerarse sistemas más o menos satisfactorios para organizar y acompañar los dogmas. Son estos sistemas secundarios la fuente de las perpetuas discusiones que rodean a esta ciencia. En lo que se refiere a la metafísica, si dejamos de lado un pequeño número de verdades demostradas que son bien conocidas desde hace muchísimo tiempo, el resto es motivo de continuas polémicas. Por otro lado, en relación con las cuestiones básicas de la metafísica, las

personas que han recibido una educación parecida y comparten unas creencias similares no tardarán en ponerse de acuerdo, pues todos los aspectos claves de esta disciplina pueden encontrarse en nuestro interior, a diferencia de lo que sucede en la física, donde hay que ir a buscarlos al exterior, lo que implica más medios y una concentración mayor. Con este argumento no pretendo restarle méritos a la metafísica. Es muy difícil lograr lo que consiguieron Locke o Descartes: poner al alcance de todos aquello de lo que todos participan a veces sin darse cuenta.

D'Alembert

ECONOMÍA POLÍTICA

La palabra «economía» deriva de «oikos», que significa «casa», y de «nomos», que significa «ley», así que podríamos definir tentativamente la economía como «gobierno sabio y legítimo de la casa para beneficio común de toda la familia». El significado del término se extendió hasta abarcar el gobierno de la grandísima familia que constituye el Estado. Para diferenciar los dos sentidos posibles de la expresión se llama a la primera «economía doméstica o particular» y a la segunda «economía política o general». Esta es la vertiente que se considera en esta entrada.

El cuerpo político es un ser moral que posee voluntad, y esa voluntad general, que tiende siempre a la conservación y al bienestar del conjunto y de cada una de las partes, es la fuente de todas las leyes, y constituye para todos los miembros del Estado la regla que define lo correcto y lo incorrecto y rige las relaciones entre ellos. Este principio verdadero demuestra lo infundadas que estaban las acusaciones de tantos eruditos que consideraban inmoral la ley que permitía robar a los niños de Esparta para disfrutar de una comida frugal, como si pudiera ser ilegal aquello que ha sido ordenado por una ley.

Es importante observar que una norma justa, aunque sea pertinente para todos los ciudadanos, puede resultar improcedente aplicarla a los extranjeros. La razón es bien sencilla: la voluntad de un Estado rige sobre las relaciones entre todos sus miembros, pero no se puede aplicar a otros estados. Solo con el tiempo una ley puede convertirse en una voluntad particular e individual cuyo

imperio se podría sostener en la ley de la naturaleza. Esta ampliación también respetaría el principio político que hemos establecido, ya que la gran ciudad que es el mundo puede considerarse como un único cuerpo político cuya voluntad general sería siempre la ley de la naturaleza, de la que los diferentes estados y pueblos equivaldrían a los individuos.

A partir de estas distinciones, que operan sobre la sociedad política y sus miembros, podemos derivar las leyes universales y fiables con las que juzgar si un Gobierno es bueno o malo, y también la bondad o maldad de las acciones humanas.

Todas las sociedades políticas se componen de otras sociedades más pequeñas, de distintos tipos, cada una con sus intereses y sus normas de conducta propias. Pero las sociedades que todo el mundo conoce, porque están autorizadas y tienen una presencia pública, no son las únicas que existen en el seno de un Estado. Todas las personas están unidas por intereses comunes compuestos de muchos otros intereses, que pueden ser permanentes o transitorios, cuyo poder no es menos real porque sea menos evidente. La observación cuidadosa de todas estas relaciones no codificadas constituye el verdadero conocimiento de las costumbres. Este estudio tiene una importancia radical, pues estas asociaciones tácitas o expresas siguiendo los intereses propios provocan numerosas modificaciones de la voluntad pública. Estas sociedades tienen una doble voluntad: una general, que afecta a la gran sociedad, y una particular, que revierten sobre sí mismas. La primera suele ser beneficiosa para el conjunto, y la segunda perjudicial. Una persona puede ser un sacerdote piadoso, un soldado valiente o un médico muy profesional y, al mismo tiempo, un mal ciudadano. Una decisión particular puede beneficiar a la comunidad más pequeña y ser perniciosa para la mayor. Y aunque es cierto que las sociedades particulares están siempre subordinadas a la sociedad general de la que forman parte, un hombre debe más a su condición de ciudadano que a la de senador; aquí tenemos una prueba de que la voluntad general es también la más justa.

La primera y más importante máxima del gobierno legítimo o popular, es decir, del gobierno cuyo objetivo es conseguir el bienestar del pueblo, es seguir en todo la voluntad general. Pero para alcanzar este objetivo es imprescindible reconocer el bien general y distinguirlo con precisión de la voluntad particular, empezando por la propia. Se trata de una distinción que siempre resulta complicado hacer, y cuyo éxito dependerá en gran medida de que nos ilumine una virtud sublime. Si nos detenemos a observar los motivos que han inducido a los hombres, ya vinculados por sus necesidades comunes en la sociedad civil, a unirse todavía con mayor intimidad en sociedades más pequeñas, el principal motivo que encontraremos es el de asegurar la propiedad, la vida y la libertad de cada miembro amparado en la protección del resto del grupo. Ahora bien, ¿cómo podrían los hombres defender la libertad individual de cualquiera de ellos sin interferir en la libertad de los demás? ¿Y cómo van a satisfacer las exigencias públicas sin alterar la propiedad individual de los que se ven obligados a contribuir al erario común? En la base de esta pregunta descubrimos un sofisma: la idea de que si mi voluntad queda limitada lo más mínimo ya no será libre, y que si alguno puede poner las manos sobre una parte

de mi propiedad privada la pierdo por completo. Esta contradicción, que debió de parecerle insuperable a los pensadores del pasado, se ha eliminado en el presente, ya sea gracias a la más sublime de las instituciones o bien a la inspiración divina que enseña al hombre a imitar los decretos inmutables de la divinidad.

¿Cómo es posible que todos obedezcan órdenes y que nadie mande, que todos sirvan y que ninguno tenga amo, y que sean más libres bajo esta aparente sumisión? Todos estos equilibrios maravillosos son obra de la ley. Es a la ley, únicamente, a la que los hombres deben la libertad y la justicia. Es este órgano saludable, fruto de la voluntad de todos los hombres, el que establece el derecho civil y la igualdad natural entre los hombres. La ley es una voz celestial que le dicta a cada ciudadano los preceptos de la razón pública y le enseña a actuar de acuerdo con unas máximas que bien podría suscribir su propio juicio y que nos empujan a obedecer sin entrar en contradicción con nuestros anhelos de libertad. La ley es la voz independiente que emplean los jefes de Estado cuando dan órdenes, puesto que cuando un hombre se aparta de las leyes y pretende someter a otro a su voluntad privada queda inmediatamente fuera de la sociedad civil, cara a cara con ese estado puro de la naturaleza donde la obediencia se prescribe solo por necesidad.

La segunda regla esencial de la economía pública no es menos importante que la primera. Aquel que desee dominar la voluntad general debe poner de acuerdo primero a todas las voluntades particulares, pues lo que llamamos virtud no es otra cosa que la conformidad de todas las voluntades particulares con la voluntad general, de manera que quien articula estas voluntades particulares establece el reino de la virtud. Si nuestros políticos estuvieran menos cegados por su ambición se darían cuenta de lo imposible que es imponer ninguna ley o institución que no esté de acuerdo con la ley del deber. Se darían cuenta también de que no es posible institucionalizar ninguna norma o ley que no se encuentre previamente sancionada en el corazón de los ciudadanos, y que

nada puede usurpar el poder que ostenta la moral en la preservación del gobierno. Ya no es solo que los hombres de bien sean los únicos que sepan administrar correctamente las leyes, es que en el fondo las únicas personas que saben cómo obedecerlas son las personas honestas. Un hombre que haya vencido sus remordimientos no se dejará intimidar por unos castigos que siempre serán menos exigentes y menos prolongados que los que se autoimpone la conciencia, castigos de los que al menos uno tiene siempre abierta la esperanza de escapar. Cuando en una sociedad dominan los hombres que solo cumplen la ley a la espera que se abra el primer resquicio de impunidad para incumplirla y eludir el castigo, el interés personal domina al interés general, y no solo es imposible reprimir el vicio sino que enseguida la corrupción se extenderá al gobierno. Las mejores leyes pronto se convierten en las más perniciosas, y sería cien veces mejor que no existieran en ese caso, pues las leyes podrían ser el último recurso disponible para proteger a la gente cuando ya se ha intentado todo lo demás. Alcanzada esa situación resulta del todo inútil añadir edictos a los edictos y normas a los reglamentos. Estos apaños solo sirven para introducir nuevos abusos sin corregir los antiguos. Cuanto más se multiplican las leyes, más las desprecia el pueblo, y el conjunto de funcionarios designados para supervisarlas están destinados a infringirlas ya sea para compartir el botín con sus precursores o para saquear por su cuenta nuevos sitios. La recompensa que otorgaba la virtud se alcanza ahora mediante el robo: los hombres más viles disfrutan del mayor crédito social, cuanto más despreciables son, más prestigio acumulan; la infamia fermenta la reputación, y es ahora el honor el que deshonra. Comprarán la aprobación de los líderes y el aprecio de las mujeres para vender la justicia, el deber y los bienes del Estado. Mientras tanto el pueblo, que no advierte hasta qué punto los vicios de los gobernantes son la causa principal de sus desgracias, gime y se lamenta de que «sus desgracias provienen exclusivamente de aquellos a los que pagamos para que nos protejan».

Cuando se alcanza esta situación en la que la voz del deber no es capaz de hablarle al corazón de los hombres y donde los gobernantes se ven obligados a recurrir a los gritos y las amenazas o a señuelos con los que engañar a su pueblo, los gobernantes recurren a maniobras mezquinas y despreciables con el argumento de salvaguardar la seguridad del Estado. Toda la energía que queda en el gobierno está en manos de los menos dotados que la emplean para su propio beneficio, mientras que los asuntos públicos se descuidan o son atendidos de manera parcial, siguiendo las exigencias de intereses particulares. Todas las habilidades de los políticos se emplean en cautivar a las personas que en ese momento les beneficia que crean que trabajan para ellos cuando buscan exclusivamente su provecho. Solo puedo ser muy crítico con la idea de que el auténtico interés de los gobernantes es aniquilar la libertad de los ciudadanos y arruinar sus propiedades para así someterlas y asegurarse su propia posición.

Pero cuando nos encontramos con ciudadanos que disfrutan con su trabajo y cuando los guardianes de la autoridad pública se dedican con sinceridad a la promoción de su cuidado por lo público, dando ejemplo y preocupándose por el pueblo, todas las dificultades desaparecen y la administración se convierte en un trabajo tan sencillo que no necesita más que un empeño gris y secreto cuyo único secreto es la discreción. Los espíritus aventureros, tan peligrosos como admirados, los grandes dirigentes cuya gloria es inseparable de las miserias de la gente que los rodea ya no se escucharán: cuando la moral pública suministra su beneficio a la comunidad ya no se necesitan dirigentes de genio, y de todas las virtudes la menos importante pasa a ser el talento individual. Incluso la ambición se sacia mejor cuando sirve al deber y no a la usurpación, cuando los ciudadanos viven convencidos de que sus gobernantes trabajan pensando en el bienestar general, que este empeño los complace y que no pretenden fortalecer su poder. La historia nos muestra mil ejemplos donde los poderes y facultades que el pueblo otorga a sus conciudadanos más queridos son cien

veces más absolutos que la tiranía de los usurpadores, siempre que los gobernantes les devuelvan el afecto.

Así pues, una de las principales preocupaciones para todo gobernante debe ser prevenir la extrema desigualdad entre las fortunas. La estrategia no debe pasar por eliminar o menguar la suerte de quienes disfrutan de ella, sino privando a los hombres de los medios para acumularla. Del mismo modo, la mejor manera de resolver el problema de la pobreza no pasa por construir más asilos, sino por preocuparse de que el número de ciudadanos en dificultades económicas no aumente. La distribución irregular de los habitantes en nuestro país (con multitudes hacinadas en pequeños espacios, mientras otras áreas del territorio están deshabitadas); el apoyo económico que el Estado brinda a las industrias que se dedican a las artesanías lujosas a expensas de los oficios útiles y laboriosos; el sacrificio de la agricultura para favorecer el comercio; el aumento vertiginoso de los recaudadores de impuestos por culpa de la pésima administración de los fondos estatales; el progresivo envilecimiento de la moral pública que ha llegado a un punto en el que el reconocimiento público cotiza en una divisa depreciada, e incluso se mercadea con la virtud a precio de saldo: estos son los principales motivos del contraste entre la opulencia y la pobreza, del interés público sustituido por los intereses privados, de la discordia y el odio mutuo entre ciudadanos, de la indiferencia que despiertan las causas comunes, de la corrupción de las personas, del debilitamiento del respeto hacia la leyes, del patriotismo y de la influencia de la voluntad general.

Pero incluso si se dieran al mismo tiempo todas estas excelentes medidas todavía serían insuficientes si los gobernantes no son los adecuados para fomentarlas. Termino esta parte sobre la economía pública en el sitio donde me hubiese gustado empezar. El patriotismo no puede existir sin libertad, la libertad no puede existir sin la virtud, y no hay virtud sin ciudadanos. Si el Estado forma ciudadanos será libre y virtuoso, si no consigue formarlos estará compuesto por esclavos envilecidos. Serán esclavos todos: desde los jefes de Estado

hasta los trabajadores más humildes. Formar ciudadanos no es trabajo de un día, y para que cuando sean hombres actúen como tal es imprescindible empezar a formarlos desde niños. Algunos teóricos sostienen que el Estado que dispone de los hombres adecuados para gobernar no debe preocuparse de alterar su naturaleza en busca de una perfección casi imposible de conseguir; defienden que no hay que debilitar su pasión, y que un plan que trate de educar a los que nacen con temperamento de gobernantes es tan poco deseable como posible. Yo añadiría que un hombre sin pasión será un mal ciudadano, pero ellos deberían aceptar que si a los hombres no se les enseña a amar algunas cosas es imposible que aprendan a amar más unos valores que otros y que aprecien más lo verdaderamente hermoso antes que lo deforme.

Si, por ejemplo, estos talentos políticos son inclinados desde un primer momento a considerar su individualidad en relación con el cuerpo del Estado, y se habitúan a relacionar su propia existencia como una parte del conjunto, pueden llegar a identificarse de alguna manera con ese gran todo, llegar a sentirse miembros de su país, amarlo con el exquisito sentimiento que todas las personas atesoran en soledad, y que si no se educa cada uno reserva para sí mismo. Si se las forma, estas personas podrán levantar su espíritu hacia el gran objetivo común y transformar en una virtud sublime una peligrosa inclinación al mando que, de corromperse, puede fomentar todos los vicios. La historia nos provee de ejemplos que ilustran estas funestas direcciones.

Si todavía es tan poco frecuente una educación así se debe a que a nadie le ha importado hasta el momento si las ciudades estaban pobladas por ciudadanos. Y lo que es peor aún: ¿piensa alguien afrontar este asunto a tiempo? ¿Es ya demasiado tarde para cambiar el rumbo de las inclinaciones naturales cuando se les permite seguir su curso y el hábito viene a reforzar nuestro egoísmo? ¿Cuándo el ego humano, concentrado en nuestro corazón, ha adquirido ese espesor despreciable que absorbe cualquier impulso virtuoso y constriñe a todas las almas pequeñas? ¿Es ya demasiado tarde para

escapar de nosotros mismos? ¿Cómo podrá florecer el patriotismo en medio de tantas otras pasiones que lo sofocan? ¿Cómo se abrirá un espacio dentro de un corazón que ya está ocupado por la avaricia, una amante y la vanidad?

Desde que se introducen en la vida los hombres deberían aprender cómo merecen vivir y cómo merecen participar de los derechos de la ciudadanía. En ese momento deberíamos empezar a ejercer nuestras funciones como educadores. De la misma manera que hay leyes para la edad adulta, deberían existir leyes para la infancia y para la niñez. Estas leyes enseñarían la obediencia y el respeto a los demás, enseñarían que las propias inclinaciones no pueden ser el único árbitro de nuestro comportamiento. Debemos oponernos a abandonar por completo la educación de los hijos en manos de los padres, ya que de acuerdo con el curso de la naturaleza la muerte de los padres priva a menudo de recoger el fruto último de la educación. La educación es más importante que los padres, puesto que los efectos de la educación terminan repercutiendo sobre todo al cuerpo del Estado, mientras que el destino de una familia es siempre la disolución. Si la autoridad estatal se arrogase las funciones del padre en la educación de sus hijos, estos progenitores apenas tendrían motivos para quejarse. Lo único que se alteraría sería la intensidad de su papel en el proceso, pues mantendrían la autoridad sobre sus hijos, pero ya no directamente como padres, sino disueltos entre el resto de ciudadanos. Y el hijo no le obedecería menos bajo el imperio de la ley que cuando lo hacía empujado por la naturaleza. La educación pública (regulada por el Gobierno y por los magistrados escogidos por el soberano) es una de las instituciones fundamentales de un gobierno popular y legítimo. Si los hijos se educan en el seno de la igualdad, si están imbuidos por las leyes del Estado y las máximas de la voluntad general, si se les enseña a respetar los bienes públicos por encima del resto de cosas, si están rodeados desde niños de ejemplos que les recuerden que es la madre Tierra la que los nutre, si desarrollan afecto y consideración por los demás, no

podemos dudar de que aprenderán pronto a tratarse mutuamente como hermanos, que saldrá de ellos mismos sustituir los balbuceos deletéreos de los sofistas por los actos y los discursos de los ciudadanos. Y un día serán los defensores y los padres de un país en cuyo seno maduraron desde niños.

Tampoco es suficiente con aumentar el número de ciudadanos y protegerlos, también debemos considerar cómo vamos a garantizar su subsistencia. Satisfacer las necesidades públicas es una consecuencia de la voluntad general y la tercera función esencial del Gobierno. No debemos confundir este deber con la simple obligación de llenar las despensas de las personas para que puedan relajarse en el trabajo o entregarse a la molicie. Se trata más bien de que su trabajo sea útil y necesario para la sociedad y que siempre encuentren la abundancia al alcance de su esfuerzo. Esta función se extiende a la gestión de la tesorería y los gastos de la administración pública. Dicho de otro modo: después de haber hablado de la economía en general en relación con el gobierno de las personas, ahora debemos considerar la economía en relación con la administración de los bienes.

Esta parte no presenta menos dificultades por resolver y contradicciones a eliminar que la anterior. Es cierto que el derecho de la propiedad es el más sagrado de todos los derechos de los ciudadanos, y que en algunos aspectos se puede considerar más importante incluso que la propia libertad. Quizá sea porque la propiedad se relaciona más estrechamente con la preservación de la vida, o bien porque la propiedad es más fácil de usurpar y más difícil de defender que la vida. Debemos proteger con más ahínco el derecho del más débil, sobre todo si, como sucede con la propiedad, se trata del verdadero fundamento de la sociedad civil y la garantía última de los compromisos que adquieren los ciudadanos. Porque si uno no fuera responsable con su propiedad de las acciones personales nada sería más sencillo que eludir los deberes y burlar las leyes. Por otra parte, no es menos cierto que el mantenimiento del Estado y del Gobierno conlleva costes y gastos, y como todo el

mundo parece de acuerdo en que el fin no puede alcanzarse sin los medios, se deduce que todos los miembros de la sociedad tienen que contribuir en lo económico a su subsistencia. Curiosamente, es difícil contribuir a la defensa de la propiedad individual sin debilitarla con impuestos y cargas, y es ya imposible que las normas que rigen las herencias, los testamentos y los contratos no impongan a los ciudadanos restricciones sobre sus bienes y propiedades.

Si las personas fuesen capaces de gobernarse ellas mismas, sin necesidad de intermediarios entre la administración del Estado y los ciudadanos, entonces solo deberían evaluar su capacidad de trabajo en relación con las necesidades de la población. Y si todos los ciudadanos se mantuviesen dentro del margen correcto y los fondos públicos, por así decirlo, se recolectasen y se distribuyesen a la vista de todos, no habría posibilidad alguna de defraudar o de abusar mientras se gestionan. Ni el Estado estaría amenazado por las deudas ni el pueblo quedaría sobrecargado por los impuestos. O, como mínimo, los ciudadanos se sentirían aliviados al pensar que ese dinero estará bien empleado, un buen consuelo para superar el hachazo que supone el impuesto. Pero un Estado no puede funcionar así, sin intermediarios, ya que por pequeñas que sean las sociedades civiles siempre estarán demasiado pobladas para que todos sus miembros participen en todas las gestiones. Es imprescindible que los fondos públicos sean manejados por los gobernantes, pues si todo va bien los intereses del Estado son tan importantes para ellos como sus propios intereses, aunque bien podrían anteponer los propios a los comunes. El pueblo, por su parte, es muy posible que advierta la codicia y la extravagancia de sus gobernantes, que se den cuenta de que estos desatienden las necesidades públicas, y que murmuren y se quejen de que son despojados de bienes importantes para ellos con objeto de proporcionarle a una minoría la satisfacción de unos deseos superficiales. Cuando la manipulación de los fondos del Estado amarga demasiado a un pueblo ni siquiera la administración más vertical que podamos imaginar será capaz de restablecer la

confianza. Cuando se alcanza esta situación, si las contribuciones son voluntarias es muy probable que se resuelvan en nada, y si son obligadas será justo considerarlas ilegítimas. Esta cruel alternativa entre permitir que perezca el Estado o violar el derecho sagrado de la propiedad (que es su principal soporte) constituye la principal dificultad que debe salvar una economía justa y prudente.

Existe una tercera relación, que nadie toma nunca en cuenta a pesar de que debería ser la preocupación primordial: es el beneficio que a cada persona le reporta la confederación social que protege las inmensas posesiones de los ricos y apenas le deja al hombre corriente el disfrute de una cabaña con techo de paja que construyó con sus propias manos. ¿Acaso todas las ventajas de la vida social están pensadas para que disfruten los ricos y los poderosos? ¿Están todos los cargos lucrativos en manos de unos pocos? ¿Están todos los privilegios y exenciones reservados en exclusiva para los mismos? ¿Acaso no está la autoridad pública completamente de su lado y entregada a protegerlos? Si un hombre eminente estafa a sus acreedores o comete cualquier otro acto deshonesto, ¿es que no tenemos ejemplos suficientes de que su impunidad está asegurada? ¿No son las agresiones, los actos violentos, los homicidios y los asesinatos perpetrados por los ilustres de una ciudad, casos que después de unos meses de debate se silencian y se cierran para siempre? Pero si es el gran hombre quien padece el robo, entonces toda la policía se pone de inmediato en movimiento, y pobre de aquel inocente sobre el que recaigan las sospechas. Si el hombre de prestigio debe transitar por un camino peligroso, todo el campo se llena de escoltas para su seguridad; si es el eje de su carro el que se rompe todo el pueblo vuela en su ayuda. Si se escucha un pequeño alboroto delante de su puerta, le basta con una palabra bien modulada para que todo quede en silencio. Si le agobia la multitud le basta con sacudir la mano para escamparla. Si otro carruaje bloquea por accidente su paso, sus esbirros están preparados al instante para partirle la cabeza al conductor despistado. Y si tienen que desviarse o retrasarse cincuenta peatones honestos que se

encaminaban sin molestar a nadie a sus asuntos más vale pisotearlos como si fuesen una canalla ociosa que retrasar medio minuto el carruaje de este gran hombre. Y todos estos beneficios no le costarán un céntimo: este es el auténtico privilegio del hombre rico, y no todo lo que puede comprar con su dinero.

¡Qué imagen más distinta proyecta el pobre! Cuanto más le debe la humanidad más le niega la sociedad que lo alberga. Todas las puertas se le cierran pese a que el derecho clamaría por que se abrieran. Si alguna vez consigue que se haga algo de justicia, sus dificultades son muy superiores a las que tiene que afrontar el rico que solicita favores. Solo se le da preferencia cuando hay que apuntarse a una milicia o construir una obra pública; en ese caso lleva su carga y se le da el privilegio de sumarle la carga del vecino lo bastante rico para quedar eximido. Si sufre un accidente y se lastima todos coinciden en rechazarlo. Si su miserable compra se le vuelca en la carretera, nadie correrá para ayudarlo, y bastante afortunado deberá sentirse si mientras recoge la carga no recibe las humillaciones de los lacayos insolentes de algún joven duque. En una palabra: cualquier asistencia gratuita se les niega a los pobres cuando la necesitan, precisamente porque de costar algo no podrían pagarla. Aquel pobre hombre que tenga un corazón honesto, una hija buena y un vecino poderoso, ya podemos considerarlo un hombre arruinado.

Podemos resumir en pocas palabras los términos del pacto social entre estos dos estados de los hombres: «Tú me necesitas porque soy rico y tú eres pobre, de manera que podemos alcanzar un acuerdo: yo te permito que disfrutes del honor de servirme con la condición de que me des lo poco que tienes a cambio del dolor que voy a proporcionarte con mi mando».

Los impuestos más gravosos deberían imponerse a los criados de librea, a los carruajes, a los espejos, a los candelabros y muebles caros, a las telas finas y doradas, a los jardines extensos, a los espectáculos públicos de cualquier clase, a las profesiones superfluas como la de payaso, cantante o actor. En una palabra, a todo lo que

caiga bajo el calificativo de lujoso; al ocio y a la diversión que penetran por los ojos y que basan todo su poder persuasivo en la exhibición, pues serían inútiles si nadie los observara. Que nadie tema por la presunta arbitrariedad de estos impuestos, ya que se aplican sobre actividades que están lejos de ser estrictamente necesarias. Una persona debería ser extraordinariamente ingenua para no darse cuenta de que en cuanto los hombres han sido seducidos por el lujo no pueden renunciar nunca más a él, y preferirían renunciar cien veces a las necesidades de la vida, y bien dispuestos a morir de hambre, antes de caer en la vergüenza de la austeridad. Este aumento imparable del gasto es un motivo más para apoyar el impuesto, porque la vanidad de aparentar en público la riqueza personal bastará para que el impuesto sea efectivo y engorde el erario. Mientras existan las personas ricas, estas siempre van a querer distinguirse de la modesta plebe, y ningún Estado podrá nunca idear un ingreso menos gravoso para la comunidad y más seguro que el que se sustenta en esta distinción.

Rousseau

ELEGANCIA

Según algunos eruditos esta palabra viene de *electus*, es decir, «elegido». No hay manera de hacerla descender de ninguna otra.

La elegancia depende siempre de la elección, pero es el resultado de la conveniencia y del atractivo. La palabra «elegancia» puede aplicarse también a la pintura y a la escritura. *Elegans signum* se ha opuesto siempre a *Signum rigens*: las figuras bien proporcionadas, cuyos contornos se dibujan con suavidad expresiva, se oponen a las figuras rígidas, que dan la impresión de un mal acabado. Pero para los romanos, cuyo gusto era más austero que el nuestro, la palabra *elegantia* tenía un sentido peyorativo. Consideraban que la elegancia era afectación, una cortesía estudiada, indigna de la gravedad de aquellos tiempos, ya antiguos. Sin embargo, en tiempos de Cicerón, cuando las costumbres estaban acercándose a la cima de la cortesía, la elegancia se convirtió en un elogio. Cicerón la utiliza cientos de veces para caracterizar a un hombre elegante, de expresión y maneras pulidas. En aquellos tiempos se hablaba de «almuerzos elegantes», una expresión que hoy en día ya no se usa. En francés hablamos de esculturas, pinturas, discursos y poemas elegantes. Cuando nos referimos a la pintura y a la escultura es conveniente no emplear la palabra como sinónimo de «gracia». La gracia suele reservarse para la expresión de la cara; es difícil que hablemos de «rostros elegantes» con la misma desenvoltura que hablamos de «superficies elegantes». Este es el motivo: la gracia presupone movimiento, y el alma siempre recorre y anima el rostro. Por idéntica

razón no hablamos de «andares elegantes», porque andar implica siempre movimiento.

Un discurso elegante no tiene porqué ser elocuente. La elegancia solo contempla claridad, mesura y una elección adecuada de las palabras, mientras que la elocuencia exige también riqueza y precisión argumental. En algunas lenguas europeas nada es más raro que un discurso elegante: demasiadas terminaciones ásperas, demasiadas consonantes, repeticiones incesantes de verbos auxiliares que al amontonarse en la misma frase ofenden al oído, incluso al de los hablantes nativos.

Un discurso puede ser elegante sin ser un buen discurso; la elegancia, de hecho, solo afecta a la elección de las palabras, pero es imposible que un discurso sea excelente si no es elegante.

Para la poesía la elegancia es más importante que la elocuencia, ya que es un ingrediente indispensable de la armonía, sin la que el verso no puede florecer. Un orador puede convencer o agitar a su auditorio sin ser elegante, valiéndose de una expresión tosca o de una temática impura. Pero un poema se queda sin efecto si no es elegante. La elegancia es uno de los principales méritos de Virgilio; Horacio es mucho más elegante en sus epístolas que en sus sátiras, de manera que es justo considerarlo un poeta inferior.

La cuestión clave tanto en la poesía como en la oratoria es conseguir que la elegancia no debilite jamás la fuerza de la obra. El poeta se encuentra aquí con mayores dificultades que el orador, como suele ocurrirle siempre, ya que la armonía es la clave de su arte, y bastan dos sílabas poco pensadas para derrumbar un poema. Para un poeta es lícito sacrificar la idea en aras de una expresión armónica por el bien del poema. El orador es ajeno a estas restricciones.

La elegancia siempre nos deja una sensación de sencillez, pero lo contrario no es cierto: no todo lo que parece sencillo y natural es elegante. No hay nada más sencillo y natural que un grillo que se pasa el verano cantando o que un cuervo posado en una rama, ¿y quién dirá que el canto o el aspecto de estos animales es elegante?

En contadas ocasiones diremos o escucharemos decir que una comedia está escrita con elegancia. La velocidad y la rusticidad de un diálogo coloquial son refractarias a la calidad con la que la elegancia recubre a otras formas de poesía. La elegancia se aleja de la comedia, pues es muy difícil reírse de lo que está expresado con elegancia. Pero existen excepciones: casi todos los versos del *Anfitrión* de Molière son elegantes. Quizá el motivo deba buscarse en la excepcional y originalísima mezcla entre lo divino y lo humano que se ensaya en ella, y al recurso casi continuo de los madrigales.

Al fin y al cabo, el madrigal exige una expresión más elegante que el epigrama, porque mientras que el madrigal es de naturaleza lírica, el epigrama es de naturaleza cómica: el primero busca transmitir un sentimiento delicado, el segundo mostrar algo ridículo.

La expresión de lo sublime es incompatible con la elegancia pues debilitaría su efecto. Si alguien elogió la estatua de Zeus en Olimpia, de Fidias, por su elegancia sin duda estaba siendo satírico con el autor.

Voltaire

ELOCUENCIA

La elocuencia nació antes de que se formalizasen las reglas de la retórica, del mismo modo que los idiomas son previos a la gramática. La naturaleza vuelve elocuentes a los hombres cuando abordan asuntos de gran interés para ellos o que afectan a sus pasiones. Quien se siente agitado o directamente concernido por algún asunto ve las cosas desde una perspectiva distinta al resto de hombres. Todo para él es susceptible de comparación o abono para las metáforas, sin darse cuenta todo lo anima y enciende a sus oyentes con un poco de su emoción. Un filósofo ilustrado ha observado que incluso las personas más sencillas emplean figuras del lenguaje para expresarse; nada parece más natural que la existencia de los giros de lenguaje que llamamos «tropos». En cualquier idioma el «corazón se quema», se «dispara el coraje», saltan «chispas de los ojos», se «carga el corazón», se «hiela la sangre», da «vueltas la cabeza», se nos «hincha el orgullo» o nos «embriagamos de venganza». En todas las naciones se pinta a la naturaleza con estas imágenes, de tanto usarlas se han convertido en moneda corriente.

Existe en nosotros un instinto natural que nos ayuda a adoptar un tono modesto y una apariencia comedida con aquellos de los que dependemos. Los primeros maestros del arte consisten en los esfuerzos que hacemos para cautivar a nuestros superiores y aquellos cuyo juicio nos importa, y también para expresarnos cuando las emociones actúan sobre nuestra alma.

La naturaleza también puede ser la causa de estallidos de viva emoción: un peligro que pone en riesgo la vida puede levantar pasiones muy profundas... Así reaccionó el capitán de los califas al ver a los musulmanes huir, gritó: «¿Hacia dónde corréis? ¡El enemigo no está en esa dirección! Os han dicho que el califa ha sido asesinado, pero ¿qué más da si está vivo o muerto? Dios vivirá siempre y os está observando. ¡Id contra el enemigo!».

Se podría decir que fue la naturaleza la que inventó la elocuencia. Y si una vez se dijo que los poetas nacen y los oradores se hacen, es solo porque ya se habían desarrollado las leyes de la oratoria, que estudian todos los abogados, políticos y jueces. Pero

insisto en que todos estos preceptos se han elaborado mucho después de que la elocuencia fluyera entre nosotros. A Tisias se le considera el primero en legislar sobre un territorio que la naturaleza nos había entregado en estado salvaje.

Después fue Platón quien en su *Gorgias* nos dijo que un orador debe tener la sutileza de los dialécticos, el conocimiento de los filósofos, una dicción casi tan perfecta como la de los poetas y una calidad de gesto comparable a los actores más grandes.

Una generación después Aristóteles señaló que la verdadera filosofía es la guía secreta de cualquier arte. En la *Retórica* desplegó las reglas de la elocuencia, demostró que la dialéctica es la base de la persuasión y que para ser elocuentes tenemos que ser capaces de ofrecer argumentos incontestables.

Aristóteles distinguió tres géneros: deliberativo, demostrativo y judicial. La elocuencia deliberativa trata de decantar la discusión de un lado o de otro: guerra o paz; la demostrativa persigue señalar aquello que es digno de alabanza o de culpa; la judicial tiene en el punto de mira absolver o condenar a un acusado. Es evidente que estas tres clases de persuasión se superponen a menudo.

A continuación Aristóteles pasa a examinar el temperamento y el método propio de cada clase de orador, y también la clase de pruebas que es bueno utilizar en cada uno de los tres géneros de elocuencia. Por último, estudia la buena dicción sin la cual el discurso solo puede languidecer. A todos los oradores les exige los mismos valores comunes: corrección, conveniencia y decoro. Todos los preceptos que Aristóteles señala brillan con la misma solidez de pensamiento, aúnan el didactismo propio de Atenas con una luz racional digna de un filósofo ilustrado. Cuando escribe las normas de la elocuencia él mismo se expresa con un estilo tan sencillo como persuasivo.

En aquel momento de la historia Grecia era el único lugar de la Tierra donde se conocían las leyes de la elocuencia. El motivo es que solo allí se hablaba con verdadera elocuencia. El resto de naciones manejaban una elocuencia en bruto, sin refinar. La naturaleza ofreció

a todos los pueblos la posibilidad de manifestar sus experiencias sublimes, pero la capacidad de mover a conveniencia los espíritus, convenciendo y emocionando al mismo tiempo, solo le fue dada a los griegos. La mayoría de hombres que vivían en Oriente eran esclavos, y una característica de las naciones compuestas por esclavos es exagerarlo todo, por lo que la elocuencia que nació en Asia fue monstruosa. El resto de Occidente era pura barbarie en tiempos de Aristóteles.

La auténtica elocuencia solo empezó a manifestarse en Roma en tiempos de la gloria de Grecia, y no se perfeccionó hasta la generación de Cicerón: Marco Antonio, Hortensio, Curio y César, entre otros, fueron hombres elocuentes.

Esta elocuencia pereció con la República, cuando ya se había apagado también en Atenas. Muchas veces se ha dicho que la elocuencia solo prende allí donde reina la libertad. El motivo: solo entre hombres libres se pueden expresar ideas complicadas, solo en un pueblo donde la vida no corre riesgo por decir la verdad se puede ampliar la esfera del discurso. A muchos maestros les disgusta escuchar la verdad, les dan miedo los argumentos, y prefieren que los elogien con pinceladas gruesas.

En los discursos de Cicerón encontramos muchos ejemplos de elocuencia, y les dedicó un libro a los oradores donde puso por escrito los preceptos de su arte. Digamos que toma el método de Aristóteles y lo explica con el estilo de Platón.

Distingue cuidadosamente entre la expresión sencilla, la templada y la sublime. Nuestro Rollin adoptó esta división en su tratado sobre este mismo asunto, y añadió de su propia cosecha que el estilo templado es como un arroyo que discurre a la sombra de los árboles verdes que crecen en sus dos orillas; que el estilo sencillo es como una mesa bien puesta, donde se sirven platos elementales de sabores variados; y que el estilo sublime se parece a un río impetuoso que corre bajo una tormenta de rayos y truenos y que golpea todo lo que le ofrece resistencia.

Sin necesidad de sentarse en esa mesa ni seguir las aventuras del río entre los árboles o bajo la tempestad, cualquier hombre que tenga buen juicio se dará cuenta de que con la elocuencia sencilla abordamos asuntos fáciles, de manera que las principales virtudes que puede esgrimir un orador de esta especie son la claridad y la elegancia. No es necesario haber leído a Aristóteles, Cicerón o Quintiliano para saber que un abogado que comienza un discurso relativo a una pared medianera con una disquisición pomposa está haciendo el ridículo, aunque es cierto que esta era una costumbre muy extendida entre los abogados antes del siglo xvii: todo lo trivial se pronunciaba con énfasis. Podría citar volúmenes enteros de palabrería. Baste un ejemplo: un hombre ingenioso, al ver que su adversario hablaba de la guerra de Troya y de Samarcanda, lo interrumpió para recordarle al tribunal que su cliente se apellidaba Michaut y no Samarcanda.

La elocuencia sublime solo puede preocuparse por asuntos de interés muy general que se debaten en grandes asambleas. Todavía podemos encontrar restos de este estilo en el Parlamento inglés. En 1739, cuando se trataba de decidir si se declaraba la guerra a España, se pronunciaron allí una serie de grandes discursos que parecían dictados por el espíritu de Demóstenes y de Cicerón. Pero no creo que trasciendan como hicieron sus modelos griegos y romanos, ya que carecen de la gracia de dicción que es la que termina poniendo sobre las obras el sello de la inmortalidad.

El género templado se reserva para discursos ceremoniales y públicos: cumplidos estudiados en los que la materia a tratar siempre aparece cubierta de flores.

Es relativamente sencillo escuchar discursos donde los tres géneros se superponen; el gran mérito del orador pasa por mezclarlos adecuadamente.

Los tribunales de Francia desconocen la elocuencia. De momento la judicatura no ha dado grandes hombres, como sí lo hizo Atenas y Roma. Tampoco en Londres se ocupa el debate público con asuntos importantes. La elocuencia en Europa parece haberse refugiado en

las oraciones fúnebres: en esto se asemeja bastante a la poesía. Bossuet, y después de él Flechier, parecen haber seguido el consejo de Platón: tratan de que su dicción como oradores esté a la altura de la de los poetas.

Hasta que apareció el padre Bordaloue nuestra elocuencia en el púlpito era parecida a la de los bárbaros. Él fue uno de los primeros en pronunciar discursos que parecen animados por la razón. En inglés esta elevación del tono se produjo después, como admite Burnet. En ese país no estaban familiarizados con las oraciones fúnebres, y en sus discursos evitaban tanto como les era posible los pasajes sublimes, que les parecían traicionar la sencillez de los Evangelios.

Nuestros sermones tratan el tema más importante para el hombre, su salvación, pero los pasajes más notables están a la altura de las principales bellezas de Cicerón y Demóstenes, y el resto de naciones occidentales los pueden emplear como modelos. El lector sin duda estará contento de ver citada en estas páginas la anécdota del famoso sermón del padre Massillon (ahora ya obispo de Clermont) sobre el escaso número de los elegidos: en un momento de viva emoción logró transmitir tanta intensidad a la audiencia que se pusieron todos de pie como arrastrados por las palabras para aclamarlo. La reacción tomó por sorpresa al orador, que todavía elevó más el tono de su discurso. Esto fue lo que dijo: «Imagino ahora que ha llegado la última hora para todos nosotros, que el cielo se abre por encima de nuestra cabeza, pues ha terminado el tiempo y la eternidad empieza, Jesucristo se aparecerá ante nosotros para juzgarnos conforme a nuestras obras y que todos nosotros estamos aquí para escuchar la sentencia que nos dará la vida eterna o nos condenará a la muerte eterna. Les pido que no caigan presos del terror, que no separen sus destinos del mío y que todos juntos comparezcamos delante de nuestro juez: Dios nuestro señor. Si en ese momento Jesucristo apareciese para separar a los justos de los pecadores, ¿cuántos de nosotros mereceríamos ser salvados? ¿Sumará el número de los salvados lo mismo que el de los

pecadores? Si ahora mismo examinasen nuestras obras, ¿creéis que encontrarían siquiera a diez justos entre nosotros? Probablemente no encontrarían ni uno».

Este pasaje, uno de los más bellos y adecuados a su tema nunca pronunciados, constituye un modelo de elocuencia que no desmerece ni entre los modernos ni entre los antiguos, aunque por desgracia el resto del sermón no está ni mucho menos a la altura. Obras de esta calidad son infrecuentes, y hoy en día la mayoría de sermones están plagados de lugares comunes. Los predicadores de hoy, incapaces de alcanzar estas alturas, prefieren aprenderse de memoria pasajes ya consolidados que recitan a sus congregaciones (aunque no siempre disfruten del raro talento de la declamación). Se ha impuesto un estilo lánguido, sin vigor, sobre temas tan útiles como gastados.

¿Es aconsejable que los historiadores sean elocuentes? La elocuencia en su oficio pasa por preparar bien los acontecimientos, en disponer el relato de manera ordenada y elegante, aportando viveza cuando se necesita y sosiego cuando es necesario, pintando con trazos vigorosos la verdad sobre las costumbres y el temperamento de los personajes principales, e incorporar sus propias reflexiones cuando añadan algo valioso al relato. Esta es su marca personal: la elocuencia de Demóstenes no es la de Tucídides.

Se podrían añadir muchas más cosas sobre la elocuencia, pero los libros ya dicen hoy en día demasiadas. En un siglo ilustrado como el nuestro cualquier persona aprenderá más sobre este asunto atendiendo a los ejemplos de buena prosa que escuchando todo lo que los maestros puedan decir.

D'Alembert

FÁCIL

O sencillo, no solo se refiere a algo fácil de hacer, también abarca las cosas que tienen la apariencia de ser sencillas. Las pinceladas de Correggio son sencillas, el estilo de Quinaut es mucho más sencillo que el de Despréaux, así como el estilo de Ovidio supera en sencillez al de los persas. Esta facilidad, ya sea en pintura, en música o en poesía, está siempre compuesta de una felicidad natural refractaria a la elegancia estudiada, si bien esta puede superarla en fuerza y en profundidad. Así, encontramos que las pinturas de Paolo Veronese son más sencillas que las de Miguel Ángel, pero están menos acabadas. Las sinfonías de Rameau son superiores a las de Lully, aunque es el segundo quien se las arregla para transmitir una impresión superior de facilidad. Bossuet es indudablemente más sencillo y más elocuente que Flechier. Ninguna de las cartas de Rousseau se acercan a la sencillez y a la verdad que transpira en las de Despréaux. Uno de sus comentaristas nos asegura que se esforzó mucho para aprender de Racine el arte de escribir versos difíciles, pues son los que parecen más sencillos los que dan más trabajo. Nadie puede negar esta evidencia: a veces hay que trabajar mucho para llegar a expresarse con claridad, y es cierto que uno de los caminos hacia la naturalidad es el esfuerzo, pero solo después de reconocer que para el genio es sencillo alcanzar la belleza sin romperse demasiado la cabeza.

La mayoría de las bellezas apasionadas que han dado a luz nuestros poetas han fluido de sus plumas completamente formadas, y su mérito nos parece superior precisamente por la enorme

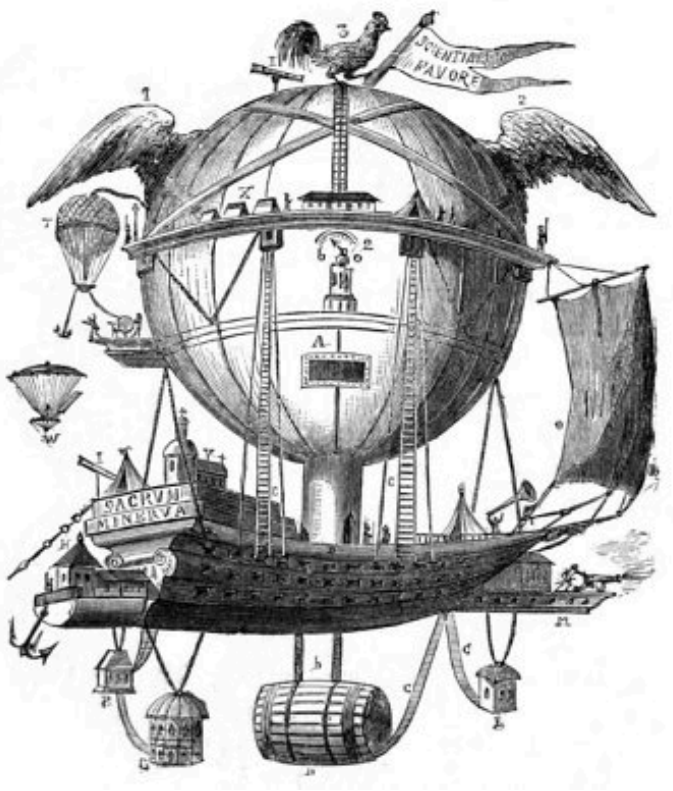
facilidad con la que se manejan. La imaginación genial concibe y da a luz con gran naturalidad. No sucede lo mismo con otros géneros. Las obras didácticas exigen un gran esfuerzo para que lleguen a sonar fluidas. Encontramos mucha más profundidad que sencillez en el *Ensayo sobre el hombre* de Pope. Ciertamente, lo más sencillo de este mundo es escribir malas obras que no ponen a prueba al lector, que no supongan el menor esfuerzo de lectura ni de escritura, y que debemos a tantos como se ponen a escribir sin el menor genio. A propósito de esta clase de escritores le dice un personaje a otro en una vieja comedia italiana: «Compones admirablemente bien versos malos».

La palabra «fácil» solo es un insulto para la mujer; en sociedad, decir que un hombre es «fácil» puede entenderse como una suerte de elogio. La moral de Ático era sencilla: él era el más amable y encantador de los romanos. Cleopatra era tan «fácil» que se entregó a Marco Antonio con tan poca resistencia como la que ofreció a Julio César. El sereno Claudio le permitió gobernar a Agripina en su nombre; llamar «fácil» a Claudio es un eufemismo, el término adecuado es «débil». Un hombre «fácil» se siente inclinado de manera natural a rendirse ante una demanda razonada, un hombre débil es aquel que se deja dominar por la expresión de autoridad más leve.

Voltaire

FANTASÍA

Durante años «fantasía» se consideraba un sinónimo de «imaginación», y la palabra apenas se empleaba. Tan solo se usaba para expresar un matiz: cuando activamos la facultad del alma que recibe los objetos sensibles. Descartes, Gassendi y la mayoría de filósofos de su generación nos aseguraron que las imágenes de las cosas están pintadas en la fantasía. El tiempo ha modulado esta palabra en un significado nuevo, de la misma manera que el progreso de la industria proporciona nuevos usos a las viejas herramientas.



Hoy llamamos fantasía a un deseo extravagante, un placer muy breve: un hombre tenía el capricho de visitar China, la fantasía de bailar... Pero estos deseos se esfumaron tan deprisa como habían venido. Cuando un pintor produce un cuadro de fantasía significa que no se apoyó en ningún modelo. La fantasía es una apetencia inusual que no logra hacerse duradera. En este sentido es poco menos que una excentricidad, que un capricho, que una expresión singular. Uno de los efectos del capricho puede ser un disgusto repentino e irracional cuando lo vemos frustrado. El capricho puede ser algo incongruente y de mal gusto, alejado del lujo, como el hombre que se encapricha en construirse una casa por sus propios medios y le sale un edificio estrambótico. Esa casa se la podría llamar una «fantasía». Pero también encontramos matices entre tener fantasías y ser un extravagante: lo propio de la fantasía está en su gusto por lo singular. La fantasía denota siempre algo desequilibrado y repentino. En la fantasía jamás hay belleza, aunque algunas fantasías sean deliciosas. Muchos hombres dejan caer en el

transcurso de la conversación fantasías bien edulcoradas, pero nadie podría confundir este aleteo de ideas con las extravagancias sostenidas a las que se entregan algunos dignatarios, y que si no condenamos abiertamente es solo por respeto a su rango.

Voltaire

FANTASÍA MUSICAL

Se trata de una pieza de música instrumental que se compone al tiempo que se ejecuta. La principal diferencia entre la fantasía y el capricho es que el capricho recopila ideas singulares pero desconectadas; en esto nos recuerda a una imaginación sobrecalentada, ideal para componer en momentos de ocio. En cambio, una fantasía suele ser una pieza muy regular, y su única diferencia con otras formas es que se compone al mismo tiempo que se ejecuta, y que deja de existir cuando se deja de tocar. La naturaleza del capricho depende de la organización de las ideas, mientras que la fantasía se define por la manera en que se presentan esas ideas. De ahí se desprende el motivo por el que resulta sencillo escribir un capricho, mientras que es imposible escribir una fantasía: tan pronto como se escribe o se repite deja de ser una fantasía y se convierte en una composición ordinaria.

Rousseau

FELICIDAD

Llamamos felicidad a un estado permanente o al menos prolongado que le sobreviene al alma muy rara vez. La felicidad procede del exterior, y tiene su origen en un buen momento. Poseemos la felicidad cuando llega un buen momento, pero cuando la felicidad se va no decimos que la hemos poseído. Cuando afirmamos de alguien que es «completamente feliz», la expresión no resiste un análisis cuantitativo, denota únicamente una creencia del hablante. Podemos experimentar un momento de felicidad sin ser felices. El hombre que escapa de una trampa ha evitado la infelicidad de la captura, pero sería excesivo decir que ha sido muy feliz de manera consciente. También es conveniente distinguir entre una felicidad pasajera y la felicidad misma. Una felicidad pasajera es hija de un acontecimiento agradable. La felicidad es una sucesión de acontecimientos agradables. El placer es una sensación agradable pero fugaz, mientras que la felicidad es una secuencia de sentimientos placenteros. Algunos autores nos aseguran que la felicidad es un estado al que solo pueden acceder los ricos, que la alegría es para los pobres, y la bienaventuranza para los pobres de espíritu. Pero lo cierto es que en la provincia de los ricos la felicidad es más aparente que real, pues la felicidad es un estado tan deseado que uno habla más de ella de lo que la experimenta.

En prosa rara vez se escribe felicidad en plural, y el motivo es bien sencillo: se trata de un estado del alma muy parecido a la tranquilidad, la sabiduría o el descanso. Sin embargo, la poesía se eleva por encima de la prosa, y en *Polyeucte* Corneille escribió: «Sus

felicidades deben de ser infinitas. Y si las felicidades pueden ser perfectas, las suyas lo son». La misma palabra rara vez conserva el mismo significado. «Congratular», que a veces se emplea como sinónimo de «felicitar», no implica que uno se regocije con la felicidad ajena; implica más bien un complemento del éxito ajeno: una transmisión agradable de afecto. Y si ha sustituido a «felicitar» ha sido porque el tono con el que pronunciamos esta palabra es más dulce.

Voltaire

FELIZ, FELIZMENTE

Esta palabra se deriva evidentemente de *heur* [buena fortuna, buena suerte], cuyo origen debe buscarse en *heure* [hora]. De ahí nos vienen viejas expresiones como *à la bonne heure* [a buena hora], *a la mal'heure* [a mala hora; por ejemplo: cuando llega la hora de la muerte], ya que nuestros antepasados, cuya única filosofía era un puñado de prejuicios heredados de naciones más antiguas, admitían la existencia de horas buenas y malas por sí mismas.

Y lo cierto es que nosotros al ver que la *bonheur* [felicidad] en tiempos pasados era apenas *une heure fortunée* [una hora propicia], podríamos darles más crédito a nuestros antepasados, pues si por sus propios medíos llegaron a descubrir que la felicidad es una

sensación fugaz, como en efecto lo es, seguro que merecen nuestra confianza.

Lo que llamamos felicidad es una idea abstracta que comprende momentos prolongados de placer: quien experimente un momento aislado de placer no merece ser considerado feliz, de la misma manera que un minuto de dolor no convierte a un hombre en un infeliz. El placer se mueve más deprisa que la felicidad, pero la felicidad es más fugaz que el placer. Cuando decimos «En este momento soy feliz» estamos abusando de la palabra, lo justo sería decir «estoy contento». Solo cuando experimentamos una serie de placeres en corto tiempo podemos decir que somos felices, y solo si se prolonga en el tiempo será cierto que atravesamos un estado de felicidad. A veces atravesamos un momento de prosperidad pero estamos muy lejos de ser felices; en otras pasamos un momento delicado de salud, sin apetito y con nauseas, pero parece que se haya organizado una fiesta solo para nosotros.

Un viejo refrán nos asegura que no hay que juzgar como feliz la vida de un hombre hasta que no haya terminado, pero todo apunta a que tal idea está sostenida sobre falsos principios. Según este dicho el hombre solo sería feliz si lograse prolongar esta sensación desde su nacimiento hasta la hora final. Pero es imposible que alguien experimente una serie continua de momentos agradables, pues a ello se opone la constitución de nuestros órganos. Esto no es óbice para no reconocer que estar feliz tanto tiempo como sea posible es la auténtica piedra filosofal del alma. Es bueno para cualquiera que la infelicidad no se prolongue en exceso, con eso ya bastaría para considerar que alguien ha disfrutado de una vida feliz, por mucho que su muerte fuese miserable. Ya es mucho ser feliz justo hasta el día de la muerte, y me atrevo a declarar que aquel cuya peor experiencia coincide con el último día de su vida ha sido el más feliz de los hombres. Es muy posible que Sócrates fuera el más feliz de los griegos, aunque un puñado de jueces, amparados en leyes oscuras o absurdas, o ambas cosas, lo envenenaron a la edad de setenta años.

Si la examinamos bajo la luz de una razón sutil la máxima se revela falsa en todos los sentidos. Si atendemos ahora al dicho popular *heureux comme un roi* [feliz como un rey], todavía es más falso: cualquiera que haya vivido con los ojos abiertos sabrá cuán zafio es su error.

Conviene que nos preguntemos si existe una condición más feliz que otra, si el varón es más feliz que la mujer... Para responderla tendríamos que ser como Tiresias o Ifis, haber experimentado ser hombre y mujer sucesivamente. De la misma manera, para juzgar si una condición es más feliz que otra el requisito sería nada menos que haber experimentado cada una de ellas con un entendimiento parecido, tanto varón como mujer.

Preguntémonos ahora si un hombre es más feliz que otro. Parece claro que quien padece de cálculos renales o de gota, quien pierde sus posesiones, quien enviuda o pierde a su esposa o se le mueren los hijos, quien después de un juicio injusto va a ser ahorcado de inmediato será menos feliz en este mundo que un sultán vigoroso o que el zapatero de La Fontaine.

Pero entre dos hombres con salud, ricos y de inteligencias parecidas, ¿quién es más feliz? Para mí está claro que es el temperamento el que inclina la balanza. Quien sea más moderado, menos ansioso y al mismo tiempo más sensible, sin duda será el más feliz. Por desgracia, los más sensibles suelen ser los menos moderados. La buena disposición del alma depende de nuestros órganos, y estos se han distribuido sin que hayamos podido intervenir lo más mínimo. Que el lector extraiga sus conclusiones. Existen ya muchos artículos que tratan sobre este asunto. Pero así como en cuestiones artísticas siempre debe ser instruido, en asuntos de moral es preferible dejarlo a solas para que desarrolle sus propios pensamientos.

Hay perros a los que nos gusta acariciar, a los que cepillamos, les damos galletas para que coman y los cruzamos con hembras hermosas; otros de su misma especie malviven cubiertos de sarna, se mueren de hambre, los cazamos y golpeamos, y terminan

diseccionados en el estudio de un joven cirujano. ¿Qué suerte decide que algunos de estos perros sean felices y otros infelices?

Hablamos de pensamientos inspirados, rasgos agradables, ingenio, rostros hermosos... Son cualidades que se nos manifiestan como destellos de inspiración, indicios de talentos naturales que recibimos con la misma alegría que la luz entra en los ojos, sin el menor esfuerzo, sin tener que salir a buscarlos. Es en estos factores (que no dependen de nosotros y que a menudo nos engañan) donde radica la felicidad o la infelicidad de los individuos.

Claro que, ¿quién de los que ha recibido algunos rayos de esta llama no aspira a conservarlos para siempre?

Puesto que la felicidad desciende de la expresión «en buena hora», ¿qué podríamos decir del hombre de genio? Quizá que quien escribe con buen gusto obras de éxito las ha escrito en «buena hora», mientras que el populoso resto escribe en «mala hora». Pero en cuestiones de arte, aunque hablamos de «genio feliz» nunca hablamos de «genio infeliz», y todo esto por un posible motivo: quien nunca tiene éxito carece por completo de genio.

El genio siempre debe estar inspirado, lo que varía es la mayor o menor inspiración. Virgilio, por ejemplo, estuvo más inspirado en el episodio de Dido que en la fábula de Lavinia, y en la descripción del asedio de Troya que en las escenas bélicas. Homero, por su parte, parece más inspirado cuando habla del cinturón de Venus que en las escenas donde se entrega a describir los vientos que han quedado atrapados en una bolsa de piel de cabra.

Hablamos de «invención feliz» o de «invención desafortunada», pero aquí quien habla es la moral, que valora el daño o el beneficio que nos procura un descubrimiento. Por ejemplo, la invención de la pólvora fue desafortunadísima, mientras que la brújula y el astrolabio solo nos han procurado alegrías.

El cardenal Mazarino pidió para el ejército un «general con suerte», cuando lo que solicitaba era un «general capacitado», pues cuando un general ha disfrutado de éxitos reiterados la «capacidad» y la «suerte» suelen ser sinónimos.

Cuando hablamos de un «villano feliz» nos referimos solo a sus éxitos. Así el feliz Sila. Cuando otros villanos como Alejandro VI o algún Borgia fueron sorprendidos en medio de una traición o cuando pretendían envenenar o degollar a un enemigo enseguida diremos que son «infelices».

Quizá lo mejor que se ha escrito sobre cómo ser feliz sea el libro de Séneca *De vida beata*, pero creo que este libro no hizo feliz a su autor, ni tampoco a ninguno de sus lectores.

En tiempos pasados existían «planetas felices» y «planetas infelices». Afortunadamente esos tiempos han pasado.

Hoy en día existen hombres que han querido impedir la publicación de este «diccionario feliz», y por fortuna fracasaron.

Cada día las almas sucias, los fanáticos absurdos y los abogados de los poderosos cargan con su ignorancia contra los filósofos. Si, por desgracia, un día el pueblo los escucha volveremos a caer en la barbarie de la que los filósofos nos han rescatado.

Voltaire

FILOSOFÍA SOCRÁTICA

Hasta la aparición de Sócrates los principales objetos de la meditación filosófica fueron los fenómenos naturales y el sistema del mundo. Los filósofos habían descuidado hasta ese momento el estudio de la moral. Creían equivocadamente que los principios morales eran conocidos por todos los hombres, y que era redundante discutir sobre la naturaleza del bien y del mal con quien ya sabía reconocerlos dentro de sí.

Toda la sabiduría acumulada sobre la moral podía resumirse en un puñado de máximas inspiradas en la experiencia diaria y que se recitaban sin reflexionar en lo que se estaba diciendo. Solo Arquelao había abordado la cuestión de la educación moral en la escuela, pero su método era poco sólido y los resultados fueron insuficientes. Sócrates era su discípulo, y había nacido con una excelente capacidad de juicio, un alma noble y una mente interesada en las cosas más importantes, cuya utilidad es universal y necesaria. Se dio cuenta de que era más importante enseñar a los hombres a ser buenos que empezar a instruirlos; que las personas que tenían los ojos fijos en las estrellas no eran capaces de juzgar lo que sucedía a sus pies, que de tanto escrutar los cielos habían descuidado su casa; que la compasión hacía progresos muy lentos, pues la gente se dejaba arrastrar por la voluntad de las pasiones. Sócrates reconoció que la especulación de su tiempo era frívola, que la gente envejecía sin haberse preocupado de cómo vivir feliz.

Sócrates encaminó el estudio de la filosofía, que se encontraba perdido y dando vueltas alrededor del sol y de las estrellas. Habló por primera vez del alma y de las pasiones, de los vicios y de las virtudes, de la belleza y de la fealdad moral y de otros asuntos, siempre relacionados directamente con nuestras acciones y nuestra felicidad. De continuo exhibió una libertad asombrosa en su manera de pensar. Ningún interés personal, ninguna presión externa logró jamás detener las verdades que salían de su boca. Solo escuchaba a la experiencia propia, a las reflexiones de los hombres de bien y a las leyes justas. De entre todos los que lo precedieron ninguno merecía con tanta justicia el nombre de filósofo. Arrancó la filosofía de los eclipses y la arraigó entre los ciudadanos y los hombres de Estado.

Este proyecto intelectual enfrentaba numerosos peligros. Eran muchos los criminales que estaban decididos a perpetuar el vicio, la ignorancia y los prejuicios, pues se beneficiaban de ellos. Pero nadie podía intimidar a un hombre cuyas esperanzas estaban más allá de este mundo, para quien la vida terrenal era apenas una inconveniente etapa intermedia antes de que el alma regresase a su tierra natal.

Jenofonte y Platón fueron sus discípulos, sus amigos, testigos de su vida y de su muerte. Además de imitar y propagar su virtud escribieron la historia de su vida. Jenofonte lo hizo con sencillez e inocencia, Platón con más ostentación y menos respeto por la verdad histórica. Dicen que un día Sócrates lo escuchó recitar uno de sus diálogos, por lo visto se trataba del titulado *Lisis*, y al terminar declaró: «Bueno, qué hermosas mentiras ha escrito este joven sobre mí».

Sócrates no creía que su vocación de filósofo lo eximiera de sus deberes como ciudadano. Dejó atrás a sus amigos, sus libros y su soledad para tomar las armas y servir durante tres años en las crueles guerras entre Atenas y Esparta.

En su vida privada no se comportó nunca de manera menos admirable. Ningún hombre nació más templado ni casto. Ningún clima, ni el calor del verano ni tampoco el crudo frío del invierno lograron que suspendiese sus ejercicios. Jamás tomó una decisión sin invocar al cielo. Nunca perjudicó a propósito a sus enemigos. La gente lo encontraba siempre dispuesto a echar una mano. Nunca se conformó con lo bueno, aspiraba siempre a lo mejor. Nadie disfrutaba de un juicio más preciso y sensato sobre los asuntos y las circunstancias. No se le conoce una acción que no pudiese explicar satisfactoriamente. Mantuvo siempre un ojo vigilante sobre sus amigos, los amonestó cuando su comportamiento no era el adecuado porque los amaba, y los animó con su ejemplo y sus palabras a ser virtuosos. Durante toda su vida fue el ejemplo perfecto de hombre feliz y satisfecho. Si supiéramos más sobre cómo ocupó su tiempo aprenderíamos también más sobre la virtud que leyendo cientos de libros, pues Sócrates vivió convencido de que en este mundo no hay nada mejor que hacer que comportarse de manera virtuosa. Una tesis muy importante, que abarca todas las cuestiones morales y que todavía no ha sido adoptada por la humanidad.

Sócrates no creía que lo hubieran puesto en la Tierra para disfrutar de sí mismo y de su familia. Siempre quiso ser un hombre

útil a la sociedad, en especial a los jóvenes, en quienes esperaba encontrar menos obstáculos para propagar un modelo de vida mejor. Sócrates arrancó los prejuicios de sus conciudadanos, los impulsó a amar la verdad e inspiró en ellos el gusto por la virtud. Frecuentaba los sitios donde a los jóvenes les gustaba divertirse, entabló amistad con ellos, y con mucha frecuencia lo veían acompañado de ellos: en los gimnasios, en las calles, en los jardines, en las plazas... Hablaba con cualquier persona que se acercase a él con buena disposición a conversar. Hizo un uso muy sorprendente de la ironía y de la dialéctica: la ironía le ayudaba a revelar sin aparente esfuerzo la naturaleza ridícula de numerosas opiniones establecidas; y se apoyaba en la dialéctica para que su interlocutor terminase, casi sin advertirlo, apoyando opiniones que había negado antes de manera explícita e irreflexiva. A estas cualidades debe añadirse una manera segura, sencilla, fluida y animada de hablar; la sutileza de sus ideas; la gracia y la delicadeza propia de los griegos; una modestia sorprendente y unos escrúpulos admirables para no herir, degradar, humillar, ofender o apenar a sus interlocutores. Todos los que conversaban con él terminaban admirados de su mente. Solía decir: «Imito a mi madre: cuando ya no era fértil, sabía cómo cuidar a las que sí lo eran, y les ayudaba a sacar a la luz los frutos que tenían en su seno».

Sócrates se convirtió en una plaga mortal para los sofistas. Los jóvenes que lo escuchaban entendieron el don de la ironía y adaptaron gradualmente el método inductivo para disgusto de oradores deshonestos, malos poetas, sofistas y personajes que iban por la vida enarbolando un carácter orgulloso e inclinado a la justicia. Sus discípulos no toleraban la menor tontería, y se atrevían a burlarse de sacerdotes, magistrados y artistas consagrados. Esta exigencia basada en el entusiasmo, y en cierta manera lúdica, que ostentaban los jóvenes despertó el odio de todas sus víctimas. Este odio fue incrementándose, empezó a expresarse en público y como a Sócrates no parecían importarle las calumnias ni los desprecios terminaron acusándolo ante un tribunal.

La filosofía de Sócrates no estaba basada en la ostentación ni en las expresiones pomposas, sino que era una cuestión de valor apoyado en la experiencia. Apolo dijo de él: «Sófocles es sabio, Eurípides es más sabio que Sófocles, pero Sócrates es el más sabio de todos los hombres». Los sofistas se jactaban de saberlo todo, pero Sócrates reconoce una y otra vez que solo sabe que no sabe nada a ciencia cierta. Con esta declaración se ahorraba enfangarse en controversias farragosas y estériles, y obligaba a los sofistas a que se avergonzasen de sus fatuas pretensiones de sabiduría. Este hombre prudente, experimentado, que había escuchado, leído y meditado tanto, enseguida reparó en que la verdad es como un hilo de luz que prende en la oscuridad, y que solo el razonamiento puede aumentar gradualmente y hasta cierto punto el alcance de esa iluminación, antes de que se debilite y muera. El filósofo es el encargado de incrementar la luz tanto como se puede atendiendo a que no se apague, como un cuidador al servicio del saber; mientras que el sofista es un sujeto imprudente que solo piensa en sí mismo y que aleja a sus seguidores de la luz para precipitarlos a una penumbra incierta. Sócrates dio constantemente ejemplo a los sofistas de su tiempo con su actitud, pero ellos se negaron a aprender nada de él. Ante Sócrates los sofistas sentían fastidio, sin llegar a comprender los motivos de su disgusto. De alguna manera se daban cuenta por contraste de que con sus falsas enseñanzas llevaban a la débil razón más allá de sus límites.

El pueblo lo acusó de impiedad pues, debemos reconocer, su religión no era la que se profesaba en el país. Despreciaba a los dioses griegos y las supersticiones establecidas, y se emocionaba ante los misterios. Apoyado apenas en la fuerza de su genio alcanzó una comprensión revolucionaria sobre la unicidad de Dios, y tuvo el valor de revelar esta peligrosa verdad a sus discípulos. La ignominia que ha caído sobre todos los que participaron en su condena debe animar a cuantos filósofos existan a decir la verdad sin miedo.

Sócrates situó la felicidad, presente y futura, en el ejercicio de la virtud, en la observación de las leyes naturales y en el respeto a las

leyes políticas. Quien obrase de acuerdo con estas tres jurisdicciones jamás iría por mal camino. Las situaciones más complicadas ni arrugaban su valor ni alteraban su ecuanimidad. Así rescató de la tortura a diez jueces condenados por unos tiranos. Así se negó a escapar de la prisión. Así recibió su sentencia de muerte con una sonrisa. Su vida está plagada de ejemplos de la misma entereza.

Despreciaba los insultos. Ofrecía perdón a cambio de las ofensas, pero esta actitud, que para las personas religiosas es una virtud, era en manos del filósofo una forma de venganza. Fue radicalmente moderado: solo se acercaba a las cosas para satisfacer sus necesidades, y jamás se entregó al placer sensual. Dijo que cuanto menos necesidades tiene un hombre más se parece a un Dios. Sócrates era pobre, pero jamás aceptó los regalos que sus poderosos admiradores, Alcibíades y otros, le ofrecían para honrarlo. La virtud suprema era para él la justicia, y demostró que se podía vivir de manera muy provechosa observándola. Era tan benevolente como nos gusta imaginar que lo es el Ser Supremo, y aplicó este rasgo a todos los que se relacionaron con él. Detestaba la adulación. Amaba la belleza de los hombres y la de las mujeres, pero no era esclavo de ella; predicaba con el ejemplo la búsqueda de un placer sencillo ante el que ni siquiera Aristófanes, el vil instrumento de las acusaciones de sus enemigos, supo oponer el menor reproche. ¿Qué podemos pensar ahora de los hombres que aceptaron las acusaciones contra Sócrates y que repitieron las calumnias vertidas contra la pureza de su moral? A un hombre justo le basta con escuchar la menor de esas mentiras para encolerizarse y afirmar que esta clase de seres solo pueden ser envidiosos o corruptos. ¿Acaso nos sorprende que existan esta clase de almas ponzoñosas?

Sócrates nunca tuvo una escuela y tampoco escribió una línea. Conocemos su doctrina por lo que nos han transmitido sus fuentes. Por ellas sabemos lo que dijo de la divinidad: que Dios había ocultado su naturaleza ante nuestro entendimiento, que su existencia, su voluntad, su poder y su bondad solo se aprecian cuando observamos sus obras. Sócrates creía que Dios era el autor

del mundo, el responsable de su organización y de todo lo que hay en él de bueno y de bello...

Sobre el alma Sócrates creía que existía antes que el cuerpo y que conocía las ideas eternas. Este caudal de conocimiento se desvanecía en cuanto el alma entraba en contacto con el cuerpo, y solo el ejercicio de la mente y de los sentidos podía reanimarlo. Aprender es recordar. Tras la muerte al alma de los justos le espera la felicidad, mientras que el alma de los malvados debe prepararse para el castigo.

Sobre la filosofía moral Sócrates dijo:

–Solo hay un bien, que es el conocimiento, y solo hay un mal, que es la ignorancia. La riqueza y el orgullo que deriva del apellido son la principal fuente de males.

–La sabiduría es la salud del alma.

–Es absurdo pensar que alguien que conoce el bien actúe mal.

–Nada es más útil y dulce que el ejercicio de la virtud.

–El sabio no fantasea con las cosas de las que sabe que es ignorante.

–La justicia y la felicidad son la misma cosa.

–La primera persona que distinguió entre lo útil y lo justo fue un hombre detestable.

–La sabiduría es la belleza del alma, el vicio es su fealdad.

–La belleza del cuerpo proclama la belleza del alma.

–A una vida hermosa hay que exigirle lo mismo que a una pintura hermosa: que todas las partes sean bellas.

–Una vida feliz y pacífica permite a las personas examinarse sin vergüenza. Al virtuoso nada le preocupa porque no tiene ninguna falta que reprocharse.

–Dejemos que los hombres se estudien y se conozcan a sí mismos.

–La persona que se conoce a sí misma escapará de muchos males que acechan en los desvanes de quienes no han entendido su propia naturaleza.

–Lo primero que aprenderá quien se estudia a sí mismo es que no sabe nada.

–Solo hay una sabiduría que conviene enseñar: la virtud es una e indivisible.

–La mejor manera de honrar a los dioses es hacer lo que ellos mandan.

–Debemos pedir a los dioses aquello que es bueno para nosotros. Debemos huir de aquello que está reservado a su naturaleza.

–Debemos adorar a los dioses de nuestro país y ajustar nuestros sacrificios y ofrendas a nuestros medios. Los dioses prestan más atención a la pureza de nuestro corazón que a la abundancia de nuestras ofrendas.

–Las leyes provienen del cielo. Una ley justa siempre estará sancionada por el cielo.

–¿Queréis una prueba del origen divino de las leyes? Pensad en la ley que obliga a honrar a los dioses, respetar a los padres y agradecer a quienes nos favorecen: el castigo está unido a la infracción. Esta vinculación inmediata entre culpa y pena no puede provenir solo del hombre.

–Tenemos que ser tan obedientes ante un padre severo como ante una ley exigente.

–El carácter atroz de la ingratitud es proporcional a la importancia del regalo o del servicio prestado. Y debemos a nuestros padres la más importante de nuestras posesiones: la vida.

–El hijo ingrato no se ganará el favor del cielo ni la estima de los hombres. ¿Qué se puede esperar de un hombre que fracasa en agradecer y respetar a las personas a las que debe la vida?

–La persona que vende a los demás su sabiduría por dinero se prostituye como la mujer que vende su belleza.

–La posesión y la riqueza son para un hombre razonable como montar un caballo de fuego sin bridas.

–La riqueza de un avaro se parece a la luz del sol: una vez que el sol se ha puesto no ilumina a nadie.

–Llamo avara a la persona que amasa una fortuna y no quiere saber nada de sus amigos más pobres.

–La riqueza del pródigo solo favorece a los aduladores y a las prostitutas.

–No existe un fondo que tenga tanto valor como un amigo sincero y virtuoso.

–La verdadera amistad no es posible entre hombres malvados. Tampoco entre un malvado y un buen hombre.

–Podemos alcanzar la amistad de un hombre que admiramos sembrando en nuestro interior las virtudes que apreciamos en él.

–No existe una sola virtud que no podamos mejorar y ampliar gracias a la reflexión y a la práctica.

–La bondad de un hombre no tiene nada que ver con la riqueza, la cuna o sus títulos, sino con lo que consigue con sus propias manos.

–El viento propaga el fuego y el trato humano propaga el amor.

–La arrogancia consiste en hablar siempre y no escuchar nunca.

–Es aconsejable familiarizarnos con el dolor, para que cuando lo experimentemos sea como reconocer a un viejo pariente.

–Debemos afrontar la muerte sin temor: o es un viaje o es un prolongado letargo.

–Si no queda nada de nosotros después de la muerte, todavía es más absurdo tenerle miedo.

–Es preferible morir con honor que vivir con deshonra.

–La mejor manera de evitar la incontinencia es huir.

–Cuando más templados están nuestros ánimos, más nos acercamos al estado divino, pues los dioses no necesitan nada.

–No hay que descuidar la salud del cuerpo, la salud del alma depende por completo de ella.

–La paz es la posesión más grande.

–Nada en exceso: este es el mejor consejo que se puede dar a un hombre joven.

–Los hombres vulgares viven para comer, los justos comen para vivir.

–Ser prudentes en tiempos de abundancia se parece mucho a caminar sobre hielo.

–Un método infalible para ganarse el respeto ajeno es no parecer tan bueno como uno es.

–La palabra de un hombre justo tiene una pésima fama.

–Cuando le das la espalda al calumniador, algo perverso en su sangre lo empuja a hablar mal.

Sócrates también dejó algunas frases célebres sobre la prudencia:

–La persona que sabe cómo gobernar una casa sacará provecho incluso de sus enemigos.

–Debemos estar en guardia contra la apatía, la pereza y la negligencia, evitar el lujo, considerar la educación el encargo más importante.

–Existen actividades tan innobles que conviene no probarlas, pues el menor contacto con ellas sirve para degradar el alma.

–Un hombre justo no puede tolerar que su esposa ignore aquello que puede redundar en su felicidad.

–Las parejas casadas deben compartirlo todo.

–El hombre debe ocuparse de los asuntos mundanos, la mujer debe ocuparse de cuidar la casa.

–La naturaleza tiene sus motivos para unir a los hijos más estrechamente con sus padres que con sus madres.

Y también pronunció algunas sentencias sobre política:

–Los auténticos soberanos son aquellos que no han llegado al trono por el nacimiento, el azar, la fuerza o el consentimiento de un grupo, sino los que saben mandar.

–El monarca es la persona que manda sobre quienes se han sometido voluntariamente a su autoridad, el tirano es un hombre

que obliga a las personas a obedecerle. El primero hace cumplir la ley, el segundo su voluntad.

–El buen ciudadano contribuirá tanto como le sea posible para que su república florezca en tiempos de paz y salga victoriosa en tiempos de guerra. Si en la república prende una rebelión intentará resolver las diferencias, como un heraldo de la paz tratará de buscar la reconciliación por todos los medios honestos a su alcance.

–La ley no se escribió para los hombres buenos.

–La ciudad mejor protegida es la que contiene el mayor número de hombres virtuosos. La ciudad más ordenada es aquella en la que los hombres actúan en armonía. La ciudad donde es preferible vivir es aquella donde la virtud está segura de que será recompensada.

–Debemos vivir allí donde se obedezcan las leyes.

Hemos llegado al final de la entrada. Este sería el momento para hablar de las acusaciones que se presentaron en su contra, de cómo se defendió y de narrar el momento de su muerte. ¡Pero se ha hablado ya tanto de estas cosas! Después de su muerte los discípulos se quedaron con su ropa, la cortaron en pedazos y se la repartieron. Con esto quiero decir que cada uno fundó su propia escuela y se centró en un área de la filosofía, con cierta predisposición a contradecirse. Lo propio es considerarlas como familias independientes que provienen del mismo linaje.

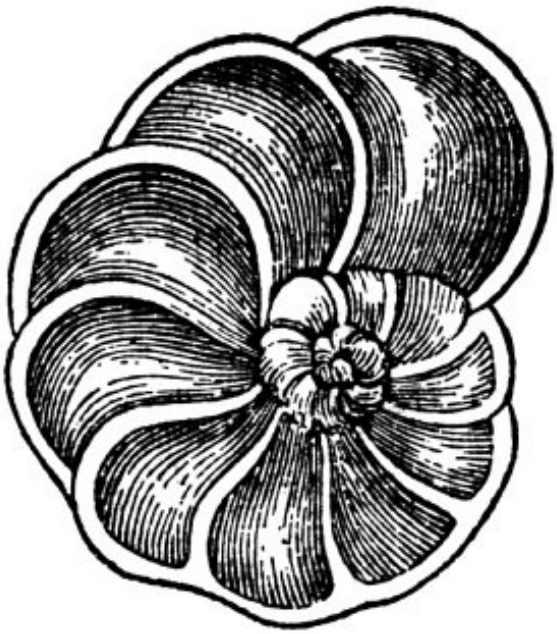
Diderot

FÓSIL *de* UNICORNIO

Algunos autores han dado este nombre a una sustancia ósea, similar al marfil, con la forma de un cuerno retorcido y cubierto de espirales, y que en contadas ocasiones se ha descubierto tras excavar la tierra. Gmelin, durante su travesía por Siberia, se convenció de que se trataba de dientes de peces. Sabemos que en 1724 se encontró uno de estos cuernos enterrado, en Yakutsk, en la mismísima Siberia. Nadie cree demasiado en serio que pertenezca al mítico animal al que se le ha dado el nombre de unicornio, pero Gmelin no ve ningún inconveniente en atribuírselo a un cetáceo llamado narval. El mismo autor nos habla de otro cuerno de la misma clase que se encontró en 1741, en un terreno pantanoso que pertenecía al mismo país. Esto sugiere un problema: el narval vive en los mares de Groenlandia, y no hay el menor indicio de que surque el océano Ártico, la única agua que baña el norte de Siberia.

Quien ha sembrado las mayores dudas sobre este asunto es Leibnitz, quien, siguiendo el relato del famoso Otto Guericke, asegura que en 1663 extrajo de una cantera de piedra caliza cercana al monte Zeunikenberg el esqueleto de un cuadrúpedo con los cuartos traseros normales, pero de cuyo cráneo sobresalía un cuerno de diez pies de largo y tan grueso como la pierna de un hombre, y que terminaba en una punta afiladísima. Por desgracia, este esqueleto fue extraído por unos operarios que, ignorantes de su valor, lo echaron a perder. Solo sobrevivieron el cráneo y el cuerno, algunas costillas y la columna vertebral. Los huesos fueron entregados a la princesa de Quedlinberg, a la que pertenecían las tierras. El propio Leibniz ofrece un examen de los restos del

esqueleto y nos dice que, según las investigaciones de dos anatomistas portugueses, Hyeronimus Lupus y Baltasar Téllez, se trataba de un cuadrúpedo del tamaño de un caballo armado con un cuerno, muy parecido al que algunos cronistas dicen que existen en las tierras de Abisinia.



A pesar del testimonio de todas estas autoridades es increíble pensar que el esqueleto no fuese desenterrado ni examinado con más cuidado. ¿Pertenecía el cuerno a un pez? Conviene en cualquier caso distinguir entre la sustancia ósea y lo que algunos autores llaman de manera muy inconveniente «unicornio fósil», y que se ha demostrado de manera convincente que es una especie de tiza.

D'Holbach

FRÍO

Decimos que una composición poética, una pieza musical, un discurso o incluso una pintura es fría cuando esperábamos una expresión animada que no está allí. Las otras artes no son tan vulnerables a este defecto. La arquitectura, la geometría, la lógica, la metafísica y todo lo que tiene como su principal mérito y objetivo la exactitud no puede ni calentarse ni enfriarse. El retrato de la familia de Darío pintado por Mignard es muy frío si lo comparamos con la pintura de Lebrun; en las representaciones de Mignard no encontramos la emoción con la que Lebrun ha acertado a pintar los rostros y las caras de las princesas persas. A pesar de que a una estatua se le permite ser fría, hay que ver el miedo y el horror que se le puede transmitir a una escultura de Andrómeda, la tensión que se puede imprimir en los músculos de Hércules, y cómo se pueden expresar ira y confianza combinadas en la manera como sostiene a Anteo en el aire.

En la poesía los grandes momentos de pasión se enfrían cuando tratamos de expresarlos en términos demasiado corrientes o en escenas carentes de imaginación. Por eso el amor que se transmite de manera tan viva en las obras de Racine languidece en las de su imitador, Campistron.

Los sentimientos que estallan en un corazón que ha hecho cuanto estaba en su mano por ocultaros requieren los términos más sencillos. No hay nada tan vívido, tan animado, como este verso de *El Cid*: «Oh, yo no te odio... Debes... No puedo».[3] Este sentimiento se volvería frío si se tratase de expresarlo con más elegancia, usando palabras bien pensadas.

Ese es el motivo por el que nada es tan frío como un estilo pomposo. Cuando el héroe de una tragedia tiene que explicarnos que su barco sufrió la furia de una tempestad y que vio morir a su amigo en la tormenta, podemos descubrir cuánto le preocupaba la vida de su amigo por el color de su tono. Si se arranca a describir la tormenta, si nos habla de cómo hierve el mar, del sonido del trueno y de las fisuras que el rayo abre en el cielo y en el agua, se nos recubre de frío el corazón. De manera que el estilo frío se desprende

de muchas clases de modulaciones: a veces de una prosa estéril, a veces de ideas que arden como fuegos fatuos, a veces es el producto de una dicción ordinaria, otras veces de un exceso de cálculo.

Un autor que resulta frío porque se expresa con un exceso de viveza puede llegar a corregirse atemperando la imaginación. En cambio, un autor que es frío porque no tiene alma no puede corregirse a sí mismo. Podemos moderar el uso del fuego, pero quien no sabe cómo encenderlo nunca podrá usarlo.

Voltaire

FUERZA

Esta palabra ha mutado: ha pasado de designar una cosa de lo más simple a algo lleno de matices.

En primer lugar, conviene decir que emana de todas las partes que están en movimiento: el estómago, los pulmones, la voz y los brazos. Algunos han querido calcular la fuerza del corazón en tres onzas.

Todavía están vigentes algunas expresiones familiares donde se emplea «fuerza» en un sentido amplio. Así, se habla de la fuerza de la gente, de la fuerza de la casa, de la fuerza de las columnas o de la fuerza de las malas lenguas. Se dice que la fuerza que se aplica en el trabajo agota a las personas, de la misma manera que el pulido debilita al hierro.

La metáfora que se utilizó para introducir esta palabra en la moral la ha transformado en una virtud cardinal. En sentido moral la fuerza es la capacidad de mantenerse firme en la adversidad y de llevar a cabo empresas difíciles; es una fortaleza del ánimo.

La fuerza del espíritu remite a una percepción profunda, superior al mero ingenio. Esta fuerza del espíritu responde como el cuerpo: mejora con el empeño y se debilita con la mezquindad.

La fuerza de un razonamiento consiste en una exposición que tras una sucesión de pruebas alumbra una conclusión correcta. Cuando se trata de matemáticas no tiene sentido hablar de fuerza, pues al trabajar con axiomas y evidencias no queda espacio para las pruebas. En las matemáticas solo es posible avanzar por un camino, más o menos largo, más complicado o más sencillo de encontrar. La fuerza de la razón encuentra sitio cuando se trata de problemas abstrusos que requieren de mucha concentración. Las razones, por

fuertes que sean, por ciertas que sean las verdades que transmiten, se secarían antes de llegar a convencernos si no estuviesen lubricadas por una sustancia llamada elocuencia. Se ha dicho que los sermones de Bourdaloue poseían más fuerza y que los de Massillon tenían más estilo. Un verso puede transmitirnos fuerza y carecer de cualquier otra cualidad. La capacidad de transmitir fuerza en nuestro idioma proviene de la capacidad de decir algo que suele estar prohibido.

La pintura transmite su fuerza en la expresión de los músculos, que gracias a las pinceladas amplias se revelan bajo la piel que los cubre. Si los músculos están demasiado pronunciados significa que la fuerza es excesiva. En las batallas pintadas por Rafael y por Jules Romain la actitud de los combatientes transmite mucha fuerza, como lo hace la expresión de Alejandro en la obra de Le Brun. Un exceso de fuerza es improcedente tanto en la pintura como en la poesía.

Algunos filósofos han insistido en que la fuerza es una cualidad inherente a la materia; que cada partícula invisible o mónada está dotada de una fuerza activa. Pero se trata de una hipótesis tan complicada de demostrar como que la blancura es una cualidad inherente a la materia.

La fuerza de los animales alcanza su cúspide cuando el animal se ha desarrollado completamente y decrece cuando los músculos dejan de recibir el suministro adecuado de alimento. Es muy posible que los espíritus de los animales se aviven con el fuego y que al carecer los ejemplares viejos de calor se apague la fuerza y el movimiento de los músculos.

Voltaire

GÉNERO ESTILÍSTICO

La manera como cada artista ejecuta su obra depende del objeto con el que trabaja. De este modo, el estilo de Poussin jamás podrá parecerse en absoluto al de Teniers, ni la arquitectura de un templo al de una casa corriente, ni la música de una ópera trágica a la de una ópera bufa. Lo mismo puede afirmarse de la escritura, ya sea en prosa o en verso, pues cada género tiene su propio estilo. Uno entiende enseguida que el estilo que le conviene a un historiador no puede ser el de la oración fúnebre, que el memorándum de un embajador no debe escribirse como un sermón, que la comedia no admite el fraseo de una oda ni las intensas expresiones de la tragedia ni las alegorías de la épica.

Cada género contiene matices propios, que a fin de cuentas siempre pueden concentrarse en dos: el sencillo y el complejo. Estos dos enfoques, entre los que proliferan tantos otros intermedios, poseen bellezas comunes a ambos: la idoneidad de unas ideas expresadas con precisión, la elegancia, el tono adecuado, la pureza de la lengua. Cualquier escrito con ambición artística exige que estén presente estas cualidades. Las diferencias consisten en que las ideas en concreto dependen de los motivos de cada narrador, así como las figuras y los tropos empleados. Un personaje de comedia no puede contemplar pensamientos sublimes o filosóficos; un pastor no tendrá las ideas de un conquistador; las epístolas didácticas deberían respirar sin pasión, sin metáforas audaces, exclamaciones patéticas o expresiones vehementes.

Entre lo sencillo y lo complejo encontramos diversos tonos, y en la organización de estos matices descansa la perfección de la elocuencia y de la poesía. Virgilio se distinguió en este arte gracias a sus églogas. El verso *Ut vidi! Ut perii! Ut me malus abstulit error!*,[4] sería tan hermoso en los labios de Dido como en la boca de un pastor, porque es natural, verdadero y elegante, y el sentimiento que contiene se adecúa a cualquier clase de condiciones. Pero el verso *Castaneaeque nuces mea quas Amarillis amabat*,[5] no sería fácil atribuirlo a una figura heroica, ya que su sustancia es demasiado sencilla para la ambición de un gran hombre.

Estos dos ejemplos arrojan luz sobre los casos en los que el poeta se permite una mezcla de estilos, una circunstancia en la que es conveniente comportarse con prudencia y evitar tanto como sea posible.

El error más corriente y condenable que produce la mezcla de estilos consiste en desfigurar los temas más graves por intentar aligerarlos mediante la conversación corriente. La mayoría de las veces se estropea el tono sin que se produzca la ansiada ligereza.

Estos errores pueden atribuirse a una afectación ridícula, pero hay otros de los que solo se puede responsabilizar a la negligencia: espolvorear en el estilo contenido y noble que el tema exige frases populares y expresiones triviales que ofenden al buen gusto. Este disparate lo encontramos a menudo en los libros de Mezeray y también en los de Daniel, lo que resulta insólito habiendo escrito este último mucho antes, en una época que nos complace pensar que fue más exigente. Algunas de sus frases contienen bajezas que el lector jamás encontrará en Livio, Tácito, Guicciardini o Clarendon.

Una última observación: el autor que ha cuajado su voz en un género rara vez cambia de estilo cuando cambia de género. La Fontaine emplea en sus obras teatrales el mismo estilo, natural para él como respirar, con el que escribió sus cuentos y fábulas. Benserade insufla en su traducción de las *Metamorfosis* de Ovidio la misma cadencia agradable de los madrigales con los que logró alcanzar el éxito en la corte. La perfección consiste en lograr que la

coincidencia del estilo con la materia despierte también la sorpresa del lector. Pero ¿dónde encontraremos un maestro absoluto, a un hombre capaz de doblegar el genio a su voluntad?

Voltaire

GRANO

Los principales artículos de comercio en Francia son el grano, los vinos y licores, la sal, el cáñamo y el lino, la lana y otros productos obtenidos de la ganadería. La fabricación de paños y tejidos puede aumentar mucho el valor del cáñamo, el lino y la lana, y podrían procurarles el sustento a muchos hombres. Pero hoy en día nos sorprende que la mayoría de estos productos están casi totalmente restringidos en Francia. La producción de artículos de lujo ha seducido tanto a la nación que no disponemos ya ni de la seda ni de la lana que necesitaríamos para fabricar telas hermosas y finas. Estamos inmersos en una escalada de gastos dentro de una industria que es ajena a nuestras costumbres, y hemos empleado en ella una multitud de hombres mientras el campo, abandonado, se despoblaba. Bajamos el precio de nuestro trigo para que el coste de la producción y de la mano de obra fuese inferior al de otras naciones extranjeras. Nuestra economía tiende a acumular a los hombres y la riqueza en las grandes ciudades, mientras que la agricultura y el campo, la parte más fructífera y noble de nuestro comercio, la principal fuente de ingresos del reino, no se ha tratado como lo que es: la base primordial de nuestra riqueza. El campo y la agricultura parecen un interés exclusivo de los campesinos y los agricultores. Hemos limitado su trabajo a lo imprescindible para el sustento de la nación, cuyos habitantes sufragaban con la compra de materias primas los gastos del cultivo de la tierra. El país frenó la venta de productos agrícolas y disminuyó los ingresos de la labranza

para favorecer una producción que era perjudicial para nuestro propio comercio.

Francia puede producir en abundancia todos los materiales de primera necesidad; solo debería comprar en el extranjero artículos de lujo. Pero estábamos demasiado apegados a la fabricación y al comercio de productos que hubiésemos podido importar. Al tensar de esta manera las exportaciones hemos intentado dañar a nuestros vecinos y privarlos de los beneficios que hubiesen derivado de vendernos sus bienes.

Con esta política se ha anulado el comercio recíproco que siempre resultaba ser favorable a Francia. El resultado es que se ha prohibido en esos países importar nuestros productos y que nos vemos obligados a comprar los suyos a precios exorbitados de contrabando, pues son materiales imprescindibles para nuestras fábricas. Con el propósito de ganar unos cuantos millones fabricando y vendiendo telas sofisticadas hemos perdido los miles de millones

que hubiésemos podido ganar vendiendo los productos de nuestra tierra. Y hemos perdido esta oportunidad de negocio mientras la nación, bien adornada con telas de oro y de plata, se convencía de que estaba disfrutando de un comercio floreciente.

La fabricación de estos productos ha sumido al país en un lujo imprudente, una costumbre que se ha extendido a otros países estimulando así cierta competencia. Quizá nosotros les hayamos sacado ventaja con nuestra industria, pero lo cierto es que la ventaja se ha sustentado principalmente en el consumo interno.

El consumo de los súbditos del reino es la principal fuente de ingresos para el soberano, aunque la venta de los excedentes aumenta los beneficios. La prosperidad del Estado depende de la combinación de estos dos elementos. Pero el consumo sostenido de artículos de lujo es demasiado limitado, pues solo pueden acceder las personas con una economía opulenta.

Los estudiosos más avanzados del comercio saben que el consumo interno puede procurar los mayores ingresos para el soberano. El dirigente que consigue que el consumo general se ajuste a las necesidades de la vida habrá dado un gran paso adelante para consolidar el bienestar de sus súbditos. Solo la pobreza general puede llevarnos a la escasez de agua potable, a comer pan en mal estado y a cubrirnos con harapos. Todos los hombres se esfuerzan en su trabajo para procurarse comida y ropa decentes. No podemos desdeñar sus esfuerzos, porque son beneficiosos para la cuenta de ingresos del reino, puesto que los beneficios y los gastos de los súbditos alimentan la fortuna del soberano.

Las tierras cultivadas en las parcelas de la corte exigen más tierras y gastos que las que trabaja un agricultor pequeño, y las ganancias que se obtienen son limitadas. La fuerza de los hombres y estos gastos no deberían desperdiciarse en una organización del trabajo que sería más rentable si se concentrase en un número menor de hombres y se redujese el coste de producción. Un empleo erróneo de los hombres que cultivan la tierra es perjudicial incluso

en un reino muy poblado, pues cuanta más gente viva en un país más rentabilidad se le exige a la tierra para satisfacer la demanda. Pero todavía será peor en un reino que no esté lo suficientemente poblado, porque entonces hay que vigilar con más cuidado cómo se distribuyen los hombres en los diversos trabajos hasta encontrar la fórmula más rentable para la nación. Los beneficios de la agricultura dependen en gran medida de la cantidad de tierra que se reparte en las grandes fincas que disfrutan los agricultores vivos.

La agricultura que puede desarrollarse exclusivamente con el trabajo de los hombres es el cultivo de viñedos. Se podría dar un empleo a una mayor cantidad de hombres en Francia si la población aumentara y favoreciéramos la venta de vino. Se han impuesto demasiadas restricciones al cultivo y al comercio de vinos y bebidas espirituosas. Esta es una cuestión que no merece menos atenciones que el cultivo de grano.

Ahora ya no pensamos en el agricultor rico como en un trabajador que labra personalmente su tierra. Sabemos que se trata de un empresario que administra y aumenta el valor de su empresa gracias a su inteligencia y su fortuna. La agricultura gestionada por agricultores ricos es una profesión muy honesta y lucrativa, reservada a los hombres libres, que están en condiciones de avanzar un desembolso de dinero considerable e imprescindible para cultivar la tierra; un desempeño que procura trabajo a los campesinos siempre que el negocio sea satisfactorio y ventajoso para el empresario. Para Sully estos terratenientes son los auténticos agricultores, a los que debemos apoyar en un reino como el nuestro, cuyo territorio es enorme, ya que su riqueza es la que sustentará la nación. Ellos proporcionarán los principales ingresos a la nación soberana, una vez distribuidos sus productos alimentarán al clero y a la gran población que trabaja en toda clase de profesiones, contribuyendo a la prosperidad del Estado.

Cuando se dan grandes cantidades de ingresos se pueden realizar grandes gastos, y estos grandes gastos aumentan el bienestar de la población porque se traducen en ampliaciones del

comercio y del trabajo que a su vez permiten aumentar los ingresos de una cantidad considerable de hombres. Quienes consideran las ventajas de tener mucha población solo desde el punto de vista militar (el mantenimiento de grandes ejércitos) entienden mal en qué consiste el auténtico poder de un Estado. Los hombres se consideran soldados si son adecuados desde el punto de vista militar, pero el hombre de Estado debe lamentar siempre que se destinen hombres a la guerra; debe lamentarlo tanto como el terrateniente se queja por perder una cantidad de suelo cultivable para abrir zanjas. Los grandes ejércitos drenan la tierra; una población numerosa y una gran riqueza contribuyen a que esa misma tierra ofrezca un rendimiento formidable. Las principales ventajas de una población numerosa afectan a la producción y al consumo, dos variables clave para que aumente y circule la riqueza monetaria del reino. Aquel país que disponga de un territorio fértil y de un comercio sin restricciones, si además está muy poblado será más rico, y cuanto más rico sea, más poderoso se volverá. Hoy en día no creo que el reino sea más pobre monetariamente que durante el siglo pasado, pero si queremos juzgar la calidad y la salud de esa riqueza no nos basta con considerarla solo desde el punto de vista de la cantidad, sino también de la circulación y el precio de los productos.

Los ingresos son el producto de la tierra y de los hombres. Los hombres que no trabajan la tierra son a fin de cuentas muy poco productivos. Los principales activos de un gran Estado son sus hombres, las tierras y el ganado. Si carece de los productos derivados de la agricultura, por mucho que disponga de otros recursos para producir y comerciar, un país solo podrá subsistir con el concurso de la riqueza extranjera. Se trata de un recurso limitado e incierto y solo un Estado muy pequeño puede permitirse sostener una economía así.

Quesnay

HERMOSO

Lo hermoso está, con cierta frecuencia, enfrentado al bien. Describe algo grande, noble y admirado. Suele asociarse con objetos hechos con delicadeza, que atraen nuestra atención. Lo hermoso aplicado a las obras del espíritu señala elevación de pensamiento, certeza en los temas, novedad en la forma, corrección en la moral. Lo hermoso también es singular y brillante y por eso resulta tan agradable. Algunos géneros pueden ser agradables y hermosos, como la comedia, otros solo pueden ser hermosos, como sucede con la tragedia. Con frecuencia tiene más mérito encontrar o hacer algo bueno que algo bello. A veces llamamos hermosa a una obra importante, y llamamos agradable a una obra que no tiene tanta importancia. No puede negarse que cierta idea de grandeza está ligada a la hermosura. Este es el motivo por el que algo que consideramos hermoso nos parecería apenas agradable si se hubiese fabricado o compuesto con menos ambición o a una escala más pequeña. Al espíritu le gusta relacionarse con cosas buenas, el alma se inclina por las cosas grandes. El ingenio, la mayor parte de las veces, apenas es agradable. Los sentimientos, por el contrario, nos ponen en contacto con muchas cosas hermosas, pero decir que una cosa hermosa es agradable no puede considerarse indicio de un gran entendimiento. Boileau, que era un impertinente, se complace en decir que Corneille, pese a toda su grandeza, a veces es muy agradable.

Diderot

HISTORIA

La historia es una narración de hechos presentada como verdad, a diferencia de la fábula, que es la narración de hechos presentados como falsos.

También existe la historia de las opiniones, que admite ser definida como una colección de errores humanos; la historia de las artes, que quizá sea la más útil de todas cuando se tiene en cuenta su progreso y sus mecanismos; y la mal llamada historia natural,

que nos habla del desarrollo de la naturaleza y que pertenece a la física, de la que es una parte esencial.

La historia de los acontecimientos se divide en sagrados y profanos. La historia sagrada contempla la serie de operaciones divinas y milagrosas mediante las cuales Dios quiso favorecer al pueblo judío y promover la fe que actualmente profesamos. Declino pronunciarme sobre respetable asunto.

Los fundamentos básicos de cualquier historia se hallan en los relatos que los padres cuentan a sus hijos, que se transmiten de una generación a la siguiente. En la mayoría de casos su origen está perdido y su verosimilitud va apagándose de generación en generación. Con el tiempo los aspectos fabulosos del relato crecen y asfixian a la verdad. El relato sobre el origen de cualquier pueblo es una suma de patrañas. Solo así se entiende que los egipcios aseguren que fueron gobernados durante muchos siglos por dioses, a continuación por semidioses y finalmente por reyes que mandaron durante once mil trescientos cuarenta años.

Los fenicios también afirmaban haber regido sus tierras durante treinta mil años, tan repletos de maravillas como las registradas en las cronologías egipcias. De todos es bien conocida la cantidad de cuentos ridículos y puras supersticiones que dominaban la historia de los griegos antiguos. Los romanos, pese a toda su seriedad, no se abstenían más que otros en envolver el relato de sus primeros siglos en fábulas intolerables. Parece que este pueblo pasó sus primeros quinientos años de vida sin historiadores.

A nadie puede sorprenderle que Rómulo fuese hijo de Marte y que su nodriza fuese una loba, ni tampoco que se convirtiera en dios. Ni que Tarquinio cortase una roca con una navaja o que una vestal lograse arrastrar un barco a tierra con un cinturón... O cualquier otro disparate.

Los primeros anales de nuestras naciones modernas no son menos fabulosos. Este conjunto de inverosimilitud no solo es una prueba de la profunda credulidad humana, también merece que lo consideramos parte de la historia de las opiniones.

Solo hay una manera de conocer si algo ha ocurrido con certeza en tiempos antiguos, y es comprobar si existe un registro histórico incontestable. Entre los registros escritos solo hay tres que merezcan cierto crédito: el primero es la colección de observaciones astronómicas que durante mil novecientos años se registraron en Babilonia y que Alejandro trajo a Grecia. Esta sucesión de observaciones data de mil doscientos treinta y cuatro años antes de Cristo y demuestra de manera incontrovertible que los babilonios existían ya como un pueblo constituido.

El segundo registro es el eclipse de sol avistado en China dos mil quinientos cincuenta y cinco años antes de la era común, y que todos nuestros astrónomos coinciden en reconocer como verdadero. De los chinos diremos lo mismo que de los babilonios: constituían un pueblo extenso y bien administrado. Lo que sitúa a los chinos por delante del resto de pueblos de la Tierra es que ni sus leyes ni sus costumbres, ni tampoco la lengua que habla la mayoría de sus ciudadanos, se han visto alteradas en los últimos cuatro mil años. Sin embargo, este pueblo, el más antiguo de todos, en cuyo territorio se inventaron la mayor parte de las artes, siempre ha sido omitido de nuestras así llamadas historias universales.

El tercer registro es considerablemente inferior como fuente de información a los otros dos: lo encontramos en los frisos de mármol de Arundel. Allí está grabada la historia de la ciudad de Atenas, doscientos sesenta y tres años antes de la era común. Por desgracia, el relato se remonta a Cécrope, apenas trece siglos y diecinueve años antes de la fecha en la que fue cincelado. Estos son los únicos conocimientos incontestables que tenemos de la historia de la humanidad.

A nadie debe sorprenderle que poseamos tan pocos datos sobre la historia profana, que se remonta a más de tres mil años. La sucesión de guerras en el mundo y la prolongada ignorancia sobre cómo transmitir datos mediante la escritura son las principales causas de este vacío. Todavía existen pueblos en el mundo que no la conocen. La técnica de la escritura solo se dominaba en un reducido

número de pueblos que contaban con una gran administración, bien articulada. Hasta los siglos xiii o xiv hubiese sido complicado encontrar una actividad más desconocida para alemanes y franceses que la escritura. La mayoría de actas eran certificadas por testigos. Solo bajo el reinado de Carlos VII (en 1454) empezaron a consignarse por escrito las primeras actas. El arte de la escritura todavía era más raro, si cabe, entre los españoles; hasta los Reyes Católicos su historia es tan insípida como incierta. No cuesta imaginar la cantidad de poder que concentraban las escasas manos que sabían escribir.

Cierto que han existido pueblos capaces de dominar grandes extensiones de tierra sin servirse de la escritura. Sabemos que Gengis Kan conquistó la mayor parte de Asia a principios del siglo xiii, pero esa historia no ha llegado a nosotros gracias a él o por los tártaros, sino porque fue escrita por los chinos.

La escritura fue igual de desconocida para el escita Ogus Kan, a quien los persas y los griegos llamaron Madies, mientras, poco antes del reinado de Ciro, conquistaba una buena porción de Europa y otra de Asia.

Es prácticamente seguro que en aquellos tiempos apenas dos de cada cien naciones sabían registrar hechos con caracteres escritos.

Quedan algunos registros menores y que solo sirven para certificar la existencia de pueblos remotos que preceden a todos los libros y a todas las épocas conocidas. Entre ellos encontramos las maravillas de la arquitectura como las pirámides y los palacios de Egipto, que han resistido el paso del tiempo. Herodoto vivió hace dos mil doscientos años y nos asegura que ni los sacerdotes egipcios estaban seguros de la época en que se habían construido.

Es tarea casi imposible argumentar que la más antigua de las pirámides tiene menos de cuatro mil años de antigüedad. Lo que sí es probable es que tales esfuerzos comenzaran mucho después de que se empezasen a levantar las primeras ciudades. Y para construir ciudades en un país que se inunda todos los años, primero fue necesario elevar el terreno. Después, para que las casas fuesen

inaccesibles a las inundaciones de barro, tuvieron que usar pilotes. Mucho antes de descubrir este curso de acción, y de estar en condiciones de ejecutar estos enormes proyectos de construcción, tuvieron que proveerse de refugios entre las rocas para protegerse de las crecidas del Nilo. Estos hombres debían de trabajar juntos, tener herramientas para arar, disponer de todo lo necesario para la construcción, conocimientos muy exhaustivos de topografía y sobre los cambios del clima, y guiarse por una administración racional. Alcanzar todo esto requiere una cantidad prodigiosa de tiempo. Cualquier época es buena para comprobar a diario la cantidad de pequeños y complicados impedimentos que nos alejan de las grandes empresas, incluso de las más necesarias. Para alcanzar lo que lograron los egipcios no basta con disfrutar de una persistencia incansable, sino de varias generaciones animadas por la misma tenacidad.

Sin embargo, la historia de Egipto no nos enseña si fue Menes, Tot, Keops o Ramsés quienes levantaron una o dos de estas masas prodigiosas. El idioma de este pueblo se ha perdido. Lo único que podemos saber es que antes de que apareciesen los primeros historiadores no había historia.

Lo que llamamos antiguo, y que bien mirado es más bien reciente, se remonta apenas a tres mil años de antigüedad. De épocas anteriores solo tenemos un conocimiento borroso. Solo disponemos de dos libros seculares como referencia: las crónicas chinas y las historias de Herodoto. Las crónicas chinas solo se ocupan de su imperio, que prosperaba separado del resto del mundo. Herodoto es mucho más interesante para nosotros, pues nos habla de tierras que conocemos bien. Sus historias deleitaban a los griegos tanto por la novedad de la empresa como por la delicia de su dicción, pero sobre todo por su capacidad para fabular. Todo lo que él pone en boca de los extranjeros es pura fabulación, pero solo nos habla de cosas que ha visto con sus propios ojos. De él hemos aprendido, por ejemplo, la extraordinaria opulencia y esplendor con el que se vivía en las cortes de Asia Menor, hoy tan pobre y

despoblada. Herodoto vio en la India todo el oro que habían enviado los reyes de Lidia. ¡Cuánto tiempo tenía que haber transcurrido ya para que los lidios fuesen capaces de acumular un excedente de oro para hacer esos regalos a los pueblos extranjeros!

Pero cuando Herodoto relata las historias que había escuchado su libro se llena de fábulas y solo puede leerse como una novela.

De las sombras de la historia no sabemos nada, salvo que existieron grandes imperios que perduraron muchísimos siglos; que existieron tiranos cuyo poder se sustentaba en la miseria pública, y cuya tiranía extendió tanto su poder que llegaron a despojar a algunos varones de su virilidad para utilizarlos en placeres infames en los que se les adiestraba en cuanto terminaba su infancia, y que utilizaban en la vejez para custodiar mujeres; que entre los hombres estaba instalada la superstición que consideraba los sueños avisos divinos y proféticos que ayudaban a gobernar tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz.

Cuanto más se acerca Herodoto a su propio tiempo el relato se vuelve más creíble y parece mejor informado. La historia para nosotros empieza con la guerra entre los persas y los griegos. Antes de este acontecimiento todo lo que tenemos son relatos vagos, envueltos en fábulas pueriles. Herodoto se convierte en un modelo para todos los historiadores cuando se entrega a relatar los prodigiosos preparativos de Jerjes para someter primero a Grecia y luego a Europa. Jerjes llevó nada más y nada menos que dos millones de soldados desde Susa hasta Atenas. Y Herodoto nos cuenta cómo logró armar uno por uno a tantos pueblos distintos y los convenció para que engrosaran sus filas. Herodoto no permitió que nadie quedara en el olvido, desde los confines de Arabia y Egipto hasta más allá del extremo norte del mar Caspio (un país habitado entonces por pueblos que eran poderosos y que ahora son nómadas); todos los pueblos son registrados por él. Nos habla de reyes que dominaban a todas las naciones desde el Bósforo de Tracia hasta el Ganges, leemos con sorpresa que este rey tenía bajo su gobierno tanto territorio como después abarcaría el romano.

Controlaba todo el magma de pueblos que prolifera a este lado del Ganges: toda Persia, el país de los uzbekos, lo que hoy es el imperio turco menos Rumanía, pero lo compensaba sobradamente con el dominio de Arabia. Si tenemos en cuenta la extensión de estos imperios convendremos que se equivocaban quienes en verso o en prosa motejaban de loco a Alejandro por haber constituido un solo imperio de todos los pueblos de Grecia.

A Herodoto tenemos que ofrecerle los mismos honores que a Homero. Si Homero fue el primer poeta épico, Herodoto fue el primer historiador. Cada uno de ellos se aprovechó de todos los triunfos y bellezas previas que desconocemos. En Herodoto leemos maravillas tan emocionantes como cuando el emperador de Asia y África y todo su inmenso ejército atraviesan Europa por un puente de barcas, y asistimos a cómo van conquistando Tracia, Macedonia, Tesalia..., hasta entrar en una Atenas abandonada y desierta. Siguiendo el relato es imposible adivinar que esos atenienses, despojados de su ciudad, con las tierras perdidas, refugiados en botes con ciudadanos de otras polis griegas, terminasen forzando la huida del gran rey, y que regresarían a su tierra natal como vencedores tras obligar a que Jerjes y su ejército fragmentado se retirasen de manera ignominiosa. La victoria de este pequeño y generoso pueblo libre sobre la inmensa Asia esclavizada es quizá la historia más gloriosa de la humanidad. De este acontecimiento también se aprende otra cosa: los pueblos de Occidente han sido siempre mejores navegantes que los pueblos de Asia. Si leemos la historia moderna la victoria de Lepanto nos recuerda a la batalla de Salamina, y no es complicado comparar a don Juan de Austria con Temístocles o Euribíades. Quizá esta sea la única fruta que podemos cosechar con garantía de los tiempos remotos.

Tucídides, el sucesor de Herodoto, concentra todos sus esfuerzos en la guerra del Peloponeso, un combate que no llegó a ocupar un territorio más extenso que una provincia francesa o alemana. Lo llamativo aquí es que de esa provincia salieron toda clase de hombres dignos de que su fama sea inmortal. La guerra civil, el

mayor flagelo que se puede imaginar, convivió con el momento en que todas las artes florecieron en Grecia, y donde se añadió una nueva luz al espíritu humano. No es la única vez: también en Roma florecieron las artes en medio de otra guerra civil, y ya en los siglos xv y xvi las guerras de la Reforma no impidieron el despegue del arte italiano.

La historia del Imperio romano merece que le dediquemos la máxima atención, ya que los hombres de este pueblo son nuestros maestros y nuestros legisladores. Sus leyes siguen vigentes en la mayoría de nuestras provincias, y todavía hablamos su idioma. Mucho después de la desarticulación del Imperio el latín es el idioma público en Italia, Alemania, España, Francia, Inglaterra y Polonia.

Con el desmembramiento del Imperio romano de Occidente empezó un nuevo orden de cosas que comúnmente llamamos la Edad Media. Se trata de una historia de barbarie protagonizada por pueblos bárbaros a los que la conversión al cristianismo no ayudó a mejorar.

Mientras Europa se consumía en la barbarie el mundo asistió al despliegue de los árabes, que hasta ese momento habían vivido en sus desiertos. Este pueblo extendió su poder y su dominación hasta los extremos de Asia y África y llegaron a invadir España. Los turcos los sucedieron, y a mitad del siglo xv establecieron su capital en Constantinopla.

A finales de ese siglo la humanidad descubrió un nuevo mundo, y la política y las artes europeas adoptaron una nueva forma. La imprenta y el renacimiento de las ciencias permitieron que la historia se retomase con confianza después de siglos dominados por crónicas tan ridículas como la de Gregorio de Tours. En un plazo de tiempo muy breve cada país europeo disfrutaba de sus historiadores. La antigua miseria de la historiografía se concentró en lo nacional: cada pueblo quería ahora protagonizar su propia historia. El lector contemporáneo queda enseguida abrumado por el peso de tanto detalle y tanta minucia. Un hombre que quiera instruirse de verdad debería limitarse a estudiar los grandes acontecimientos y omitir los

hechos de menor importancia que se interponen en su camino. El sabio debería esforzarse por comprender entre todas las revoluciones el espíritu de la época, que le bastará para deducir las costumbres de la mayoría de pueblos. Por encima de todo debería apegarse a la historia de su tierra natal, estudiarla, poseerla, hasta convertirla en una reserva de datos que nos permita entender a grandes rasgos al resto de naciones, cuya historia solo es interesante cuando se relaciona con la nuestra o cuando en su territorio se protagonizaron grandes acontecimientos.

Después de la caída del Imperio romano la historia de Europa, como ya he explicado en otro texto, se compone de una sucesión de aventuras salvajes, protagonizadas por pueblos bárbaros, con la excepción de Carlomagno. Inglaterra se mantuvo prácticamente aislada hasta la época de Eduardo III. Los países del norte fueron salvajes hasta el siglo xvi, y Alemania vivía sumida en la anarquía desde tiempos inmemoriales, mientras que las peleas entre emperadores y papas devastaron Italia durante seiscientos años. Es difícil detectar qué pertenece a la verdad y qué al cálculo en las crónicas de los escritores sin instrucción ni talento que trataron de dar cuenta de aquellos tiempos miserables. El único acontecimiento de cierta importancia que vivieron los españoles durante el reinado visigodo fue la destrucción de esta monarquía, pues todo fue confusión hasta la llegada al trono de Isabel y Fernando. Francia fue víctima de las maquinaciones de un oscuro gobierno sin ley hasta el reinado de Luis XI. Daniel intentó argumentar que los primeros pasos de la historia de Francia fueron más interesantes que los de Roma, y por supuesto no tuvo el menor éxito. No se dio cuenta de que lo más «interesante» de los primeros pasos de un imperio son sus debilidades inherentes, y que si nos parecen «interesantes» es porque al público le gusta saber de dónde mana la corriente que inundaría la mitad de la Tierra.

Para penetrar en el oscuro laberinto de la Edad Media hay que recurrir a los archivos, y por desgracia disponemos de muy pocos. Algunos de los conventos más antiguos conservan cartas y registros,

pero muchos historiadores cuestionan su autenticidad. Estas colecciones no nos sirven para iluminar la historia política o el derecho público europeo. De todos los países, Inglaterra es sin duda la que conserva archivos más antiguos y en mejor estado. Estos documentos, recogidos por Rimer bajo los auspicios de la reina Ana, comienzan en el siglo xii y continúan sin interrupción hasta nuestros días. De ellos se desprende mucha luz sobre la historia de Francia. Revelan, por ejemplo, que lo que hoy es la Guayana estaba gobernada por la soberanía inglesa cuando el rey de Francia, Carlos V, se apropió del territorio por la fuerza de las armas. También aprendemos sobre la cantidad de dinero que Luis XI suministraba al rey Eduardo IV para que mantuviese a sus ejércitos, y cuánto prestó la reina Elizabeth a Enrique el Grande para facilitarle el acceso al trono.

Digamos ahora unas palabras sobre la utilidad de la historia: la principal quizá sea comparar las leyes extranjeras con las del propio país. Así se estimula en las naciones modernas a dedicar mayores esfuerzos al arte, al comercio y a la agricultura, para ponernos a la misma altura que los otros. Los grandes fracasos del pasado también son muy útiles. Gracias a la historia tenemos siempre ante nuestros ojos los crímenes y las miserias que han causado tantos conflictos absurdos. A fuerza de renovar la memoria sobre estas disputas quizá podamos evitar que vuelvan a suceder.

Solo después de estudiar al detalle las batallas de Crécy, de Poitiers, de Agincourt, de Saint-Quentin, de Gravelinas..., entendemos el motivo por el que el célebre Saxe tomó las decisiones que tomó. Detalles como este pueden tener un efecto decisivo en la mente de un príncipe que lee con atención. Solo así descubrirá que Enrique IV emprendió su gran guerra (que cambió la estructura de Europa) después de asegurarse de que podía luchar varios años sin ayuda financiera. También descubrirá que la reina Isabel hizo frente al poderoso Felipe II gracias al comercio y a una economía inteligente: tres de cada cuatro barcos de su Armada Invencible se

financiaron gracias al dinero proporcionado por las ciudades comerciales de Inglaterra.

La historia de Francia, que sobrevivió casi indemne a nueve años de la guerra más miserable que uno pueda imaginar, demuestra a las claras la utilidad de las defensas fronterizas que Luis XIV hizo construir. Con este ejemplo en mente, en vano podremos seguir culpando a Justiniano de la caída del Imperio romano: habrá que atribuirle toda la responsabilidad a quienes, al olvidarse de cuidar las fortalezas fronterizas, abrieron a los bárbaros las puertas del Imperio.

La historia moderna tiene otra gran utilidad en la que aventaja a su contrapartida antigua: enseñar a todos los gobernantes que desde el siglo xv los potentados de la tierra se han unido siempre que un poder amenazaba con volverse excesivo. Este equilibrio de poderes era desconocido en el pasado y solo así puede entenderse el éxito conquistador de los romanos. Este pueblo formó un ejército que superaba en poder a cualquier otro, y así lograron subyugar a todos los pueblos, uno tras otro, desde el Tíber hasta el Éufrates.

Hablemos ahora de la certeza de la historia. Sus enunciados no son matemáticamente demostrables. Su ámbito es el de la probabilidad. No existe un grado superior de certeza histórica.

Cuando Marco Polo habló por primera vez de la grandeza de China y de su extraordinaria población, como era el primero en escribir sobre estos asuntos, no había manera de contrastar sus afirmaciones. Solo cuando los portugueses empezaron a adentrarse en aquel vasto imperio varios siglos más tarde empezamos a creer en todo lo que nos había dicho. Ahora mismo consideramos verdadera la existencia de China y de sus gentes; nuestra confianza se ha segregado del testimonio unánime de viajeros que, provenientes de diversas naciones, hablan de primera mano y sin contradecirse.

Si solo dos o tres historiadores hubiesen contemplado la aventura del rey Carlos XII cuando insistió en permanecer al lado del sultán (su benefactor) para ayudarle a luchar contra jenízaros y tártaros,

mano a mano con un ejército de siervos, pondría muy en duda la veracidad del relato. Pero después de hablar con decenas de testigos oculares que jamás han puesto en duda la veracidad de este relato no me queda otra que reconocer que esta anécdota es cierta, pues no contradice las leyes de la naturaleza ni lo que sabemos del carácter de los héroes.

Me habría tomado la historia del hombre de la máscara de hierro como una novela de no haber conocido al yerno del cirujano que se hizo cargo de este hombre durante su última enfermedad. El oficial que custodiaba al preso también ha confirmado la historia, como han hecho todos los que lo conocían y los hijos de los ministros que fueron depositarios del secreto. De manera que he terminado por otorgarle a este relato un considerable grado de verosimilitud, aunque no tanto como a la peripecia de Bender, pues la aventura de este hombre contó con muchos más testigos que la historia del hombre de la máscara de hierro.

Mi consejo es no creer nunca nada que contradiga el curso regular de la naturaleza, a menos que haya sido atestiguado por hombres a los que ha inspirado el espíritu divino. Es una paradoja decir que debemos dar el mismo crédito a los ciudadanos de París si nos aseguran de manera unánime que hemos ganado la batalla de Fontenoy que si nos aseguran, también de manera unánime, que un hombre muerto ha resucitado. De hecho es algo bastante improbable que todo París se ponga de acuerdo para ofrecer el mismo testimonio, pero en cualquier caso hay una diferencia metafísica entre la credulidad que merece una afirmación y la otra.

En cuanto a la incertidumbre de la historia, ya hemos distinguido entre épocas donde se escribe historia y épocas donde se escriben fábulas, aunque nadie las reconociese como tales. No me refiero aquí a los prodigios con los que Livio embelleció el relato, y que todos reconocemos como mitos, sino a los hechos que parecen más realistas y de los que quizá tenemos el mismo derecho a dudar que de los fantásticos. Debemos tener presente que la república romana existió quinientos años sin un historiador, y que el propio Livio se

lamenta por la pérdida de los anales pontificios y por otros documentos y registros destruidos durante el incendio de Roma. Hay que recordar que en los primeros trescientos años de esa ciudad la escritura era un arte rarísimo, y los «hombres de letras» aves extrañas. Lo razonable es dudar de todo lo que se nos cuenta en ese periodo por cuanto el relato fuerza un poco el sentido común. ¿Tiene algún viso de verosimilitud que Rómulo, nieto del rey de los sabinos, tuviese la ocurrencia de raptar mujeres sabinas para tener esposas? ¿Tienen alguna credibilidad las historias de Lucrecio? ¿Podemos creer sin dudar a Livio cuando nos asegura que el rey Porsena huyó de los romanos por miedo a que lo asesinasen? Más bien me inclinaría a pensar lo contrario; pues Polibio, que escribió doscientos años antes que Livio, nos asegura que fue este Porsena quien sometió a los romanos. ¿Quién va creerse que Regulo sobrevivió al barril forrado de pinchos donde supuestamente lo habían encerrado los cartagineses? ¿No hubiese consignado Polibio una anécdota así de maravillosa de haber ocurrido en su tiempo? Pues Polibio no dice ni media palabra. Lo más probable es que la historia se inventase mucho después, en una época en la que ya había prendido el odio hacia Cartago. Si el lector se toma la molestia de abrir el diccionario de Moreri por la entrada «Regulo» descubrirá que un testimonio de la tortura a la que fue sometido es el propio Livio, pero la década correspondiente a estos hechos se ha perdido, y el texto no existe. Apenas tenemos un suplemento alemán del siglo xvii, cuyo autor dice, equivocadamente, citar a un romano de la época de Augusto. Se podría escribir un inmenso volumen poniendo en duda muchos hechos célebres que nos ha transmitido la historia romana, pero los límites de esta entrada desaconsejan que elabore estas ideas.

Los registros, los monumentos, incluso las medallas... ¿pueden considerarse evidencias históricas? De manera natural estamos predispuestos a creer que un monumento que celebra un acontecimiento nacional da fe de su veracidad. Sin embargo, en muchos casos comprobamos que tales monumentos no fueron

erigidos por contemporáneos. ¿No pueden atestiguar tan solo una creencia que nadie se ha tomado la molestia de poner en duda?

La columna erigida en Roma por los contemporáneos de Duilio es un testimonio veraz de su victoria naval. Pero la estatua del adivino Navius donde se muestra que cortó una roca con una navaja, ¿es acaso prueba suficiente de que lograse tal maravilla? Las estatuas de Ceres y de Troptolemo en Atenas, ¿de veras pueden ser tomadas como prueba incontestable de que fue la diosa Ceres quien les enseñó a los atenienses el arte de la agricultura? Y el famoso Laocoonte, que todavía existe, ¿levanta acta de la existencia del caballo de Troya?

El origen de las ceremonias y los días festivos que todas las naciones han establecido tampoco es sencillo de probar. Tanto los griegos como los romanos celebraban la fiesta de Arion. La fiesta del fauno recuerda una anécdota de Hércules: el día que confundió la cama de su mujer con la de su amante. El famoso festival de Lupercalia se estableció supuestamente en honor a la loba que amamantó a Rómulo y Remo.

¿Qué dio origen al festival de Orión, que se celebraba el quinto día de los idus de mayo? Explicaré lo que sabemos: Hirieo dio la bienvenida en su casa a Júpiter, Neptuno y Mercurio, y cuando sus invitados se despidieron, este buen hombre, soltero pero deseoso de ser padre, les contó sus cuitas a los dioses. No sé si me atrevo a explicar lo que hicieron con la piel del animal que les había servido de cena. Después lo recubrieron de tierra y nueve meses después nació Orión.

Casi todos los festivales romanos, sirios, griegos y egipcios están basados en historias similares, impresas en templos y estatuas de héroes antiguos. Se trata de monumentos consagrados a la fábula que pasan por verdades históricas para los crédulos.

Ni siquiera un medallón acuñado en el mismo periodo histórico que los hechos narrados demuestra nada. ¿Cuántos medallones se han forjado en nuestro tiempo para celebrar batallas indecisas, victorias pírricas o empresas fallidas, que solo han sido fructíferas en

la dimensión de la leyenda? Así, durante la guerra de 1740 entre ingleses y españoles se acuñó una medalla donde se representaba la toma de Cartagena por el almirante Vernon, justo en el lugar donde renunciaba al asedio.

Solo se puede recurrir a las medallas como una evidencia incontestable cuando el relato tiene el aval de un autor contemporáneo. La combinación de ambas pruebas sí da como resultado algo verosímil.

¿Es lícito integrar en el relato histórico arengas y discursos? Sí. En las ocasiones importantes los hombres de Estado y los generales pueden hablar de manera tan vigorosa y singular que estos discursos deben ser incorporados como testimonio de su genio y del siglo. El buen historiador deberá entonces reproducir el discurso palabra por palabra. Estas arengas quizá conformen la parte más útil de la historia. Pero ¿es lícito también atribuirles algo que no han dicho? Casi preferiría que se les atribuyese algo que no han hecho. Esta clase de fabulaciones derivan de Homero, pero lo que es lícito en un poema se convierte en una mentira cuando lo emplea un historiador. Muchos historiadores antiguos emplearon este método, pero eso no prueba para nada su conveniencia, solo da testimonio de que antepusieron la elocuencia de sus obras a la verdad.

Se trata de relatos donde lo principal parece ser el deseo de deslumbrar antes que el de instruir. Los historiadores contemporáneos tienen todo el derecho a retratar a hombres de Estado siempre que hayan compartido empresas con ellos, y a generales siempre que hayan luchado bajo sus órdenes. ¡El historiador debe temer la brocha empapada de pasión! Parece que los retratos que encontramos en Clarendon están escritos con más imparcialidad, seriedad y sabiduría que las deliciosas viñetas que leemos con tanto placer en la prosa del cardenal Retz.

Conviene respetar, siempre que sea posible, la máxima que Cicerón observaba para el historiador: ni atreverse a decir una falsedad ni ocultar una verdad. La primera parte de este precepto me parece indiscutible. Examinemos la otra: si una verdad puede ser

de utilidad para el Estado su silencio es condenable. Pero si escribimos la historia de un príncipe que nos ha confiado un secreto, ¿es de recibo revelarlo? ¿Sería este historiador culpable ante la posteridad por no haber sabido respetar la palabra dada? ¿Debe inclinarse siempre ante la máxima de Cicerón o transgredirla si se trata de cumplir con un ideal más elevado?

Supongamos ahora que, tras frecuentar al príncipe, el historiador ha tenido acceso a una debilidad. ¿Deberá revelarla al público si no tiene relación con su principal desempeño público? En ese caso su historia será una sátira, pues hay que reconocer que la mayoría de escritores que destacan por sus anécdotas son más indiscretos que útiles. ¿Y cómo vamos a calificar a estos compiladores de anécdotas insolentes, que buscan el escándalo para incrementar las ventas con la misma inmoralidad con la que Lecauste se enriquecía con el comercio de venenos?

Obrando así la historia se vuelve satírica. Plutarco criticó a Herodoto por no haber elogiado lo suficiente la gloria de algunos pueblos griegos y por haber omitido hechos dignos de ser recordados. ¿Cuánto más reprobables son los historiadores actuales que, sin disfrutar de los méritos de Homero, atribuyen a príncipes y pueblos acciones odiosas sin tener la menor prueba? En Inglaterra se ha escrito mucho sobre la guerra de 1714. En su versión de la historia se habla de la batalla de Fontenoy, y se dice que los franceses dispararon contra los ingleses con balas envenenadas. Como prueba se arguye que el duque de Cumberland envió al rey un frasco lleno de piezas de cristal envenenado que supuestamente se habían encontrado en los cuerpos de los soldados ingleses heridos. Este mismo autor agrega que después de la batalla, en la que los franceses perdieron nada menos que cuarenta mil hombres, el Parlamento dictó un decreto que prohibía mencionarla bajo pena de muerte.

Las falsas memorias están plagadas de absurdos tan insolentes como el que acabo de referir. En ellas se leen disparates tan increíbles como que durante el cerco de Lille se repartieron notas

por la ciudad donde se leía: «Consuélense los franceses con esta idea: madame de Maintenon no será su reina».

Casi en cada página encontramos imposturas o palabras ofensivas dirigidas a la familia real y a las principales familias del reino, sin tomarse la molestia de colorear estas mentiras con algo parecido a la verosimilitud. Nada de esto puede ser confundido con la historiografía, sino que se trata más bien de repartir calumnias al azar.

En Holanda una colección de literatura difamatoria (auténticos libelos) se ha publicado como si fuesen libros de historia. Doy fe de que el estilo es tan vulgar como los insultos, y que la falsedad de los hechos está a la altura del horror del estilo. Algunos han dicho que estos son los frutos bordes que crecen del árbol de la libertad. Pero si los autores de estas miserables idioteces han disfrutado de la libertad para engañar al lector, tenemos el mismo derecho de ampararnos en la libertad para sacar a los lectores del error.

Unas palabras sobre el método y la mejor manera de escribir historia: se ha dicho ya tanto sobre este asunto que me queda muy poco que añadir. Todos los lectores cultos conocen el estilo de Tito Livio, su gravedad y su elocuencia, que se adaptan a la perfección a la majestad de la república romana; ningún estilo como el de Tácito podrá nunca ser más adecuado para dar cuenta de gobiernos despóticos; Polibio es el mejor para darnos lecciones sobre la guerra; Dionisio de Halicarnaso es insuperable si se trata de dar cuenta de las antigüedades.

Pero el historiador moderno debe andarse con cuidado con estas fuentes: si pretende moldear su estilo propio los maestros pueden terminar siendo una carga onerosa. El historiador de hoy se enfrenta a nuevos retos: debe proporcionar mayor detalle, fechas precisas, atender a las costumbres, las leyes, la moral, el comercio, las finanzas, la agricultura y la población; debe atender exclusivamente a hechos verificables. La historia se ha aproximado a las matemáticas y la física; su campo de acción se ha incrementado

considerablemente. Escribir historia de calidad es tan difícil como sencillo es publicar una colección de boletines difamatorios.

Quien se prepare para escribir la historia de Francia puede prescindir de la descripción del curso del Sena y del Loira. Pero si se le ofrece al público francés la historia de las conquistas de los portugueses en Asia, es conveniente presentar una topografía del territorio. En estos relatos sobre historias lejanas el lector espera que lo lleven de la mano por las costas de África, de Persia y de la India; espera que se le ofrezcan indicaciones sobre la moral, las leyes y las costumbres de unas naciones que todavía son desconocidas para Europa.

Se han publicado veinte historias sobre las conquistas portuguesas, pero ninguna ha logrado familiarizarnos con los gobiernos de esos países, ni con sus religiones ni con sus monumentos. Esta queja puede extenderse a la mayoría de historias que abarcan territorios extranjeros.

¿Qué utilidad tiene para el público un relato donde apenas se explica que un pueblo bárbaro ha sustituido a otro pueblo bárbaro a orillas de un río de nombre exótico?

El método más conveniente para escribir la historia de nuestro propio pueblo no es el más adecuado para abordar los descubrimientos del nuevo mundo. Es absurdo escribir sobre un pueblo como si se tratase de un gran imperio, de la misma manera que la biografía de un individuo no admite el mismo método que la historia de España o de Inglaterra.

Ninguna de estas reglas es nueva. Todas son bien conocidas. Pero el arte de escribir bien historia siempre será muy poco común, porque exige un talento inusual. El historiador debe tener un estilo solemne, nítido, variado y agradable. Existen leyes incontrovertibles para escribir historia (como para el resto de las artes), pero por muy claros que estén los preceptos el número de verdaderos artistas siempre será reducidísimo.

Voltaire

HOMBRE

Ser pensante, sentimental, camina libremente por la tierra y parece estar a la cabeza de todos los animales que domina, vive en sociedad, ha inventado las ciencias y las artes, posee una bondad y maldad particulares, elige a sus maestros y se impone leyes.

El hombre puede ser considerado de muchas maneras: esta entrada estudiará las principales.

El hombre está compuesto de dos sustancias: alma y cuerpo. El cuerpo o parte material del hombre ha sido estudiado con profundidad. Quienes se han dedicado a esta clase de estudio se llaman anatomistas.

La historia natural del hombre va desde el momento en el que se forma la vida hasta la muerte. También puede estudiarse por las operaciones intelectuales, por la utilidad de sus acciones o por sus decisiones morales. El hombre también admite que lo analicemos en sociedad, aunque los estudiosos de la política han preferido centrarse en las maneras en que un gobernante puede dirigir mejor a su pueblo.

Podríamos multiplicar casi hasta el infinito las perspectivas desde las que estudiar al hombre. Su curiosidad, su trabajo y sus necesidades lo han empujado a relacionarse con todos los aspectos de la naturaleza. No hay nada bajo el sol que no pueda entrar en contacto con él.

El hombre es tan importante que podemos decir que solo hay dos fuentes de riqueza, que dependen la una de otra: el hombre, que no vale nada sin la tierra; y la tierra, que no produce apenas sin el concurso del hombre.

El auténtico valor del hombre radica en la cantidad. Cuanto más numerosa sea la sociedad, más próspera será en tiempos de paz y más formidable en tiempos de guerra. Este es el motivo por el que un soberano debería prestar la mayor atención al propósito de aumentar el número de sus súbditos: solo así incrementará la cantidad de comerciantes, trabajadores y soldados a su servicio.

Pero no es suficiente que un Estado esté formado por muchos hombres: deben ser industriosos y saludables. Los hombres están sanos cuando su vida está guiada por la moral, y tienen la esperanza y la ambición de prosperar. Los hombres se vuelven industriosos cuando se sienten libres. Pero hay que ser cuidadoso con la libertad: la opulencia puede ser tan perniciosa como la pobreza, pues empuja al Estado hacia una forma corrupta. Debemos reducir el número de personas dedicadas a oficios de lujo y al servicio doméstico de las

grandes casas. Los oficios lujosos no proporcionan suficiente beneficio al Estado como para preservarlos, y el servicio doméstico siempre termina siendo un lastre. Una medida sensata sería decretar impuestos sobre los salarios de estos dos estamentos y aliviar la carga fiscal de la población rural. Sabemos que la vida en el campo es más fatigosa que en la ciudad; si además de estas dificultades asociadas a su trabajo los cargamos de impuestos que les complican incluso alimentarse bien abandonarán los campos o morirán en ellos. Solo la ignorancia o la crueldad pueden inducir a forzar que las personas encargadas de alimentar a la nación abandonen su trabajo. Si se permite que la tierra se quede sin cultivar, mientras los hombres se emplean en las manufacturas, el Estado sale perdiendo. Es la esperanza de una vida placentera la que induce a los hombres a elegir un modo de vida. Es el placer de disfrutar de esa vida placentera lo que los empuja a seguir trabajando.

El gobernante debe prevenirse contra los hombres que no quieren tener hijos o que no les preocupa abandonar la vida, pues su proliferación equivale a una gangrena del cuerpo político. Nuestros hijos se transformarán en los hombres del mañana. Este es el motivo por el que un país debe educar con cuidado a sus niños y honrar a padres, madres, comadronas y pedagogos. Los cinco mil niños que se abandonan cada año en París son un semillero de futuros soldados, marineros y granjeros que dejamos pudrir sin sacar el menor provecho.

Un Gobierno será mejor cuanto mejor repartido esté el beneficio. La distribución desigual de los beneficios divide la sociedad en dos clases: los que tienen demasiado y los que sufren privaciones.

Podríamos añadir otros aspectos a estos principios claros y sencillos para conseguir la felicidad del hombre en sociedad. Pero cualquier soberano podría encontrarlos por sus propios medios si tuviera el valor de indagar y la buena voluntad de ponerlos en práctica.

Diderot

HOMBRE *de* LETRAS

Este término corresponde exactamente a «filólogo»: los griegos y los romanos se referían con «filólogo» no solo a un hombre versado en la gramática, que es la base de todo conocimiento, sino también a un individuo que no era ajeno a la geometría, la filosofía, la historia universal y la local; un hombre que por encima de todo estudiaba retórica y poesía. Esto es lo que hoy en día siguen siendo los «hombres de letras». Este nombre no merece recibirlo quien reúne un poco de conocimiento y se lanza a cultivar un solo género. Quien solo haya leído únicamente podrá escribir novelas. Un hombre que haya logrado escribir un puñado de obritas sin haber estudiado a fondo la historia de la literatura no será admitido como hombre de letras, como tampoco lo será aquel que sin una preparación previa logre hilvanar un sermón. En nuestros días el «hombre de letras» ha extendido sus conocimientos más allá que en tiempos de griegos y romanos. Los griegos se sentían saciados hablando su lengua y un romano solo tenía que aprender griego. El «hombre de letras» de hoy suma al estudio del griego y el latín el italiano, el español y sobre todo el inglés. El caudal de la historia es cien veces más ancho ahora que para los antiguos. Los nuevos hombres de letras aseguran no disponer de tiempo para asimilar un conocimiento que al revelarse más extenso que el de la vida queda fuera de su alcance. El conocimiento universal acumulado no puede estudiarse a fondo. Pero el auténtico hombre de letras se entrega a explorar las nuevas regiones del conocimiento. Durante el siglo xvi y hasta bien entrado el siglo xvii los estudiosos de la literatura dedicaban muchos

esfuerzos a analizar la gramática de los autores griegos y latinos. A esta dedicación debemos valiosos diccionarios, ediciones muy cuidadas e inteligentes comentarios a las obras maestras de la Antigüedad. Gracias al progreso del espíritu filosófico la crítica literaria nos parece ahora menos necesaria. El espíritu filosófico parece constituir en este momento el carácter de la mayoría de los hombres de letras, y cuando se combina con el buen gusto el resultado es un elegante y consumado especialista en literatura.

Una de las grandes ventajas de nuestro siglo es el número de hombres educados que pueden pasar de las espinas de las matemáticas a las flores de la poesía, que tanto pueden juzgar un libro de metafísica como una obra de teatro. El espíritu del siglo los ha vuelto tan competentes para el estudio como agradables para la sociedad; esta es su gran superioridad sobre los hombres de letras del pasado. Hasta los tiempos de Guez de Balzac y de Vincent Voiture los artistas estaban situados al margen de la sociedad, desde

entonces se han convertido en un ingrediente indispensable de ella. Las luces puras y profundas que han difundido en sus textos han contribuido de manera decisiva a instruir y a pulir a la nación. Las capacidades críticas ya no se desperdician en el estudio de las palabras griegas y latinas. Con el apoyo de una filosofía arraigada en la razón se han destruido los prejuicios que habían infectado la sociedad: las predicciones de los astrólogos, las adivinaciones de los magos, hechizos de todo tipo, prodigios falsos, falsas maravillas, supersticiones... Esta filosofía también ha relegado mil disputas pueriles que dominaban en las escuelas y que las volvieron despreciables. Así es como los filósofos han servido al Estado. Es impresionante cómo tantos asuntos y problemas que alteraron el mundo en el pasado hoy en día ya no nos preocupan gracias a los verdaderos hombres de letras; este es el auténtico motivo por el que estamos en deuda con ellos.

Un «hombre de letras» no coincide necesariamente con lo que llamamos un «ingenio». El ingenioso no necesita para nada de la filosofía, de manera que el ingenio suele manifestarse en hombres menos cultos y menos estudiosos. El ingenio se compone de una imaginación brillante, buena conversación y algunas lecturas generales. Difícilmente puede un hombre ingenioso aspirar al título de hombre de letras, y es casi imposible que el hombre de letras se contente con brillo del ingenio.

Muchos hombres de letras ni siquiera son autores de nada, y eso los lleva a ser más felices. Están protegidos de todos los aspectos desagradables que puede conllevar la profesión de autor: las peleas inducidas por la competencia, la animosidad entre facciones, los falsos juicios. Están más unidos entre sí y disfrutan más de la sociedad, pues ellos son los jueces, mientras que los otros siempre son juzgados.

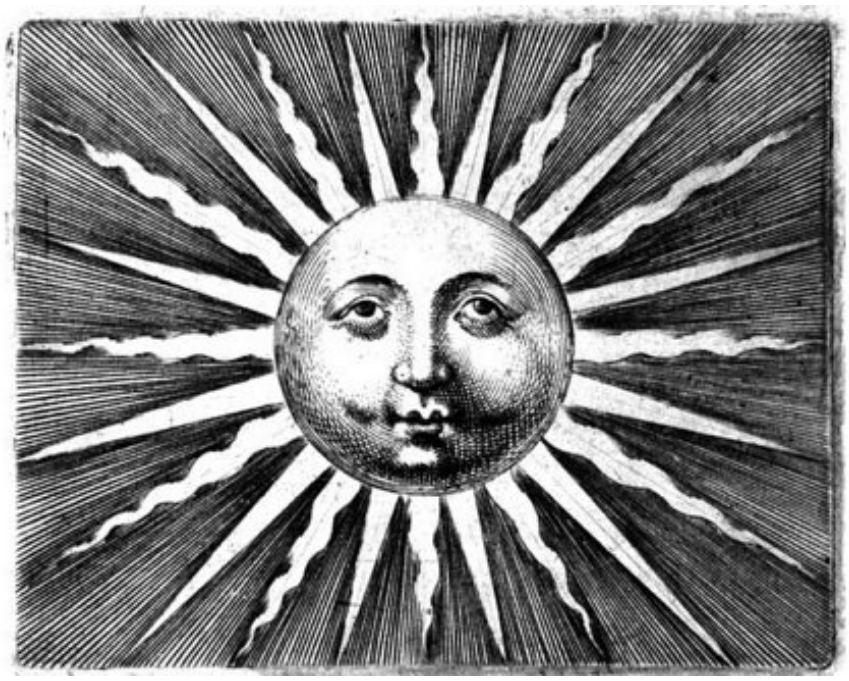
Voltaire

ÍDOLO, IDÓLATRA, IDOLATRÍA

Merece la pena empezar señalando que el diccionario de Trévoux comienza la entrada sobre este mismo asunto asegurando que todos los pueblos paganos eran idólatras, y que los indios siguen siendo idólatras. Me gustaría precisar, en primer lugar, que antes de Teodosio el Joven nadie podía calificar a nadie de pagano, pues es el nombre que se les atribuyó a los habitantes de los burgos italianos, *pagorum incolae pagani*, que conservaban su antigua religión. En segundo lugar, me gustaría recordar que el Indostán es mahometano y que los mahometanos son enemigos implacables de cualquier imagen, de manera que deben considerarse enemigos de la idolatría. En tercer lugar, es absurdo considerar idólatras a los numerosísimos pueblos de la India que descienden de la antigua religión de los persas, ni la de tantos otros pueblos de la costa que no tienes ídolos.

Habría que preguntarse si alguna vez ha existido un pueblo gobernado con la idolatría, porque parece que no encontraremos ninguno que se llame idólatra a sí mismo. Se trata de un insulto que se ha aplicado a los gentiles y a los politeístas, pero lo cierto es que si se hubiera preguntado en el Senado de Roma, en el areópago de Atenas o en la corte de los reyes de Persia: «¿Sois idólatras?», lo más probable es que no hubieran entendido la pregunta. Ninguno habría respondido: «Claro, nosotros somos los que adoramos imágenes, los ídolos». Ni en Homero ni en Hesíodo ni en Herodoto encontramos la palabra «idólatra» ni «idolatría», tampoco en los autores religiosos que pertenecían a los gentiles. Nunca ha existido

un edicto ni se ha proclamado una ley que ordenase a los ciudadanos de un pueblo adorar ídolos, a los que debían servir como si fueran dioses.



Cuando los generales romanos y los capitanes cartagineses sellaron su tratado convocaron como testigos a todos los dioses. «Requerimos su presencia, pues vamos a jurar por la paz.» Pero las estatuas dedicadas a los dioses no estaban en la tienda del general. Seguramente aquellos hombres consideraban las imágenes labradas en piedra como un regalo para los dioses, pero nunca creyeron que aquellos simulacros contuvieran la sustancia de la divinidad.

¿Con qué ojos observaban las estatuas dedicadas a sus falsas deidades que estaban dispuestas dentro de los templos? Pues si se me permite la comparación, con los mismos ojos con los que observamos nosotros las imágenes que representan a los objetos que veneramos. El error de aquellos hombres no estaba en adorar un pedazo de madera o de mármol, sino en adorar una divinidad falsa representada por esa madera y ese mármol. La diferencia entre ellos y nosotros no radica en que ellos elaboren imágenes y nosotros

no nos las permitamos, ni que ellos recen delante de estos objetos y nosotros pasemos por delante sin pronunciar una palabra: la diferencia es que sus imágenes representan seres fantásticos de una religión falsa, y las nuestras representan a seres reales en el seno de una religión verdadera.

Cuando el cónsul Plinio, en el exordio del panegírico de Trajano, dirige sus oraciones a los dioses inmortales, aun teniendo delante las imágenes de esos dioses, no es a ellos a quien se dirige, pues esas imágenes no eran inmortales.

Ni en la época postrera del paganismo, ni en tiempos remotos podemos encontrar un solo ejemplo registrado que nos permita concluir que ninguno de esos hombres adorase a un ídolo. Homero nos habla exclusivamente de unos dioses que habitan el Olimpo. Es cierto que tanto los romanos como los griegos se arrodillaban ante las estatuas, las adornaban con coronas y flores, las perfumaban con incienso y las colocaban a su lado en los desfiles triunfales. Nosotros hemos santificado algunas de estas costumbres y no nos consideramos idólatras.

Durante las épocas de sequía las mujeres cargaban, después de ayunar, con estatuas de dioses falsos. Estas mujeres comienzan a andar descalzas, con la melena despeinada, y de repente el cielo se abre y se pone a llover, como dice Petronio irónicamente. Pues resulta que hemos consagrado esta práctica pagana: ¿en cuántas ciudades habremos visto cómo los fieles cargan descalzos con las estatuas de los santos para conseguir que el Ser Supremo interceda en su favor?

Si un turco o un chino asistiese a esta clase de ceremonias, en su ignorancia inicial bien podría acusarnos de estar poniendo nuestras esperanzas en el simulacro, en el objeto con el que hemos salido de procesión. Pero bastaría con intercambiar unas palabras para desengañarlo.

El lector se sorprendería al descubrir el caudal prodigioso de declaraciones sentidas que los romanos y los griegos pronunciaron contra la idolatría. Y todavía más sorprendido se quedaría al

averiguar que nunca elaboraron una ley para orientar su culto hacia los fetiches, los objetos y los simulacros; que, en definitiva, no eran idólatras.

Existían algunos templos que disfrutaban de mayores privilegios. La gran Diana de Éfeso era más importante y su nombre era más famoso que la Diana de cualquier otro pueblo o de cualquier otro templo dedicado a la misma diosa. La estatua de Zeus en Olimpia atrajo muchas más ofrendas que cualquier otra dedicada al mismo dios. Pero la diferencia entre esos cultos y nosotros estriba en que aquella era una religión falsa y la nuestra es una religión verdadera, pues ¿acaso no tenemos altares que durante siglos han atraído a más devotos que otros? ¿No sería algo ridículo aprovechar este pretexto como argumento para acusarnos de practicar la idolatría?

Los griegos y los romanos imaginaban una sola Diana, un único Apolo y un único Asclepio, no imaginaban que existían tantos Apolos, Dianas y Asclepios como estatuas tenían en los templos desperdigados por la geografía. En este punto se demuestra que los antiguos no creían que la estatua fuese ella misma una divinidad, ni que el culto estuviese centrado en la estatua de un ídolo, de manera que los antiguos no podían ser de ninguna manera idólatras.

Los griegos y los romanos aumentaron el número de dioses de su panteón por virtud de la apoteosis. Los que vencían en la guerra o en los juegos eran divinizados y se situaban al mismo nivel que Baco, Hércules y Perseo. En Roma se levantaron altares a sus emperadores. La verdad es que también nosotros hemos tenido nuestras apoteosis, aunque de un tipo más sublime, pues no prestamos atención al rango ni al valor de la conquista. Hemos construido templos para celebrar a hombres cuyos méritos serían desconocidos en la mayor parte de la Tierra si no estuvieran bien situados en el cielo. Las apoteosis de los antiguos perseguían adular a los poderosos, las nuestras buscan difundir el respeto a la virtud. Pero pese a las diferencias que encontramos con las nuestras, las antiguas apoteosis son una prueba convincente de que los griegos y los romanos no eran de ninguna manera idólatras. Está claro que

aquellos hombres no hubiesen admitido que las estatuas de Augusto y Claudio tuviesen más poder divino que las efigies de las medallas. La lectura de las obras filosóficas de Cicerón no deja ninguna duda en este aspecto: con frecuencia arremete contra la religión establecida, pero en ningún momento se le ocurre acusar a sus compatriotas de confundir las figuras de mármol y bronce con divinidades.

Otra prueba la encontramos en Lucrecio, que no le reprocha a nadie la tontería de creer que un fetiche puede ser un dios. Si Lucrecio, que reprocha todas las supersticiones, pasa por alto esta, es porque no existía, y porque el error del politeísmo no puede confundirse con el de la idolatría.

Horacio le da voz a una estatura de Príapo para que diga lo siguiente: «Yo era el tronco de una higuera, y un carpintero me agarró sin saber si iba a hacer de mí un dios o un banco, y decidió después de todo hacer de mí un Dios». ¿Cuál era el propósito de esta broma? Sabemos ahora que Príapo era una de esas divinidades menores y subalternas, indefensa ante los cómicos. Y el chiste de Horacio es la prueba fehaciente de que la figura de Príapo, que los romanos colocaban en las huertas para ahuyentar a las aves, no era precisamente muy venerada.

Un comentarista digno como Dacier no ha dejado de observar que Baruc interpretó este episodio así: «Las estatuas serán lo que los artesanos quieran que sean». Pero esto se podría decir de todas las estatuas de cualquier época. Del mismo bloque de mármol se puede esculpir una palangana con tanta facilidad como una figura de Alejandro o de Júpiter, o de seres todavía más respetables. Al fin y al cabo, la materia con la que se moldearon los querubines de los espacios santos también pudo servir a los fines más viles. Un torso o un altar está compuesto de un material con el que el artesano pudo formar un objeto menos reverenciado, por ejemplo: una mesa de cocina.

La conclusión correcta no parece ser que los romanos adorasen la estatua de Príapo, sino más bien que se burlaban de ella. Si nos

tomamos la molestia de consultar a todos los autores que hablan de las estatuas dedicadas a sus dioses no encontraremos uno solo que mencione la idolatría, sino todo lo contrario. De hecho se podría armar un buen volumen con todos los pasajes donde aparecen imágenes que no son más que imágenes.

Solo en aquellos casos en los que se trata a las estatuas como si fuesen portadoras de nuevos oráculos deberíamos hacer una pausa para reconsiderar si hay algo divino en la propia imagen. Pero concluiremos que la opinión dominante era que los dioses mismos habían escogido ciertos altares y algunas imágenes en las que manifestarse por un tiempo breve, para recibir a los hombres en audiencia y responder a sus preguntas. En Homero y los coros de las tragedias griegas apreciamos que se reza a Apolo en templos concretos de ciudades específicas donde el dios suele aparecerse. Pero en toda la Antigüedad no encontramos un solo caso de una oración dirigida a una estatua.

Quienes profesaban la magia, quienes la consideraban una ciencia o les convenía declararla así, aseguraban poseer el secreto para hacer descender a un dios hasta el interior de una estatua. Pero eran los dioses los que descendían, y no los dioses del Olimpo, sino divinidades secundarias, genios. Esto es lo que Mercurio Trismegisto llama «simular a los dioses», y la práctica que san Agustín refuta en *La ciudad de Dios*. Una discordia que demuestra cabalmente que ni uno ni el otro creía que las estatuas tuvieran un poder divino, ya que era imprescindible la presencia de un mago poderoso para animarlas. Y me parece que era algo infrecuente encontrar a un mago lo bastante poderoso para dotar de alma a una estatua, y conseguir que articulase palabra.

Por decirlo en plata: las imágenes de los dioses nunca fueron dioses. Era Júpiter quien arrojaba el rayo y no su estatua. Era Neptuno quien agitaba el mar y no su estatua. Era Apolo quien iluminaba y no su estatua. Los griegos y romanos eran gentiles y politeístas, pero nunca fueron idólatras.

Calificar de idólatras a los pueblos que adoraban al sol y a las estrellas es un abuso del término. Estas naciones puede que ni siquiera tuvieran fetiches ni templos. Los chinos jamás creyeron en ídolos, y siempre perseveraron en la adoración al señor del cielo Kingtien, aunque toleraban que el pueblo rezase en las pagodas. Gengis Kan, el señor de los tártaros, ni fue un idólatra ni conocía fetiches. Los musulmanes que ocupan las tierras de Grecia, Asia Menor, Siria, Persia, India y África llaman a los cristianos «idólatras», porque están convencidos de que ellos sí rinden tributo en sus iglesias a las imágenes. Los musulmanes destruyeron todas las estatuas que se encontraron en Santa Sofía de Constantinopla, en la iglesia de los Santos Apóstoles y en todas las otras que se convirtieron en mezquitas. Se dejaron engañar entonces por las apariencias, como con frecuencia suele engañar la apariencia a los hombres: los empujó a creer que las imágenes dedicadas en los templos a unos santos que habían sido antes hombres, donde se les veía hacer milagros y ante las que los fieles se arrodillaban, eran la prueba irrefutable de la idolatría más evidente. Los cristianos más iconoclastas, los protestantes, han expresado los mismos reproches en contra de la Iglesia, los han acusado de idólatras, y han recibido la misma respuesta que se les dio a los musulmanes.

Puesto que los hombres rara vez emplean ideas precisas, y mucho menos actúan de manera inequívoca basándose en esas ideas, hemos terminado de agrupar a los gentiles y a los politeístas bajo un mismo nombre falso: idólatras. Se han escrito libros voluminosos sobre el asunto. Numerosos eruditos han ensayado distintas teorías sobre el origen de los cultos divinos a través de figuras sensibles. Toda esta multitud de libros que parece brotar como un manantial solo demuestra la ignorancia de sus autores. Ni siquiera sabemos quién inventó la ropa y los zapatos, ¡y hay quien se aventura a descubrir quién inventó los ídolos!

Orfeo nos representa el principio del universo con la figura de un dragón con alas de oro sobre sus hombros y dos cabezas, una con forma de toro y otra con forma de león, entre las que se aprecia un

rostro, la cara de Dios en persona. De estas extrañas ideas e imágenes podemos extraer dos grandes verdades: una, que las imágenes sensibles y difíciles de interpretar como jeroglíficos acompañan al hombre desde el pasado más pretérito y profundo; y dos, que todos los antiguos filósofos reconocieron la existencia de un primer principio.

En cuanto al politeísmo, el propio sentido común nos informará de que hubo un tiempo en el que la Tierra estuvo poblada de hombres que, como animales débiles sometidos a toda clase de accidentes, entre ellos la debilidad y la muerte, sentían con una razón amenazada su fragilidad y su escasa independencia. Descubrieron que había en el mundo algo más poderoso que ellos. Sentían la fuerza de la tierra que produce los alimentos, la fuerza del aire que a menudo resulta destructiva, la energía del fuego que consume y la del agua que humedece y sumerge. ¿Qué podía ser más natural para los hombres ignorantes de entonces que imaginar unos seres que dominaban esos elementos? ¿Qué podía ser más natural que venerar la fuerza invisible que hizo arder el sol y encendió las estrellas para que brillasen como ojos? Y justo desde el momento en que el hombre sintió el impulso de formarse una imagen de estos poderes superiores en influencia y alcance a él, ¿qué podía ser más natural que configurarlos de manera sensible y abarcable? La religión judía, que precedió a la nuestra y que fue anunciada por el propio Dios, estaba completamente llena de estas imágenes representativas de la divinidad. Dios se dignó a expresarse con lenguaje humano bajo la forma de un arbusto, y se apareció en la cima de una montaña. Todos los agentes celestes que envió, pese a su naturaleza espiritual, se manifestaron en forma humana. Y todavía hoy los santuarios están colmados de querubines que se representan como cuerpos humanos con alas y cabeza de animales. Esto es lo que llevó a figuras como Plutarco, Tácito o Apio a injuriar a los judíos por considerar que adoraban pinturas y esculturas figurativas pese a la prohibición expresa de Dios.

Isaías, en el capítulo IV ve a su Señor sentado en un trono, y dice que la parte inferior de su manto cubría todo el templo. El Señor extiende su mano y toca la boca de Jeremías, en el capítulo primero de este profeta. Ezequiel, en el capítulo III, ve un trono de zafiro, y Dios se le aparece como un hombre sentado en ese trono. Estas imágenes no alteran la pureza de la religión judía, que nunca se valió de las imágenes, estatuas o ídolos con el fin de representar a Dios ante los ojos del pueblo.

Los chinos, los persas y los egipcios no tenían ídolos. Pero tanto Isis como Osiris no tardaron en ser representados en gran número. Bel no tardó en tener su columna en Babilonia. Para los creyentes del subcontinente indio Brahma era un monstruo. Los griegos multiplicaron los nombres de sus dioses y construyeron miles de estatuas y templos, aunque derivaban todo del poder supremo de Zeus, a quien los romanos llamaban Júpiter, y que era el señor de todos los hombres y de todos los dioses. Los romanos imitaron a los griegos. Estos dos pueblos sitúan a todos los dioses en el cielo, sin haberse detenido a precisar qué entendían por cielo o por Olimpo. No hay ninguna evidencia de que estos seres superiores vivieran en las nubes, que están hechas de agua. En un primer momento los situaron en los siete planetas conocidos del sistema solar y en el propio sol, y fue después cuando la morada habitual de todos los dioses se amplió hasta cubrir la vasta extensión del cielo.

Los romanos tenían sus doce grandes dioses, seis hombres y seis mujeres, que llamaron *dii maiorum gentium*: Júpiter, Neptuno, Apolo, Vulcano, Marte, Mercurio, Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Venus y Diana. Con el tiempo se olvidaron de Plutón, y Vesta tomó su lugar.

Luego venían los dioses *minorum gentium*, los indigentes, los héroes como Baco, Hércules, Asclepio; los dioses infernales: Plutón, Proserpina; los del mar, como Tetis, las nereidas o Glauco, y a continuación los náyades; los dioses de los jardines; los de los pastores. Había dioses para cada profesión, para cada actividad de la vida, para los niños, para las vírgenes, para las desposadas, para los

embarazos. Finalmente, incluso los emperadores fueron deificados. Pero es importante considerar que ni los emperadores ni la diosa Pertunda, ni Príapo, ni la fabulosa Rumilia, diosa de los pezones, ni Sercutios, el dios del armario, fueron nunca considerados como parte del grupo de dioses que dominaban la tierra y el cielo. Los emperadores tenían templos, a los pequeños dioses nunca se les erigió uno, a cambio se les fabricaban figuras, ídolos.

Cuando la prosperidad permitió que se acumularan pequeños tesoros se impuso la decoración de las habitaciones como un entretenimiento para mujeres y niños. Aquellas actividades o personas a las que no se les había asignado un culto público se abandonaron al gusto particular, y las familias empezaron a perseguir supersticiones privadas. Todavía se encuentran estos pequeños ídolos en las ruinas de antiguas ciudades.

Si bien no sabemos cuándo empezaron los hombres a fabricar ídolos, sí sabemos que se remontan a la antigüedad más lejana. Tharé, padre de Abraham, fabricó algunos donde representaba a Ur de Caldea; Raquel robó y destruyó los ídolos de su suegro Laban; y ya no sabemos cómo remontarnos más atrás.

¿Qué concepciones precisas tenían las naciones antiguas sobre todos estos fetiches? ¿Qué virtudes y poderes se les atribuía? ¿De verdad se creía que las divinidades descendían del cielo para venir a esconderse en esas estatuas? ¿O quizá se trate de que los dioses transmitían a estas estatuas una parte de su espíritu divino? ¿O acaso no creían que les transmitiesen nada en absoluto? Sobre este asunto, la verdad es que los eruditos han escrito hasta ahora bien poca cosa que nos sea útil. Está claro que cada autor juzga el asunto según su grado de credulidad o fanatismo, según la calidad de su razón. Parece evidente que los sacerdotes defendían la naturaleza divina de las estatuas con el propósito de atraer así más ofrendas. Sabemos que los filósofos detestaban esta clase de supersticiones, que los guerreros se burlaban de ellas, que los magistrados las toleraban y que las personas corrientes, tan afectas a los comportamientos absurdos, no sabían lo que estaban haciendo. En

pocas palabras: se repetía la historia de todas las naciones donde Dios no se ha revelado todavía.

Se puede defender históricamente que durante una época en Egipto se adoró a los bueyes, y sabemos que muchas ciudades rindieron honores a perros, monos, gatos y cebollas. Hay indicios poderosos de que fueron considerados en un momento como emblemas, y parece difícil discutir que cierto buey, llamado Apis, y cierto perro, conocido como Anubis, disponían de cultos donde eran adorados. Pero no parece sencillo averiguar lo que las abuelas de Egipto pensaban sobre los bueyes y las cebollas sagradas.

Parece probado que los ídolos se expresaban con cierta frecuencia: en Roma se conmemoraba la fiesta de Cibeles en honor a las palabras que pronunció la estatua cuando la trasladaban al palacio del rey Átalo: «Me complace este traslado; llevadme allí sin demora, pues Roma es un lugar digno para que se establezca una divinidad».

La estatua de la fortuna habló así. Los escipiones, los cicerones y los césares no creyeron una sola palabra de esta fábula, pero la anciana que gastaba la misma moneda para comprar un ganso que para honrar a un dios es posible que se lo creyese con profundo fervor.

Muchos de estos ídolos también pronunciaban oráculos, y no cuesta imaginar a los sacerdotes de cada templo escondidos en el hueco de las estatuas y hablando en nombre de la divinidad.

¿Cómo es posible que pese a la coexistencia de tantos dioses, teogonías distintas y cultos particulares no prendiese nunca una guerra de religión entre estos pueblos llamados con tanta imprecisión idólatras? Esta bendita paz radicaba en un error religioso: cada pueblo tenía sus divinidades menores, y encontraban lógico que sus vecinos también disfrutasen de los suyos. Si exceptuamos a Cambises, a quien acusaron de matar al buey Apis, no encontramos en la historia de los paganos a un solo conquistador que maltratase a los dioses del pueblo al que había sometido. Los gentiles no creían en una religión exclusiva, y los sacerdotes se

frotaban las manos imaginando cómo podrían multiplicar ofrendas y sacrificios gracias a estas nuevas divinidades recién incorporadas.

Las primeras ofrendas fueron frutas. Poco después los sacerdotes empezaron a exigir animales para las mesas del sacrificio. Eran los propios ministros quienes les seccionaban la garganta, convertidos en verdugos crueles. Y fueron ellos quienes terminaron por instaurar la práctica de sacrificar víctimas humanas, con una especial predilección por los niños y las niñas. Ni los chinos, ni los persas ni los indios incurrieron jamás en estas abominaciones. Pero en Heliópolis y en Egipto se quemaron personas vivas. En Tauris se sacrificaron cuerpos de extranjeros pero, por fortuna, esta costumbre ritual duró poco. Los primeros griegos, los chipriotas, los fenicios, los tirios y los cartagineses las consideraban una superstición abominable. Los romanos sí creyeron en este crimen en nombre de la religión, y Plutarco da testimonio de que quemaron a dos griegos y dos galos con el propósito de expiar las veleidades románticas de tres vírgenes vestales. Y Procopio, un contemporáneo de Teobaldo, el gran rey de los francos, asegura que su pueblo inmoló a seres humanos cuando se internaron en Italia, siguiendo los pasos de su señor. También las tribus galas y germánicas incurrían habitualmente en estos sacrificios espantosos.

Es muy difícil leer libros de historia sin tropezar cada pocos pasos con algún horror que la especie humana se ha dedicado a sí misma. Entre los judíos, por ejemplo, Jefte sacrificó a su hija, y Saúl estaba dispuesto a quemar a su hijo. Claro que Dios creó a los hombres y, por tanto, está en su derecho de conducir sus vidas allí donde le plazca y de la manera que le plazca, pero a los hombres no les corresponde situarse en el lugar del dueño de la vida y usurparle al Ser Supremo sus derechos.

Con el propósito de consolar a la humanidad presente de la imagen horrible que estos crímenes piadosos impregnan en su imaginación, es conveniente recordar que en casi todos estos pueblos que llamamos idólatras por pereza se combinaban la teología sagrada y el culto popular, la ceremonia secreta y la pública,

la religión del erudito y la del hombre vulgar. La creencia en el Dios único era privativa de los iniciados en los misterios. Baste como ejemplo el himno atribuido a Orfeo, tan famoso en Europa y Asia, y que se cantaba en toda Europa: «Contemplar la naturaleza divina ilumina tu mente; si uno se deja gobernar por el corazón y camina por la senda de la justicia, permite que el Dios de la tierra y el cielo esté siempre delante de sus ojos. Este Dios es el único ser que existe por sí mismo, la existencia del resto de criaturas descansa en él, él las sustenta a todas. Nunca ha sido contemplado por unos ojos mortales y, sin embargo, ve todas las cosas que existen».

Volvamos a leer este pasaje de la carta que Máximo de Madaura le envío a san Agustín: «¿Qué hombre es tan inculto y tan estúpido como para dudar de que existe un Dios supremo, único, eterno e infinito, y que es el padre de todas las cosas?». Encontramos miles de testimonios parecidos a este que demuestran que los sabios, además de aborrecer la idolatría, desdeñaban el politeísmo como una creencia vulgar.

Epicteto, que era un modelo de resignación y paciencia, un hombre que se bastaba él solo para ser el cimiento de la condición humana, solo habla de un Dios único. Veamos una de sus máximas: «Dios me ha creado, Dios está dentro de mí, lo llevo conmigo a todas partes, ¿podría yo mancharlo con pensamientos obscenos, acciones injustas, deseos escandalosos? Mi deber es dar gracias a Dios por todo y no dejar de bendecirlo mientras me permita vivir». Todas las ideas de Epicteto proceden de este principio.

Marco Aurelio, que fue un hombre tan grande en el trono del Imperio romano como Epicteto en la esclavitud, nos habla a menudo de la existencia de los dioses, ya sea para adaptarse al habla y a las creencias corrientes o bien para referirse a las criaturas y seres que median entre el Ser Supremo y los hombres. Pero en numerosos pasajes advertimos que Marco Aurelio solo reconocía a un Dios eterno e infinito. En uno de ellos nos dice: «Nuestra alma es una emanación de la divinidad. Mis hijos, mi cuerpo y mi ingenio, todo procede de Dios».

Los estoicos y los platónicos admitieron una única naturaleza divina y universal, los epicúreos la negaban, los sacerdotes de los misterios solo atendían a un Dios único... ¿Dónde estaban entonces los idólatras?

Voltaire

INTOLERANCIA

La palabra «intolerancia» suele referirse a la pasión salvaje que nos induce a odiar y perseguir a los que están equivocados o no piensan como nosotros, pero conviene que distingamos entre dos tipos de intolerancia: la eclesiástica y la civil.

La intolerancia eclesiástica consiste en considerar como falsas todas las religiones que no sean la propia. Se proclama la verdad de uno sin temor al castigo o a perder la vida. En esta entrada no abordaremos esta clase de heroísmo, que ha sembrado de mártires la historia.

La intolerancia civil consiste en cortar las relaciones con todos aquellos que piensan distinto sobre Dios o que siguen cultos diferentes. En los peores casos se llegan a emplear métodos violentos.

Bastaría con leer unos párrafos de las Sagradas Escrituras o de los padres de la Iglesia para darse cuenta de lo equivocados que están los intolerantes: en un sentido moral son malos, son unos pésimos cristianos y unos ciudadanos peligrosos y escasos de luces.

Antes de proseguir con este asunto debemos decir a favor de nuestros teólogos que varios de ellos escribieron con mucha firmeza contra la intolerancia, sobre todo en los tiempos en que ellos fueron los perseguidos. Se consideró impío, incluso cuando se pretendía devolver a los creyentes a la fe verdadera, calificar una creencia entera de ser tiránica, injusta y antisocial.

La mente solo puede aceptar lo que ha reconocido antes como verdadero, y el corazón solo puede amar lo que le parece bueno.

Ejercer violencia contra un hombre para que reconozca aquello de lo que no está convencido apenas sirve para convertirlo en un hipócrita o un mártir. Da igual si es fuerte o valiente, experimentará la injusticia de la persecución y nunca se recuperará del odio hacia sus perseguidores.

Solo hay tres medios legítimos para propagar la fe: la educación, la persuasión y la oración.

Cualquier medio que provoque el odio, la indignación o el desprecio deberá considerarse impío.

Cualquier medio que azuza las pasiones y excita los intereses de los estamentos es impío.

Cualquier medio que afloja los lazos naturales entre padres e hijos y entre hermanos y hermanas es impío.

Cualquier medio que incita a los hombres a rebelarse, que levanta las naciones en armas y que invita a regar la tierra de sangre es impío.

Es impío intentar coaccionar la conciencia. La conciencia debe ser iluminada, nunca constreñida.

Los hombres que se equivocan de buena fe son dignos de lástima, y no deben ser castigados.

Ni los hombres de buena fe ni los hombres de mala fe deben ser castigados en la Tierra, nuestro deber pasa por prepararlos para el juicio de Dios.

Si dejamos de relacionarnos con quienes no piensan como nosotros, pronto los consideramos unos miserables, indecentes, ambiciosos, irascibles o depravados. Si todos hicieran así pronto tendríamos una sociedad de intolerantes, y bastaría con que unos pocos ocupasen cargos importantes para desgarrarla.

Si somos capaces de arrancar un pelo de aquellos que opinan distinto a nosotros, no tardaremos en atrevernos a arrancarles la cabeza porque no hay un límite para la injusticia.

Si un príncipe infiel preguntase a los misioneros de una fe intolerante cómo tratan a quienes no creen lo mismo que ellos,

deberían responder algo odioso, mentir o sumirse en un silencio vergonzoso.

¿Qué les pidió Cristo a sus discípulos cuando los envió a predicar por las naciones? ¿Que matasen o que muriesen? ¿Que persiguieran a los que no pensaban como ellos?

San Pablo escribió a los tesalonicenses: si alguien viene a anunciar a otro Cristo o a predicar a otro dios, lo sufriréis sin oponeros. ¿Esto es lo que hacen los intolerantes de hoy, que incluso persiguen a quien no anuncia a nadie, a quien no predica sobre nada?

También escribió: no trates como a un enemigo a quien no tenga la misma opinión que tú, adviértele de su error como a un hermano. ¿Esto es lo que hacen los intolerantes de hoy?

Si tus opiniones bastan para que te odie, ¿por qué no ibas a odiarme por mis opiniones?

Si tú gritas: «La verdad está de mi lado», gritaré todavía más fuerte: «Es a mi lado donde está la verdad». Los dos podríamos añadir si fuéramos sensatos: «¿Qué importa quién tiene razón y quién está equivocado?». ¿Vamos a pegarles a los ciegos en la cara porque no ven?

Si un hombre intolerante explicase claramente cuál es su actitud con los que no piensan como él, ¿en qué rincón de la tierra se le acogería, y qué hombre santo aceptaría tenerle como ciudadano?

Orígenes escribió: la fe se transmite por persuasión y nunca por imposición. El hombre debe ser libre en el momento de elegir la fe. Quienes persiguen a otros hombres por cuestiones de fe vuelven aborrecibles a sus dioses. Quien persigue a otro creyente difama su propia religión. ¿Son la ignorancia o el error los responsables de estas frases?

En un estado dominado por la intolerancia el príncipe no es más que un verdugo al servicio del clero. El príncipe debería ser el padre de todos sus súbditos con el cometido de hacerlos felices.

Si bastase con proclamar una ley para que todos la obedecieran jamás hubiesen prosperado los tiranos.

Hay circunstancias en las que las opciones de una controversia (el error y la verdad) parecen persuadirnos. Solo aquel que jamás se ha interesado mínimamente por buscar la verdad puede estar en desacuerdo con este enunciado.

Si tu verdad me expulsa de la ley, entonces tu ley (pues mi error es para mí algo sustentado en la vedad) no quiere saber nada de la verdad.

Solo cuando abandonemos la violencia podremos acusar a los musulmanes y a los paganos de sus métodos violentos.

Cuando odias a tu hermano y predicas el odio hacia tus conciudadanos, ¿estás inspirado por el espíritu de Dios?

Cristo dijo: «Mi reino no es de este mundo». Y tú, que te presentas como su discípulo, ¿pretendes tiranizar este mundo?

Cristo dijo: «Soy apacible y humilde de corazón». ¿Y quieres ser su discípulo siendo irascible y orgulloso de corazón?

Cristo dijo: «Dichosos son los mansos, los hombres de paz y los que siembran misericordia». Examina tu conciencia y pregúntate si cuando acusas y persigues a los que no piensan como tú eres manso, pacífico y misericorde.

Cristo dijo: «Soy el cordero que va sin queja a la masacre». Y tú que te presentas como su seguidor estás bien dispuesto a enarbolar el cuchillo y derramar la sangre de varios corderos.

Cristo dijo: «Si te persiguen, huye». Y los que se llaman sus seguidores persiguen a quienes intentan hablar libremente, y acusan a los que solo quieren vivir en paz a tu lado.

Escuchemos ahora a san Juan: «Todos son mis hijos, y deben amarse los unos a los otros».

San Anastasio dijo: «Si alguien persigue a otro hermano que sea una prueba manifiesta de que no siente piedad ni temor de Dios. La naturaleza de la piedad no consiste en obligar, sino en persuadir, en imitar al Salvador, que nos permite a todos que tengamos la libertad de seguir sus mandamientos o no. La verdad del hombre que coacciona es como la del diablo: depende de las hachas».

San Juan Crisóstomo dijo: «Jesucristo les pregunta a menudo a sus discípulos si preferirían marcharse, pues un hombre de paz no persigue coaccionar a nadie».

Salviano dijo: «Muchos hombres viven en el error sin saberlo. Se equivocan según nuestros principios, pero están convencidos de vivir en la verdad. Se consideran tan buenos católicos que nos ven como herejes. ¿Qué van a ser para nosotros los hombres que yerran de buena fe? ¿Qué destino vamos a darles? Se necesita ser un juez supremo para responder a estas preguntas. De momento, si Dios los tolera, deberíamos tolerarlos también nosotros».

San Agustín dijo: «No persigas a quienes te difaman porque no saben cuán difícil es encontrar la verdad y protegerse del error. No persigas a quienes te difaman porque no saben cuán difícil y extraño es que alguien pueda superar las ilusiones de la carne. No persigas a quienes te difaman porque ignoran lo mucho que debemos suspirar y llorar antes de entender una sola palabra sobre la naturaleza de Dios».

San Hilario dijo: «No usemos la coacción allí donde solo se necesita emplear la razón. Solo debemos recurrir a la fuerza cuando es imprescindible».

Entre los preceptos del papa san Clemente leemos: «No debemos castigar a los hombres con una muerte temporal. Al disponer de otro mundo donde juzgar a los hombres el Salvador les permite en este usar libremente su voluntad».

Los padres del concilio de Toledo dijeron: «Debemos persuadir a los hombres de la buena fe sin recurrir jamás a la violencia, porque Dios concede la misericordia a quien quiere y endurece el corazón de quien le place».

Podríamos llenar un volumen entero con estas citas, tan olvidadas por los cristianos de nuestros días.

San Martín se arrepintió toda su vida por relacionarse con hombres que perseguían a los herejes.

Todos los sabios han desaprobado la violencia con la que Justiniano trató a los samaritanos.

El pueblo detesta a los escritores que han aconsejado aplicar leyes penales contra los incrédulos.

Al apologista de la revocación del Edicto de Nantes se le considera un hombre sediento de sangre con el que era preferible no compartir techo.

¿Cuál es entonces el camino de la humanidad justa: el del inquisidor que golpea a quien no piensa como él o el de los perseguidos?

Un príncipe no creyente mantiene el derecho de que sus súbditos lo obedezcan, de manera que un súbdito no creyente merece la protección de su príncipe. Se trata de una obligación recíproca.

Si un príncipe asegura que un incrédulo no es digno de vivir, que nadie se extrañe si los incrédulos empiezan a organizarse para afirmar que su príncipe es incapaz de gobernar. Y tendrán razón, pues los hombres intolerantes y sedientos de sangre son incapaces de prever las consecuencias de sus actos ni de frenar sus crímenes, dos virtudes imprescindibles en quien gobierna. He recogido estos pensamientos para los hombres de paz que merecen nuestra estima, con independencia de cuáles sean sus creencias. Por eso le suplico al lector que medite, que considere a fondo estas ideas y renuncie a comportamientos atroces que atentan contra la rectitud de la razón y contra la natural bondad del ánimo.

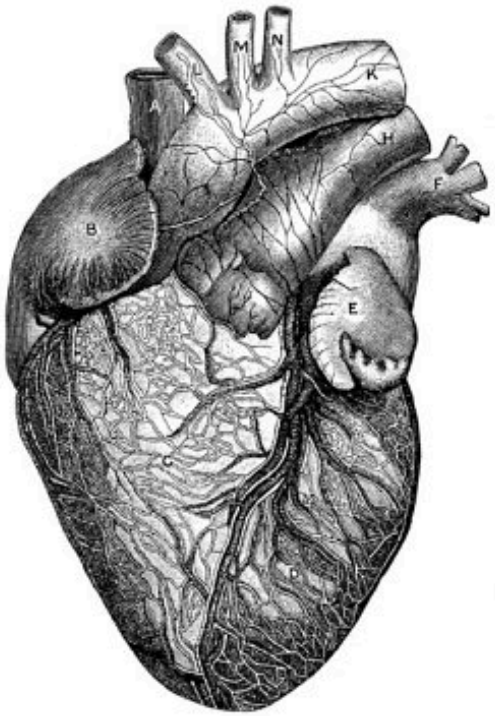
Que cada uno trabaje para conseguir su propia salvación. Reza por mi salvación y para contribuir a mi bien futuro, no traspases líneas que son abominables a los ojos de Dios y que deberían serlo también a ojos de los hombres.

Preocúpate por tu propia salvación. Censurar a los demás y desentenderte de tu comportamiento es una injusticia abominable, a ojos de Dios y a ojos de los hombres.

Diderot

IRASCIBLE

Se trata de un término que proviene de la filosofía escolástica. Es cierto que todos los movimientos de nuestra alma pueden reducirse al deseo y a la aversión: el deseo nos acerca a los objetos y la aversión nos aleja. Los escolásticos agruparon estos dos movimientos bajo el nombre de «apetito» y lo dividieron en dos: concupiscencia e irascibilidad. Bajo el nombre de concupiscencia agruparon la voluptuosidad, la alegría, el deseo, el amor... A la irascibilidad adscribieron la ira, la audacia, el temor, la desesperanza... La escolástica seguía aquí la doctrina platónica, que dividía la sustancia en cuerpo y espíritu, y que distinguía en el alma entre razón, concupiscencia e irascibilidad; de las tres, las dos últimas perecían con el cuerpo. Se convino que la razón habitaba en la cabeza, la concupiscencia en el hígado y la irascibilidad en el corazón. Y aunque es cierto que nuestras pasiones, y todavía más nuestras acciones, pueden adscribirse a un órgano particular, solo existe una sustancia. Es inconcebible que una parte se pierda y las otras se queden. En cualquier caso, esta manera de pensar demuestra claramente que ni Sócrates ni Platón tenían la menor idea sobre qué podía ser el espíritu.



Diderot

IRRELIGIOSO

Dícese de aquel hombre que vive sin religión, que no admite la existencia de Dios y que no siente el menor respeto por las cosas santas, de manera que considera las virtudes y las ceremonias derivadas de estos dogmas como una serie de palabras y gestos vacíos de sentido.

Las personas solo pueden ser irreligiosas en el seno de la sociedad a la que pertenecen. Nadie en su sano juicio acusaría a un musulmán en París por desobedecer la ley islámica, y nadie perseguiría a un cristiano en Constantinopla por negarse a obedecer su religión.

No sucede lo mismo con los principios morales básicos, que en lo sustancial son idénticos en todas partes. Desobedecerlos constituye algo reprensible en todas las épocas y en todos los lugares. Si nos trasladamos por el globo veremos que cambian las creencias, pero la moral permanece inalterable.

La moral es la ley universal que Dios ha grabado en nuestro corazón.

La moral es el precepto eterno que guía nuestros sentimientos y sostiene en paz las necesidades compartidas.

De este modo, es un error confundir la inmoralidad y la irreligiosidad. Una persona que no tiene religión puede respetar la moral, mientras que la inmoralidad es compatible (y a menudo prospera) con la observancia de los preceptos y las ceremonias religiosas.

No quiero extenderme en este punto, pero hay muchos ejemplos que demuestran que en este mundo el camino más directo hacia la felicidad pasa por respetar a la virtud.

Basta con que la experiencia y el sentido común vayan de la mano para darnos cuenta de que no existe ni un vicio que no esté emparejado con alguna infelicidad, de la misma manera que todas las virtudes nos aportan algo de felicidad. El malvado no puede acceder a una felicidad sostenida, de la misma manera que el hombre virtuoso nunca podrá caer en la infelicidad. Esto nos anima a que con indiferencia de los intereses y las pasiones del momento sigamos tanto como nos sea posible una línea de conducta virtuosa.

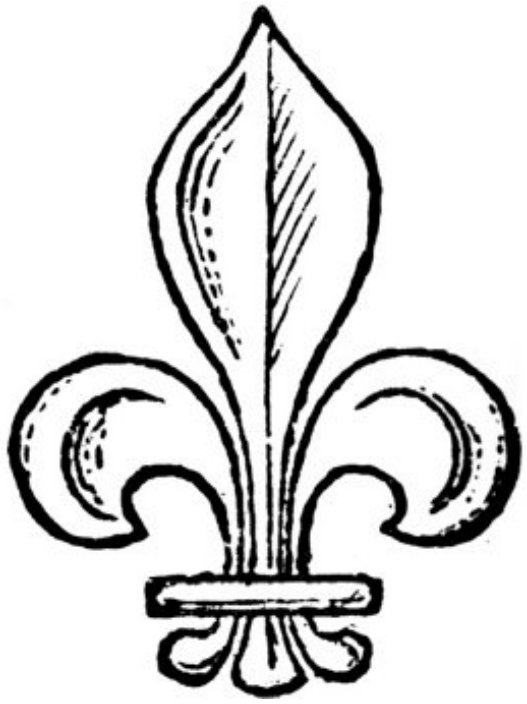
Diderot

MAQUIAVELISMO

Se trata de una clase abominable de política que podría describirse con cuatro palabras: «arte de la tiranía». Sus principios se propagaron en las obras del filósofo florentino que le da nombre: Maquiavelo.

Maquiavelo era un hombre de profundísimo genio, erudito en muchos campos. Conocía bien las lenguas antiguas y las modernas. Tenía un conocimiento muy amplio de la historia. Se interesó por la filosofía moral y por la filosofía política. Prestó la debida atención a la literatura. Escribió algunas comedias, ninguna de las cuales carece de valor. Se afirma que fue César Borgia quien le enseñó los secretos y los principios del gobierno, pero sabemos seguro que le repugnaba el despotismo de los Médici; se trataba de un odio tan evidente y visible que, incapaz de disimularlo, lo expuso a prolongadas y crueles persecuciones. Se le acusó de estar implicado en la conspiración de Soderini. Lo capturaron y lo enviaron a prisión, y solo el coraje con el que se resistió a un horrendo interrogatorio le salvó la vida. Los Médici no se atrevieron a perder a un talento tan relevante, y le salvaron la vida a cambio de que se dedicara a escribir libros de historia. Maquiavelo se puso a la tarea, pero las penalidades por las que había pasado no lo volvieron más prudente. De nuevo lo sorprendieron en medio de una conspiración ciudadana para asesinar a Giulio de Médici, que no tardaría en ser declarado soberano pontífice con el nombre de Clemente VII. Estas eran sus intrigas civiles, pero el único reproche que le podían hacer a su obra es el elogio continuo que hacía de Bruto y Casio. Quizá no había

pruebas suficientes para condenarlo a muerte, pero sobraban para retirarle su asignación, de manera que se vio en la miseria. Resistió unos años esta condición, pero murió a los cuarenta y ocho años, en 1527, víctima de un veneno que se tomó por su propia voluntad con la idea de curarse una enfermedad. Dejó en el mundo a un hijo llamado Lucas Maquiavelo. Dicen que los últimos discursos que escribió eran del todo profanos. Aseguraba en ellos que prefería estar en el infierno con Sócrates, Alcibíades, César, Pompeyo y el resto de grandes hombres de la Antigüedad antes que compartir el cielo con los fundadores del cristianismo.



Nos dejó ocho libros sobre la historia de Florencia, siete sobre el arte de la guerra, cuatro sobre la república, tres discursos sobre Tito Livio, una biografía de Castruccio, dos comedias y los célebres tratados sobre el príncipe y sobre el senador.

Pocas obras han causado tanto revuelo como su tratado sobre el príncipe. En él anima y enseña a los soberanos a despreciar la religión, las reglas de la justicia, la inviolabilidad de los pactos y todo lo sagrado con un único pretexto: el interés propio y el de la

república. Los capítulos quince y veinticinco podrían titularse sin empacho: «Circunstancias en las que parece conveniente que un príncipe se comporte como un villano».

¿Cómo justificar que uno de los más ardientes defensores de la monarquía se transforme en un apologista de la tiranía? Voy a esbozar mi hipótesis, que de ninguna manera puede despacharse como algo inverosímil: cuando Maquiavelo escribió su tratado sobre el príncipe actuaba como si les dijese a sus conciudadanos: «Leed con atención este trabajo. Si un día aceptáis el gobierno de un rey, será justo como yo lo retrato, esta es la criatura feroz ante la que te inclinarás». Y ahí radica el error de sus contemporáneos: leyeron el libro al pie de la letra, sin tener en cuenta su objetivo. Lord Bacon no se equivocaba al afirmar de Maquiavelo que: «Este hombre no enseña nada a los tiranos, pues estos señores son muy conscientes de lo que tienen que hacer, pero es un libro valioso para que el pueblo se informe de lo que debe temer». Sea como sea, nadie puede dudar de que Maquiavelo sabía que su libro podría provocar un clamor popular, así que lo escribió de manera que nadie ha podido nunca demostrar de manera indiscutible que era un retrato desleal de quienes gobiernan sobre los hombres.

He escuchado la anécdota de un filósofo que, interrogado por un gran príncipe sobre una refutación del maquiavelismo que acababa de publicar, respondió: «Señor, creo que la primera lección que nos enseña Maquiavelo es la conveniencia de refutar su obra».

Diderot

MÁXIMAS *de* GESTIÓN ECONÓMICA

1. El trabajo industrial no aumenta la riqueza de una nación.
2. El trabajo industrial puede contribuir, en determinadas circunstancias, al crecimiento de la población y de la riqueza.
3. El trabajo industrial que emplea a los hombres en detrimento de la agricultura y del cultivo de la tierra es perjudicial para la población y para el crecimiento de la riqueza.
4. La riqueza de los agricultores propicia mayores beneficios de la agricultura.
5. El trabajo industrial debe contribuir al aumento de los ingresos de los propietarios de las tierras.
6. Una nación cuyo mercado de productos de cosecha propia es grande siempre podrá soportar una gran actividad comercial de manufacturas.
7. Una nación cuyo mercado de productos de cosecha propia es pequeño está obligado, para subsistir, a basar su comercio en la industria, de manera que se encuentra en un estado precario e incierto.
8. Un gran comercio interno de mercancías manufacturadas solo puede subsistir con ayuda de los ingresos procedentes de la propiedad territorial.
9. Una nación con un gran territorio que baja el precio y la producción de su cosecha para favorecer la fabricación de artículos manufacturados se está destruyendo a sí misma.
10. La ventaja del comercio exterior no consiste en el crecimiento de la riqueza monetaria.

11. La balanza comercial entre distintas naciones no puede indicarnos cuál es el grado de riqueza de cada país, ni tampoco el beneficio que obtiene con el comercio.
12. Una nación tiene un mercado interno y otro externo, y es sobre todo por el estado del comercio interno como se puede juzgar la riqueza de una nación.
13. Una nación no debe envidiar el mercado y el comercio de los países vecinos si depende de las importaciones.
14. En los intercambios comerciales aquellas naciones que venden bienes más necesarios y útiles tienen ventaja sobre los que exportan artículos de lujo.

Hagamos ahora algunas observaciones sobre el precio del grano. Sabemos que los ingresos aumentan los gastos, y que los gastos atraen a los hombres que persiguen un beneficio. Los extranjeros abandonan sus países para venir a compartir la riqueza y los recursos de una nación más opulenta. Los recursos de este país aumentarán todavía más si se apoyan los precios de los productos agrícolas con un aumento del consumo y de la producción, ya que el aumento de precios no solo favorece el progreso de ella, sino que posibilita la riqueza que obtenemos a partir de la agricultura. El valor del trigo desde el punto de vista de la riqueza se agota en su precio. El vino, la lana y el ganado son caros y abundantes. Estos productos son la mayor riqueza de la que dispone un Estado. La abundancia sin valor no procura ninguna ganancia. El precio alto de un producto que escasea aumenta la pobreza. La abundancia de productos con un precio alto nos ayuda a vivir en la opulencia. Me refiero a la abundancia de productos cuyo precio alto se mantiene de manera permanente, pues los precios altos temporales y circunstanciales no procuran una distribución general de la riqueza en el territorio de la nación, no contribuyen a aumentar los ingresos de los propietarios de tierras ni los ingresos del rey. Apenas será ventajoso para unos cuantos individuos que poseen los productos que durante un tiempo podrán vender a un precio más elevado que de costumbre.

El lujo y las comodidades solo pueden considerarse un indicio de la riqueza de una nación cuando esta posee en abundancia productos cuyo precio se mantiene alto de manera constante: cuando esta nación dispone de buenos métodos de cultivo, un consumo generalizado de los productos y la capacidad para comerciar con el exterior. Aunque estamos dispuestos a aceptar que la abundancia de productos cuyo precio es alto en el extranjero supone una gran riqueza para la nación, sobre todo si esos productos son agrícolas. La riqueza de bienes raíces está limitada en cada reino a la región que puede permitirse producirlo. La abundancia y el precio alto de un producto siempre intervienen en beneficio de la nación que produce más y puede vender el excedente a los demás países. Esta riqueza monetaria es el principal indicio de su poder, porque el dinero es la única riqueza que se presta a todos los usos y que, en consecuencia, determina la fortaleza de unas naciones en relación con otras.

Son pobres aquellas naciones donde los productos que responden a las necesidades básicas de la vida se mantienen a un precio bajo. Estos productos constituyen los bienes más preciosos, con los que mejor se puede negociar. Y su bajo precio es un indicio de que la población del país es insuficiente o que su comercio exterior no funciona.

Este es el estado en el que se encuentran aquellas de nuestras provincias donde los productos tienen un precio muy bajo. Se trata de regiones donde se combina la escasez de productos con la pobreza de la gente, zonas donde ni el trabajo duro ni la frugalidad de costumbres garantizan ganar el dinero suficiente para vivir. Cuando los productos son caros los ingresos y las ganancias aumentan proporcionalmente y el ciudadano puede diversificar gastos y pagar deudas, hacer nuevas adquisiciones y buscar un empleo a sus hijos. Estas actividades son los síntomas de la riqueza ocasionada por los precios altos de los productos. En cambio las ciudades y las provincias de un reino donde los precios de los productos son demasiado bajos asfixian los ingresos, recortan los

gastos, destruyen el comercio, suprimen las ganancias del resto de oficios y profesiones y menguan los salarios de artesanos y obreros. En estas ciudades se reducen al mínimo los ingresos de la corona, porque la mayor parte del comercio de productos de consumo se lleva a cabo con trueques de mercancías, y no hay moneda suficiente para que circule el dinero. La moneda apenas desempeña un papel activo en el consumo de los alimentos en estas provincias, y muy poco en el mercado de las otras mercancías, de manera que la corona apenas puede sacar beneficio de los impuestos.

Cuando el comercio es libre los precios altos de los productos suelen tener límites fijados, debido a los precios reales que tienen los productos básicos importados de países extranjeros y que se intercambian por todas las regiones. Esta competencia de productos básicos para la subsistencia no provoca el mismo daño que la pérdida de valor o las limitaciones al libre comercio.

El precio habitual del trigo, que cuando es alto supone enormes ingresos para el Estado, no va en detrimento de las clases más bajas. Un hombre consume regularmente una cantidad constante de trigo. Si un incremento del precio lo obliga a comprar cuatro francos más caro que cuando el precio es bajo, este precio incrementará su cuenta de gastos, pero los salarios de la región aumentarán también proporcionalmente, y el incremento resultante en los gastos quedaría compensado con creces por la riqueza que los precios altos originarán en la región.

Resulta sencillo comprobar que no hemos disfrutado de estas ventajas durante los últimos veinte años, quizá en las últimas cuatro décadas. Además del coste de mano de obra que exigen los productos manufacturados, que dificultan el crecimiento de la economía, los sectores interesados promovieron de manera imprudente una negativa a exportar nuestro trigo, causando así una pérdida enorme para el Estado. Constituye también un enorme inconveniente acostumbrar al pueblo a comprar trigo a precios demasiado bajos. El pueblo deja de trabajar duro, viven de ese pan barato y se convierten en personas perezosas y arrogantes. Los

hombres no necesitan trabajar tanto, de manera que los terratenientes no encuentran brazos ni sirvientes con facilidad cuando los necesitan, y si la cosecha resulta abundante no pueden contar con un equipo de trabajadores suficiente. Es importante que las personas corrientes ganen más dinero y al mismo tiempo se sientan presionadas por los gastos y por la necesidad de seguir ganando dinero. Durante el siglo pasado se consiguió vender el trigo mucho más caro que ahora, y la gente se acostumbró a vivir con esos precios, lograron ganar más dinero, se vieron obligados a trabajar más duro y su vida fue más confortable.

Los teóricos que no tienen en cuenta todas las ramificaciones de la distribución de la riqueza en un Estado pueden objetar que los precios altos solo son ventajosos para las personas que venden y que empobrecen a los que compran, que terminan disminuyendo notablemente la riqueza de unos (los compradores) y aumentando la de otros (los vendedores). De acuerdo con estas ideas el aumento del precio nunca revertirá en un incremento de la riqueza general y proporcionado para todos los que componen un Estado.

Pero ¿acaso no es cierto que el aumento de precios en un país donde hay abundancia de productos agrícolas no incrementa los beneficios de los agricultores, los ingresos del rey, de los propietarios y de los beneficiarios que disfrutan de los diezmos? ¿No aumenta esta riqueza el volumen de gastos e ingresos? ¿No favorece que el obrero, el artesano y el fabricante impongan unos precios por su trabajo en proporción a lo que les cuesta pagar su sustento? Cuanto mayores son los ingresos que genera un país, mayor será el comercio y la producción, y se favorecerá que las artes y las artesanías sean lucrativas.

Toda esta prosperidad desaparece si bajan los precios de nuestros productos. Cuando el Gobierno frena la venta de productos agrícolas o cuando provoca una caída de los precios, se está interponiendo en el camino de la abundancia, y disminuye la riqueza de la nación al impedir con esa caída de los precios que los productos agrícolas se transformen en dinero y en riqueza.

Esta combinación de precios altos y de abundancia fue la preponderante en el reino mientras nuestro grano se consideró un artículo fundamental del comercio, se protegía el cultivo de la tierra y se mantenía una población alta. Pero las restricciones al comercio de trigo, la manera errática de imponer subvenciones, el pésimo empleo de la mano de obra, el intento de generar riqueza a partir de la manufactura de artículos de lujo, las guerras continuas y otras causas como la despoblación y el aumento de la pobreza han terminado por destruir esas ventajas, y ahora mismo nos encontramos en una situación en la que el Estado pierde anualmente más de tres cuartas partes de las ganancias que le procuraba la cosecha y el cultivo de grano. Eso sin tener en cuenta las enormes pérdidas que inevitablemente provoca la inmensa degradación de la agricultura.

Quesnay

MEDITACIÓN

Operación de la mente que consiste en concentrarse con mucha intensidad en un objeto o asunto. Cuando la meditación es muy intensa se suspenden los sentidos, de manera que hay muy poca diferencia entre un hombre concentrado intensamente en un asunto y un hombre que sueña o que ha perdido la conciencia. Si la meditación fuese capaz de impedir la menor distracción entonces el hombre que entra en una meditación profunda no volvería a sentir nada, no respondería a ninguna pregunta, se limitaría a pronunciar palabras aisladas que se relacionan con distintas facetas del tema en el que se ha concentrado y cuyo sentido nadie que no sea él puede llegar a entender, de manera que el resto de personas lo tomarán por un tonto.

El hombre no ha sido formado para limitarse a meditar. Si la meditación no nos prepara para actuar se convierte en un ejercicio inútil. Es mejor meditar sobre cuestiones morales que nos enseñan a conocer y a cumplir con nuestros deberes que sobre asuntos abstractos. Solo las personas ociosas pueden defender que una vida contemplativa es preferible a una vida activa. Los compañeros habituales de la meditación son la melancolía y los humores tristes: los humanos somos criaturas demasiado miserables para alcanzar la felicidad a través de la meditación: lo mejor que podemos hacer es pasar por alto los inconvenientes de la existencia y entregarnos a vivir.

Para los devotos meditar equivale a centrarse en algún aspecto importante de la religión. Los devotos distinguen entre meditación y

contemplación, pero el mero hecho de que encuentren tiempo para estas distinciones prueba la futilidad de su vida. Esta clase de personas aseguran que la meditación es un estado donde el conocimiento se revela de manera progresiva, mientras que la contemplación es un estado donde lo vemos todo a la vez, como si mirásemos por el ojo de Dios. Según estas definiciones hay que ser inútil para entregarse a la meditación, y quien cree haber alcanzado la contemplación es un enfermo. Hay que distinguir muy cuidadosamente entre considerar un proyecto y meditar sobre un proyecto: quien considera un proyecto, sea bueno o malo, piensa activamente y busca medios para llevarlo a cabo; quien medita sobre un proyecto solo persigue entender su naturaleza y hacerse el juicio más preciso posible.

Diderot

MELANCOLÍA

μελανχολια se deriva de μελαινα, «negro», y χολη, «bilis». Hipócrates usó esta palabra para diagnosticar una enfermedad que, según él, estaba provocada por la bilis negra. Esta enfermedad presentaba síntomas distintos, pero tenía un rasgo común: empujaba a los enfermos al delirio. Los maníacos y las personas que caen presas del frenesí también pasan por estados delirantes, pero lo que caracteriza a los melancólicos es que se suman en un delirio sin fiebre ni furia, dominado por una tristeza insuperable, un estado de ánimo oscuro, la misantropía y un deseo invencible de estar solo. Pese a todo podemos distinguir tantas clases de melancolía como enfermos han sido atacados por ella. En sus delirios unos se consideran reyes, grandes señores o dioses; otros creen haberse transformado en lobos, perros, gallos o conejos. Los médicos se refieren a la primera de estas creencias como «licantropía». Cuando la melancolía se recrudece el enfermo puede adoptar un estilo de vida parecido al de los animales: corren por los bosques y pelean con otras bestias. He sido testigo de un ataque de melancolía que impedía al enfermo orinar por miedo a inundar el universo. Trallian recuerda que una mujer melancólica mantenía el dedo siempre en alto convencida de que con ese dedo sostenía el cielo. Unos creen que no tienen cabeza, otros que sus extremidades son de vidrio, cera, barro o cualquier otra sustancia que se les ocurra. La mayoría de los melancólicos se avergüenzan de su cuerpo, pues ven en él residuos de una vergonzosa vida animal.

Un médico de Sajonia llamado Janus asegura que Pasteur se hundió en una clase muy particular de melancolía. No podía permanecer de pie, y cuando se sentaba no era capaz de mantenerse erguido, no hablaba, suspiraba de manera intermitente, se sentía triste, apenas comía cuando alguien le ponía el alimento en la boca. Solo se recobró cuando a uno de sus amigos se le ocurrió acostarlo para que durmiese tanto como quisiera, sin interrumpir su sueño.

Algunos llaman también melancolía a la nostalgia que sentimos por la lejanía del país, que puede llegar a enfermarnos, y otros la confunden con el fanatismo o con la llamada posesión demoníaca. Los melancólicos suelen estar tristes, pero también pensativos, ansiosos, se entregan a la meditación, y algunos se concentran en un estudio constante, ajenos al hambre y al frío. Su aspecto es austero, la frente suele estar arrugada, la piel morena y sufren de estreñimiento. Forestus habla de un hombre aquejado de melancolía que se pasó tres meses sin vaciar el estómago. Y en las memorias de Petersbourg, este personaje nos habla de una muchacha

melancólica que no logró evacuar los intestinos durante meses. Pero los melancólicos son capaces de razonar con sensatez sobre cualquier asunto que no esté relacionado con su delirio, y su comportamiento no se parece en nada al de un demente.

Las causas de la melancolía son aproximadamente las mismas que las de la manía: dolores del cuerpo, padecimiento del espíritu y amores y apetitos sexuales insatisfechos. Cuando se revelan estos síntomas es muy posible que no tarde en manifestarse una melancolía delirante, crisis agudas de ansiedad y una prolongada incapacidad de trabajar. Otra causa digna de lamentar son las impresiones demasiado fuertes que provocan nuestros predicadores con el ánimo de que los ciudadanos respeten la ley. Algunos espíritus son demasiado sensibles para soportar las terribles imágenes que les sobrevienen. En el hospital de Montelimart ingresaron varias mujeres afectadas de melancolía después de prestarle un servicio a la comunidad religiosa destrozando imágenes que se consideraban impuras. En el estado que las encontramos solo hablaban de venganza, castigo y de otras cosas por el estilo con un tono de absoluta desesperación. Ninguna de ellas se avino a ser tratada ni a tomar ninguna medicina. Estaban convencidas de haber llegado al infierno y que nada podía sofocar el fuego que las devoraba. Solo con enormes dificultades y padecimientos pudieron remontar algunas de ellas estas visiones melancólicas. Perturbaciones tan intensas afectan al hígado, al bazo y al útero, y algunos médicos aseguran que la formación de hemorroides es una pista para detectar un ánimo proclive a la melancolía.

Algunos hábitos contribuyen a que la enfermedad avance: las dietas y ayunos prolongados, el consumo de ahumados y salazones, el libertinaje, el abuso inmoderado de las mujeres. Algunas sustancias provocan el avance lento de la enfermedad, otras la excitan tanto que llevan al enfermo al delirio. Plutarco escribe en la vida de Antonio que sus soldados, en el trance de atravesar un desierto, se vieron obligados a comer hierba, y que esta dieta los arrojó en brazos de la locura. En mitad de su delirio empezaron a

recoger arena, la llevaron al campamento, la limpiaron bien y se la comieron. Muchos de ellos murieron vomitando bilis. Según el autor, el único remedio que podía arrancarles de esta locura era el vino.

Algunos médicos, todos ellos pésimos filósofos, aseguran que la melancolía es un efecto secundario de la posesión demoníaca. Se trata de hombres sin espíritu que atribuyen a la primera superstición que encuentran a mano todo aquello que no entienden. Estos doctores se parecen mucho a los dramaturgos trágicos que, incapaces de resolver el argumento de la obra de manera creíble, recurren a la intervención fantástica de algún dios.

Las numerosas autopsias efectuadas a cadáveres derrotados por esta enfermedad no presentan ninguna lesión discernible en el cerebro a la que se pueda responsabilizar. Las lesiones están localizadas en el abdomen. Es cosa sabida que todos los hipocondríacos desgastan mucho la región epigástrica, así que las atrofias en el hígado, el bazo y el útero aparecen relacionadas con frecuencia con síntomas de manía.

Si consideramos todas las evidencias de las que disponemos no sería difícil creer que todos los síntomas se agravan cuando están acompañados de alguna debilidad en el área epigástrica del estómago.

La melancolía rara vez se convierte en una enfermedad peligrosa. Ciertamente, puede llegar a ser inconveniente y desagradable, pero según la intensidad del delirio y su contenido puede resultarle amable al paciente. Eso es lo que ocurre con aquellos que se convencen de ser reyes o emperadores: a estos les molesta verse curados de su enfermedad. Lo mismo sucede con un hombre que al mirar un puerto está seguro de que todos los barcos le pertenecen; si se le corrigiese de un error tan desagradable se le ocasionaría una grave molestia. Horacio cuenta la historia de un melancólico que se llevó un disgusto parecido: aquel hombre solo vivía para el teatro, realizaba en su imaginación representaciones magníficas de obras repletas de versos preciosos. Le molestaba cuando alguien se

acercaba a él y le hablaba, interrumpiendo aquel placer casi celestial.

Es casi seguro que tendremos más éxito tratando la melancolía si intentamos primero curar el espíritu y luego nos dedicamos a mitigar las secuelas que ha padecido el cuerpo (si es que somos capaces de reconocerlas). Es imprescindible para el éxito del tratamiento que el médico logre ganarse la confianza del paciente. El delirio desaparece cuando el enfermo está absolutamente convencido de que todo lo que le sucede transcurre en su mente.

Pese a la gran variedad de síntomas descritos casi todas las curas de la melancolía son parecidas. Pongamos un ejemplo: Tulpius nos habla de un pintor convencido de que los huesos de su cuerpo se derretían como la cera. Este pintor recuperó la fe en la dureza de sus huesos de golpe. El médico que lo trataba actuó como si estuviese convencido de que la calamidad de su paciente era verdadera. Después le prometió al pintor un remedio seguro, pero le obligó a esperar seis días antes de administrárselo, después le dijo que tardaría seis días más en hacer efecto. El pintor se convenció de que seis días era el tiempo que necesitaban sus huesos para fortalecerse. Persuadido por esta treta a los seis días se sintió bien y volvió a caminar sin experimentar la menor ansiedad.

Hemos hablado antes de los problemas de micción. Para tratar ese problema la mayoría de los médicos recomiendan el mismo truco. Una persona que simule estar muy asustada puede acercarse al melancólico y asegurarle que una de las ciudades más hermosas de su tierra está en llamas, y que la única esperanza es que el melancólico orine para apagarlas. Solo así se evitará que quede reducida a cenizas. Estas artimañas bien conducidas han tenido éxito en numerosas ocasiones.

Parece ser que con una excitación adecuada los pacientes son capaces de olvidar los motivos de su delirio. Los médicos con ingenio se aprovechan de todas las oportunidades que se les presentan. Otro ejemplo: un melancólico estaba convencido de que sus extremidades eran de cristal, vivía con un miedo continuo a

rompérselas, de manera que ya no se atrevía a dar un paso. El médico le aconsejó a una sirvienta que se le acercase y le golpeara con un tablón de madera. La sirvienta se entregó al experimento con tanta saña que el hombre se levantó de un salto y empezó a perseguirla para devolverle el golpe. Cuando amainó la furia el hombre se quedó muy sorprendido de poderse sostener sobre las dos piernas y de que el golpe no se las hubiese quebrado; así fue como se convenció de estar curado. Trallian nos proporciona otro ejemplo más. Nos cuenta cómo un médico curó el delirio melancólico de un hombre que estaba convencido de no tener cabeza: le puso en el cráneo una bola de metal que le provocaba un dolor muy intenso.

Cuando tratamos con estos melancólicos la educación nos sugiere que no abordemos directamente el asunto que constituye su delirio. Si actuamos así los melancólicos olvidan sus delirios particulares y pueden conversar y razonar bien durante periodos prolongados. Ahora bien, en cuanto rozamos el asunto que les preocupa empiezan a manifestarse los primeros signos de locura. Su trato resulta menos complicado si quitamos de su vista objetos que puedan excitarlos. Conozco el caso de uno de estos melancólicos que estaba convencido de ser un conejo, por lo demás se trataba de un hombre con un gusto formado y que participaba activamente y con buen sentido común en un grupo de debate. Ahora bien, en cuanto un perro se asomaba a la habitación corría a esconderse debajo de la cama. En casos así uno puede contribuir al sosiego general dedicándose o distraer al melancólico con juegos que lo diviertan o espectáculos serenos. La música, por ejemplo, obra milagros en su ánimo.

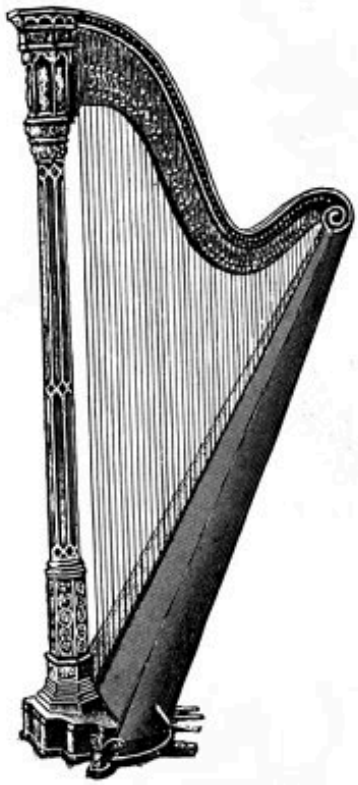
En cuanto a la curación del cuerpo, los métodos más efectivos están relacionados con la dieta y no tanto con las soluciones farmacológicas o las operaciones quirúrgicas. Empleo aquí la palabra «dieta» en su sentido más amplio, pues se trata de cambiar varios hábitos alimenticios: suprimir las carnes en salazón y ahumadas y los licores (aunque no el vino, que ha resultado ser un arma contra

la melancolía, que además de deleitar el ánimo fortalece el estómago), consumir carnes ligeras (más sencillas de digerir) y los frutos maduros del verano. La melancolía mejora cuando se dan las circunstancias adecuadas y se realizan las actividades convenientes: los cambios de aire, la llegada de la primavera, los viajes, la equitación... Por lo que respecta a los viajes, no podemos prolongarlos indefinidamente; la enfermedad de la nostalgia no aconseja alejarnos demasiado tiempo de la patria, este remedio debe suministrarse con cuidado. El paciente que parecía mejorar siente de repente la necesidad de regresar al hogar.

Diderot

MÚSICA

Es la ciencia de los sonidos, el estudio de cómo podemos conseguir que le proporcionen placer a los oídos. También se puede definir así: el arte de organizar los sonidos de tal manera que a partir de su consonancia, su orden y su duración nos provoquen sensaciones agradables.



De ordinario se considera que esta palabra viene de «musa», porque se cree que fueron las musas las que inventaron este arte.

Pero Kircher cita a Diodoro para señalar que su origen está en una palabra egipcia, y que fueron los egipcios los que restablecieron la música después del diluvio. La idea original parte de que la música proviene del sonido que hacen las cañas que crecen a la orilla del río cuando el viento pasa entre sus tallos.

La música se divide en especulativa y práctica. Llamamos música especulativa a la que se ocupa de los materiales musicales, a la ciencia que estudia el ritmo y los tonos, que para muchos estudiosos son la fuente del resto de placeres auditivos.

La música práctica nos explica cómo aplicar los principios de la música especulativa. Es decir: cómo organizar los sonidos en relación con su secuencia, su consonancia y su metro. El propósito es que el sonido resultante sea siempre agradable al oído. Este arte es el de la composición. En cuanto a la producción real de sonidos (ya sea mediante la voz o mediante instrumentos) se trata de una parte mecánica que no requiere otra destreza que la capacidad de leer notaciones musicales, a las que conviene añadir cierto gusto en la expresión.

La música especulativa se divide en dos partes: una que trata la relación entre los sonidos y los intervalos, y otra que trata del ritmo. Los antiguos llamaban armonía a la primera. Su estudio trata de definirla y de descubrir sus fundamentos, así como los motivos por los que determinadas secuencias de sonidos afectan al oído. La segunda ciencia afecta al ritmo y estudia los sonidos en relación con el tiempo y la cantidad. Incluye un estudio detallado de los distintos ritmos y de las formas en las que pueden moldearse.

La música práctica también se divide en dos secciones que corresponden a las dos ciencias de las que acabamos de hablar. La parte que se refiere a la armonía es lo que los antiguos llamaban «melopea», y contiene las normas para componer canciones agradables y armoniosas. La segunda trata del ritmo y estudia las reglas para aplicar ritmos y métricas.

Le debemos a Porfirio otra división posible de la música: una combinación significativa de sonidos y silencios. Este autor no se vio

en la necesidad de dividir la música en especulativa y práctica, pero hizo su propia clasificación al separar su estudio en seis materias: rítmica (para la danza), métrica (centrada en la cadencia), orgánica (para los instrumentos), poética (armonía), hipócrita (para la pantomima) y armónica (para la canción).

Hoy en día dividimos la música en dos: melodía y armonía. Para nosotros el ritmo no es un aspecto lo suficientemente preponderante para que se constituya en una disciplina independiente. La melodía consiste en una sucesión de sonidos que nos permite componer una canción agradable. La armonía consiste en saber unir los distintos sonidos en una sucesión regular y melodiosa que al penetrar en el oído suscite una sensación agradable.

Los autores antiguos no llegaron a ponerse de acuerdo sobre la naturaleza, la finalidad y las partes de la música. Por norma general le dieron a esta palabra un significado mucho más amplio del que tiene hoy en día. Bajo el nombre de «música» incluían la danza y la poesía, y también aspectos que hoy consideraríamos científicos. Hermes definió la música como la ciencia que pone orden a todas las cosas. Esta doctrina era también la de Pitágoras y la de Platón, quien defendía que todo el universo estaba regido por la música.

De ahí provienen todas las ideas sobre la música sublime de la que hablan los filósofos, y expresiones como «música divina», «música del mundo», «música celestial», «música activa», «música contemplativa», «música orgánica»...

Es en el contexto de estas grandes ideas donde hay que enmarcar las nociones que los antiguos tenían sobre la música y que son incomprensibles si solo tenemos en cuenta el significado que le damos hoy a esta palabra.

Parece que la música fue una de las primeras artes. También creo probable que la música vocal fuese descubierta antes que la instrumental; estoy convencido de que los hombres descubrieron las notas que podrían emitir con la voz antes de inventar ningún instrumento. Gracias al ejemplo de las aves no tardarían en aprender a modificar la voz y a mover la laringe para conseguir sonidos

agradables. Supongo que los hombres primitivos tampoco tardaron mucho en conseguir los primeros instrumentos de viento. Diodoro y varios autores antiguos atribuyen, como ya señalamos, la invención de la música a la observación de cómo silbaba el aire entre los juncos.

En cuanto a los instrumentos de percusión (esto es, los que uno golpea para que suenen), tales como tambores y timbales, podemos buscar su origen en el ruido sordo que hacen los cuerpos huecos cuando se los golpea.

Más allá de estas generalidades no resulta nada sencillo aventurarse a especular sobre cómo fue cuajando la música como arte. Varios pensadores antiguos atribuyen la invención a Mercurio, a quien también responsabilizan de la creación de la lira. Los griegos se la atribuían a Cadmo, que al huir de la corte del rey de los fenicios se trajo consigo la música. En un pasaje del diálogo que Plutarco dedicó a la música, Lisias dice que el inventor fue Anfió. Sócrates atribuye su paternidad a Apolo, pero en otro texto se inclina por Olimpia como su descubridora. Como puede apreciarse, en este aspecto no hay consenso. Después de los inventores, fuesen quienes fuesen, encontramos a otros personajes que hicieron aportaciones: Foecinio y Terpandro, contemporáneos de Licurgo, descubrieron las reglas de la música, y a Tales y a Tamiris se les atribuye la invención de la música instrumental.

Todos estos músicos vivieron antes de Homero. Conocemos el nombre de algunos músicos más modernos: Laso de Hermíone, Melnípides, Filoxeno, Timoteo, Frinnis, Epigonio, Lisandro, Símico y Diodoro... Todos ellos desarrollaron el arte musical a su manera.

De Laso, que vivió en la época de Darío Histaspes, se dice que fue el primero en anotar música. Epigonio inventó un instrumento de cuarenta cuerdas que se conocía como «epigoneion». Símico también inventó un instrumento de treinta y nueve cuerdas llamado «simikion».

Diodoro perfeccionó la flauta mediante la adición de nuevos agujeros; y Timoteo hizo lo propio con la lira añadiendo una cuerda

más, con lo que se ganó el castigo de los lacedemonios.

Los escritores antiguos son tan oscuros cuando hablan de los músicos como cuando hablan de los instrumentos. No tenemos ninguna descripción, apenas los nombres.

La mayoría de pueblos de la Antigüedad tenían la mayor estima por la música, pero ninguno la apreció tanto como los griegos. Entre estos hombres la estima era directamente proporcional a la fuerza y a los efectos, para nosotros sorprendentes, que le atribuían. Los escritores griegos no parecen estar exagerando cuando nos dicen que fue la música el instrumento con el que se creó el cielo, y que la música era el principal entretenimiento de los dioses y de los bienaventurados. A Platón no le tiembla el pulso cuando dice que las variaciones en la manera de componer e interpretar la música cambian el alma, y que su escuela es perfectamente capaz de reconocer los ritmos y las melodías que inducen a la pereza y al vicio, también la que despierta las virtudes.

Aristóteles, cuya razón para escribir tan a menudo parece ser oponerse a Platón, en este aspecto le da la razón, y también suscribe el vínculo entre música y moral. El juicioso Polibio nos asegura que la música era imprescindible para endulzar la moral de los arcadios, pues vivían en un país que era triste y frío; y añade que aquellos de entre los de linetes que descuidaron la música se pusieron a la cabeza de la crueldad, y que no hay noticia en toda Grecia de una ciudad donde se cometiesen más crímenes. Ateneo nos asegura que en tiempos pasados todas las leyes divinas y humanas, todas las exhortaciones a la virtud, todo el conocimiento relativo a hombres y dioses, todas las costumbres y ceremonias, fueron escritas en verso y se cantaban públicamente a coro, acompañadas de instrumentos. No se ha inventado un método más efectivo para grabar en el espíritu de los hombres los principios de la moral y los deberes que debe obedecer.

La música formaba parte del plan de estudio de los pitagóricos: la empleaban para encaminar al espíritu hacia acciones virtuosas y para incrementar en su corazón el amor por las buenas acciones.

Según esta escuela filosófica nuestra alma solo se sentía plena en contacto con la armonía; esta dimensión del alma se perdía al introducirse en el mundo corporal, y la música era el único instrumento que podía revivir la armonía. La misma armonía que sigue existiendo en las esferas celestes.

Hoy en día la música parece haber perdido este grado de poder y majestad. Incluso dudamos de estas ideas antiguas pese a que disponemos del testimonio de los historiadores más confiables y de los filósofos más serios de aquel tiempo. Sin embargo, en la historia moderna siguen vivas algunas ideas parecidas. Así como Timoteo excitó la locura de Alejandro con ritmos frigios y después calmó su alma hasta la indolencia con ritmos lidios, se dice que en época moderna la música excitó de tal manera al rey Eric de Dinamarca que mató a sus mejores servidores. Suerte que estos últimos no eran tan sensibles a los efectos de la música o él mismo hubiese corrido la misma suerte. D'Aubigné nos cuenta otra historia muy parecida a la de Timoteo. Asegura que en tiempos de Enrique III al músico Glaudin le tocó interpretar en la boda del duque de Joyeuse en un estilo frigio, con lo que no logró excitar el ánimo del homenajeado pero sí de uno de los cortesanos, que se atrevió a tomar las armas en presencia de su soberano. Por suerte el músico logró atemperar los ánimos de todos cambiando el estilo.

Si bien nuestra música no parece capaz de ejercer el mismo poder sobre el alma como la de los antiguos, sí parece capaz de influir sobre el cuerpo. Así lo demuestra la historia de un caballero gascón, según nos cuenta Boyle, que al escuchar el sonido de una gaita fue incapaz de retener la orina. También podemos traer a colación otra historia relatada por el mismo Boyle: la de las mujeres que rompieron a llorar mientras sonaba una melodía que no afectó al resto de oyentes. En la Academia de Ciencias de París podemos leer esta historia: un músico se curó de una fiebre violenta gracias a un concierto que se interpretó en su habitación.

Los sonidos también pueden actuar sobre cuerpos inanimados. Morhoff menciona a cierto holandés, Petter, que fue capaz de

romper un vaso con el sonido de su voz. El padre Mersenne habla de un órgano que era capaz de sacudir el pavimento como si se tratase de un terremoto. Boyle asegura que cuando suena el órgano los asientos menos pesados se agitan, y que algunas notas parece como si vibrasen en su mano o en las cuerdas vocales del modo que le corresponde a esa nota. Esta última experiencia es cierta y cualquiera puede verificarla. Todo el mundo ha oído hablar del famoso pilar de la iglesia de Reims (san Nicasio) que vibra a la vista de todos si suena cierta campana, mientras el resto de pilares permanecen casi inmóviles. Pero lo que le impide a este pilar ser milagroso es que también vibra cuando el badajo se retira de la campana.

Para todos estos ejemplos, que se refieren más al sonido que a la música, la física tiene varias explicaciones: no es necesario que recurramos a los poderes casi divinos que los antiguos le atribuían. Hoy en día encontramos escritores que siguen atormentándose en busca de una explicación racional para las teorías de los antiguos. Wallis, por ejemplo, considera que son unos exagerados que se han dejado seducir por las novedades técnicas; otros nos aseguran que los griegos son más sensibles que nosotros a causa del clima o de sus costumbres, y que por eso la música podía influirles de una manera que a nosotros ya no puede afectarnos. Burnet ha llegado a afirmar que aun siendo ciertos todos esos efectos que la música supuestamente tenía sobre ellos de ningún modo eso implica que su música fuese mejor que la nuestra, la misma excitación (y el mismo sosiego) puede producirlo un rapsoda de pueblo que el mejor músico del mundo. La mayor parte de estos argumentos se basan en un desprecio más o menos explícito hacia la música antigua. Pero ¿está bien fundamentado este desprecio? Este asunto se ha investigado muchas veces, pero la oscuridad de la materia y la incapacidad de los jueces invitan a que repitamos la investigación.

La naturaleza de este trabajo y las escasas fuentes que tenemos sobre los griegos me impiden abordar esta investigación con profundidad. Me limitaré a explicar lo que sabemos de la música

antigua por las escasas fuentes de las que disponemos y a contrastarlo de manera sucinta con la música.

Si reunimos todas las pistas dispersas que existen sobre cómo eran y cómo se construían sus instrumentos enseguida nos daremos cuenta de que estaban muy lejos de nuestro refinamiento. Sus flautas tenían pocos agujeros, sus arpas o cítaras apenas tenían cuerdas. Además, la mayoría de estos instrumentos carecía de diapasones, con lo que el número de notas que se podían tocar era muy reducido. Basta con observar las formas de sus cuernos y trompetas para convencerse de que no podían igualar los hermosos sonidos que logramos hoy en día. De ninguna manera podemos imaginar que sus orquestas sonasen con tanta amplitud y matices como las nuestras. Aunque tampoco estamos seguros de cómo tocaban estos instrumentos, si rasgaban las cuerdas con una púa o con los dedos; no podemos imaginar el sonido. Si observamos los teatros atenienses parece difícil imaginar que la resonancia de cien instrumentos de cuerda pudiese llegar con claridad a los espectadores. Resumiendo: para reconocer nuestra superioridad en esta materia bastaría con citar el órgano, cuyo majestuoso sonido sobrepasa cualquier instrumento construido por los antiguos.

La explicación de esta inferioridad instrumental es muy sencilla: su entrega a la poesía divina. Para ellos lo importante era expresarse adecuadamente con la voz, de manera que no valoraban demasiado la música instrumental, que para ellos era poco más que un acompañamiento. Nosotros le hemos dado la vuelta a este sistema de valoración, y con mucha frecuencia consideramos la voz como un acompañamiento de la música verdaderamente importante: la instrumental.

Parece demostrado que desconocían la polifonía, el contrapunto y la armonía (al menos en el sentido que le damos actualmente). Cuando ellos empleaban esta última palabra lo hacían para referirse a una sucesión agradable de sonidos.

De este modo, nosotros hemos llegado a ser superiores a ellos en todos estos aspectos, de los cuales quizá el más importante sea

la armonía, porque ella es el fundamento de las melodías y de todas las modulaciones. Pero ¿de veras les sacamos tanta ventaja? Esta duda se acrecienta cuando escuchamos óperas contemporáneas. ¿Cuánto tardan en asaltarnos la confusión, el barullo de instrumentos, los altercados entre acompañamientos, los excesos de volumen que asfixian el sonido de unas voces que nadie parece saber utilizar? ¿Aseguran todos estos desajustes que prospere la belleza? ¿De verdad extrae la música su potencia y su belleza de estos desatinos? Para asegurar la superioridad de nuestra música deberíamos poder demostrar que la música más armónica es también la más emotiva. Pero el público que acude a la ópera ya ha podido comprobar que tal vez sea lo contrario. Si queremos defender las obras contemporáneas mejor que nos fijemos en los italianos, cuya música no solo es mejor que la francesa, sino la única buena del universo, según el juicio unánime de todos los entendidos, menos los parisinos, que prefieren la suya. ¡Qué sobriedad de consonancias, qué buen empleo de la armonía! Los italianos no miden el valor de un músico por la cantidad de piezas que ha escrito, tampoco por la cantidad de instrumentos o de cantantes que pone en liza. De hecho, muchas de sus obras se resuelven en una sucesión de duetos, y son la admiración de Europa y todas las naciones los imitan. Si los franceses quieren alcanzar esa excelencia el camino no es multiplicar las obras ni sumar la mayor cantidad posible de instrumentos. La armonía constituye un descubrimiento admirable solo si se hace un buen uso, entonces todos los hombres son sensibles a sus encantos, pero no debe absorber la melodía ni amortiguar la belleza del canto. La secuencia de acordes más hermosa del mundo nunca nos interesará tanto como las inflexiones emotivas de una voz bella, bien administrada. Y cualquiera que responda con sinceridad a qué es lo más emotivo de un concierto casi seguro que responderá que es la melodía lo que impera en su corazón.

También estamos por encima de los antiguos gracias a nuestro sistema, que al no estar limitado a solo cuatro o cinco octavas, no

tiene otro límite que el capricho de nuestros músicos. Pero tampoco tengo claro si esta libertad es un motivo para felicitarnos. ¿Era un defecto disponer de una gama limitada de sonidos si estos nos garantizaban un discurrir armonioso y natural? Las voces cantaban sin forzarse, los instrumentos no aullaban, los violines y los violoncelos no se entregaban a sonidos amortiguados. ¿Es el aullido de una voz que trata de ir más allá de sus límites naturales algo que pueda darle contento al corazón? La música antigua podía argumentar a su favor que le daba descanso a los oídos; a la nueva música le costaría zafarse de la acusación de atormentar la mente.

Nuestros compositores conocen los distintos géneros, pero los mezclan y los confunden sin que medie ni el gusto ni el discernimiento. El resultado es una confusión donde se ha perdido la fuerza y que apenas influye sobre nuestro ánimo. Pronto nuestros maestros futuros despreciarán estos experimentos. ¿Qué provecho sacamos de nuestra armonía superior si la ponemos al servicio de una música que nuestra voz no puede cantar y que a nuestros oídos les cuesta escuchar?

Tampoco podemos aceptar la idea de que la diversidad de géneros sea una riqueza de nuestra música: ¿cuántas veces nuestros instrumentos interpretan en los diversos géneros las mismas notas respetando los mismos intervalos?

En cuanto al ritmo, a primera vista toda la ventaja parece estar de nuestro lado. Los griegos conocían cuatro clases de ritmo, mientras que nosotros manejamos por lo menos doce. Pero si bien de sus cuatro ritmos podemos decir que constituían cuatro géneros bien diferenciados, no podemos decir lo mismo de los doce nuestros, que si lo pensamos bien son solo modificaciones de dos patrones básicos. No es que nuestra música no sea capaz de ser tan variada como la de los griegos, pero si atendemos a la imaginación de nuestros profesores descubriremos que se conforman con menos variedad. Disponemos, por ejemplo en el ámbito de la canción, de formas muy variadas y más interesantes que las que suelen circular,

pero los compositores jamás las emplean porque los profesores no se las han enseñado.

Uno de nuestros mayores problemas es que la música y las palabras apenas tienen relación. El metro de nuestros versos es completamente distinto, y a veces opuesto, al de la música. La prosodia de la lengua francesa no es tan musical como la griega, y por si fuera poco nuestros compositores tienen la cabeza tan llena de sonidos que no se molestan demasiado por atender al texto, de manera que se ha perdido la relación entre el sentido de lo que se dice y la expresión de lo que se canta. No es que ya no sepan cómo establecer una conexión entre música y palabras para sosegar al oyente o proporcionarle placer, es que ya no saben cómo relacionar las alegrías y las penas con las notas para que se refuercen mutuamente. Solo saben representar truenos y relámpagos, y simular con las voces que se aproxima un monstruo; esta clase de puerilidades. Queda completamente fuera de su alcance explicar la situación de un alma con las notas, acompasar el encanto de la poesía con la música apropiada. Por eso los poetas que trabajan con los músicos se limitan a escribir versos prosaicos, irregulares, sin metro ni armonía, donde se acumulan palabras sonoras y vacías. Todo esto es fruto de la costumbre de escribir primero la melodía de las canciones, y solo después pedirle al versificador que encaje como pueda las palabras. En nuestros tiempos gobierna la música y el poeta es el criado, uno tan sumiso que en la opera apenas escuchamos los versos que ha escrito.

En tiempos antiguos la música estaba unida casi de manera orgánica a la palabra. Ambas tenían el mismo metro, y trabajaban juntas para que el resultado final fuese más efectivo y majestuoso. Si la declamación insulsa es capaz de arrancarnos una lágrima, ¿qué provocaríamos en el oyente si música y letra se retroalimentasen? ¿Por qué sigue interesándonos tanto la música de Lully? ¿Por qué todos sus imitadores siguen estando por detrás de él? La explicación es sencilla: ninguno de los que vinieron después entendió el arte de dibujar música con las palabras. Su recitativo es el único que se

aproxima al sonido de la naturaleza y que invita a declamarlo de manera armoniosa. En definitiva, no podemos juzgar los efectos que consigue la música antigua combinando música y palabras con los de la nuestra, porque en nuestra música no existe nada parecido.

La parte de nuestra música que corresponde a la melopea de los griegos es la canción o la melodía. Tampoco tengo claro cuál de los dos es mejor. Todas nuestras canciones se componen de la misma manera, siempre las mismas formas con independencia del género o del personaje. Nuestros compositores tratan de la misma forma al galán, al alegre, al impetuoso, al solemne y al hombre moderado. ¿Puede considerarse perfecta una música que no se amolda a los distintos géneros, que es la misma para todos? Los textos antiguos inciden en que los griegos tenían reglas de composición distintas para cada personaje. En este campo algunos compositores se han esforzado por progresar, pero sus afanes no han sido recibidos con éxito. Al menos en Francia se han hecho poquísimos avances. El único medio para caracterizar a los personajes es el tempo: si el personaje es un hombre serio acompañamos sus parlamentos con una música lenta, si el personaje es un hombre alegre lo rodeamos de música más briosa. Si buscamos expresar ternura cantaremos despacio, si perseguimos algo de exaltación cantaremos más deprisa, si queremos transmitir algo de furia el cantante se desgañitará hasta quedarse sin aliento. Esto es todo lo que la música francesa puede aportar a la caracterización: variar el tempo. Los antiguos, por supuesto, también conocían las posibilidades de alterar el tempo, pero contaban con otras estrategias para diferenciar a los personajes, y favorecieron mucho a la melopea.

¿Cuál será mi conclusión? ¿Qué la música antigua era más perfecta que la nuestra? De ninguna manera. Creo que la nuestra es mucho más agradable y sutil, pero también creo que la música griega era más expresiva y enérgica. Nuestra música favorece la composición de canciones, la suya se inclina a la declamación. Su música estaba especializada en alterar el alma, la nuestra persigue deleitar al oído. Parece como si toda nuestra riqueza viniese del

exceso, y yo me pregunto, ¿no serían las imperfecciones de los griegos beneficiosas si nos las impusiéramos como limitaciones? ¿No nos permitirían lograr con nuestra música efectos milagrosos?

Como el público deseaba fervorosamente ver muestras de música antigua, el padre Kircher y el señor Burette han trabajado muy duro para satisfacer esta demanda. Ahora podemos leer dos piezas de música griega traducidas a nuestro sistema de notas. Pero ¿quién podrá ser tan injusto para juzgar la música griega al completo a partir de estos especímenes? No dudo de su buena voluntad y de su empeño por ser fieles, seguro que saben tanto como es posible sobre el espíritu de la lengua griega, pero si críticos importantes dudan sobre si un italiano puede ser un juez competente para una canción francesa, ¿cómo subsanar la distancia de tiempo y espacio entre los griegos y nosotros? Gracias a los esfuerzos del padre Du Halde también podemos leer una melodía china, gracias a Chardin una melodía persa, e incluso dos canciones de los indios americanos se pueden leer gracias al trabajo del padre Mersenne. Impresiona descubrir en todas estas obras una inesperada conformidad con las modulaciones de nuestra propia música. La conclusión no está del todo clara: ¿debemos admirar la validez y la universalidad de nuestras reglas o sospechar de la eficacia y la fidelidad de quienes las han transcrito?

La manera como los antiguos anotaban su música fue establecida con un principio muy sencillo: la correspondencia de los sonidos con los signos del alfabeto. Pero en lugar de aprovechar las ventajas que les ofrecía la sencillez y circunscribirse a un pequeño número de caracteres fáciles de manejar, se perdieron en una multitud de signos, de manera que complicaron de manera gratuita la notación de su música. Boecio trasladó al alfabeto latino un sistema de notación que se correspondía con el de los griegos, y Gregorio Magno perfeccionó el método. En 1024, Guido de Arezzo, un benedictino, introdujo la pauta: una serie de líneas donde se marcaban las notas con el propósito de indicar cuándo debíamos subir y bajar el tono. Kircher nos asegura que esta pauta era

conocida antes de Guido, y que su única aportación original son los nombres que le puso a la escala de las notas. También se dice que este hombre, nacido para la música, inventó numerosos instrumentos.

Los signos que utilizamos para anotar la música recibieron su forma final en 1330. Se le reconoce a un médico de París, de nombre Muria o Muris o Meurs (y que según Gesner había nacido en Londres) la invención de diferentes notas que designan la duración: blancas, redondas..., las cuales seguimos empleando.

Ya se ha dicho que Laso es el primer hombre del que tenemos noticia de que escribió música, pero su trabajo se ha perdido, como el de tantos otros que en Grecia y en Roma escribieron sobre este asunto. Aristóxeno, el discípulo de Aristóteles, es la fuente antigua más fiable que tenemos sobre esta materia. Después de él viene Euclides, más famoso por sus aportaciones a la geometría. Después nos encontramos con la obra de Arístides Quintiliano, Cicerón, Alipio, el filósofo Gaudencio, Nicómaco de Pitágoras y Baquio.

A Marco Meibomio se le atribuye un excelente volumen recopilatorio de los escritos, traducidos al latín, de estos siete grandes escritores griegos, profusamente anotado.

Plutarco escribió un diálogo sobre la música. Ptolomeo, el famoso matemático, escribió en lengua griega los principios de la armonía, más o menos en tiempos del emperador Antonino Pío. Algún tiempo después, Brienio escribió sobre el mismo asunto.

Entre los latinos, Boecio escribió durante la época de Teodorico, y más o menos al mismo tiempo lo hicieron Casiodoro, Marciano y san Agustín.

Entre los modernos han escrito Zarlino, Salinas, Valgulio, Galileo, Doni, Kircher, Banchieri, Mersenne, Parran, Perrault, Wallis, Descartes, Holder, Mengoli, Malcolm, Burette y, por supuesto, el famoso Rameau, cuyos escritos son un tanto singulares: han hecho fortuna sin que los haya leído nadie.

Y todavía más recientes son los textos de un geómetra que ha escrito unos principios sobre la acústica que demuestran hasta qué

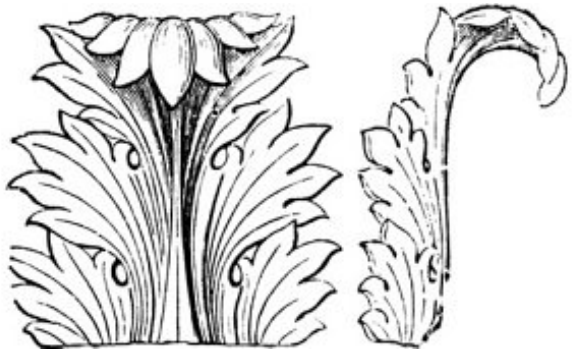
punto esa disciplina puede aportar excelentes soluciones a los problemas más complejos de la musicología.

Rousseau

OBRA MAESTRA

En un sentido técnico llamamos «obra maestra» a un trabajo especialmente complicado dentro de una profesión que debe realizar el candidato a unirse a un gremio tras completar el periodo estipulado como aprendiz. Cada profesión tiene su obra maestra específica, que se realiza ante la presencia de síndicos, jubilados, oficiales en activo y dignatarios del gremio. Antes de ser aprobada, la obra maestra se presenta delante de un jurado que la examinará con cuidado. Algunos gremios permiten que el aspirante elija entre varios modelos distintos, otros gremios prefieren que el aspirante entregue más de una obra. La obra maestra que piden a los futuros arquitectos suele ser un trabajo clásico: diseñar un arco, sostener una bóveda..., al futuro carpintero se le requiere que haga una escalera curva; al tejedor de seda que restaure un telar estropeado a gusto del jurado. Si no se pertenece al gremio cuesta entender la utilidad de este ceremonial de la obra maestra. Si el aprendiz sabe hacer su trabajo, ¿qué necesidad hay de aprobarlo? Y si no lo sabe hacer, ¿para qué va a presentarse? Bastaría con su buena o mala reputación como artesano para unirse al gremio, si le ofrecen trabajo, o para abandonarlo, pues nadie le encarga nada. Para convencerse de la sensatez de estas observaciones basta con atender un poco a lo que de verdad ocurre durante los exámenes. Nadie puede ser candidato si no ha pasado antes por los cursos preliminares, y es imposible que alguien que no haya pasado por esos cursos sea capaz de hacer una obra maestra. Si el candidato es hijo de un artesano está exento de hacerla. El resto tiene que pasar

quiera o no por los cursos preliminares que organiza el gremio, de manera que incluso aquel con más talento en las manos se verá incapaz de obtener el derecho a trabajar si se ha encarado o ha hecho disgustar a algún artesano del gremio. Pero si les cae en gracia o si tiene dinero, aunque no tenga el menor talento, puede sobornar o seducir a los responsables de supervisar la ejecución del examen y presentar una obra excelente, elaborada por otras manos. Estas corruptelas exigen la disolución de los gremios, o por lo menos una rebaja de sus privilegios; si nada de esto ocurre, los gremios siguen mandando con su prestigio intacto.



Diderot

OPTIMISMO

Este es el nombre que hemos dado a la corriente filosófica que sostiene que el mundo donde vivimos es el mejor de los mundos posibles, el mejor que Dios pudo crear. Malebranche y sobre todo Leibniz han colaborado en gran medida a que se aceptase esta escuela de pensamiento. El segundo de ellos desarrolló en su *Teodicea* este sistema. Sus principales virtudes fueron recogidas en la reseña de Fontenelle. Allí leemos que la violación de Lucrecia fue, a despecho de la maldad de Tarquinio, un acto virtuoso porque permitió el despliegue de la libertad del pueblo romano y la perfección del mundo moral. La pregunta que suscita este argumento es la siguiente: ¿cómo podemos estar seguros de que la libertad política y la virtud moral no se hubiesen desarrollado en Roma de no ser por este crimen? A esto nunca se responde, y parece una pregunta difícil de responder. Y todavía podemos formular una más comprometedora: ¿cómo puede reconciliarse este optimismo con la libertad omnipotente de Dios? ¿Cómo se puede llamar «el mejor de los posibles» a un mundo donde los hombres se matan continuamente unos a otros? Y si este es el mejor de los mundos posibles, ¿por qué decidió crearlo Dios? Es justo reconocer que esta metafísica del optimismo es completamente vacua.

D'Alembert

PASIONES

Las pasiones son inclinaciones, deseos o aversiones que nos provocan placer o dolor, y que afectan tanto al espíritu como al cuerpo. Pueden llegar a ser tan fuertes que inhiben la libertad personal. El nombre viene precisamente del estado de pasividad en el que nos sumen.

Esta inclinación del alma nace de la convicción de que un gran beneficio o un gran mal pueden derivar del objeto que despierta la pasión. Cuando esta inclinación se pone en juego, el alma queda golpeada por la expectativa de placer y dolor, se convence de que el objeto de su pasión es importantísimo para él, lo considera lo único digno de atención, concentra su razón y el resto de facultades en él y se despreocupa del placer o del dolor que le pueden procurar el resto de objetos. Es un caso parecido al del hombre que se ve atacado por una enfermedad aguda, pues también él se ve impedido de pensar en otra cosa que no sea su dolor. En este sentido bien podría decirse que las pasiones son las enfermedades del alma.

Todas nuestras sensaciones y todo cuanto formamos con la imaginación, así como cualquier idea o actividad intelectual, nos provoca sensaciones placenteras o dolorosas con independencia de nuestra voluntad. Si esas dos fuentes pudieran activarse y desactivarse a voluntad, el hombre le daría para siempre la espalda al dolor y se sumergiría en el placer. Vivimos para mantener e incrementar el trato con lo que nos da placer, y para evitar o disminuir el contacto con todo lo que nos duele. Consideramos bueno lo que nos da placer y malo lo que nos hace daño.

El placer y el dolor son el eje a cuyo alrededor giran todos nuestros afectos, inclinaciones y pasiones, nombres que señalan distintas intensidades de la misma actividad del alma. Las pasiones están íntimamente ligadas a las nociones de placer y dolor, que son sus principios rectores y que manan de cuatro fuentes:

1. Los placeres y dolores que provienen de los sentidos. La dulzura o la amargura acompañan a cualquier sensación, aunque no sepamos bien cuál es el motivo. Se podría afirmar que la benevolencia divina ha querido que podamos anticipar lo que puede producir en nuestro organismo la exposición prolongada al objeto. También nos indica con estas sensaciones que debemos hacer un uso moderado de nuestras facultades corporales. Aquello que satisface nuestras necesidades sin traspasarlas suele provocarnos una sensación de placer: la luz suave, los colores moderados, los sonidos armoniosos y bien modulados, los aromas sutiles, los sabores suaves, la tersura, la calidez... Todo esto es agradable porque nuestros sentidos lo perciben sin fatigarse. Si incrementamos estas sensaciones en exceso (o las disminuimos demasiado) el placer se vuelve dolor.
2. Los placeres de la mente y de la imaginación constituyen la segunda fuente de nuestras pasiones. Se contemplan aquí los placeres que adquirimos por la vista, ya sea la belleza general de la naturaleza como la del arte, o también aquellas bellezas que apreciamos en las leyes universales. Quienes han buscado el principio general de la belleza han insistido en que los objetos capaces de inspirar en nosotros sentimientos placenteros son aquellos que reúnen cierta singularidad con cierta uniformidad. Se puede decir, por tanto, que los placeres de la mente, como los placeres de los sentidos, tienen el mismo origen: el ejercicio moderado de nuestras facultades.

   Consultemos nuestra propia experiencia. Los sonidos más placenteros forman una música que aúna la singularidad con la uniformidad: la singularidad atrae nuestra atención, la uniformidad

impide que nos fatiguemos. En arquitectura las formas bellas y proporcionadas son aquellas que evitan la uniformidad tediosa y una singularidad demasiado extravagante. Se trata de la misma armonía, del mismo equilibrio entre las proporciones que constituye la belleza de una estatua. La belleza pictórica está regida por las mismas reglas.

Si pasamos ahora del arte a la naturaleza descubrimos algo parecido: la belleza de un rostro nos permite transitar sin esfuerzo de la singularidad de su color de piel a la uniformidad de sus rasgos. Es así como leemos en los rostros los sentimientos del alma. ¿Y qué nos ofrece la naturaleza sino una unidad ensamblada a partir de las singularidades más agradables, combinaciones de colores suaves y variados con figuras bien proporcionadas? El orden y la proporción son capaces de suscitarnos un placer tan intenso que exigimos su presencia incluso entre los arrebatos más profundos de entusiasmo, entre los movimientos turbulentos en los que la poesía y la elocuencia sumergen al alma. Con mayor motivo debe reinar el orden en aquellas obras pensadas para instruirnos y educarnos. ¿Cómo puede volverse bella a nuestros ojos una obra didáctica? Por la unidad de su estructura, por la armonía de sus partes, por la representación precisa de acciones, de sentimientos o de pasiones, por la adecuación entre las ideas y los propósitos y los medios expresivos puestos en juego.

El entendimiento encuentra sus placeres en la meditación de verdades universales que se expresan en una multitud de verdades individuales, potencialmente infinitas en número. Ahí radica el encanto de la metafísica, la geometría y las ciencias abstractas, que sin esta variedad potencial serían aburridas y fatigosas. La belleza que aflora en el estudio de estas ciencias consiste en observar cómo las leyes generales se aplican sobre una variedad infinita de objetos con una regularidad implacable, la confirmación de que tantas formas singulares están sujetas a una ley general.

Estos placeres y el dolor que nos ocasiona su pérdida pueden extenderse sobre cualquier objeto capaz de dejar su impronta en nuestra mente. La aplicación de estas leyes generales puede hacerse en cualquier región del mundo; si encontramos alguna excepción seguramente se deba a un prejuicio nuestro y no a una limitación del entendimiento o a un desfallecimiento de la ley general.

3. Un tercer orden de placeres y dolores lo descubrimos entre las pasiones que afectan al corazón y que pueden ser muy variadas. El origen debemos buscarlo en la conciencia que tenemos de nuestra perfección y de nuestra imperfección, de nuestras virtudes y de nuestros vicios. De todas las cosas hermosas que contiene el mundo pocas deberían ocuparnos más que aquellas que nos impulsan hacia la virtud, y pocas deberíamos evitar con mayor constancia que aquellas que nos impulsan hacia el vicio. Es el amor propio, una pasión tan natural como universal de la que se podría decir que es el sustentáculo de todos nuestros afectos, el responsable de que persigamos sin descanso, dentro y fuera de nosotros mismos, las pruebas de que somos hombres virtuosos. Pero ¿dónde podríamos encontrar estas pruebas? ¿En el uso correcto de las facultades que nos ha concedido la naturaleza? ¿En una actitud coherente ante los deseos y las intenciones de nuestro creador? ¿En alcanzar el objetivo particular que nos proponemos cada uno de nosotros y que no es otro que la felicidad? Creo que lo mejor es combinar estas tres posibilidades para encontrar la regla más segura: nuestra virtud y en consecuencia nuestra felicidad dependen de que hagamos un uso adecuado de todas nuestras facultades, según la voluntad del Creador, que se manifiesta en la propia naturaleza que nos ha concedido.

Es imposible que reconozcamos nuestras facultades naturales y que las empleemos correctamente, según el fin previsto y virtuoso, sin experimentar una alegría secreta y una íntima satisfacción, que son los sentimientos más agradables que conocemos. Por el contrario, aquel que se entrega al vicio y al

abuso continuo de sus talentos, quizá en público llegue a vanagloriarse de haber llegado gracias a su desorden moral a la jerarquía más alta de la fortuna humana, pero en secreto siente cómo su alma vive desgarrada por el remordimiento y la vergüenza, que envenenan su vida hasta volverla odiosa. Para reprimir estos sentimientos odiosos, o para desviar la atención y descansar de ellos, se entrega a los placeres sensuales, se mantiene ocupado hasta el agotamiento, busca huir de sí mismo en diversiones fútiles... Pero de ninguna manera podemos escapar del terrible juez que mora en nuestro interior.

4. Ya he comentado que es el mismísimo amor propio el que nos anima a buscar fuera de nosotros mismos pruebas de nuestra perfección: así es como descubrimos una cuarta fuente de placeres y dolores en la felicidad o en la desgracia ajena. El motivo bien podría ser que cuando somos testigos de esta alegría o dolor ajenos, si pensamos profundamente en esta experiencia, somos capaces de crear una imagen tan similar que enseguida empezamos a sentir de manera atenuada lo mismo que suponemos que sienten los otros. O quizá deberíamos atribuir este

fenómeno a que la naturaleza que, además de formarnos a todos con la misma sangre, nos ha hecho sensibles a las desgracias y a las alegrías de nuestros semejantes con el propósito secreto de vincularnos los unos con los otros. En cualquier caso, una cosa sí es cierta: este sentimiento solidario puede mitigarse por el orgullo o por la fuerza de los intereses individuales, pero no tengo la menor duda de que si no se interpusiese uno de estos factores nada podría inhibir su manifestación. La empatía se revela en todos los corazones, si bien es cierto que a distintas intensidades. Incluso lo que llamamos «dureza de corazón» proviene de un principio humanitario: tratamos a los malvados con dureza movidos por la esperanza de mejorarlos e impedir así que causen mayores daños al prójimo. También es cierto que no proyectamos esta sensibilidad en todos los hombres de la misma manera: preferimos emplearla sobre las personas que se han ganado nuestra amistad por las atenciones que nos han prestado, por sus cualidades o por la afinidad de nuestros caracteres; también sobre nuestros familiares y nuestros compatriotas, y sobre todas aquellas personas con las que compartimos costumbres, ideología política, profesión o creencias religiosas... Con todas ellas establecemos relaciones de afecto y proximidad, que pueden extenderse incluso a los personajes de una novela, pues de alguna manera participamos en la suerte y en la desgracia de su destino, sobre todo si estamos convencidos de que los modelos en los que se basan vivieron alguna vez. Aquí encontramos uno de los principales motivos del encanto que suscita la historia en el lector: sitúa delante de nuestros ojos representaciones de la humanidad que nos emocionan hasta el punto de que la lectura de sus vidas despierta en nosotros una sucesión de sentimientos placenteros.

Acabo de señalar las cuatro fuentes de nuestros sentimientos placenteros, provocados por objetos que nos resultan agradables. Sin embargo, conocemos también objetos útiles, que sin provocar ellos mismos sentimientos placenteros en nosotros son de gran valor,

pues representan pasos útiles en la consecución del placer. Aunque son una multitud podemos reducirlos a tres categorías: la gloria, el poder y la riqueza. Ya hemos visto que todo cuanto proclama que poseemos cierta perfección nos resulta placentero: la gloria es el camino de las buenas acciones, el poder la oportunidad de hacer buenas acciones y el dinero el sostén de nuestra tranquilidad.

Pero con demasiada frecuencia confundimos los medios con los fines, y deseamos la gloria, el poder y la riqueza por sí mismos. Queremos disfrutar de la mejor reputación con independencia de si es buena o mala, deseamos el poder por el poder y las riquezas para atesorarlas. Entregarse a estas pasiones es tan inútil como peligroso, pues se trata del camino más recto para deformar nuestra alma en una desafortunada y mezquina que consume su vida hurgando en las entrañas de la tierra para extraer metales valiosos cuyo disfrute está reservado a otros. Conviene notar que este abuso y esta confusión provienen de la mala educación, de las pésimas costumbres, de hábitos equivocados, de asociaciones de ideas extravagantes. Imitamos lo peor de las personas entre las que vivimos; asociamos erróneamente la felicidad a la posesión de un objeto frívolo por el que nos desvivimos y renunciamos a nuestra tranquilidad; deseamos con una pasión que nos aturde y nos convencemos de que la esfera de nuestros pensamientos y de nuestras emociones solo puede conducirnos a esa mísera posesión.

En cuanto a la manera como abusamos de todos estos objetos inútiles, espero enseñar en las próximas páginas, y garantizar a todos los que de ninguna manera quieren terminar así, cómo pueden limitarse a disfrutar sin exceso de aquellos placeres que son agradables por sí mismos.

Cuando reflexionamos sobre lo que nos ocurre, cuando establecemos contacto visual con los objetos que pueden proporcionarnos placer o dolor, sentimos una determinación de la voluntad que es distinta a las nociones habituales de bien y de mal. No se trata de un sentimiento moral: lo que aquí se pone en juego es una forma más activa del ser. El bien y el mal trazan caminos que

podemos seguir o abandonar a voluntad, mientras que cuando asoma esta modificación del alma a la que me refiero perdemos el control. Supongamos que miramos un objeto que promete proporcionarnos algún placer. Es esta promesa, que podemos llamar pasión o deseo, la que nos guía hacia el bien o hacia algo que confundimos con el bien; es esta misma fuerza la que nos convence de que va a alejarnos del mal o lo que confundimos con el mal. Así es como lo bello o lo agradable transforma nuestra voluntad con un sentimiento que provoca el deseo y alumbra la pasión. Las cosas desagradables o que prometen dolor siguen los mismos pasos en dirección contraria.

La admiración es la primera y la más sencilla de todas nuestras pasiones. Tanto es así que apenas merece un nombre que la distinga. Se trata de un sentimiento sincero y repentino de placer que se despierta en nosotros al entrar en contacto visual con un objeto que nos sorprende por su perfección. El correlato del asombro es el horror, que se manifiesta cuando entramos en contacto visual con una deformidad insólita o nos enteramos de un vicio o un crimen extraordinario. Aunque lo cierto es que el horror se alimenta más de lo novedoso y extravagante que la admiración, que puede prenderse a los ojos de un espectador sensible desde los objetos más comunes y corrientes.

La admiración nos impulsa a conocer o a desear lo que conocemos de manera imperfecta o hemos frecuentado poco. Las pasiones son razonables y beneficiosas si persiguen algo útil y fructífero y no se limitan con su búsqueda activa a satisfacer una curiosidad ociosa, si se detienen ante lo que no hay ninguna necesidad de saber, si es lo suficientemente constante para no obligarnos a ir de un objeto a otro sin profundizar en ninguno.

Después de todo lo que hemos dicho sobre el placer y el dolor, no estoy seguro de que podamos situar la alegría y la tristeza entre las pasiones, pues quizá sería mejor considerar estos dos sentimientos como la base del resto de pasiones. Si somos rigurosos, la alegría no es otra cosa que una reflexión sincera y

continua sobre nuestro placer, y la tristeza una reflexión no menos sincera y continua sobre nuestros padecimientos. La alegría es también una predisposición a sentirnos bien tanto como la tristeza puede confundirse con una predisposición a sentirnos mal. Las pasiones que provienen de la alegría son dulces y agradables, las que provienen de la tristeza son inquietantes y sombrías. La alegría abre el corazón y la mente, pero pocas veces arraiga. La tristeza estrecha la mente y el corazón y con frecuencia se apodera de ellos.

La esperanza y la aprensión suelen preceder la llegada de la alegría y la tristeza. Nos encaminan hacia el bien o el mal que puede sobrevenirnos. Cuando nos sentimos seguros avanzamos con paso firme y confiado. Cuando nos entregamos a una aprensión contante no tardaremos en desesperarnos. Si nos sentimos aprensivos cuando vemos avanzar un mal imprevisto es fácil que nos dejemos dominar por el terror. No hay palabras para expresar los matices de alegría que nos sobrevienen cuando vemos acercarse un placer si estamos dominados por la esperanza.

La batalla entre la aprensión y la esperanza es una fuente de preocupaciones. Se trata de una pasión compuesta que nos desestabiliza, y que prefiere inclinarse al mal que hacia el bien. Cuando la aprensión y la esperanza se relevan la una a la otra sin que ninguna de las dos se atreva a tomar el mando podemos decir que estamos indecisos. Cuando algo que estamos esperando tarda demasiado en llegar caemos en el aburrimiento, que puede estar causado también por la ausencia prolongada de placer. A veces nos sugestiona tanto el mal que preferimos que llegue de una vez a los padecimientos de la espera. Cuando la esperanza domina sentimos cómo aflora el valor, pero si le dejamos paso libre a la aprensión no tardamos en sumirnos en el desánimo. La alegría que nos sobreviene cuando evitamos un mal puede ser muy intensa. Después de una larga espera cualquier beneficio puede alegrarnos, pero si no cumple con nuestras expectativas, si resulta inferior a lo que hemos estado esperando, el disgusto releva a la alegría, y con

cierta frecuencia puede desembocar en la aversión de lo que hemos deseado.

Cualquier buena acción parece asociada a su recompensa, ya que está acompañada por un sentimiento de pura alegría conocido como satisfacción interior. Por el contrario, el arrepentimiento y el remordimiento son sentimientos que afloran en nuestro corazón provocados por nuestros errores. Pero la alegría y la tristeza no se detienen ahí, son la fuente de muchas otras pasiones; por ejemplo, en la satisfacción que sentimos cuando recibimos elogios de los demás, en especial de aquellos a los que consideramos los mejores jueces de nuestras acciones, y que nos llenan de gloria con sus palabras. Este sentimiento tiene su contrapartida en la tristeza que experimentamos cuando se nos acusa o se nos desaprueba, lo cual nos llena de vergüenza. Estas emociones del alma son tan naturales como necesarias para el bien de la sociedad, aunque llevadas al extremo, la pasión por la gloria y la necesidad de alejarse de la vergüenza, pueden terminar resultando perniciosas; como tantas otras emociones solo son útiles confinadas en sus justos límites. Lo mismo puede decirse de la ambición de poseer un título, que sin duda es un deseo noble cuando se persigue con justicia, pero que puede ser peligrosísimo si nos precipitamos en una búsqueda desaforada. Igual puede considerarse del dinero: nadie puede negar la conveniencia de un amor moderado por las riquezas sobre todo si está acompañado de un buen uso de ellas, pero si vamos demasiado lejos desembocaremos en la avaricia, que da nombre a dos pasiones distintas: la obsesión ardiente por acumular riquezas y el no menos ardiente impulso por despilfarrarlas.

De la misma manera que no existe una palabra adecuada para referirse al amor moderado por las riquezas, tampoco existe una para aludir al ejercicio moderado del amor sensual. La misma palabra «sensualidad» incluye un matiz de exceso. Una persona sensual es la que se ejercita en exceso en esta clase de placer. Y solo cuando esta pasión se lleva más allá de lo conveniente se habla abiertamente de sensualidad.

Lo mismo podemos decir en sentido contrario de los placeres de la mente. No parecen tener un límite donde empieza el exceso. El hombre que ama esta clase de placeres es un hombre con gusto, el que sabe cómo producirlos es uno de talento.

Todas estas pasiones se agotan en nosotros mismos, y por ello están tan enraizadas en el amor propio. Las pasiones exacerbadas nos inducen a un estado tal que la mente termina por convencerse de que todo está relacionado con su felicidad y su dolor. Diferencio este estado del egoísmo, en el que el egoísta todo lo subordina a su propio beneficio, se instituye en el centro de todo y se convierte en el fin único de su vida. La pasión no es un proyecto de vida, se trata de algo natural y legítimo si se mantiene dentro de los límites del amor propio y deja espacio para que el alma se abra con el exterior y se relacione con él. Si el amor propio está contenido no resulta tan destructivo, pues establece una relación intuitiva y fecunda, a veces imperceptible, con la felicidad de los demás, de la que podemos disfrutar de una manera que le está absolutamente vedada al egoísta. El hombre apasionado no se opone a las pasiones de los hombres que lo rodean.

El odio tampoco puede confundirse con la pasión. Se trata de la disposición a alegrarse por la desgracia de otro, de manera que su felicidad también nos aflige. El odio, cuando está contenido, solo debería dirigirse contra aquello que puede dañarnos a nosotros o a nuestros seres queridos. Algunos hombres lúcidos odian partes de ellos mismos, rasgos imperfectos de los que les gustaría librarse. En estos casos el odio no se extiende a otras personas. Cuando descubrimos defectos en las personas que amamos o admiramos y somos incapaces de odiarlos, puede suscitarse cierto rechazo, incluso algo de desprecio.

Cuando descubrimos el dolor que sufren nuestros seres queridos o nuestros semejantes se despierta en nosotros la compasión. La pasión que nos sobreviene cuando asistimos al triunfo de alguien a quien detestamos es la envidia. Estas pasiones solo se despiertan

cuando juzgamos a la persona que se duele o se alegra indigna de sus desgracias o de sus éxitos.

La gratitud es el amor que desprendemos hacia alguien que nos ha hecho un favor o tiene la intención de hacérnoslo. Este sentimiento también puede surgir cuando vemos a alguien que ayuda a otros o que demuestra con sus acciones que está en posesión de buenas cualidades morales. El odio que sentimos hacia quienes nos han hecho daño se llama ira, y la indignación se aplica a quien daña a los demás. Ambos sentimientos pueden estar acompañados del sentimiento de devolver daño por daño: a este impulso lo llamamos venganza.

Si estuviésemos en condiciones de escoger los rasgos principales de nuestra personalidad a la vista de los abismos a los que puede arrastrarnos el calor de la pasión, quizá elegiríamos ser personas frías, de sentimientos aletargados. Sin embargo, ellos son imprescindibles para la naturaleza humana, y fue muy sabia la entidad que decidió crear al hombre tan sensible a ellas. Las pasiones son el instrumento para ponerlo todo en movimiento, animan el escenario del universo, dotan de alma y vida a los distintos actores que pululan por él. Las que están enraizadas en nuestro amor propio nos ayudan a preservarnos, nos protegen del mal y nos animan a perseguir lo que es tan necesario como útil para nosotros. Las que se proyectan hacia los otros contribuyen a que sirvamos a la sociedad y luchemos por mantener lo que hay de bueno en ella. Las pasiones nos ayudan a que no se instale en nosotros la pereza, y también nos animan a contribuir al bien común. Si lográsemos mantener todas las pasiones dentro de sus límites naturales con el concurso de la razón jamás dudaríamos de su utilidad para nuestra vida y para la conservación de la sociedad. Ofreceríamos así un espectáculo muy agradable a los ojos del Creador, que podría aprobar nuestros esfuerzos y perdonar con más facilidad nuestras leves e inevitables debilidades.

Pero hay que admitir que cuando las pasiones se salen de sus límites, cuando nos abandonamos a ellas sin control, solo nos

provocan dificultades y suponen un obstáculo al conocimiento y a la felicidad. Las pasiones violentas e impetuosas imprimen con tanta fuerza el objeto deseado o temido en la imaginación que no nos permiten pensar en otros asuntos, tiñen el resto del mundo de su propio color, se apoderan de tal manera de nuestra alma que la libertad se reduce a una débil sombra, y el estruendo que provocan en nuestra mente impide que escuchemos los consejos suaves y pacíficos de la razón.

Las pasiones menos enérgicas atraen nuestra atención por caminos menos evidentes, casi imperceptibles, nos seducen poco a poco hasta el punto de que el resto de cosas que contiene el mundo se vuelven insípidas. Estas pasiones se manifiestan al principio con cierta debilidad, y en esta presunta debilidad es donde apuntalan su fuerza. La razón no teme a un enemigo que a primera vista presenta un aspecto tan poco amenazante, de manera que cuando esta pasión cuaja en nuestra alma se sorprende de verse subyugada y cautiva.

Nos apegamos con mucha facilidad a los placeres del cuerpo; el motivo es que nuestra sensibilidad es natural. Las personas que no tienen estudios, que no han hecho progresos en el aprendizaje de la moral se rinden con una facilidad pasmosa a esta clase de placeres. El hombre se convence muy fácilmente de que ha sido formado para disfrutar de su cuerpo, enseguida pierde el gusto por cualquier otra cosa y sin darse cuenta su alma se ha convertido ya en una esclava de las pasiones que animan estos placeres. Ya no se eleva ni contiene un sentimiento digno de su grandeza.

Los placeres de la mente son legítimos cuando son suaves y no amenazan con apoderarse del corazón. Cuando son capaces de monopolizar el corazón en un único sentimiento merecen ser considerados defectos de carácter, cuando nos impiden disfrutar de los dulces placeres de la sociedad son como cantos de sirena cuyas letanías seductoras nos alejan de las rutas hacia la verdadera felicidad. Estos placeres pueden provocar efectos negativos incluso cuando los consideramos secundarios en nuestra vida. De la misma

manera que quien que se entrega demasiado a los placeres de la sociedad se convierte en un hombre superficial y frívolo, quien se aleja demasiado de ellos con la pretensión de pasar por un erudito no tardará en caer en la presunción.

Ningún otro placer parece más digno del hombre que el que se deriva del amor a la virtud. La mejor manera de mantener vivos los placeres del corazón pasa por ejercitar la virtud: así lo nutrimos de las pasiones más legítimas: desear sinceramente la felicidad de los demás, relacionarse con buenos amigos... Estas son las fuentes más abundantes de un placer sin riesgos. El único peligro deriva de no ser capaces de mantener nuestra personalidad: cuando aceptamos como nuestros y sin reflexión los pensamientos y las opiniones de los otros nos condenamos también a cometer sus errores. La alabanza excesiva, la promesa de favores que no podemos cumplir, la preferencia del bien particular al general..., son indicios de que estamos llevando la amistad y nuestras relaciones sociales más allá de los límites que aconseja la razón, de manera que estas pasiones del alma, tan recomendables y nobles, están a punto de convertirse en una nueva fuente de dificultades y peligros.

Todas las pasiones, incluidas aquellas que más nos preocupan y atormentan, dejan en nosotros un rastro de dulzura. La experiencia y los estratos inferiores del sentimiento nos lo recuerdan constantemente. Si incluso se puede encontrar dulzura entre el odio y la venganza, ¿qué pasión estará exenta de ella? El mero deseo de un objeto no nos llena la cabeza de tantos juicios falsos como la pasión, y cuando se manifiesta alguno podemos borrarlo con los primeros destellos de sentido común. Pero cuando estos fantasmas están animados por la pasión, vigorizados por la falsa esperanza, fortalecidos y renovados por una alegría y un valor bastardos, atemorizado por la ira de fracasar en su posesión..., estas mil afecciones atacan a la razón desde todos los ángulos y no se detienen hasta vencerla, subyugarla y convertirla en su esclava.

Digamos una vez más que son las propias pasiones las que despiertan en el cuerpo y en especial en el cerebro las ideas y los

gestos útiles para su conservación. Este es el trato que reciben los sentidos y la imaginación cuando están dominados por ellas. En concreto la imaginación, corrompida por las pasiones, es la facultad que batalla con la razón para impedir que la mente represente las cosas tal y como son y pueda elaborar un juicio verdadero. De esta manera la pasión logra que la mente dictamine siempre a favor de sus intereses.

En una frase: las pasiones nos engañan en todo. Las ideas más claras y distintas se oscurecen y confunden. La verdad se desvanece y su lugar lo ocupan ideas accesorias o que solo tienen una relación indirecta con el objeto que pretendíamos juzgar. La pasión vincula nociones opuestas, separa otras que están estrechamente relacionadas, compara objetos que no tienen nada en común, anima en el escenario de nuestra imaginación seres que nunca han existido, pone a la razón a perseguir quimeras, a todas estas fantasías les da nombres agradables u odiosos, según sus intereses. Sobre estos principios falsos y sin apenas relación con la realidad apoya sus argumentos y desplaza los razonamientos justos. De toda esta falsa irrelevancia extrae las conclusiones más ficticias, y le basta para admitirlas que se avengan a la pasión que le resulta tan placentera y ante la que lo subordina todo. Una vez que este despropósito se ha instalado en la mente, incluso las máximas mejor fundadas, las pruebas más irrefutables, los razonamientos más escrupulosos..., todo puede ser negado sin apenas esfuerzo. En cuanto nos sumergimos en el error cualquier pasión contribuye a mantenernos en este estado lamentable, y no perdemos la menor ocasión de alejarnos de la verdad. Podríamos señalar aquí cientos de ejemplos. ¿Acaso no constituye el curso de nuestra vida una prueba constante de estos deslices? ¡Qué triste es el retrato de un hombre reducido a sus pasiones! Rodeado como está de trampas, zarandeado por tantos vientos contrarios a la dirección correcta, ¿cómo va a llegar a puerto? Y, sin embargo, la solución a sus problemas sería sencilla si quisiera adoptarla: moderar las pasiones, dejarse guiar por la luz de la razón, ser constante, ser prudente.

Diderot

PERIODISTA

Se trata de un autor que escribe resúmenes y emite juicios sobre obras literarias a medida que se escriben y se publican. Es un individuo que no trabajaría si el resto de profesionales se tomase un prolongado descanso. Pero esto no significa que la de periodista no fuese una profesión valiosa si se reuniesen todos los méritos imprescindibles para ejercerla con garantías. En ese caso el periodista sería un hombre comprometido con el progreso de la mente humana y un fanático de la verdad, y todo su empeño quedaría subordinado a estos dos objetivos.

Un periódico incluye una variedad tan amplia de temas que es imposible que un hombre pueda hacerse cargo de todo. Ningún ciudadano puede ser un geómetra sabio, un gran poeta, un historiador notable y un filósofo admirable al mismo tiempo. Nadie puede saber de todo.

Un periódico debe ser elaborado por personas bien formadas, pues los ignorantes incurren siempre en la misma clase de defectos. Citaré el *Journal de Trévoux*, uno de los muchísimos que están atravesados de punta a cabo por este problema. Si un día dispusiese del tiempo y del atrevimiento necesarios publicaría un catálogo de desaciertos. En todos estos periódicos descubriríamos los mismos errores que la ignorancia comete contra la literatura, la geometría o la química... Los periodistas suelen complacerse muy especialmente de su ignorancia en cualquier disciplina donde interviene el cálculo.

Pero no basta con que un periodista tenga conocimientos, también debe ser justo. Sin este rasgo terminará elogiando obras

menores y despreciando obras a las que hubiese tenido que alabar. Lo más difícil para un periodista es tener un criterio fundado en la moral, así sabría reconocer al escritor que debemos censurar por hablar de Dios cuando carece de amor por la religión. Lo mismo sucede con el resto de disciplinas.

Para ser crítico de cualquier clase de obra el periodista debe tener talento para juzgar la lógica de los argumentos, el gusto desplegado y la originalidad de los enfoques.

El oficio del periodista no puede basarse en la broma: su trabajo es analizar y educar. Un periodista que persigue siempre sacarnos una sonrisa merece que nos lo tomemos a pitorreo. Aun así, perdono antes a aquel que nos divierte cuando el tema lo admite que al que siempre escribe con el tono desagradable de quien se ha entregado a las consignas de un partido.

Si el periodista se ve en el brete de analizar una obra mediocre no debe limitarse a señalar sus errores, también conviene que incida en lo que necesitaría contemplar para que la obra fuese mejor. Debe aportar observaciones de su propia cosecha; no hay elogio más envenenado para un periodista que decirle que hizo un buen resumen de un mal libro.

Cualquiera que se dedica a comentar libros debería guiarse por intereses completamente ajenos al de los libreros y los escritores.

El periodista nunca deberá apropiarse de los aciertos del libro, y tampoco deberá exagerar sus defectos.

El periodista nunca deberá olvidar que maneja obras superiores a sus méritos, cuyos autores son hombres de genio. Solo un idiota podría erigirse como enemigo de Voltaire, Montesquieu o Buffon, o de otras mentes de calidad parecida.

El principio ético que un periodista debe seguir con más celo es el de no atribuir falsamente la autoría de algo a sus conciudadanos para transferir ese honor a otro país o a otro siglo.

El periodista nunca debe engañar al lector presentándole como meollo de un libro lo que es apenas secundario. Debe citar con precisión. No debe añadir ni omitir.

Podrá sucumbir al entusiasmo, pero con mesura y cuando esté plenamente justificado.

Todas las discusiones se establecerán en términos de principios, y nunca se tratará del gusto particular, las circunstancias, las mentalidades locales o los prejuicios de clase.

Debe escribir con claridad y sencillez, huir de los aires que da la elocuencia y de la pesadez de la erudición.

Debe elogiar con vigor y criticar sin insultar.

Debe aplicarse para que las obras extranjeras se vuelvan familiares a sus lectores.

Diderot

RECITATIVO

En música llamamos así a una clase de canción que se parece muchísimo a la palabra hablada. Propiamente, se trata de una declamación acompañada de música. El trabajo del músico consiste en imitar con la mayor fidelidad posible las inflexiones de voz de quien declama. Se llama recitativo precisamente porque se subordina al recitado, y se emplea en el diálogo.

No debemos medir nunca el metro del recitativo, pues la cadencia echaría a perder la declamación. Es solo la pasión la que

por sus propios medios debe dirigir la velocidad o la lentitud de los sonidos. El compositor apenas debe indicar los descansos entre versos y sílabas y señalar la relación entre el bajo continuo y la melodía.

Entre las distintas naciones el recitativo no es menos distinto que cualquier otro género de música. La lengua italiana es dulce y flexible y sus palabras son sencillas de pronunciar, de manera que los recitativos pueden ser tan veloces como quieran. Esta cualidad de la lengua influye seguramente en la convicción de que ningún adorno melódico debe obstaculizar el recitativo, y que un exceso de elementos podría arruinarlo. En Francia la costumbre pasa por adornarlo tanto como sea posible. Su idioma es más rico en consonantes, más áspero y más complicado de pronunciar, exige una expresión más lenta, y así se aprovecha para trufarlo de cadencias, acentos, apoyaturas... sin preocuparse apenas el compositor de si todos estos adornos le convienen al personaje que habla o a lo que dice. Este es el motivo por el que tantos extranjeros se sienten incapaces, al escuchar una de nuestras óperas, de distinguir los recitativos de las arias. Pese a todo, a los franceses les encanta repetir que su recitativo es muy superior al italiano. Algunos aseguran que muchos italianos están de acuerdo, y que allí apenas se aprecia el recitativo. Nada más falso: es por los recitativos que la fama de Porpora se ha consolidado y que su nombre es tan adorado entre los italianos como el de Lully en Francia. Lo único cierto es esto: el recitativo francés se acerca más a la canción y el italiano más a la declamación. ¿Qué más podríamos añadir sobre este asunto?

Rousseau

SACERDOTES

Por este nombre se conoce a todos aquellos que cumplen las funciones de los cultos religiosos establecidos por los distintos pueblos del mundo.

Las formas externas de culto presuponen ciertas ceremonias cuyo objetivo es influir en los sentidos del hombre y contribuir a que veneren a los dioses en los que creen.

La superstición es la responsable de haber multiplicado las ceremonias de las distintas religiones. Los responsables tardaron muy poco en crear para cada rito órdenes independientes que se declaraban descendientes y únicas intérpretes de la divinidad; de esta manera convencieron al pueblo de que estaban por encima de él. Los ciudadanos creyeron que estaban obligados a mantener a estas personas, pues gracias a ellos se preservaba vivo el contacto con lo sagrado, mientras los sacerdotes se enclaustraban paulatinamente en el recinto de sus templos, aislándose del mundo. Se convirtió en costumbre decir que eran los favoritos de los dioses, los guardianes e intérpretes de su voluntad, los únicos mediadores entre las criaturas celestiales y los mortales.

Es dulce dominar sobre los iguales, y para mantener estos privilegios los sacerdotes aprendieron a rentabilizar en su beneficio la buena opinión que de ellos se había formado la mente de sus semejantes. Así empezaron a anunciar las revelaciones de los dioses, sus secretos, sus dogmas, aquello en lo que el pueblo tenía que creer y lo que tenía que rechazar. Establecieron qué le gustaba a la divinidad y qué le disgustaba, pronunciaron oráculos y predijeron el

futuro en un lenguaje oscuro pero que intimidaba al hombre corriente, siempre tan temeroso. Hicieron temblar a sus conciudadanos de miedo con los castigos que caerían sobre quienes pretendiesen dudar de su misión o disputar sobre el contenido de su doctrina.

Con el único propósito de afianzar todavía más su poder empezaron a representar a los dioses como seres crueles, vengativos, imparables. Instauraron ceremonias, iniciaciones y misterios cuya atrocidad imbuía a los hombres de una secreta melancolía de la que solo podían librarse entregándose a las ceremonias que los sacerdotes administraban. Lograron intoxicar a los hombres de miedo y de superstición, los convencieron de que nada era lo bastante valioso para no sacrificarlo al cielo si así se lo exigían ellos; así las madres entregaron la carne tierna de sus hijos para que fuesen devorados por el fuego sin derramar una sola lágrima. Miles de víctimas humanas perecieron bajo el cuchillo de los sacerdotes, y el hombre se entregó a prácticas repugnantes, viles y frívolas, que solo eran útiles para afirmar el poder de los religiosos. La difusión de estas creencias interesadas afianzó las supersticiones más absurdas y dañinas.

Exentos de cualquier otra responsabilidad, y para sacudirse el aburrimiento que imperaba en su aislamiento, los sacerdotes se entregaron al estudio de los secretos de la naturaleza, que para las masas ignorantes equivalían a misterios. Así alcanzaron los sacerdotes egipcios sus preciados conocimientos. Entre los pueblos salvajes e ignorantes la medicina y el sacerdocio han sido ejercidos casi siempre por los mismos hombres. Los servicios que la medicina ofrecía a las personas contribuyeron en gran medida a afianzar el poder de estos. En algunos países los sacerdotes fueron todavía más lejos: el estudio de la física les dio poder para sorprender a sus acólitos con fenómenos que la ignorancia juzgaba como sobrenaturales sencillamente porque desconocían sus causas. Así empezaron a propagarse los prodigios y los milagros. Los creyentes, tras salir de su atonía, se convencieron de que los sacerdotes tenían

poder sobre los elementos y de que podían disponer de las recompensas y los castigos del cielo, de manera que era justo venerarlos y temerles como si fuesen dioses.

Era casi imposible que estos hombres venerados se mantuviesen mucho tiempo dentro de los límites de conducta que benefician el buen orden de la sociedad. Los orgullosos sacerdotes disfrutaban de su poder hasta tal punto que se apartaban de las leyes de sus soberanos. Los reyes, por su parte, no tenían autoridad suficiente para rebelarse contra la tiranía de aquellos, que iban usurpándoles sus privilegios. El fanatismo y la superstición pusieron un cuchillo en la garganta de los monarcas. Los tronos se agitaban inseguros a voluntad de esos hombres cuyos intereses se confundían con los de la divinidad. Atacarlos era como asaltar los cielos, mitigar sus derechos equivalía a un sacrilegio, limitar su poder significaba escupir sobre lo más sagrado.

Así fueron cimentando su poder los sacerdotes paganos. Los reyes egipcios estaban sujetos a la censura de sus religiosos. Si un monarca disgustaba a los dioses sus ministros podían forzarlo a que se quitase la vida. Los druidas galos tenían un poder absoluto sobre el pueblo: no se contentaron con ser los ministros del culto, sino que eran los árbitros de todas las disputas sociales. Los mexicanos eran obligados por sus bárbaros sacerdotes a cometer los sacrificios más crueles, y los reyes no podían negarse a emprender las guerras más injustas: bastaba que aquellos advirtiesen que el dios tenía hambre para que los reyes enviasen ejércitos armados contra sus vecinos que, secuestrados y cautivos, serían sacrificados para aplacar al ídolo, o si se prefiere, para satisfacer el capricho de sus tiránicos ministros.

La humanidad hubiese sido más feliz si los abusos de poder se hubiesen hecho solo en nombre de poderes terrenales, pero los siglos de oscuridad no quisieron saber nada de la humildad y la mansedumbre que tanto se recomienda en los Evangelios. Los sacerdotes encargados de establecer la paz de Dios preferían el fervor de la revuelta: armaban a los súbditos contra sus soberanos,

ordenaban a los reyes que descendieran de los tronos, se atribuían el derecho de romper los lazos sagrados que unen a los siervos con los amos, denunciaban como tiranos impuros a los príncipes que se oponían a sus empresas caprichosas, reclamaban el derecho a no sujetarse a las leyes escritas para reinar sobre todos los hombres de un pueblo sin excepción. Para preservar toda esta injusta vanidad se vertieron ríos de sangre, se mantuvo a la población en la ignorancia, se sometió a los reyes a la debilidad. Todo se hizo para favorecer a los sacerdotes, y la historia ha demostrado que son capaces de todo para salvaguardar los derechos que han usurpado. En los países en los que se ha instaurado la terrible Inquisición, asistimos a sacrificios humanos que nada tienen que envidar a los que la barbarie impuso en México. Solo se salvan de estas atrocidades los países iluminados por la luz de la razón que propaga la filosofía: aquí no se permite que el cura olvide nunca que él es un hombre y un ciudadano.

D'Holbach

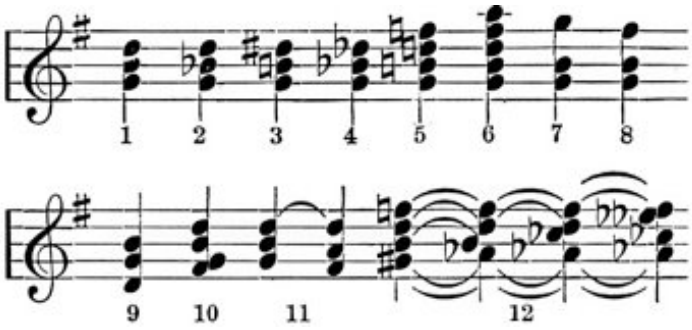
SENTIDO COMÚN

Se trata de la medida de juicio y de inteligencia que una persona puede usar a su favor en el trato social. Si privamos a una persona del sentido común la estamos reduciendo a la condición de autómata o revirtiéndola a la infancia. Para un niño es mejor disponer de un buen espíritu que de sentido común, lo que nos induce a pensar que este madura con la experiencia, y que se puede definir como la capacidad de hacer deducciones a partir de nuestra experiencia en casos demasiado apremiantes para pensar con calma. También podemos recoger una diferencia entre el hombre sensible y el hombre con sentido común: el hombre sensible demuestra un conocimiento profundo y un juicio muy preciso, y suele recibir muchos halagos de sus compatriotas. El pueblo, por el contrario, suele ver en el hombre de sentido común a un individuo ordinario, ante el que puede jactarse de todo lo que ha aprendido. En cualquier caso, nada está peor definido que la familia de términos con la que se pretende caracterizar la inteligencia de los individuos: «sensibilidad», «sentido común», «comprensión», «juicio», «sagacidad», «genio». Atribuimos a las personas uno u otro nombre en función de nuestros volubles intereses.

Diderot

TEMPERAMENTO

Se trata de una manera de modificar los sonidos gracias a una ligera alteración de las proporciones exactas de los intervalos. Las mismas notas se pueden utilizar en una gran variedad de intervalos, y modularse de manera distinta sin desagradar al oído.



Pitágoras fue el primero en descubrir las relaciones entre los distintos intervalos armónicos. Él fue quien afirmó que estas relaciones deben estar regidas de manera muy exacta por patrones matemáticos, y no permitió que nada que estuviese destinado al oído fuese dirigido por el azar. Todo este rigor debió de ser sin duda una ventaja en su época, cuando toda la extensión del sistema musical se limitaba a unas pocas notas. Además, casi todos los instrumentos musicales antiguos tenían una cuerda para cada nota, y cuando el sistema se extendió empezaron a darse cuenta de que las estrictas normas de Pitágoras restringían mucho la cantidad de sonidos que podían emplear. Aristóxeno, un alumno de Aristóteles, advirtió que el rigor de Pitágoras era un obstáculo para el progreso

musical y se fue al otro extremo: abandonó casi por completo las normas matemáticas y basó todo su juicio en el oído, rechazando como algo inútil cuanto Pitágoras había establecido.

Desde entonces los griegos se dividieron durante muchos años en dos escuelas de música: los seguidores de Aristóxeno, más intuitivos, y los de Pitágoras, teóricos y filosóficos.

Tiempo después, Ptolomeo y Dídimo denunciaron con razón que Pitágoras y Aristóxeno representaban dos posiciones extremas, ambas insostenibles. Ambos trabajaron para reformar la concepción de la música utilizando la sensibilidad y la inteligencia. Pero ninguno de los dos fue demasiado lejos; reconocieron la diferencia entre un tono mayor y otro menor, pero no se atrevieron a ir más allá.

Más adelante Guido de Arezzo refundó en cierto sentido la música, y también inventó el primer instrumento de teclado. Y la verdad es que ni ese instrumento ni mucho menos el órgano tal y como lo conocemos ahora hubiese podido existir de no haberse conocido ya el temperamento. ¿Cómo tocarlo sin temperamento? Además de esta relativa cercanía temporal, poco más sabemos de su aparición.

Pese a que hace mucho tiempo que conocemos la regla del temperamento, hace muy poco que hemos descubierto el principio en el que se basa. El siglo xvii fue un siglo de descubrimientos en todos los campos, el primero que arrojó una luz diáfana sobre estos problemas. Las reglas se escribieron por primera vez en las obras del padre Mersenne y de Loullié. Sauveur descubrió las divisiones de la octava, que nos permitían acceder a todos los temperamentos. De manera que es algo ridícula la actitud de Rameau, que pese a llegar el último de todos, reclama estos descubrimientos como si fueran suyos.

Rousseau

TEMPO

En música nos referimos con tempo a cualquier modificación del sonido respecto a su duración. La música le debe gran parte de su energía al tempo.

El tempo es el alma de la música: todos nosotros nos entristecemos cuando escuchamos un aria que tiene un ritmo lento; si la música tiene un ritmo alegre y animado nos alegra, nos excita, nos parece imposible dejar de bailar. Si se destruyese el tempo estas arias se quedarían sin encanto y sin energía, no nos apetecería ya bailar. Por otro lado, el tempo es capaz de resistir por sí mismo, puede subsistir sin apenas otros sonidos. Un ejemplo lo encontramos en el tambor: incluso cuando esté sin pulir y su sonido sea muy imperfecto, gracias al tempo despertará el interés de nuestro oído.

Rousseau

TEOCRACIA

Dícese del gobierno en un país donde Dios está tan presente que es capaz de ejercer directamente su soberanía sobre el pueblo. Su voluntad suele manifestarse mediante los profetas y ministros con quienes le complace hablar.

La nación hebrea nos proporciona el único ejemplo de una verdadera teocracia. Este pueblo a quien Dios consideraba su favorito en la Tierra gimió durante mucho tiempo bajo la tiranía de los egipcios, antes de que el Eterno recordase su promesa y se decidiese a liberarlo de su sujeción y entregarle la tierra que le había reservado. Para liberarlo entró en contacto con un sacerdote a quien le comunicó su voluntad, su nombre era Moisés. Dios lo escogió para

ser el libertador de su pueblo y para administrar las leyes que le transmitiese. Moisés sería apenas el intérprete de la voluntad divina, el ministro de Dios al que se le reservaba también la soberanía sobre el resto de hijos de Israel. Este profeta transmitió al pueblo las leyes que tenía que obedecer y las ceremonias en las que debía participar.

Después de Moisés el gobierno del pueblo hebreo recayó en los jueces, supuestamente elegidos por Dios. Lejos de disiparse, la teocracia se afirmó. Los jueces eran los árbitros de las disputas y también los generales de los ejércitos. Gobernaban asistidos por un senado de setenta ancianos a quienes no se les permitía elaborar leyes nuevas ni discutir aquellas que Dios había prescrito. Cuando las circunstancias se salían de lo ordinario estos senadores podían consultar al sumo sacerdote o atender a los profetas para conocer cuál era la voluntad del cielo. De esta manera la voluntad de Dios siguió dirigiendo al pueblo.

Este modelo de teocracia se mantuvo vigente hasta los tiempos de Samuel. El pueblo de Israel, en un gesto inaudito de ingratitud, se cansó de verse gobernado por las leyes de Dios, y como el resto de pueblos idólatras se impuso un rey que elaborase leyes y dirigiese a los ejércitos. El profeta Samuel, a quien los judíos exigían este cambio, se dirigió a Dios con esta reclamación. El Señor consintió en darles un rey, pero no sin antes ordenar a su profeta que advirtiese a su ingrato pueblo sobre los inconvenientes que acarreaba la monarquía que ahora prefería a la teocracia.

Samuel les dijo: «Ahora será un rey quien gobernará sobre vosotros. Él apresará a vuestros hijos y los obligará a que lo lleven a hombros; obligará a unos a unirse a sus ejércitos y a otros los destinará a deslomarse en los campos y a recoger su cosecha; otros serán los artesanos de su lujo y su pompa, y todos vivirán como esclavos. Vuestras hijas serán destinadas a trabajo viles. Las herencias y prebendas se repartirán a su capricho, y os arrancará una décima parte de vuestros ingresos. Y será inútil que pidáis clemencia a Dios, porque su oído no escucha a quien se ha labrado su propia infelicidad».

Así fue como el profeta señaló a los judíos los beneficios que iban a perder cuando se sometiesen a un rey. Estas fueron las amenazas de Dios cuando se enteró de que su pueblo quería rechazar su autoridad y entregarse a la ley de un monarca. Pero pese al empeño que Dios puso en mostrarles los peligros que conlleva otorgarle todo el poder a otro hombre los judíos persistieron en su demanda. Le respondieron a Samuel: «Queremos, como el resto de naciones, ser juzgados por un rey, y que ese rey vaya al frente de los ejércitos que enviaremos contra nuestros enemigos». Samuel le mostró a Dios la obstinación de su pueblo. El Eterno respondió con un hecho: les dio un rey, Saúl. Así terminó la teocracia en la Tierra.

Aunque los israelitas constituyen el único ejemplo de una auténtica teocracia en la Tierra, hemos tenido noticias de impostores que, sin haber recibido, como Moisés, el mandato explícito de Dios, han logrado establecer sobre pueblos ignorantes un imperio con la excusa de que obraban según la voluntad de un ser divino. Así fue como Mahoma se convirtió en el profeta de sí mismo ante los árabes y llegó a ser su legislador, su pontífice y su soberano, subyugándolos a todos con una fuerza desconocida hasta entonces. El Corán contiene los dogmas, la moral y las leyes civiles que gobiernan a los musulmanes. Sabemos que Mahoma aseguraba haber recibido las leyes de boca del mismísimo Dios. Esta mal llamada teocracia pervivió muchos siglos bajo el dominio de los califas, que eran los soberanos y pontífices de los árabes. Entre los japoneses el poder del emperador se asemejaba al de una teocracia hasta que los señores feudales lograron limitar su autoridad. Se encuentran vestigios de un dominio similar entre los galos, pues los druidas ejercían de sacerdotes y jueces del pueblo. Sabemos que los sacerdotes etíopes y egipcios fueron capaces de enviar a los reyes a la muerte bajo la acusación de haber disgustado a la divinidad. En pocas palabras: no se conoce apenas un pueblo donde los sacerdotes no hayan intentado aprovechar su autoridad para dominar el alma y el cuerpo de los hombres.

Pese a que Jesucristo dijo que su reino no era de este mundo, sabemos por los historiadores que durante los siglos dominados por la oscura ignorancia los pontífices cristianos lucharon para someter bajo su poder a los reyes. Pretendieron repartir las coronas amparados en una autoridad propia del señor absoluto del universo.

Esta pretensión la reconocemos en Gregorio VII, en Bonifacio VIII y en otros muchos pontífices romanos que se beneficiaron de la estupidez y la vulnerabilidad de las masas supersticiosas. Envenenando la buena fe armaron a los hombres contra sus legítimos soberanos y propagaron por toda Europa una terrorífica carnicería. Sobre los cadáveres ensangrentados de millones de cristianos pretendían estos representantes construir el edificio de un poder quimérico. Los hombres fueron durante un siglo tristes juguetes miserables y víctimas de esta empresa demente.

La historia nos muestra la misma constante: el sacerdocio se esfuerza por introducir en los gobiernos de la Tierra distintas formas de teocracia. Allí donde prosperan los sacerdotes solo reconocen la autoridad de Dios, de la que son administradores, o de su representante en la Tierra. Quisieran formar un Estado independiente del poder civil. Tratan de erigirse en los únicos que pueden dirigir al hombre amparados en una sabiduría que aseguran haber recibido del mismo Dios. Debemos dejar a la sabiduría de los soberanos cuándo reprimir estas ambiciones y mantener a todos los ciudadanos dentro de los límites prescritos por la razón y las leyes positivas, las únicas capaces de garantizar la paz.

Un autor moderno asegura que la teocracia fue la primera forma de gobierno adoptada por todas las naciones del globo. Aseguraba que inspirados en el propio universo, que se rige por la voluntad de un único Dios, los primeros hombres, al reunirse en una sociedad, no admitían otro monarca que el mismísimo Ser Supremo. Pero como en aquel tiempo el hombre solo tenía ideas imprecisas sobre el monarca celeste creyó que lo honraba levantando un palacio, un santuario y un trono, y adscribiéndole ministros y funcionarios. En un plazo muy breve los supuestos representantes de la divinidad se

procuraron símbolos y distintivos para que el pueblo los reconociese, y fue cuestión de tiempo que la gente se olvidase del Dios y empezase a inclinarse ante los sacerdotes. Así se originó la idolatría, de la que solo puede responsabilizarse a los propios sacerdotes, ya fuese que buscasen instruir al pueblo o beneficiarse con su obediencia. Las castas sacerdotales no encontraron apenas obstáculos para gobernar a los hombres en nombre de sus ídolos mudos. Sobre la faz de la Tierra se propagaron horrendas supersticiones que sumieron al mundo en las tinieblas. Los sacerdotes, orgullosos de su poder, abusaron de él sin medida, tal era su incontinencia. Este fue, según el autor que estamos comentando, el origen de esta casta de hombres que aseguran descender de los dioses y que en la mitología se les da el nombre de semidioses. Cuando los hombres se hartaron del yugo insufrible de los ministros de la teocracia, incapaces todavía de gobernarse por sí mismos, eligieron reyes. Estos reyes se convirtieron en los representantes de los dioses y no tardaron en adoptar los hábitos de los sacerdotes: obligaron a los hombres a que los tratasen como dioses y trataron a los dioses como si fueran esclavos. Según el autor, es en las viejas teocracias donde debemos buscar los orígenes de los despotismos más extremos, como los que todavía hoy mantienen sometidos a los pueblos orientales sin que sus habitantes se atrevan a reclamar los derechos de la naturaleza y de la razón, como haría cualquier hombre que de verdad se preocupase por su libertad.

D'Holbach

TOLERANCIA

La tolerancia suele ser la virtud de todos los débiles, que no tienen otro remedio que vivir cerca de sus semejantes. Los seres humanos disfrutan de una inteligencia notable, pero están tan limitados por sus errores y bajas pasiones que muy raramente encuentran el momento de ser tolerantes, una actitud imprescindible para la tranquilidad social, pues si esta nos faltase el mundo solo conocería el enfrentamiento y la discordia. Es gracias a estas virtudes suaves y conciliadoras por las que se han superado costumbres que habían sumido a la humanidad en el dolor y el sufrimiento. Sin la tolerancia sería inimaginable que lográsemos restablecer la paz y la prosperidad entre los hombres después de cada guerra.

Se pueden nombrar cientos de fuentes de discordia humana. ¡Somos un suelo tan fértil para que prospere el enfrentamiento! Como es bien sabido, los prejuicios más destructivos triunfan en asuntos de moral y en los reglados por la religión, de manera que en esta entrada me centraré en desarticularlos. En primer lugar quiero fundamentar con argumentos bien claros que la tolerancia es justa y necesaria. Después estudiaremos las obligaciones derivadas de esos principios que deben respetar los príncipes y los soberanos. ¡Qué triste que tengamos que recordar y fundamentar verdades tan evidentes, imprescindibles para la sociedad humana, y cuyo incumplimiento le supone al hombre alejarse de su propia naturaleza! Pero son muchos los hombres que incluso en un siglo como este, imbuido de luces, siguen cerrando los ojos ante las verdades más evidentes y ponen obstáculos al progreso de las

emociones humanas. No podemos quedarnos cruzados de brazos y en silencio. Con independencia de cuáles sean las posibilidades de éxito de nuestra empresa, tenemos la obligación de no dejar de creer en el hombre, en la justicia y en la humanidad. Debemos intentar una y otra vez, sin desfallecer, rasgar la venda que cubre los ojos de los supersticiosos y arrancar la daga de las manos a los fanáticos.

Quiero empezar esta entrada con una observación muy sencilla, y que no es muy favorable a la causa de la tolerancia: la razón humana está formada de una manera que sus juicios no son precisos ni estables, es decir, lo que una persona ve con total claridad puede ser oscurísimo para otra. La claridad mental, lo sabemos bien, es relativa, puede dimanar de la luz que envuelve a los objetos, de las relaciones que se establecen entre ellos, de nuestros órganos de percepción... o de cualquier otra causa. El resultado es que cierto grado de iluminación puede ser suficiente para convencer a una persona de algo, pero quizá sea insuficiente para convencer a otra con una mente menos receptiva o con un bagaje de experiencia distinto. De ahí se deduce que nadie tiene el derecho de convertir su manera de ver las cosas en una regla, ni exigir que los demás asientan a sus opiniones. Quien pretende que pensemos al compás de sus juicios es tan majadero como aquel que nos exigiese ver el mundo a través de sus ojos. Está claro que cada uno de nosotros tiene su propia manera de ver y de sentir, que tan poco depende de nuestras intenciones. La educación, las ideas preconcebidas, los objetos que nos rodean, por no hablar de miles de circunstancias todavía desconocidas, influyen en nuestros juicios y los modifican de maneras infinitas. El reino de los valores todavía es más complejo que el mundo físico, y la mente humana tiene menos similitudes entre las personas que los cuerpos. Es cierto que podemos descubrir algunos rasgos comunes en la mente de distintos individuos, pero estos principios son muy escasos y no queda nada claro cómo afectan de verdad al pensamiento. Cuando tratamos de ver de qué manera influyen estos principios a nuestras ideas y

juicios todo se oscurece como esas aguas de manantial que se vuelven turbias a medida que se alejan de su fuente. Las ideas enseguida divergen de una mente a otra, y como cada persona se basa en sus propias experiencias y sus conclusiones son particulares, los resultados de las operaciones de la mente son imprevisibles. Cuanto más avanzamos más se alejan unas mentes de otras. Mil caminos conducen al error, y solo uno nos lleva a la verdad: ¡feliz el que sabe reconocerlo! Cada uno de nosotros se siente orgulloso de su punto de vista, pero carece de la capacidad de persuadir a los demás sobre sus méritos. Ahora bien, reconocidas estas dificultades, por muy complicado que sea ponernos de acuerdo sobre cuestiones de matiz, deberíamos ser capaces de reconciliarnos en la defensa de principios universales como la tolerancia. Hay algo más natural que decirnos a nosotros mismos con tanta certeza como justicia: «¿Por qué tengo que retirarle mi aprecio a la persona que se equivoca? ¿No es el error la triste suerte de la humanidad? ¿Cuántas veces creí que había visto la verdad solo para reconocer al final que me equivocaba? ¿A cuántas personas condené por defender puntos de vista que he terminado por adoptar? Me he ganado, sin duda, el derecho a dudar de mí mismo. En adelante, ¡me cuidaré mucho de juzgar mal y de odiar al hermano que piensa distinto a mí!».

¿Quién puede asistir sin sufrimiento ni indignación al proceso por el que la razón, que debería ser la luz que nos encamine hacia la indulgencia y la humanidad (es decir, reconocer la insuficiencia de nuestra razón y la variedad de las opiniones humanas), termina siendo la responsable de tantas gravísimas divisiones? La razón nos induce a ser los fiscales y los jueces de nuestros semejantes. Con qué arrogancia los acusamos en nuestros tribunales, los sometemos a interrogatorios odiosos y les negamos el perdón, como si fuésemos individuos infalibles. Sin embargo, ¿qué podría ser más indicativo de nuestra humanidad que perdonar cuando el error es fruto del accidente, y quien lo comete está convencido de respetar la verdad?

El mayor argumento que puedo esgrimir contra la intolerancia es que no conozco ningún hombre que adopte el error por el error. Es

cierto que en ocasiones se persevera en el propio fallo de manera deliberada porque creemos que podemos extraer un provecho; solo en estas condiciones es admisible hablar de culpabilidad. Por eso mismo soy incapaz de aprobar que se considere culpable a alguien que comete un error de buena fe, que confunde el error por la verdad sin malicia ni negligencia, que ha sido deslumbrado por un sofisma, y que es insensible de buenas a primeras a los argumentos que podrían reconducirlo. La falta de discernimiento y de agudeza no nos vuelve culpables; no se nos puede pedir responsabilidad jurídica por tener un entendimiento limitado, y los errores de la mente, hasta que no anidan en nuestro corazón, son siempre leves. Un delincuente es un hombre que actúa premeditadamente contra el bien común, que delinque a sabiendas de que obra mal, que cede a las pasiones injustas e infringe con los ojos abiertos las leyes conocidas. En una palabra: toda la moralidad del hombre radica en nuestra conciencia, en los motivos por los que actuamos. Se me replicará: «Algunas verdades son tan evidentes que uno no puede ignorarlas si no media una ceguera voluntaria, si no se actúa con mala fe o se enroca uno en la terquedad». Responderé con una pregunta: ¿quién eres tú para pronunciarte sobre este asunto y condenar a tus hermanos? ¿Acaso eres capaz de ver el fondo de su alma? ¿Están sus profundidades ocultas al alcance de tus ojos? ¿Compartes con Dios la capacidad de examinar su corazón? ¿Se nos ocurre un tema que exija más reflexión, prudencia y moderación que el juicio de las intenciones ajenas? Si no se nos ocurre, ¿por qué camino hemos llegado a convencernos de que somos capaces de señalar con precisión los límites de la verdad, de indicar de manera inequívoca la frontera a menudo invisible donde termina y empieza el error? ¿Por qué nos arrogamos el derecho a determinar lo que cada persona debe aceptar y creer, y sacralizar algunas ideas hasta el punto de criminalizar a quien no crea en ellas? Antes de tomar estas decisiones se deberían comprender bien los aspectos ocultos de la conciencia y todas las circunstancias a las que están expuestas las mentes. Todos los días tenemos pruebas de que incluso las

verdades que nos parecen más claras están sujetas a controversia, y que el mundo no ha conocido una sola hipótesis a la que sea imposible formularle objeciones, que a menudo parecen fuertes como las evidencias que la apoyan. Lo que para una persona es evidente y nítido como la luz del sol, para otra es algo falso o incomprensible, y las diferencias se deben a la calidad del entendimiento o a la forma particular de la mente. Incluso los mayores genios que viven entre nosotros están sujetos a la diversidad de opiniones, y en ocasiones los vemos aferrarse a sus juicios con una terquedad que ni siquiera se permite la gente más corriente.

Abandonemos ahora las consideraciones generales y vayamos a cuestiones de detalle. La verdad se aprecia mejor cuando la estudiamos por contraste que mirándola cara a cara, así que intentaré demostrar en pocas palabras lo infructuoso, lo injusto y las terribles consecuencias que derivan de la intolerancia, de manera que se iluminarán indirectamente las virtudes y la conveniencia de la actitud opuesta: la tolerancia.

De todos los medios que un hombre puede emplear para alcanzar una meta, la violencia es el más inútil y el menos apropiado. No importa cuál es el objetivo: desde una perspectiva moral siempre es más importante el camino que uno escoge para llegar a él. No encontraremos una idea más evidente que la certeza de que cualquier causa debe tener algún tipo de relación con el efecto que se espera de ella, de manera que es posible anticipar este y el resultado que provocarán los medios escogidos. Cuando se trata de efectos físicos, uno puede mover y manipular las cosas naturales; cuando se trata de cómo actúa la mente debemos recurrir a razonamientos, evidencias y motivaciones, que equivalen a las manos de la mente. Solo un idiota pretendería derribar una muralla o demoler una fortaleza con un silogismo, y hay que ser todavía más idiota para querer destruir el error o corregir un falso juicio ayudado por el hierro y el fuego. Siempre me pregunto: ¿cuál es el objetivo de los perseguidores? Si, como tratan de convencernos, es convertir

a los atormentados, alterar sus ideas y sentimientos, inspirar juicios veraces, proporcionarles una conciencia distinta y una comprensión adecuada, ¿por qué recurren a la tortura? ¿Qué relación hay entre tortura y opinión? ¿Se alteran las ideas de una mente en medio de un sufrimiento inducido? Me parece un proyecto tan absurdo y contradictorio que nunca logrará mi asentimiento. ¿Cómo va a penetrar la verdad en una mente porque el hierro y el fuego abran una carne? Solo los argumentos y las evidencias pueden persuadirme y convencerme. Basta con que alguien señale los errores de mi argumentación para que renuncie sin esfuerzo a los puntos de vista que he sostenido hasta ese momento. El tormento nunca logrará aquello que no alcanzan razonando.

Para que el lector pueda experimentar este razonamiento de manera más profunda me permito dar la palabra a uno de estos desgraciados que, dispuestos a morir por su fe, bien podría dirigirse a sus perseguidores de esta manera:

–¡Oh, hermanos míos! ¿Qué es lo que me exigís? ¿Cómo podría satisfacer vuestras exigencias? ¿Está en mis manos renunciar a mis sentimientos y mis opiniones y adoptar los vuestros? ¿Puedo cambiar alegremente la comprensión que Dios me dio, ver con otros ojos, distintos a los míos, y ser alguien que no soy yo? Solamente la evidencia y el razonamiento pueden convencer y persuadirme a mí; me muestran los errores en mis opiniones y yo, naturalmente, sin esfuerzo renuncio a ellas. Pero sus tormentos nunca lograrán lo que su razonamiento no puede. Aunque mis labios declarasen lo que me exigen, ¿sería responsable de esas palabras si mi corazón no las secunda? Quién mejor que ustedes para comprenderme, ya que ninguno abjuraría de su religión. Si estuviesen en la misma situación en la que me han puesto, ¿no elegirían el camino de la gloria con la misma constancia que yo resisto sus instrumentos de tortura? ¿A qué viene entonces tanta barbarie, por qué pretenden obligarme a negar mis creencias y abrazarme a una cobardía que en mi lugar os avergonzaría también a vosotros?

»¿Qué extraña ceguera los conduce a infringir todas las leyes divinas y humanas solo para torcer mi voluntad? Ustedes creen que el motivo para atormentar a tantos hombres es extraer de su culpa la verdad, pero de mí solo pretenden extraer mentiras. Quieren que afirme lo que no creo y que me revele como quien no soy. Si solo renunciase a mis ideas para evitar el dolor ustedes no reconocerían mi arrepentimiento. ¿No les provoca la menor sospecha mi resistencia? Castigan mi sinceridad, me atacan porque soy honesto. ¿No hay suficiente valor en mi perseverancia para que me permitan un respiro? Todos somos discípulos de un maestro que predicaba solo la verdad. ¿Creen que va a recompensarlos por beneficiar a los hipócritas y a los perjuros? Si el credo que yo abrazo y defiendo resulta ser una mentira, él me juzgará, pero ahora mismo se aparece ante mí como una verdad. Dios conoce bien mi corazón, y sabe que este no participa en las confusiones de mi mente, y que mi único propósito es encaminarme hacia la verdad, aunque esté equivocado y resulte que lucho contra ella.

»¿Qué otro interés podría explicar mis acciones? Si estoy dispuesto a sufrir físicamente tanto como sea posible y perder todo lo que quiero a causa de unas creencias que sé que son falsas, entonces os las tenéis con un loco que merece vuestra lástima, no vuestro aborrecimiento. Si estoy dispuesto a sufrir cualquier daño, si me enfrento al tormento y a la muerte para proteger lo más valioso que hay en la vida, el derecho a una conciencia libre, ¿por qué os indigna mi perseverancia? Decís que mis creencias son peligrosas y dignas de ser condenadas, muy bien, pero ¿no tenéis otras armas además del hierro y del fuego para convencerme, para devolverme al camino de la verdad? Las estacas son un método de persuasión singularísimo. Aunque dijese la verdad, ¿qué valor tendría pronunciada en estas condiciones? Esa no es la manera en la que decir la verdad nos resulta beneficioso, ella tiene sus propias armas para conducirnos a la victoria. El método que utilizáis apenas prueba nada más que vuestra impotencia. Si te preocupas por la suerte de mi alma, ¿por qué apresurar mi ruina en lugar de enmendarla? ¿Por

qué destruyes y me robas el tiempo que Dios podría emplear para ayudarme a ver la luz? ¿Buscáis complacerlo pisoteando sus derechos, arrogándoos su derecho a impartir justicia? ¿De verdad os habéis convencido de que honráis a un Dios que proclama su paz y su caridad ofreciéndole en sacrificio los cadáveres quemados de vuestros hermanos como si fuesen trofeos?

Estas serían en esencia las palabras que el dolor y el sufrimiento arrancarían de ese pobre hombre si las llamas que lo envuelven le permitiesen hablar tranquilo. En cualquier caso, cuanto más se estudia la actitud que toman las personas intolerantes más evidente es la ineficacia de su injusticia. Ellos pueden convencerse de que una sumisión forzada, de que la aquiescencia sin convicción puede resultarle grata al creador, pero ¿cómo sería el Ser Infinito si disfrutase al ver que algunos de sus hijos se arrogan sus derechos y tiranizan los corazones de sus hermanos? No hay reyezuelo en la Tierra que no esté prevenido contra la adulación, y en cambio forzamos sin sonrojo que se elogie a Dios. Al final el cacareado éxito de estos perseguidores se limita a fabricar hipócritas o mártires, héroes muertos o cobardes vivos. Un alma débil y pusilánime se contrae en medio del tormento, y abjurará de su fe entre temblores sin apearse del odio hacia quien la obliga a perjurar. Un alma generosa atraviesa la tortura con los ojos secos, sin alterar el semblante y sin temblar, observa a sus perseguidores con lástima y espera la muerte como un triunfo. La lección que podemos extraer de estas experiencias es nítida: el fanatismo ha vertido torrentes de sangre sobre la Tierra, pero los mártires mueren sin cambiar de opinión. En cuanto a las conversiones forzadas, demasiado bien sabemos que se evaporan junto al peligro, que el efecto cesa con la causa. Miles han vuelto a sus viejos rediles, más preocupados de que los suyos perdonasen su debilidad transitoria que de otra cosa, alegres por abrazar de nuevo la libertad natural. No puedo imaginar una blasfemia mayor que asegurar que es Dios quien autoriza estas exhibiciones de intolerancia.

Lo que se ha demostrado hasta el momento es que la violencia favorece que los hombres refuercen sus creencias, en lugar de despertarlos del error.

Un estudioso de la política dijo: «Desde luego no va a ser colmando un alma con los miedos del martirio como lograremos inculcar a un hombre la verdad religiosa que le ayudará a convertirlo. Se trata de un momento espiritual de la mayor importancia, y no deberíamos estropearlo con coacciones. Las leyes penales pueden inspirar temor, es cierto, y es así como se frenan algunos desmanes, pero cuando se trata de decidir entre dos creencias religiosas los resultados pueden ser monstruosos. Nuestro propósito no es que la gente traicione su conciencia por miedo, sino que llegue a nosotros después de aprender a distinguir entre la verdad y el error, de liberarse de las ideas preconcebidas. ¿No deberíamos procurarle las condiciones más cómodas para que meditase y se examinase? Si cuando alguien está sereno, escuchando con libertad los argumentos más profundos, no basta para persuadirlo, ¿cómo va a ser más efectivo que entre la verdad en su corazón mientras su alma está rodeada por las imágenes más aterradoras y los horrores de la muerte? ¡Qué absurdidad! ¡Qué contradicción!».

Hemos llegado de nuevo a la misma conclusión: el resultado de aplicar métodos violentos es enquistar en los perseguidos sus opiniones más equivocadas. La violencia que ejercen sobre ellos los convierte en enemigos furibundos de quienes los persiguen. Se despierta en ellos un odio hacia esta manera de entender la religión tan profundo como el odio que despiertan sus ideas en los inquisidores.

Creo que sería bueno que los inquisidores examinasen su comportamiento. Dicen estar seguros de defender la verdad, pero si fuese así, ¿no bastaría con argumentar para derribar los falsos prejuicios y permitir que otros se abracen a la certeza tras reconocerla? Los inquisidores, en cualquier otra circunstancia,

reconocerían que la verdad se impone sin ayuda, pero se olvidan cuando están torturando mentes y cuerpos.

La verdad brilla con su propio esplendor y lucha con sus propias armas, nos atrae con una luz característica que emana de su mismo seno. La verdad se abochorna de esa ayuda exterior que solo sirve para oscurecer o mitigar la gloria de sus conquistas. La única obligación que la verdad admite deriva de su propia excelencia: ella nos deleita y nos subyuga con su belleza. Su triunfo consiste sencillamente en aparecer, y su poder en ser lo que es. El error, por el contrario, es débil e impotente, haría escasísimos progresos por sus propios medios, de manera que necesita la ayuda de la violencia y de la coacción. La verdad evita las exposiciones y las aclaraciones; a la larga estos intermediarios solo pueden perjudicar su causa. Al error le gusta pelear sus batallas y difundir sus dogmas ayudado por las contaminaciones de la superstición y la oscuridad de la ignorancia. Solo en esas circunstancias este puede imponerse a la conciencia y a la razón y dominar con mano de hierro como lo hacen el despotismo y la intolerancia. Si un sabio se atreve a formular alguna objeción el miedo acudirá enseguida para asfixiar su voz. Pobre del alma audaz que pretenda propagar la verdad en medio de sus enemigos.

Abandonad, inquisidores, el absurdo de defender la verdad con las armas del engaño. Al actuar así pisoteáis la gloria de sus fundadores, calumniáis al Evangelio, confundís al hijo de María con el hijo de Ismael. ¿Con que derecho torcéis los métodos que Jesucristo escogió para propagar su doctrina? ¿No os deberíais inquirir a vosotros mismos? Jesús es nuestro modelo, y él solo se valía de la dulzura y de la persuasión, a diferencia de Mahoma, que sedujo a muchos y sometió a muchos más al silencio. Jesús exigió a cada uno de nosotros que se hiciese cargo de su propia salvación; Mahoma les ordenó que cogiesen las espadas. Jesús dijo: «Ver y creer»; Mahoma fue quien ordenó: «Cree o muere». ¿De cuál de estos dos maestros queréis ser discípulo? Lamento no poder expresar con la fuerza necesaria que la verdad y el error se

diferencian tanto por sus métodos como por su esencia. La naturaleza de la verdad es divina y se caracteriza por la dulzura, la persuasión y la libertad, de manera que cuando agita sus cualidades delante de mí, me siento atraído por ella. Por el contrario, allí donde dominan la tiranía y la violencia lo único que veo son espectros amenazantes. Cuando trabajamos a favor de la tolerancia también propagamos la verdad y estrechamos la influencia del error. Si la humanidad adoptase estos principios los hombres no tardarían en ofrecerse ayuda mutua, en renunciar a sus prejuicios y en celebrar la verdad de cada uno como un bien mutuo, del que sería tan injusto privar a los demás como renunciar a la propia. Así se podría viajar de un confín a otro del mundo, contrastando y compartiendo sentimientos y opiniones sin necesidad alguna de confinarse en la propia visión de las cosas, midiendo en balanzas serenas e imparciales las dudas y las razones. En un mundo así, ¿no podría extender la verdad progresivamente su imperio y reclamar sus derechos mientras que la oscuridad del error se disiparía igual que las sombras se retiran ante la presencia de la luz solar?

No pretendo que la tolerancia pueda garantizarnos un mundo sin error ni tampoco que el infiel abjure de buenas a primeras de las mentiras que los prejuicios y las costumbres sembraron en su corazón. Me limito a considerar que el avance de la verdad en estas condiciones sería mucho más rápido, ya que a su ventaja natural podría sumar la ausencia de obstáculos artificiales, de manera que podría penetrar mucho más fácilmente en el corazón de las personas. Da igual lo que digan nuestros adversarios: nada puede ser más pernicioso para el progreso de la verdad que el ejercicio de la intolerancia, que la tortura y la degradación del ser humano. Así solo se consigue encerrar la inteligencia en el estrecho círculo de sus prejuicios, arraigarla en el suelo equívoco que los nutre. Al prohibir la duda y la reflexión como si fuesen crímenes, al aplastar a los hombres con un anatema si piensan o sienten distinto a nosotros, ¿no estamos trabajando a favor del error? Podemos imaginar un enemigo mayor para la verdad que las cadenas?

Ya hemos profundizado lo suficiente en la manera de pensar de los intolerantes, revisemos ahora las consecuencias que se derivan de su actitud, y juzguemos sus efectos. No parece posible hacerle peor servicio a la humanidad que confundir los principios que deberían regir todas las acciones humanas, derribar el muro que separa la justicia de la injusticia, desgarrar el tejido social, situar el vicio donde debería reinar la virtud, armar a un príncipe contra sus súbditos, subvertir la autoridad de los padres, obligar a que el hermano la emprenda contra el hermano, utilizar, por así decirlo, las velas del altar para encender las antorchas de la furia. Quien así actúa está enseñando a que unos seres humanos piensen en otros como si fuesen ogros, y está sofocando en los corazones el menor atisbo de justicia y tolerancia. Pues bien: estos son los resultados inevitables del ejercicio de la intolerancia contra el que tratamos de luchar. De ella se desprenden los crímenes más atroces: perjurios, calumnias, traiciones, parricidios... Los actos más horribles quedan justificados, incluso santificados, por la misma causa: los intereses de la Iglesia, la necesidad de extender su reinado. ¡Qué vergonzosa inversión de las ideas! ¡Qué incomprensible abuso sobre todo lo que es noble y sensato! La religión, que le fue entregada a los hombres para unirlos y hacerlos mejores, transformada en el pretexto para sembrar la Tierra de terror. Cada atrocidad cometida en nombre de la religión parece quedar legitimada, la mayor maldad se transforma en una resplandeciente virtud, los ejecutores que cualquier justicia terrenal condenaría a muerte son elevados al rango de santos y de héroes. Escondidos bajo el manto de la piedad divina regresan a la Tierra los cultos abominables de Saturno y Moloc: el orgullo y el fanatismo triunfan, y el mundo observa con horror cómo los monstruos son santificados. Que nadie nos acuse de polemizar gratuitamente, incluso a nosotros nos hacen temblar las pruebas de las que disponemos. Pero es absurdo presumir de disponer de información terrible, es mejor olvidar en la medida de lo posible estos vergonzosos testimonios, toda esta sucesión de crímenes contra la humanidad, y ahorrarnos así una imagen demasiado

humillante de nosotros mismos. Preferimos insistir en un problema añadido: quien abre la puerta a la intolerancia convoca una fuente inagotable de males. Enseguida el resto de sectas reclama el mismo derecho a desplegar su violencia. En cada lugar de la Tierra las creencias mayoritarias tratarán de oprimir a las minoritarias, y ninguna creencia es mayoritaria en todo el mundo; nadie puede sentirse seguro. Por todas partes se señalarán herejes y se reunirán ejércitos para imponer las propias creencias. El destino de la verdad se decidirá en estas batallas y su juez será la fuerza local. Los mortales más feroces lograrán que sus creencias sobrevivan a costa de las otras. En todas partes se encenderán hogueras, en todas partes prosperará la tortura. Calvinistas, católicos, luteranos, judíos y ortodoxos, todos se devorarán los unos a los otros como fieras. Allí donde se conozca el Evangelio la tierra será un matadero, la vida una desolación, los inquisidores nuestros amos, la cruz de Jesús el estandarte del crimen, y todos sus discípulos vagarán ebrios de la sangre derramada por sus hermanos. La pluma desfallece ante la visión de estos horrores, todos ellos fruto de la misma intolerancia. No creo que después de leer esto nadie en sus cabales se atreva a seguir defendiendo que la Iglesia está autorizada a emplear la violencia para alterar la conciencia de los herejes; al menos esperamos haber sembrado la conciencia de que si actúa así está cometiendo un crimen. Pues en su seno interno los así llamados herejes están convencidos de creer en la verdad tanto como sus verdugos.

Concluyamos con el convencimiento de que una intolerancia universalmente establecida nos llevaría a los seres humanos a tomar las armas los unos contra los otros y provocaría un sinfín de guerras religiosas. Incluso si las personas que no son cristianas se resistiesen al enfrentamiento, pues no están motivadas para perseguir a nadie por sus principios religiosos, terminarían involucradas por motivos políticos y civiles, pues los cristianos no toleran a quienes no aceptan sus ideas, de manera que el resto del mundo debería unirse, y por un buen motivo, en su contra para maquinar la ruina de estos

enemigos de la humanidad que, con el pretexto de la religión, no ven nada ilegítimo en torturar y esclavizar a otros congéneres. En este sentido me pregunto a menudo: ¿por qué condenamos a esos príncipes de Asia o del Nuevo Mundo que ahorcan al primer misionero que enviamos con la idea de convertir a su pueblo? ¿Acaso el deber fundamental de un monarca no consiste en defender la paz y proteger la tranquilidad de su Estado? ¿No se incluye entre sus responsabilidades prohibir la actividad de esos religiosos que, tras presentarse con una dulzura hipócrita, quedan a la espera de difundir credos bárbaros y sediciosos? Los cristianos solo pueden culparse a sí mismos si otros pueblos han aprendido a no tolerar sus principios, si solo ven en ellos a los asesinos y perturbadores de los pueblos indígenas, y si su religión santa, en lugar de progresar y multiplicarse por el mundo, es expulsada allí donde llega por sus excesos y su ferocidad.

Por último, apenas parece necesario citar los principios del Evangelio contra la intolerancia. En todos los Evangelios se exponen y se desarrollan los principios de la igualdad natural. En cada página se recuerda a los inquisidores mediante las enseñanzas y los ejemplos de nuestro noble maestro que cada respiración suya estaba colmada de dulzura y de caridad. En muchas partes encontrarán testimonio del comportamiento de los primeros cristianos, que sabían bendecir y rezar por el alma de aquellos que los perseguían. No vamos a reproducir aquí los argumentos que los padres de la Iglesia emplearon con tanta fuerza contra las tiranías de Nerón y de Diocleciano, porque desde los tiempos de Constantino el Grande parecen sencillos de desacreditar. Que el lector entienda que en una breve entrada como esta apenas se puede arañar la superficie de un material tan abundante. Pero en la medida que hemos establecido ya los principios más generales y evidentes (al menos para nosotros) el único trabajo que nos queda es esbozar cuáles son los deberes de los soberanos hacia las distintas sectas que pululan en la sociedad.

Se trata de un asunto muy delicado, en el que no me aventuraría a entrar si no hubiese recibido un encargo expreso. Pero si tenemos

en cuenta las observaciones generales será más sencillo entender las conclusiones siguientes:

1. No es posible penetrar en la esencia de este asunto si no se tienen en cuenta las diferencias entre el estamento religioso y los jueces. El Estado o la república tienen como principal objetivo la conservación de sus miembros y la protección de su libertad, su salud, su tranquilidad, sus posesiones y sus privilegios. La Iglesia, por su parte, es una sociedad cuyo objetivo es el perfeccionamiento de los seres humanos y la salvación de las almas. El Estado se preocupa de nuestra vida aquí y ahora, mientras que la Iglesia se preocupa por encima de todo de la vida futura. El soberano está amparado por el derecho y exigido por el deber cuando se trata de proteger la paz contra aquellos que pretenden perturbarla, pero debe frenarse cuando empiezan los asuntos de conciencia. Estas dos jurisdicciones deben permanecer siempre separadas. En el momento en que una trata de usurpar los derechos del otro empiezan a multiplicarse las dificultades.
2. La salvación del alma de ninguna manera pertenece al ámbito de competencias de un juez y nunca podremos decirla por ley ni por la moral natural ni por convención política. Dios nunca ordenó a sus acólitos que entregasen su conciencia a los monarcas y asumiesen sus puntos de vista. Nadie puede definirse como un defensor de la fe y luego acatar todo lo que le mande su monarca. Ya hemos señalado que no hay nada más autónomo que los sentimientos. Puede ser que las palabras de otro allanen nuestras ideas, pero no es posible dejar de pensar en lo que pensamos por una coacción exterior. ¿Qué poder tendrá el juez sobre la conciencia? ¿Qué fuerza o autoridad puede ejercer? La religión nos persuade, no puede ordenarnos. Esta idea es tan evidente que incluso los apóstoles de la intolerancia la aceptan sin intentar refutarla (al menos cuando su juicio no está turbado por la pasión). Si la fuerza pudiera persuadirnos en asuntos que pertenecen a la fe, entonces solo podrían salvarse aquellos que

han nacido en países que se han entregado a la religión verdadera. Los méritos que nos acompañan a la salvación dependerían del azar del nacimiento, y estarían a merced de los cambios de gobierno.

3. Podemos aplicar este asunto amparándonos en algunas ideas vertidas por el autor de *El contrato social*: el derecho que el pacto social otorga al soberano no puede ir más allá de la actividad pública de los individuos. Los individuos solo deben rendir cuentas hasta cierto punto de sus opiniones, apenas en aquello que afecta a la comunidad. Lo que sí es muy importante para el Estado y para la comunidad es que todos los individuos tengan una religión. Solo así tendremos cierta garantía de que amarán los deberes cívicos. También los dogmas religiosos deben preocupar al Estado, en cuanto estén relacionados con la moral, y en la medida que pretenden obligar a los demás. Rousseau reconoce la existencia de una profesión de fe puramente civil, cuyos artículos deben ser fijados por el soberano no tanto como dogmas religiosos, sino más bien como una serie de sentimientos sociales sin los que es imposible que el individuo sea un buen ciudadano. Es cierto que el soberano no puede obligar a nadie a que crea en ellos, pero sí puede reprimir a aquel que no quiere acatarlos, acusándolo no tanto de impiedad como de ser un hombre antisocial, incapaz de amar de verdad las leyes y la justicia y de sacrificar, en caso de necesidad, su vida al deber.
4. Podemos extraer varias conclusiones válidas de estos razonamientos. La primera es que los soberanos no deben tolerar dogmas hostiles a la sociedad civil. No tienen, por supuesto, ningún derecho a inspeccionar la conciencia religiosa, pero deben castigar aquellas afirmaciones que pudiesen sembrar en los corazones la depravación de las costumbres o la indiferencia ante el deber. Los ateos son peligrosos porque pretenden retirar la única brida capaz de retener al poderoso y le roban el consuelo y la esperanza a los desfavorecidos. Allí donde triunfa el ateo se derriban todas las leyes humanas que se apoyan en una futura

sanción divina. Su idea de que la única distinción válida entre lo justo y lo injusto depende del hombre es frívola, su idea de que el único castigo que puede esperar un criminal sea el terrenal es un escándalo. Los ateos no pueden reclamar nuestra tolerancia hasta que no hayan sido instruidos. Si la instrucción no basta debemos exhortarlos, y si persisten, debemos castigarlos. Si el castigo no es suficiente la mejor respuesta pasa por romper con ellos y expulsarlos de la sociedad antes de que rompan el lazo que nos une a todos. En segundo lugar, los soberanos deben enfrentarse enérgicamente a todos los sistemas que, disimulando su codicia bajo la piedad, tratan de estafar a los ciudadanos cuando no a los propios príncipes. En tercer lugar, y muy especialmente, los soberanos deberían prohibir esos cultos que pretenden formar una sociedad dentro del Estado, que buscan liberar a sus seguidores de sus responsabilidades y obligaciones civiles y disolver los vínculos afectivos con su tierra natal. Estos cultos solo persiguen sus propios intereses en detrimento de los del Estado. No les importa sacrificar el bien público por ventajas particulares. El soberano debe asegurarse de que cualquier sacerdote sea un ciudadano más, que esté sujeto como cualquier otro a las leyes del país, y que su autoridad, puramente reducida al ámbito espiritual, se limite a descubrir, exhortar y predicar la virtud. En un Estado sano el sacerdote tiene claro que su reino no es de este mundo, porque si colocamos la espada y el incensario en las mismas manos, aunque sea por un instante, todo está perdido.

La regla general no puede ser más sencilla: respetar los derechos de la conciencia como algo inviolable, siempre y cuando no entorpezcan el libre desarrollo de la sociedad. Los errores sobre cuestiones teóricas y metafísicas no influyen sobre el Estado, no merece la pena que la autoridad trate de mitigar las diferencias de opiniones, pues el ser humano es una criatura tan imperfecta que siempre reinarán las controversias. La verdad produce herejías igual que el sol impurezas y manchas. Si intentamos limar estos

desajustes con el hierro y el fuego las cosas solo pueden ir a peor. Se debe castigar el crimen pero ser piadoso con el error, no conceder a ninguna creencia otras armas que la serenidad, el buen ejemplo y la persuasión. Cuando se trata de cambiar de fe, la invitación tiene más éxito que el castigo, pues este provoca siempre consecuencias destructivas.

Imagino que algún lector se opondrá a estos principios, aludiendo a las dificultades que provocan la convivencia de múltiples religiones y las ventajas derivadas de unas creencias uniformes dentro de un Estado. Recordemos las palabras de Montesquieu sobre este asunto. Para el autor de *Del espíritu de las leyes* es inevitable que las ideas de uniformidad impresionen a las almas pequeñas. Descubren en ella una especie de uniformidad que reconocen porque es imposible no darse cuenta: los mismos pesos autorizados, las mismas monedas, las mismas leyes, la misma religión. Pero ¿es esta uniformidad conveniente siempre y sin excepción? ¿No se ha demostrado muchas veces que un cambio a tiempo evita muchos sufrimientos? ¿No consiste la grandeza del genio en saber distinguir los casos en los que la uniformidad es conveniente y en los que resultaría beneficioso un cambio?

En otras palabras: ¿para qué idealizar una supuesta perfección que es incompatible con nuestra naturaleza? Los seres humanos siempre estarán divididos en sus opiniones. La historia de la humanidad nos ofrece incontables pruebas de lo que afirmo. No se me ocurre un proyecto más quimérico que pretender que toda la humanidad se ponga de acuerdo. No me convence quien asegura que la convivencia política exige que establezcamos una unidad religiosa y que prohibamos escrupulosamente todas las creencias que difieran de la ortodoxia. Quien habla así está promoviendo que convirtamos a los ciudadanos en autómatas, que aprendan tan solo las creencias de su tierra natal, que jamás se atrevan a cuestionar ni a pensar con profundidad, sometiendo su fe a la esclavitud de nuestros prejuicios, como ocurre entre las tribus bárbaras. Quizá alguien todavía insista: ¿para qué permitir tantas religiones si está

probado que no saben convivir y que sus roces generan problemas y divisiones? Este argumento puede convertirse en el núcleo de mi defensa: es precisamente la intolerancia la fuente de todos los problemas. Si los distintos credos se apoyasen mutuamente y expresasen sus rivalidades en un concurso de acciones ejemplares, de rectitud moral, de amor a la ley y de respeto al país los problemas se volverían beneficios. Así prosperaría la paz y la armonía, y la diferencia de opiniones sería como las disonancias de la música, que enriquecen el conjunto de la pieza.

Es posible que algunos no se den por vencidos y señalen que los cambios en materia de religión llevan en ocasiones asociadas inestabilidad para las leyes y revoluciones contra el Gobierno. De nuevo respondería que no podemos achacar estas odiosas consecuencias a los cambios de credo, sino a la intolerancia. Si las religiones combatiesen entre ellas con las armas que les procuran los Evangelios jamás se provocarían tumultos. Al contrario, en numerosas ocasiones han sido los defensores de la fe dominante quienes se han alzado en armas para aplastar a los disidentes, quienes han cambiado leyes para favorecerse, han encendido la discordia y el fanatismo en el corazón del pueblo y han hecho pagar, sin la menor vergüenza, a sus víctimas las perturbaciones que ellos mismos habían originado.

Hay una acusación que la ley debe castigar de manera inflexible: tratar de aprovecharse de una religión para alterar el orden, perturbar la paz y fomentar la sedición. Pero no es justo identificar esta clase de delito con aquellos que sencillamente piden libertad de pensamiento para profesar la fe que consideran verdadera, y que en el resto de ámbitos se comportan como súbditos fieles al Estado.

Todavía queda un buen argumento por esgrimir: si el príncipe es el defensor de la fe, está obligado a proteger la disciplina y la pureza con todas las armas a su alcance. Si el racionamiento y las advertencias no son suficientes deberá recurrir a la espada para mantener a los rebeldes en el seno de la Iglesia. Cuando escucho estas palabras me pregunto: ¿qué te propones con estos consejos,

bárbaro? ¿Para salvar a tu hermano lo estrangularás? ¿De veras crees que Dios te ha atribuido la salvaje responsabilidad de ejecutar su venganza? ¿Quieres para agradar a tu señor comportarte como un demonio? Por desgracia, sanguinario ciudadano, el Dios de la paz rechaza sacrificios tan horrendos, que solo son dignos de un bárbaro.

En ningún momento hemos pretendido definir aquí los límites precisos de la tolerancia. Es decir: nuestra intención no es definir con claridad en qué momento la razón se aparta de una actitud saludable y se entrega a la indiferencia, sin duda censurable, que considera válidas todas y cada una de las opiniones humanas. Estamos defendiendo la tolerancia práctica, no el relativismo teórico. Percibo con claridad la diferencia de fondo entre tolerar una religión y aceptar sus principios.

Romilly

TONO

Aplicada a la música esta palabra tiene varios significados:

1. Se aplica para caracterizar el intervalo de la escala diatónica.
2. También llamamos tono al volumen con el que las voces o los instrumentos ejecutan la música. En este sentido decimos de un concierto que el tono es «demasiado alto» o «demasiado bajo». En las iglesias encontramos un tono que es definido por el canto y otro por el órgano.
3. También llamamos tono al instrumento que sirve para dar el acorde a una orquesta. A este instrumento también se le conoce como «corista». Se trata de un silbato graduado por una válvula que permite representar más o menos el tono que se persigue. Este «más o menos» depende de las variaciones e impide que sea exactamente el mismo por mucho que nos esforcemos. Tanto es así que es posible que desde el principio de los tiempos nadie haya podido reproducir dos veces el mismo. Diderot propuso varios sistemas para precisar mejor el tono, todos basados en un intento de atenuar la influencia del aire.
4. Por último, también llamamos tono al sonido de una nota, el acorde principal, que sirve como base de la composición, y sobre él se basan la armonía, la melodía y la modulación.

En la medida que nuestro sistema moderno se compone de doce acordes, cada uno de estos sonidos puede ser empleado como base de un tono. Este sonido fundamental se llama tónica. Disponemos,

así, de doce tonos, y puesto que podemos aplicar el modo mayor y el menor a cada uno, nuestro sistema musical puede expresarse en veinticuatro tonos. Los tonos se diferencian entre sí por los distintos grados de elevación que pueden abarcar. Un oído bien adiestrado puede reconocer el mismo tono cuando lo interpreta un clavecín que cuando lo interpreta un clavicémbalo. De ahí proviene la belleza de las modulaciones y la variedad admirable con la que podemos expresarnos, así como la capacidad de despertar distintas emociones con los mismos acordes interpretados en tonos distintos. Si el músico pretende transmitir majestuosidad y seriedad los tonos más apropiados son fa y do menor; si su propósito pasa por animar al oyente con una música agradable y brillante debe emplear el mi mayor, el re. El do menor es el más indicado para expresar la ternura del alma, y el do y fa menor son los más indicados para aproximarnos a los estados lúgubres o desesperados. Sea como sea, no puede dudarse de que cada emoción tiene su vehículo tonal de expresión adecuado. Un buen compositor debe ser también un maestro en provocar emociones a sus oyentes, así rescata parte de la sabiduría de los antiguos, aunque se quede lejos de su energía y de sus matices.

De toda esta variedad es lo que Rameau quisiera privar a la música, sumergirla tanto como sea posible en la uniformidad y la monotonía. Su propósito es que impere la armonía por encima de cualquier modulación y variedad. Pero si bien ganamos algo con este método, ¿no es demasiado lo que perdemos? Antes de aplaudir a Rameau debería explicarnos cómo vamos a compensar la pobreza expresiva a la que pretende confinarnos.

Rousseau

VIRTUD

Es probable que conozcamos mucho mejor la virtud por propia experiencia que inducidos por la lectura de una serie de razonamientos sobre su naturaleza. Si existiese en esta tierra un hombre lo bastante desgraciado para no haber sido jamás tocado por ella, que no haya sentido el dulce placer de hacer el bien, todos nuestros discursos sobre el asunto serían absurdos y tan inútiles como ofrecerle a un ciego una descripción detallada de una pintura o de un paisaje. Un sentimiento solo se conoce experimentándolo. Si alguien quisiera saber qué es la humanidad le daría el siguiente consejo: que cierre los ojos e imagine a las personas que sufren. Querido lector, seas quien seas, si en alguna ocasión has sentido los atractivos de la virtud gira los ojos hacia tu ser interior, la definición precisa la encontrarás en tu corazón.

Vamos a limitarnos a exponer algunas reflexiones en el orden en que se nos presentan en la mente, no tanto para abordar a fondo un

tema que es inagotable sino para ofrecer una idea ligera de lo que da de sí.

La palabra «virtud» es una palabra abstracta. En un primer momento no transmite a quienes la escuchan nada preciso ni determinado. En general designa todos los deberes del hombre, cuanto entra en el ámbito de la moral. Un significado tan vago conduce a juicios arbitrarios, este es el motivo por el que la mayoría de gente entiende la virtud antes por las sensaciones y los sentimientos que les incumben que por ninguna definición. La idea que se tiene de la virtud es cambiante y depende mucho de los progresos morales de la sociedad. Los hombres llegarían a ponerse de acuerdo sobre qué es el vicio y qué es la virtud si estos dos órdenes estuviesen separados por límites muy claros, pero lo cierto es que la frontera es muy confusa. Hay virtudes falsas, exageradas o dictadas por el orgullo. Alguien puede creer que en determinados casos la virtud exige un sacrificio personal que otro no acepta de ninguna manera. ¿Debió Bruto, cónsul y padre, condenar a sus hijos cuando se rebelaron contra la nación? El dilema todavía no ha recibido una respuesta unánime, pero el ejemplo demuestra que los deberes de un hombre son complicados y que varias exigencias se entrelazan, de manera que no hay luz lo bastante potente para asegurarnos cuál sería la conducta virtuosa. Uno debe calcular bien en qué momento una virtud empieza a ser perjudicial por exceso o por defecto si no quiere ir contra la justicia: a veces la clemencia es una virtud, en otras es un peligro. De toda esta complicación surge la necesidad de tener a mano unos principios sencillos que nos guíen e iluminen.

Por encima de cualquier otro, mi consejo es juzgar las acciones por sus motivos. Este es el mejor camino para obrar con justicia. No hay nada más puro que la intención. Mi consejo es que ilumines la mente y escuches a la razón, que te libres de los prejuicios e intereses de la conciencia y que sigas al instinto moral, seguro y fiel, enraizado en nosotros. Si actúas así pronto distinguirás la virtud que se manifiesta como una idea o una sensación. Rara vez nos

engañamos en estas cuestiones, y uno de los peores pretextos que podemos alegar es que desconocemos nuestros deberes. Admito que nuestro corazón es presa de tantas pasiones y que nuestra mente es tan inconsistente y huidiza que incluso las nociones más claras pueden oscurecerse. Pero basta con un momento de calma para que la virtud vuelva a brillar con todo su esplendor. Cuando las pasiones dejan de rugir nuestra conciencia habla con nosotros con el tono inconfundible de la persuasión. Las personas corrientes la escuchan a menudo con más claridad que los filósofos, pues el instinto moral es más puro en ellos, está menos alterado. La reflexión sobre los deberes los transforma y debilita; una mente sistemática sabe cómo oponerse a la verdad, y la razón se desfonda cuando la fatigamos con cien sofismas.

Montaigne nos dice: «Me encuentro entre las costumbres y la conversación de los hombres sencillos más cerca de las prescripciones de la filosofía verdadera que cuando hablo con filósofos».

Hoy sabemos que la palabra «virtud» remitía en un principio a la fuerza y al coraje. Se aplicaba a aquellos que siendo débiles por naturaleza tenían que ejercitarse para vencer sus malas inclinaciones y subyugar sus malas pasiones, pues en eso consiste el ejercicio de la virtud. Decimos que Dios es bueno, nunca que Dios es virtuoso, porque la bondad es intrínseca a su naturaleza y se mantiene sin el menor esfuerzo en la perfección suprema. Quizá sea redundante insistir en que el hombre bueno y el hombre virtuoso son seres muy distintos. El primero es relativamente sencillo de encontrar, el segundo es mucho más raro.

En cualquier caso, ¿qué es la virtud? Podríamos definirla tentativamente como la observación constante de las leyes que nos imponemos para reconocernos como hombres de bien. Si atendemos a esta definición veremos que la palabra «virtud» comprende distintas maneras de comportarse, pero no tenemos espacio para analizarlas al detalle. Nos limitaremos a observar que, con independencia de los matices que adquiere según el estado de la

moral y de las costumbres, el flujo principal de la virtud, su esencia, se mantiene inalterable: es igual de singular y sencilla en todas las épocas, bajo todos los climas, bajo cualquier gobierno. La virtud es la ley que el Creador dio a todos los hombres y que a todos nos habla en el mismo idioma. Esta ley difiere de las convenciones humanas, pues estas nacen, se modifican y se suceden las unas a las otras, igual que las generaciones siguientes. La virtud no sabe nada de estas variaciones, es inmutable como su autor. En vano algunos escritores señalan a pueblos oscuros cuyas tradiciones bárbaras y crueles parecen apuntar contra nuestro argumento. En vano el escéptico Montaigne reúne ejemplos de costumbres extrañas y opiniones extravagantes de todas las partes del globo para insinuar que la conciencia y la virtud son prejuicios que varían según el país. No entraré a refutarlo con detalle, diremos que muchos de los malos usos que señala bien pudieron ser virtuosos en un primer momento y que solo después se corrompieron. ¿Cuántas instituciones nos parecen ahora absurdas solo porque ignoramos sus orígenes? El juicio filosófico debería basarse en información veraz. El robo autorizado por la ley tenía un objetivo y una utilidad en Lacedemonia, y sería un error concluir que era una muestra de la criminalidad de los espartanos.

En cualquier caso, me parece incontestable que el hombre, sin importar la nación a la que pertenezca, quiere lo que es bueno. Puede haberse confundido en el camino a seguir, pero su razón al elegir es siempre infalible: nunca escogerá hacerse daño, ni siquiera elegirá ser un vicioso: si incurre en el error y en el vicio es porque se presentan bajo la apariencia de la virtud y la bondad. Así puede explicarse el comportamiento de esos salvajes que matan a los enfermos de su tribu, acortando la vida de sus padres en cuanto estos empiezan a languidecer, pues no los mueve la crueldad, sino una compasión mal entendida. Por muy corrupto que nos parezca un hombre es muy difícil que diga de sí mismo: «Me abandono a la delincuencia, aspiro a comportarme de manera inhumana, nada hay

más hermoso que amar el vicio y odiar la virtud, y creo que hay mayor nobleza en ser ingrato que en ser agradecido».

No, nadie habla así. El vicio al desnudo resulta odioso a todos los hombres. El malvado sufre cuando lo descubrimos perpetrando sus delitos y si pudiese conseguir el mismo beneficio sin infringir la ley sin duda lo intentaría.

No me propongo justificar las ilusiones y las falsas nociones de que los hombres se sostienen sobre la virtud, solo digo que entre diferencias y contradicciones aparentes existen principios comunes que vinculan esas distintas nociones. Por ejemplo: que la virtud es atractiva y digna de ser recompensada, que el vicio es odioso y debe ser castigado. Estas dos verdades las han experimentado todos los hombres y no conocemos a ninguno que las desmienta. En vano se citan filósofos y pueblos enteros que rechazan todos los principios morales: contra los primeros puede argumentarse que siendo innatos estos principios, ¿cómo es posible hacer caso omiso de ellos? En cuanto a esos pueblos que se dice que no tienen noción alguna de la virtud, son tan escasos en número que tienden a la insignificancia. Estoy de acuerdo con un autor muy imparcial, Bayle, para quien las buenas costumbres siempre se conservan si la gente hace un uso adecuado de su razón:

> El más elocuente de los filósofos preguntó: ¿existe alguna nación donde la dulzura no sea amada, o no se ame la bondad y la gratitud, donde no se asista con disgusto al orgullo, el crimen, la ingratitud o las conductas inhumanas?

Tomemos prestadas ahora las palabras de un autor moderno, cuyo nombre no necesito citar:

> Examinemos todas las naciones del mundo, hojeemos todas las historias, estudiemos todos los cultos inhumanos y extraños, entre las variedades más prodigiosas de las costumbres y los hombres: por todas partes encontramos las mismas ideas sobre la justicia y la honestidad, en todas partes nociones idénticas sobre el bien y el mal. El paganismo alumbró dioses abominables, que aquí en la Tierra serían castigados como villanos, y que ofrecieron como

> único camino hacia la felicidad un reguero de crímenes y pasiones exageradas. Pero el instinto moral rechazó todo este vicio desde su sede en los corazones humanos. Mientras se celebraba el libertinaje de Júpiter, admiraban la continencia de los grandes hombres; Lucrecio adoraba a la impúdica Venus, pero se comportaba como un hombre casto; los hombres adoraban a los dioses más despreciables, pero la voz sagrada de la naturaleza, superior a todos los dioses, se hizo respetar por toda la superficie de la Tierra, y relegó el crimen a los imaginarios cielos paganos.

Sin embargo, si la virtud es tan sencilla de reconocer, ¿de dónde vienen las dificultades que rodean a las cuestiones morales? ¿De dónde proceden las enormes dificultades para distinguir a los justos de los injustos y el vicio de la virtud? Debemos tener en cuenta que la justicia que nos gobierna debe su forma a la debilidad de nuestro entendimiento, que está atravesado de contradicciones y errores. Enumeremos algunos:

1. El propio interés, los prejuicios y las pasiones ocultan a menudo como gruesas nubes las verdades más nítidas. Pero téngase en cuenta que el hombre es más injusto cuando se trata de sus propios asuntos. ¡Con qué equidad y justicia juzga y decide cuando está en juego la fortuna de otro! Quitemos de en medio nuestros intereses, no confundamos nuestro punto de vista con el del Creador y enseguida advertiremos que las nubes se disipan y la luz brota del corazón de las sombras.
2. Todas las sutilezas de los casuistas, sus vanas distinciones, sus falsas máximas..., todo esto solo puede confundir la naturaleza de la virtud, que siempre es sencilla.
3. Las dificultades de la moral o de las leyes naturales no afectan a los principios generales, ni siquiera a las primeras consecuencias, sino a ciertos efectos lejanos, de escaso interés. La naturaleza de los gobiernos, las contradicciones del derecho positivo, alguna casuística especialmente oscura..., todo ello contribuye a complicar asuntos que deberían ser claros. Esta situación demuestra que la debilidad del hombre siempre termina

manifestándose. En cualquier caso, no parece un argumento válido negar los principios morales solo porque algunos problemas complejos se resisten a dejarse vencer por una solución fácil. Esta situación apenas habla de las limitaciones de nuestro corazón, de la misma manera que las dificultades que encontramos en el estudio de las ciencias naturales señalan las debilidades de nuestra inteligencia, pero esto no nos parece motivo suficiente para interrumpir las investigaciones.

Se podría hacer una objeción más seria a la virtud, a saber, que solo vale y la perseguimos por cuanto nos interesa. Así se demostraría, además, que la virtud está hecha para nosotros, pues si el Ser responsable del universo ha establecido un vínculo tan estrecho entre felicidad y virtud, ¿no es la prueba de que esta es un componente esencial de nuestra constitución? Pues nadie duda de que el propósito de este creador pasa por hacernos felices. Pero cualesquiera que sean las ventajas que nos reporta la virtud no pueden considerarse de ninguna manera las únicas causas por las que la perseguimos. Es inverosímil que la enorme cantidad de personas que honran a la virtud, de todas las edades y provenientes de todos los lugares, se muevan apenas por motivos egoístas, de manera que se convencerían de su derecho de hacer el mal en cuanto estén seguras de que nadie las observa. ¿No estará más cerca de la verdad quien afirme que, con independencia de las ventajas inmediatas que pueda procurarle, las personas honran la virtud porque aprecian en ella cierta grandeza indefinible, quizá lo único digno del hombre, que se manifiesta con mayor evidencia cuanto más se medita sobre el asunto? El deber y la utilidad son dos conceptos muy distintos, de esto puede convencerse cualquiera que piense un poco sobre estas dos ideas, pues es casi imposible que no se diferencien sin apenas esfuerzo. Cuando Temístocles anunció a sus conciudadanos que bajo su gobierno toda Grecia quedaría subordinada a ellos, enseguida llegó el plan a oídos de Arístides, cuya sabiduría y virtud eran reconocidas por todos. Arístides les dijo

a sus ciudadanos que aquel plan era tan beneficioso como extremadamente injusto. La respuesta de los atenienses, que en aquella época representaban lo mejor de la humanidad, fue prohibir a Temístocles que fuese más lejos. Ese es el auténtico imperio de la virtud: todo un pueblo rechazando sin otro estudio previo que la opinión de un sabio un plan que le hubiese reportado beneficios incalculables, solo porque era imposible tener éxito sin ser injusto. Dejemos, por tanto, que todos estos sofistas cuenten sus mentiras: nosotros sabemos bien que la virtud no solo no es beneficiosa siempre, sino que a menudo va contra nuestros intereses. ¿Cuántas pruebas necesitamos de que en este mundo la virtud sucumbe y protesta mientras el beneficio florece y prospera? Pero el hombre virtuoso no se desanima, la considera más bella y a causa de los peligros que la envuelven la persigue con más emoción. Lejos de perder su gloria, la virtud brilla con más pureza entre nubes y tormentas. ¿Quién puede resistirse a la atracción que la virtud ejerce sobre nosotros en medio de las dificultades? ¿Qué corazón feroz no se suaviza ante los suspiros de un buen hombre? Jamás ha conseguido el crimen triunfante impresionar tanto a nuestra alma como un hombre virtuoso. Pregúntate qué te impresiona más, ¿Regulo de regreso de Cartago o Sila expulsado de su tierra natal? ¿Catón llorando por sus conciudadanos o César entrando victorioso en Roma? ¿El altivo Coriolano desdeñando los gritos y demandas de sus conciudadanos o Arístides rogando a los dioses para que protegiesen a los ingratos atenienses? ¿Qué beneficio extraigo de la muerte de Sócrates, que me emociona una y otra vez; qué interés encuentro en el ejemplo de su vida que no provenga de la virtud? Es cierto que debo protegerme de hombres agresivos como Catilina o bárbaros como Nerón, pero estos nombres solo me provocan desprecio. Lo mejor de la historia proviene del heroísmo de Catón, de la bondad de Tito. Al acercarme a su vida siento que mi alma se hincha de respeto, deseosa de elevarse a su altura. Lector, te pido que examines tus propios sentimientos cuando contemplas el esplendor de la historia, cuando desfila ante tus ojos el espectáculo

de la virtud y del vicio. ¿Alguna vez has envidiado la falsa alegría de los malvados o más bien han provocado en ti las arcadas de la indignación? Entre la multitud de personajes de los que nuestra imaginación podría apropiarse, ¿no preferirías mil veces morir como Germánico antes que sobrevivir como su infame asesino?

Nos dicen: «La virtud es puramente arbitraria y convencional, las leyes civiles son la única regla justa. Antes de que se estableciesen las sociedades todas las acciones eran moralmente indiferentes».

Debemos responder con contundencia. El oscuro sistema de Hobbes y sus seguidores parece por momentos lo bastante potente para derribar toda moral que no surja de la constitución de la sociedad. Pero ¿no es absurdo negar que no hay leyes naturales anteriores a las leyes positivas y afirmar que la verdad deriva del capricho de los hombres? ¿Acaso antes de que alguien dibujase el círculo podían ser sus radios disímiles? Es completamente erróneo sostener que fue el derecho positivo lo que le proporcionó a la virtud su sustancia, solo admito que la razón o la ley naturales se modifiquen para adaptarse a las distintas circunstancias en las que el hombre se encuentra en sociedad. Los deberes del buen ciudadano existían antes de que se construyese la primera ciudad, estaban latentes en el corazón del hombre, y las leyes positivas no hicieron más que desarrollarlos. La gratitud era una virtud existente antes de que apareciesen hombres generosos, antes de que hubiese leyes: cualquier hombre que recibiese la ayuda de otro conocía bien la sensación que la acompaña. Instalémonos cerca de los salvajes que viven próximos al estado de naturaleza, en plena independencia de las leyes civiles, ajenos al comercio y a los vínculos sociales. Cuando uno de ellos ha salvado a otro de una fiera que estaba a punto de devorarlo, ¿diríamos que quien salva la vida es insensible ante esta buena acción, que se muestra indiferente ante su liberador, que en ese mismo momento podría ofenderlo sin el menor remordimiento? Quién defienda tales cosas será digno de ser considerado un loco. Está probado que la piedad es algo natural en el hombre, que incluso los animales dan señales de conocerla. ¿Y qué otro

sentimiento podría ser la fuente de casi todas las virtudes sociales si en la virtud descansa la capacidad de identificarnos con aquellos que son como nosotros, y esta no es otra cosa que deponer los intereses propios en beneficio del bien general?

Queda probado, por tanto, que en nuestro interior disponemos de manera innata del principio del que dimanan todas nuestras virtudes, y que este principio ha sido siempre el punto de partida de todos los legisladores que han intentado establecer un sistema duradero. ¿Tendrían sus leyes otra solidez si la conciencia de la justicia y la injusticia fuesen meros artificios, tan cambiantes como la propia voluntad del soberano, de la que no pueden distinguirse? Esta clase de suposiciones nos obligan a aceptar una cantidad intolerable de absurdidades: por ejemplo, que los reyes pertenecen por completo al estado de naturaleza, que están por encima de cualquier ley civil y que son incapaces de cometer la menor injusticia; que las nociones de justicia y de injusticia están en una fluctuación continua, como el capricho de los príncipes, y que una vez que el Estado se disuelve dichas nociones quedan enterradas bajo las ruinas de su reino; que la virtud no existía antes de que se erigiesen las sociedades. Pero ¿cómo explicar entonces que casi todas las leyes civiles que conocemos estén fundadas en la misma idea de justicia y tratan de evitar los mismos crímenes? ¿Cómo se han formado y mantenido leyes tan similares en parajes tan distintos si la ley natural no existía previamente y cubría con su sombra el Estado naciente?

También se dice: «La fuerza del soberano, la constitución del Gobierno, la coincidencia de intereses... Con esto basta para unir a los ciudadanos y conseguir que trabajen juntos en beneficio del bien común».

Para refutar esta afirmación conviene que demostremos en pocas palabras la insuficiencia de las leyes para hacer feliz a la sociedad. O dicho de otro modo: demostremos que la virtud es imprescindible para la felicidad de los estados y de los individuos. Que nos perdone el lector esta digresión, pues no es para nada ajena a nuestro

asunto. Las leyes y la virtud no son sustancias independientes, sino que las primeras se basan en la fuerza de la segunda. Un pueblo con buenas costumbres podría sobrevivir sin necesidad de leyes, lo haría mucho mejor que un pueblo sin buenas costumbres aunque sus leyes fuesen admirables. La virtud nos lo proporciona todo, y nada puede reemplazarla. No es el hombre quien debe ser encadenado, sino su voluntad. Un hombre solo hace bien lo que hace de buena gana. La obediencia forzada solo produce malos ciudadanos. Lejos de ser provechosa, esta coacción se convierte en el vicio mayor de un Estado. Cuando uno solo respeta la justicia gracias a las leyes es imposible que no se las arregle para ser injusto pese a ellas. Las leyes solo pueden hacer a un pueblo seguro y respetable si previamente reina en el corazón de sus súbditos aquello que vuelve a los individuos virtuosos.

Platón aseguraba que cada individuo representa al Estado de manera parecida a como el Estado lo hace con cada uno de sus miembros. Ahora bien, constituye un absurdo decir que este persigue la felicidad del hombre individual. Para el Estado un hombre es una porción de su cuerpo, y busca la felicidad del conjunto de manera que solo se preocupa de la felicidad de sus particulares de forma consecuente. Pues ciertamente es complicado imaginar un conjunto feliz y armónico si sus componentes son infelices. La fuerza de las leyes de un Estado emana del conjunto de ciudadanos, y su cohesión de la exactitud con la que esos ciudadanos respetan las leyes. De este modo, el Estado, para asegurarse que se cumplen las leyes, puede castigar o excluir a personas o grupos que atentan contra su armonía. En estas condiciones un Estado puede seguir funcionando de manera parecida a como una máquina sigue produciendo con algunas de sus partes o engranajes estropeados. Pero se trata de un funcionamiento precario, sin solidez ni brillo, del que no pueden esperarse grandes cosas. Si el desorden no se extirpa a tiempo, las leyes perderán fuerza y el Estado estará perdido. Ningún Estado puede mantenerse si en lugar de un pueblo lo constituye un conjunto independiente de ciudadanos que solo

velan por su propio beneficio, que desdeñan el amor a la moderación, sin importarles si dañan a los demás. Cuando la virtud cívica se pierde las leyes se muestran impotentes para sujetar la corrupción. Las leyes se convierten en fuerzas pasivas: unos las eluden, otros las violan con descaro. Cuando la virtud se ha secado, en vano tratan los gobernantes de multiplicarlas: su número excesivo es una señal de impotencia. En casos así la solución no es legal, es el pueblo el que debe ser purificado, son las costumbres las que deben ser restablecidas. Solo la virtud y las buenas costumbres nos obligan a respetar con amor las leyes, solo por ellas trabajan unidas las voluntades individuales por el bien del conjunto. Son las costumbres virtuosas las que vivifican el Estado; allí donde las leyes están vigentes se respetan por amor sin necesidad de coacciones. Fueron las buenas costumbres el motivo por el que Roma, Atenas y Lacedemonia asombraron al universo. De manera parecida también puede estudiarse el celo y el patriotismo que ejemplificaron algunos individuos. Todos los ciudadanos llevaban la patria en el corazón. El embajador de Epiro se maravilló al ver la veneración que Roma despertaba tanto en los senadores como entre los ciudadanos más modestos; solo así se explica la docilidad con la que otros pueblos decidieron someterse a las leyes y a la virtud romanas. Convoco a las sombras de Camilo y de Fabricio para que den testimonio de que Roma se convirtió en la dueña del mundo y floreció durante siglos no solo por el terror y la guerra, sino también por el arte y la virtud que emanaban de ella. ¡Oh, Roma! Pero me estoy desviando del tema. Quizá mi mente necesita sentir el frescor de un aire más elevado. Concluiré que la virtud es esencial para la política, que el sistema más inestable que uno puede proponer es aquel donde la justicia y la injusticia dependen exclusivamente de las leyes. Si arrancamos el freno que supone la conciencia (derivada de la religión) para establecer un derecho basado en la coacción, le estamos minando al edificio del Estado los cimientos, estamos abriendo las puertas de par en par para que nos invadan los vicios, para que prosperen los medios para eludir la ley, para que se

descubra cómo ser injusto esquivándola. Un Estado está muy cerca de la ruina cuando sus ciudadanos obedecen apenas por el rigor de los castigos.

Nos queda un problema moral por resolver: los ateos. La pregunta que nos hacemos es: ¿puede un ateo ser virtuoso? O dicho de otro modo: ¿puede ser virtuosa una persona que no contempla ningún principio religioso?

Otros pensadores han creído responder a esta pregunta con otra: ¿puede un cristiano ser malvado? Pero tenemos que salir de la esfera de las preguntas para tratar de aclarar este asunto.

No es la primera vez que señalo que el número de auténticos ateos en el mundo no es tan elevado como se cree. Basta con observar el universo, la trama de lo que existe, para que resulte casi increíble que alguien racional pueda abrazar el ateísmo y mantener esta creencia de manera consistente y continuada, celebrando sus principios como si fuesen algo evidente y demostrado. Pero dado que existe un número reducido de personas que sostienen estas tristes suposiciones, ¿consideramos que Epicuro, Lucrecio o Spinoza fueron personas virtuosas? Si estudiamos estos casos con cierto rigor metafísico debemos juzgar que estos hombres solo pudieron ser injustos. ¿Qué fundamento sólido podría sostener la virtud en un hombre que juzga mal y viola el principal de sus deberes: la dependencia y la gratitud hacia su Creador? ¿Cómo va a respetar la voz de la conciencia si la considera un instinto falso, cómo va a edificarse, a mejorar? ¿Si un instinto criminal se aloja en algún momento en su alma en qué puede apoyarse para evitar satisfacerla aunque sea en secreto? Es posible que respete las leyes y se comporte como un buen ciudadano, pero cuando falta la motivación interior el menor soplo de interés puede empujarlo hacia el crimen.

Un ateo puede poseer algunas virtudes que lo beneficien. Es muy probable que sea moderado para evitarse excesos que pudieran llegar a justificarlo. Nunca ofenderá a otros por temor a las represalias. Cultivará y ejercerá los sentimientos y las virtudes que propician que uno sea querido y respetado en la sociedad. Estos

rasgos virtuosos son apenas hijos del amor propio. Se dice que la conducta externa de Epicuro y de Spinoza era irreprochable, pero como la virtud requiere numerosos sacrificios secretos de los que es imposible extraer un beneficio público, ¿cuántos ateos resistirán caer en el vicio? ¡Ay! Si incluso al hombre más religioso, el más empapado con la importancia del Ser Supremo, el más convencido de que el mismísimo Creador es el juez de sus acciones, le cuesta afrontar tantos sacrificios sin recompensa; si con tanta facilidad se entrega a las pasiones que lo reclaman, ¿cómo atreverse a imaginar siquiera que un ateo encontrará la fuerza para alejarse de la conducta errónea? Ya sé que los hombres están acostumbrados a pensar de una manera y a comportarse de otra, que no deben ser juzgados *a priori* por las máximas que profesan. Estoy convencido de que algunos encontraremos que, pese a sus creencias sospechosas, son capaces de no alejarse de la virtud, que su corazón es sensible al bien común, que trabajan para ver felices a sus conciudadanos. ¿Qué conclusión podemos extraer de todo esto? Que su corazón es más digno que su mente, que actúan en contra de sus creencias, pues sus instintos naturales son más poderosos que sus ideas y les impiden precipitarse hacia donde su oscuro credo los encamina.

Este problema, cuya respuesta es más bien simple, ha llegado a complicarse mucho por culpa de la sofistería y los falsos razonamiento de Bayle, pero discutir y refutar sus ideas nos llevaría demasiado lejos de los límites que nos hemos impuesto en esta entrada. No obstante, podemos presentar un breve resumen.

Bayle afirma que incluso los ateos pueden conocer la diferencia entre el bien y el mal y obrar en consecuencia. A esto debemos oponer que la virtud se sostiene sobre tres principios: la conciencia, la razón y la voluntad de Dios. Es este último principio el que confiere a los preceptos morales el carácter de un deber, de obligación estricta. Por ello, para un ateo es imposible disponer de un conocimiento completo del bien y del mal moral, pues procede de una legislación divina que no acepta. Así, a despecho de Bayle, la conciencia y la razón son insuficientes para asegurarnos que un ateo

pueda ser virtuoso. De hecho, uno puede conocer perfectamente la diferencia entre el bien y el mal, sin que este conocimiento influya de manera determinante en las decisiones que debe tomar. ¿Por qué seguir ese conocimiento si no existe un Dios que nos obligue?

La razón es un atributo de cada persona y uno puede obligarse a seguirla; siempre podrá justificarse de alguna manera. También se recurre a una especie de razón general, pero se trata de una idea abstracta y arbitraria. ¿Cómo puede consultarse? ¿Cuál es su representante legal? Y si no existe, ¿cómo es posible que ejerza un poder sobre lo que sí existe? Una moral, para estar completa, debe incluir las nociones de obligación, de legislación y de juicio. De manera que no basta con el conocimiento del bien y del mal para apuntalar una moral, y mucho menos para conseguir que muchas personas actúen bien. Tampoco el sentimiento moral basta: a menudo es demasiado débil, demasiado delicado para frenar las pasiones que conspiran para desbordarlo. Y se trata de una materia en la que es sencillísimo engañarse a uno mismo. La razón también es insuficiente: yo puedo convencerme de la bondad de una conducta y no mover un dedo para actuar en consecuencia. Solo actuamos correctamente cuando imaginamos que ese comportamiento terminará reportándonos la felicidad. Por eso es tan importante que nos acompañe la ley de Dios, pues nos ayuda a fortalecernos ante los obstáculos. Algunos nos dicen que para los ateos el deseo de alcanzar la gloria desempeña un papel similar al de Dios, pero sabemos demasiado bien que uno puede alcanzar la gloria acumulando comportamientos hipócritas, siendo constante en la mentira. Creo que, puesto a escoger entre una virtud que exige avanzar por caminos incómodos y estrechos y la gloria que puede obtenerse con gran comodidad y no sin placer, el ateo preferirá disfrutar de sus inclinaciones favoritas, se premiará concediéndose en privado aquello de lo que abomina en público y dejará que las virtudes agonicen en soledad.

No permitamos que estos ateos nos digan que los principios morales carecen de valor, pues no puede discutirse que la falta de

principios siempre nos conduce, más tarde o más temprano, hacia el mal. Las máximas equivocadas, ya lo hemos visto, son peores que las malas acciones, pues estas son puntuales y las máximas erróneas pueden corromper la razón hasta la raíz, e imposibilitar el retorno a la virtud.

Los sistemas que de manera más evidente nos resultan odiosos pueden ser menos perjudiciales que otros capaces de seducir, pero que bajo la apariencia de ser bondadosos solo ocultan maldad. Cuando percibimos la maldad directamente su visión nos indigna, y empezamos a buscar el remedio después de asistir a las atrocidades que provoca. Pero sabemos que los criminales más peligrosos son aquellos que se cubren con un velo de hipocresía. Si se presentasen a cara descubierta sería muy sencillo descartar los malos principios, pero se imponen precisamente porque ofrecen la falsa atracción de una apariencia sublime. Estoy convencido de que el ateísmo, si se expresase con crudeza, no lograría muchos conversos. Si tiene tantos es porque nos dejamos impresionar por las ideas brillantes que diseminan algunos filósofos y que dulcifican y refinan su imagen.

Después de esta digresión, que me ha parecido muy importante para nuestro tema, resumamos algunas cuestiones generales:

1. Las virtudes más sólidas a menudo brillan más en la oscuridad, y lo propio de la inocencia es dormir bajo techos de paja antes que en grandes palacios. Es entre esas chozas que a menudo miramos con desdén donde las almas comunes soportan los sufrimientos más dolorosos con una sencilla y ejemplar grandeza. Es en estas casas humildes donde encontramos los modelos más bellos de virtud. Para verlos, la mayoría de nosotros debe descender en la escala social, pero estamos poseídos por una visión tan ridícula del heroísmo que solo lo reconocemos cuando emite destellos dorados.
2. Ya lo hemos dicho antes: la virtud es una sensación que debe llenarnos toda el alma, dominar nuestros sentimientos, nuestras

acciones y la totalidad de nuestro ser. Uno no merece el nombre de «virtuoso» cuando solo ejerce una virtud aislada u otra que tiene su asiento en el instinto natural y que apenas obstaculiza nuestras inclinaciones secretas. Las virtudes son siamesas: rechazar una supone rechazarlas todas. Al obrar así demostramos que nuestro amor por ellas es condicionado y que somos demasiado débiles para sacrificarnos. La virtud que descuidamos es precisamente la que nos daría la gloria, la que nos volvería más nobles a ojos de la moral, la única que nos permitiría considerarnos virtuosos, pues sin ella somos indignos de merecer tal nombre.

3. Debemos aspirar, por tanto, a todo lo que es honesto. Debemos progresar en todos los ámbitos. No podemos resistirnos a ninguna de las manifestaciones de la virtud, debemos seguir las buenas inclinaciones naturales en cualquier esfera de nuestra vida. En nuestro interior encontraremos todas las facetas de la virtud en estado latente, depende de nuestras obras desarrollarla. No podemos desaprovechar ninguna oportunidad de regar sus semillas, de ofrecerles un desarrollo continuo.
4. En lugar de distraer a nuestros hijos con un montón de conocimientos arbitrarios y triviales, en lugar de enseñarles máximas ingeniosas, debemos formarlos para ser virtuosos. Si son virtuosos siempre serán educados y nobles, y si saben contener sus deseos siempre serán ricos.
5. Quien persigue una clase de virtud brillante para ser aclamado en sociedad no merece nuestra admiración. Se trata apenas de algo que prende, nos ciega y se apaga sin proporcionar apenas beneficio. La verdadera virtud se sostiene con la misma dignidad en una vida retirada que en el desempeño de los cargos más eminentes de la vida pública. La virtud está pendiente de los detalles, no desdeña ningún deber, ninguna obligación por modesta que pueda parecer, cumple con todo de manera puntual, nada es demasiado pequeño para ella. Se equivoca quien niega el

heroísmo de los hombres que lo rodean por parecerles demasiado modestos.

6. La virtud es un hábito que hay que demostrar, como cualquier otro, en una serie de acciones repetidas. El placer que nos proporciona hacer el bien aumenta y fortalece el deseo de seguir actuando de manera virtuosa. La experiencia de obrar buenas acciones inflama nuestro coraje. Debemos demostrar la vigencia de este hábito virtuoso en todos los compromisos que contraemos con nosotros mismos y con nuestros semejantes. En ninguna otra actividad nos parece tan evidente la máxima que asegura que quien no da pasos adelante marcha hacia atrás.
7. En el ejercicio de la virtud encontramos tantos hipócritas como entre los religiosos. Hay que aprender a desconfiar de ellos. Por encima de todo, debemos ser sinceros con nosotros mismos. Es importante escuchar a quienes nos hacen reproches, pues con frecuencia las personas simulan admirarnos por logros que critican en privado. No debemos desdeñar la aprobación pública, pero de ninguna manera podemos admitir que esa sea la medida de nuestro valor. La propia conciencia es el único juez competente: solo nuestro tribunal interior puede absolvernos o condenarnos.
8. El orden religioso y político en el que vivimos no tiene ninguna importancia cuando se trata de ser virtuoso.

El bien común es la otra medida que nos permite valorar nuestra virtud. Podemos ser buenos soldados, buenos sacerdotes y unos pésimos ciudadanos. Algunas virtudes menores se convierten en delitos cuando cambiamos de país. No todos los órdenes sociales respetan igual las mismas normas: ¿es menos ladrón quien roba a un ladrón? Debemos consultar el bien de la humanidad. Cuanto más nos acerquemos a proporcionar un bien general más virtuosos seremos.

Por último, aquel joven que aspira a comportarse bien, quien se atreva a perseguir la virtud, le conviene acercarse a los hombres respetables que le preceden en esta brillante carrera. Igual que los

pintores jóvenes se emocionan y tiemblan de admiración ante las obras maestras de un Rafael o de un Miguel Ángel, el corazón del joven aspirante arderá con el deseo de imitar el comportamiento de los hombres virtuosos.

Romilly

VOLCANES

También llamados «montes ígneos» o «montañas escupefuego». Estos son algunos de los nombres que reciben las montañas que en un determinado momento arrojan humo, llamas, cenizas, piedras, torrentes de materia fundida por el calor, sulfuros, sales, betún e incluso agua.

El origen de los volcanes, como el de los terremotos, debe buscarse en los incendios subterráneos (la tierra está llena de sustancias ignífugas), avivados por el aire y el agua. Cuando estos tres elementos actúan de manera combinada pueden generar una fuerza prodigiosa.

Los volcanes deben considerarse las ventanas de la tierra, o si se prefiere las chimeneas por las que la tierra se libera de las sustancias que arden en su seno. Estas chimeneas proporcionan paso hacia el cielo abierto al aire y al fuego que se han ido calentando en los hornos subterráneos. Sin esta salida dichos agentes podrían provocar sacudidas mucho más terribles que los terremotos actuales, incluso hundimientos completos de tierra. Los volcanes son agentes naturales de bondad, proporcionan paso al fuego y al aire y evitan estragos mayores. Todo el planeta se ve sacudido por temblores de distinta violencia. Tras estas convulsiones se abren grietas por las que se aprecian masas de sustancias inflamadas. Debemos agradecer a la Providencia que existan estos volcanes por todo el mundo, en especial en las zonas más calientes y más proclives a los terremotos. Hoy en día hay tres grandes volcanes en Europa: el Etna en Sicilia, el monte Vesubio en el reino

de Nápoles y el monte Hecla en Islandia. En esta entrada nos centraremos en las características generales que comparten todos los volcanes.

No hay en la naturaleza otro fenómeno más sorprendente que estas montañas de fuego. Digan lo que digan los viajeros mal informados no parece existir en la Tierra ninguna montaña que vomite llamas de manera permanente. Después de una serie de explosiones violentas las sustancias se secan y las montañas se apagan hasta que el calor vuelve a incrementarse lo suficiente para provocar una nueva erupción. Por este motivo el fuego arde durante muchísimos años en los abismos más profundos de la montaña, a la espera de que diversas circunstancias propicien una nueva explosión.

Las erupciones de los volcanes se anuncian por una serie de ruidos que emanan de las profundidades de la tierra, similares a un trueno o a un desgarramiento interior. La tierra parece sacudida en sus cimientos, y se escucha una serie de terribles silbidos. Estos fenómenos duran hasta que el aire dilatado por el fuego adquiere la fuerza necesaria para vencer los obstáculos que lo retienen. En ese momento asistimos a una explosión más violenta que la de cualquier arma de fuego humana: las sustancias inflamadas (que parecen una versión maligna de los fuegos artificiales) son arrojadas al aire en todas direcciones, se alejan de la cúspide de la montaña a gran velocidad y alcanzan distancias increíbles. Fragmentos de roca de un tamaño asombroso alcanzan gran altura en el aire y luego caen y ruedan por la pendiente de la montaña. Los campos de alrededor quedan sepultados bajo extensiones prodigiosas de ceniza, de arena quemada y de piedra pómez. También las laderas de la montaña pueden abrirse de repente y de las grietas manan torrentes de materia líquida. Estos regueros humeantes no tardan en inundar los campos, quemando los cultivos y destruyendo todos los árboles y edificios que encuentran a su paso.

La historia nos enseña que por lo menos en dos de las erupciones del Vesubio las cenizas que arrojó este volcán llegaron

hasta Egipto, Libia y Siria.

En el año 1600 un volcán de Arequipa entró en erupción y cubrió de cenizas y arena carbonizada el terreno circundante en un radio de treinta o cuarenta kilómetros, a veces con capas de dos kilómetros de profundidad. Estos ejemplos bastan para hacerse una idea de los efectos prodigiosos que provocan los volcanes.

Con cierta frecuencia los volcanes envían su lava hacia corrientes de agua, hirviendo peces, conchas y cualquier otro organismo marino. En 1631, durante una erupción del Vesubio, el mar quedó drenado por completo; parece que el agua fue absorbida por el volcán y que los campos quedaron inundados de agua salada.

Las erupciones volcánicas no siempre se producen con el mismo grado de violencia. Su fuerza depende de la profusión de las sustancias inflamadas y de las cambiantes circunstancias que aumentan o disminuyen la acción del fuego.

Algunos autores han observado que la gran mayoría de volcanes están cerca del mar. Se cree que esta situación contribuye a la violencia de las erupciones, y los efectos pueden ser todavía más intensos si el agua contiene partículas salinas. Se puede hacer un experimento muy trivial para comprobar esta verdad: para que las brasas ardan con más fuerza los cocineros arrojan a veces un puñado de sal, basta con este gesto para que el fuego incremente su ferocidad.

Las cumbres de los volcanes suelen tener la forma de un cono invertido o, si se prefiere, de un embudo. Cuando no se registra ninguna actividad y las cenizas y las rocas que rodean la montaña permiten acceder a la cumbre se aprecian lagos de azufre hirviendo, que desprenden un intenso olor sulfuroso, y columnas de humo espeso. Las cimas de los volcanes son paisajes muy cambiantes, pues cada erupción modifica su aspecto. Con cierta frecuencia, algunas zonas de la montaña se colapsan y el abismo vomita nuevas sustancias para reemplazarlos. Los caminos que conducen a la cima de estas montañas suelen estar cubiertos de sal amoníaca, piedra pómez y escoria de lava... También encontramos soluciones salinas y

agua sulfurosa que desprenden un olor, por no hablar del gusto, insoportables. Cuando la nueva erupción es inminente los viejos despojos de la anterior explosión parecen hervir, la materia se hincha y fluye por las laderas del volcán. Todo esto ocurre antes de que se escuche la primera explosión, antes de que los silbidos que acompañan el desgarrarse de la tierra adviertan del terror que se avecina. Estas sustancias, al fusionarse, conforman una costra que bloquea el paso del aire y del fuego; este es el motivo por el que tan a menudo una gran explosión precede la supuración de la lava.

Varios científicos sostienen que los distintos volcanes de la superficie terrestre están unidos de alguna manera, su proximidad vuelve verosímil esta conjetura, al menos en el caso del Vesubio y del Etna, que con cierta frecuencia provocan estragos al mismo tiempo. Sabemos también que las conflagraciones de la tierra se propagan a velocidades increíbles mediante canales subterráneos.

En ocasiones sucede que los volcanes, después de haber protagonizado sucesivas explosiones durante muchos siglos, de repente se agotan. Pueden haber dos motivos: o bien las sustancias inflamables se terminan o bien toman otra ruta. Se ha descubierto que cuando un volcán se apaga otra montaña cercana se convierte en volcán y no tarda en empezar a supurar. Con frecuencia estos volcanes nuevos escupen con más fuerza que los antiguos. Hace ya muchos años que el monte Hecla, en Islandia, se apagó, pero todos los islandeses saben que otra montaña situada en la misma isla se ha convertido en un volcán. Diferentes áreas del mundo ofrecen a los viajeros visitas a montañas que una vez sirvieron de chimeneas para los ardores de la tierra, hecho que prueban los abismos y precipicios que se abren de camino a su cima, la presencia de piedras pómez, tierra quemada, azufre, ceniza y amoníaco que dominan el terreno circundante. Algunos de estos volcanes provocaron estragos en una época de la que la humanidad no conserva ningún recuerdo, pero las pruebas de su actividad son evidentes para cualquier entendido. Si existiesen dudas bastaría con

observar las capas de lava que cubren las laderas y que lamen los campos más cercanos.

Son varias las montañas que fueron volcanes y que ahora están apagadas. Las sustancias que se han encontrado en Auvernia revelan sin lugar a dudas que esta provincia fue acribillada en el pasado por fuegos expulsados del subsuelo. La región de Provenza que se conoce como la garganta del Olioule, en el camino que va de Marsella a Toulon, está llena de marcas que denuncian la existencia de un volcán en la zona. Son muchos los países que revelan zonas parecidas si se presta atención. Por ejemplo, la descripción que el famoso señor de Tournefort ha hecho del monte Ararat, en Armenia, nos induce a creer con escaso margen de error que esa montaña es un volcán cuyo fuego se ha extinguido. Tournefort nos informa de que hay un abismo cuyas laderas son prácticamente verticales y cuya cima está cubierta de piedras tan negras que parecen envueltas en ceniza. ¿A qué se ajusta mejor esta descripción que a un volcán?

Las montañas no son el único asiento de las erupciones de fuego subterráneo. A veces las rocas ardientes y las piedras pómez han emergido repentinamente del fondo del mar acompañadas de grandes cantidades de arena, ceniza y otras sustancias que formaron islas donde previamente solo había agua. Así fue como se formó la famosa isla de Santorini. Un fenómeno similar ocurrió en 1720 cerca de la isla de San Miguel, en las Azores. La noche del 7 de diciembre una prodigiosa cantidad de piedras, arena y materia ardiente surgió repentinamente de las profundidades del mar y formo una isla nueva al lado de la primera.

Los incendios que surgen de las entrañas de la tierra no siempre se propagan con la misma violencia. A menudo arden bajo la tierra en silencio, y en casos así su presencia solo se revela por las fuentes de agua caliente que brotan a la superficie, o por la presencia de líquidos bituminosos que sudan las rocas y los estratos exteriores. Ese es el motivo por el que cerca de Módena encontramos brea flotando sobre la superficie del agua.

A veces encontramos en la tierra áreas que queman de manera imperceptible, donde no pueden verse las llamas, pero si arrojamos algo de paja o de madera, arderá. Encontramos tierras de esta clase en Persia, cerca de Bakú, y también en Italia.

D'Holbach

VOLUNTAD

Se trata del impulso que nos conduce hacia algo que conocemos y excita nuestro apetito, o que nos aleja de él como algo que estimula nuestro miedo y nuestra aversión. La voluntad exige un objeto (que impacta nuestros sentidos o que ocupa nuestra reflexión) para ponerse en marcha, porque cuando queremos, siempre queremos algo. Y este objeto es el que suscita nuestro miedo o nuestro deseo. Este es el motivo por el que pienso que la asociación entre la voluntad y la libertad es un mero espejismo. Consideremos la siguiente hipótesis experimental: supongamos que ponemos a cien mil hombres ante los mismos objetos. Estoy seguro de que tanto el necio como el sabio, el soñador y el realista, el enfermo y el sano, el sosegado y el apasionado, todos actuarían de la misma manera: correrían en dirección contraria a la tortura y se abrazarían al placer. Ante lo que nos atrae y lo que nos repele todos actuamos igual. Y es precisamente ante los objetos que no nos empujan a reaccionar instintivamente donde mejor se aprecia la lentitud de la voluntad. No sabemos lo que queremos cuando los dos brazos de la balanza están igual de cargados. Si meditamos cuidadosamente sobre todas estas consideraciones nos daremos cuenta de cuán difícil es alcanzar cualquier noción cierta sobre la libertad, sobre todo relacionada con la compleja sucesión de causas y efectos de la que formamos parte.

Diderot

VOLUNTAD *de* DIOS

Se trata de la facultad divina que Dios pone en marcha cuando quiere conseguir algo.

La voluntad divina suele entenderse como un acto simple, no muy distinto a la unidad simple de la naturaleza humana, pero como la voluntad divina se aplica a cosas distintas, los teólogos se han esforzado por distinguir varias clases de voluntades. Este es el motivo por el que nos hablan de voluntad previa y de voluntad posterior, activa y pasiva, absoluta y condicional.

Que Dios quiere salvar a todos los hombres es una verdad expresada con total claridad en las Escrituras. Pero ¿cómo se concreta esa voluntad? Esta es una controversia en la que se han extraviado muchos herejes y que ha dividido con frecuencia a los teólogos. Los pelagianos aseguran que Dios quiere salvar a todos los hombres sin la menor distinción. Afirman que no siente ninguna predilección por los elegidos, de manera que Jesucristo dio su sangre para salvar a todos los hombres por igual. Las sectas que creen en la predestinación tratan de convencernos de que Jesucristo ha muerto por los elegidos y que Dios solo pretendía salvarlos a ellos. Calvino suscribió el mismo error y los jansenistas lo imitaron, aunque de una manera más directa, porque Calvino al menos reconoció que Dios perseguía la salvación de todos los hombres, aunque ese «todos» apenas incluya «un gran número» y deje fuera a demasiados, de manera que nos parece insuficiente. La clave del asunto es si Dios entrega a todos los hombres la cantidad de gracia suficiente para trabajar con decisión para salvar su alma, y esto es

precisamente a lo que los jansenistas y sus discípulos se oponen frontalmente.

Entre los teólogos encontramos algunos (como Hugo de San Víctor o Robert Pullus) que aseguran que la voluntad que tiene Dios de salvar a todos los hombres es más supuesta que real, pues no admiten que Dios pueda albergar un deseo insatisfecho. Aseguran que los hombres no se salvan a sí mismos, pero reconocen que les ha entregado a todos gracia suficiente para intentarlo.

Otros teólogos, como San Buenaventura y Escoto, admiten que la voluntad de Dios contempla salvar a todos los hombres, pero que solo se considera la salvación de aquellos a quienes se les atribuyó gracia suficiente para alcanzarla.

Vasquez distingue entre la voluntad de Dios para con los hombres y otra destinada a los niños. Asegura que Dios quiere con una voluntad sincera y constante la salvación de los adultos, pero que no se puede decir lo mismo de los niños que mueren en el seno de su madre o los que no han vivido lo suficiente para recibir el bautizo.

Por último, Lemos, Alvares, Gamache, Isambert, Duval, Bellarmin, Tournely y la mayoría de teólogos modernos creen que la voluntad de Dios pasa por la salvación de todos los hombres, incluidos los condenados y los niños que mueren sin ser bautizados. Aseguran, además, que Dios los prepara y les ofrece medios más que suficientes para salvarse. Están seguros de que Jesucristo murió y sacrificó su sangre para algo más que para salvar a quienes ya estaban predestinados a ello. Lo que no impide defender que Jesucristo se sacrificó en primer término para salvar a los predestinados, pues aunque el Salvador murió por todos, no todos recibirán los beneficios de su muerte.

Diderot

Prefacio al último tomo de la «Enciclopedia», de DIDEROT

Cuando empezamos este proyecto, quizá el más ambicioso que nunca se ha emprendido en el marco de la literatura, solo pensamos en las dificultades derivadas de su extensión y de la cantidad de asuntos que teníamos que tratar. Pero estas dificultades se revelaron como un espejismo comparadas con la enorme serie de complicaciones prácticas de las que ni siquiera sospechamos, por no hablar de las malas voluntades con las que íbamos a enfrentarnos. El mundo madura pero no cambia; algunos hombres parecen más instruidos, pero el género, en su conjunto, no se vuelve mejor ni peor. La suma de pasiones dañinas se mantiene estable y hoy, exactamente como ayer, la cantidad de enemigos que encuentra cualquier empresa buena y útil son incontables.

De todas las clases de persecución de las que ha tenido noticia la historia de las naciones sobre quienes han sentido la tentación y el ánimo de inscribir su nombre en la lista de los beneficiarios de la humanidad no creo que se nos haya ahorrado ni una. Cualquier clase de bajeza, envidia, deshonestidad, ignorancia o muestra de fanatismo que uno puede imaginar hemos tenido que sufrirla. Durante veinte años apenas hemos disfrutado de unos momentos de respiro. Hemos consumido nuestros días trabajando duramente y sin descanso, y muchas noches, en lugar de descansar, las hemos dedicado a defendernos de las acusaciones que la malevolencia echó contra nosotros. Muchas mañanas nos despertábamos convencidos de que ante la fuerza de la calumnia la única solución pasaba por alejarnos de nuestra familia y de nuestros amigos, despedirnos de

nuestros conciudadanos y emprender el exilio para poder descansar así un poco bajo un cielo extranjero y disfrutar de la tranquilidad que necesitamos y del refugio que nos ofrecieron. Pero amamos demasiado a nuestro país, y una parte de nosotros sigue convencida de que un día los prejuicios hacia nosotros se transformarán en una visión más justa. Esta es la esperanza que alienta a todos los hombres cuyo objetivo es la virtud: que el verdadero valor se abrirá paso entre los obstáculos que nos han dispuesto. Esta clase de inocencia es la que nos induce a despreciar los peligros y a ignorar las amenazas. Los hombres buenos son capaces de comportarse con un entusiasmo que los malvados desconocen.

La misma exigencia y el mismo altruismo que ha animado nuestra tarea lo hemos encontrado en otros. Todos nuestros colaboradores han contribuido con el mismo entusiasmo a la empresa. Justo cuando nuestros enemigos ya se felicitaban por habernos puesto de rodillas, hombres de letras y científicos que hasta entonces habían sido muy comedidos en sus elogios empezaron a apoyarnos explícitamente, acudieron a ofrecer su ayuda y a colaborar con sus artículos. ¡Las circunstancias nos obligan a silenciar en público nuestra gratitud! Solo hay un hombre que podemos nombrar libremente, de manera que le daremos aquí las gracias como se merece: hablo del caballero de Jaucourt.

Si hemos conseguido gritar de alegría como el marinero que ve asomarse la tierra después de haber sufrido la agresividad del mar durante la noche es gracias al caballero de Jaucourt. ¿Qué no ha hecho él por nosotros en los últimos años? ¿Con qué constancia ha hecho oídos sordos a la maledicencia de amigos íntimos y personajes tan mezquinos como poderosos, todos aliados para poner fin a nuestra empresa? No se conoce otro caso tan destacado de resistencia personal. Ni las ventajas materiales ni la tentación de descansar de tantas presiones quebraron su determinación. Ni siquiera se desanimó antes los retos más ingratos de la investigación. Se dedicó a ella sin descanso y se sentía satisfecho si así podía aliviar a otra mente de un trabajo tedioso. No hay una sola

página de esta obra que no dé testimonio de sus amplísimos conocimientos y de la generosidad de su ayuda. Nada puede compensar su esfuerzo, en que cualquier alabanza sonará ingrata.

Nuestros lectores ya han expresado su juicio sobre los primeros siete tomos. Les pedimos ahora que juzguen el que publicamos ahora con la misma indulgencia. Podemos llegar a entendernos con aquellos que consideran que este diccionario podría estar mejor escrito, siempre y cuando se nos reconozca el mérito de haber compilado tanto material. La distancia que hemos recorrido desde el día que empezamos hasta hoy es inmensa. Si cuando empezamos nos hubiésemos encontrado con tanta información como la que ya hemos puesto a disposición del lector el resultado sería sin duda mucho mejor. Pero el actual estado de cosas es el resultado de nuestros esfuerzos, y será gracias a nosotros que quienes vengan después podrán hacerlo mejor. Ahora mismo todavía no podemos predecir a qué retos tendrán que enfrentarse, pero cuando volvemos a mirar las planchas que se ocupan de las artes mecánicas o las descripciones de una infinidad de objetos valiosos que pertenecen a todas las áreas del conocimiento, por lo menos podemos estar seguros de que hemos entregado a nuestros sucesores el mejor compendio que nadie ha sido capaz de reunir nunca.

Ustedes son nuestros contemporáneos y nuestros compatriotas. Incluso si juzgan con dureza los logros de nuestro trabajo les ruego que no olviden que se ha escrito con un esfuerzo ímprobo, que fue completado por un número reducidísimo de hombres que se quedaron solos, cuyos planes se vieron frustrados, que fueron presentados en público bajo la luz más odiosa, que fueron calumniados y difamados de la manera más horrible, que a partir de cierto momento se quedaron sin alicientes, y que si terminaron su trabajo fue por amor a la virtud y gracias al apoyo y la confianza de tres o cuatro editores.

Nuestro propósito principal era reunir todos los conocimientos de los siglos anteriores. No hemos perdido de vista este objetivo, pero no exageramos al decir que estimamos en una gran cantidad de

páginas el conocimiento que hemos revelado propio de nuestro tiempo. Confiemos en el futuro: ahora mismo una revolución puede estar floreciendo en algún lugar remoto del mundo, puede estar ardiendo el centro de un país supuestamente civilizado. Esto es lo que ahora necesitamos: que se derrumben las ciudades, rasgar la ignorancia y la oscuridad, esparcir las luces... Ya nunca podremos decir que todo está perdido si sobrevive un solo ejemplar de esta obra.

No se puede negar, me parece, que nuestro trabajo está al nivel de nuestro siglo, y eso ya es mucho decir. Incluso el hombre más ilustrado encontrará en estas páginas ideas con las que no estará familiarizado y acontecimientos que desconocía. La *Enciclopedia* puede aumentar el conocimiento de manera tan veloz que dentro de veinte años no habrá una sola entrada en este millar de páginas que no sea de dominio común. Corresponde a los gobernantes de este mundo acelerar una revolución tan feliz. Ellos son los que aumentan o disminuyen la extensión bañada por las luces. ¡Qué feliz será el momento en que los gobernantes comprendan que sus tronos estarán más seguros si dirigen a hombres mejor educados! Quienes han atentado contra la vida de los gobernantes han sido siempre hombres cegados por el fanatismo. No quiero quejarme más de las dificultades que hemos tenido que vencer ni lamentarme de todos los años que hemos trabajado en medio de turbulencias, porque de todo ello hemos aprendido algo: los beneficios de una moral universal por encima de las éticas parciales que compiten entre ellas, fomentando el odio y unas controversias con las que aflojan, cuando no rompen, los vínculos virtuosos que deberían unirnos a todos.

Pese a que en todo momento estos han sido nuestros objetivos, qué cantidad de obstáculos nos han planteado nuestros enemigos. Pero ha llegado el momento de celebrar que hayamos sido capaces de completar la empresa que han tratado de impedir de manera tan implacable. Su comportamiento no merece el menor elogio, y no me tiembla la mano al admitir que son responsables de muchas de las deficiencias de esta obra. Invitamos a quienes abandonaron la

lectura, confundidos por sus artimañas, a que le echen un vistazo a los últimos tomos, pues es posible que incluso proyectando todo su espíritu crítico no puedan dejar de admitir que siempre hemos adorado dos fuentes de felicidad pública: la virtud y la verdad. Si esto se nos reconoce, no solo me encontrarán indiferentes ante el resto de sus insinuaciones, también estoy dispuesto a perdonar las viejas críticas amargas a cambio de una lectura que haga algo de justicia a nuestros principios.

Quiero romper una lanza a favor de nuestros colaboradores. Espero que los lectores tengan en cuenta que hemos tenido que reunir el material a toda prisa y en unas condiciones de trabajo ciertamente complicadas. La impresión se ha hecho a una velocidad sin precedentes. Sumidos en esta vorágine y sometidos a tanta presión editorial no sería justo acusar a nuestros colaboradores de haber cometido errores, incluso algún error puntual grave. Es casi imposible que un hombre mantenga la agudeza mental necesaria para salir airoso, en estas condiciones, de la cantidad abusiva de temas a los que lo hemos enfrentado, muchos de los cuales son ciertamente muy abstrusos. En definitiva, la estima del público y el prestigio del que disfrutaban entre sus colegas antes de la publicación no debe quedar comprometida por este volumen. Los editores nos atribuimos cualquier responsabilidad derivada de sus posibles deficiencias. Si después de una declaración tan honesta algunos lectores prefieren olvidar las circunstancias en las que hemos trabajado lo interpretaremos como la consecuencia de una animosidad previa de la que no somos responsables y que no había manera de impedir. ¿Qué otro plan se nos hubiese podido ocurrir mejor que recurrir a la ayuda de aquellos cuya amistad y magisterio tanto habíamos disfrutado en el pasado? ¿No es una manera noble de declarar nuestra insuficiencia? ¿Hemos tratado alguna vez de ocultarla? ¿Podéis señalar a uno solo de nuestros colaboradores a los que en tiempos más serenos no hayamos expresado nuestra admiración? ¿Alguien puede acusarnos de no reconocer la importancia de todos estos colaboradores en la finalización de esta

obra? Si también se nos acusa de desmerecerlos, pondremos esta infamia junto a tantas otras ante las que también hemos terminado por resignarnos.

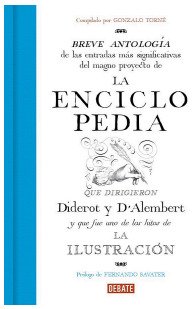
Cualquier persona que tenga en cuenta la edad a la que empezamos con esta obra y añada los años que hemos necesitado para concluirla, se dará cuenta de que los mejores años de nuestra vida han quedado atrás, pero la recompensa a la que aspiramos es que un día nuestros hijos y nuestros nietos reconozcan que esta entrega no fue del todo inútil.

Diderot

Notas

[1] Se refiere a Montesquieu y *Del espíritu de las leyes*. (N. del E.)
[2] Se refiere a Rousseau, quien combinó esta crítica con su participación en la *Enciclopedia*. *(N. del E.)*
[3] Pierre Corneille, *El Cid*, III, v. 973.
[4] «Yo vi, yo estaba perdido, y la locura me precipitó lejos.» *Églogas*, 8.41.
[5] «Las castañas, que mi Amarillis amado recogió.» *Églogas*, 2.52.

Este volumen presenta una antología de los artículos más significativos de la mítica *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert, del faro del conocimiento de la Ilustración.



«Esta obra producirá seguramente con el tiempo una revolución en los espíritus, y espero que los tiranos, los opresores, los fanáticos y los intolerantes no ganarán. Habremos servido a la humanidad.»
Denis Diderot

La Enciclopedia es una de las empresas intelectuales colectivas más importantes de la historia de la humanidad, en la que intervinieron algunas de las mentes más privilegiadas de la época y que fue el símbolo más representativo de la Ilustración.

Escrita desde una asombrosa libertad, la *Enciclopedia* recoge el conocimiento acumulado hasta el momento. Nuestra selección pretende traer por primera vez al público español un vislumbre basado en los textos de sus escritores más relevantes y privilegiando aspectos de temática moral y humanística (que incluyen política y economía) y que hablan directamente al lector de hoy.

SOBRE LOS AUTORES

Jean le Rond

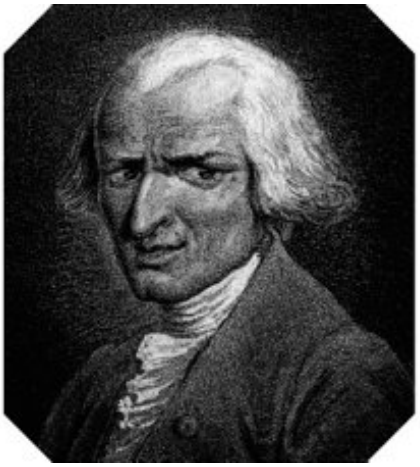
D'ALEMBERT

Quizá el abandono familiar y los sobrenombres tienen algo que ver con el genio. Como Rousseau, D'Alembert fue abandonado por sus padres, y, como Voltaire, le Rond fue un sobrenombre que se le impuso: así se llamaba la iglesia donde lo encontraron. Aparte de su famosa creación y dirección de la *Enciclopedia*, D'Alembert destacaba en las matemáticas: con tan solo veinticuatro años pasó a formar parte de la Academia de las Ciencias. Su obra más célebre es el *Tratado de dinámica*, y sus aportaciones más importantes son relativas a las ecuaciones diferenciales, la mecánica de fluidos, y otros campos científicos que los mortales casi entendemos si nos los explican cien veces.

Denis

DIDEROT

«Si la península Ibérica merece ser estudiada –afirma Diderot– es por ¡sus crímenes!» Tras este antiespañolismo preliminar, Diderot debería interesarnos. Nacido en París de 1713, Diderot no solo fue, con D'Alembert, el padre de la *Enciclopedia*, sino una de las figuras más polifacéticas del siglo XVIII. Compartía los ideales ilustrados de tolerancia, defensa de las libertades humanas y espíritu crítico –de ahí su denuncia de los pueblos colonizadores y la esclavitud–. Además, destacan en su obra literaria *Jacques el fatalista* o *La religiosa,* que tratan siempre temas morales. Una de sus particularidades, que quizá lo eleva entre los intelectuales de su época, es su protofeminismo: mientras estaba de moda afirmar al «Hombre» en abstracto, Diderot pensó concretamente en los derechos y libertades de la mujer.



Paul Henry Thiri (Baron)

D'HOLBACH

En la novela *Julia o La nueva Eloísa*, de Rousseau, aparece un ateo erudito llamado Wolmar –muchos creen que este personaje está basado en D'Holbach–. Más que por sus aportaciones a la *Enciclopedia* o sus posturas políticas y económicas, era conocido por su ateísmo radical. Nacido en Edesheim en 1723, sus escritos más famosos continúan siendo *El cristianismo al descubierto*, *El contagio de lo sagrado* o *Sistema de la naturaleza*, siempre representantes de una filosofía antirreligiosa y materialista. Fue enterrado en la iglesia de Saint-Roche, en París: ¿ironía de la vida o castigo *post mortem* de sus contemporáneos?

François

QUESNAY

Luis XV llamaba a Quesnay «mi pensador», lo cual revela sus capacidades intelectuales además de técnicas y científicas. Nacido en Merey en 1694, comenzó a formarse como médico a los dieciséis años, y al terminar sus estudios se convirtió ni más ni menos que en el cirujano del rey. Más tarde ascendió a primer médico consultor, y vivió desde entonces en el Palacio de Versalles. Sin embargo, Quesnay se dedicó principalmente al pensamiento económico, fundando la llamada escuela fisiócrata. Sus principios están contenidos en el *Tableau économique* y en la entrada «grano» de la *Enciclopedia*, trabajos pioneros de lo que hoy llamamos ciencia económica.

Jean Edme

ROMILLY

En la presente edición de la *Enciclopedia*, Romilly aporta la brillante entrada «Tolerancia». Tal vez, pensaron los otros enciclopedistas, Romilly sabría del tema: su padre también había hecho aportaciones a la *Enciclopedia* (sobre relojería), pero con una inverosímil cantidad de faltas de ortografía a corregir por otros más tarde. Además, Romilly aceptaba a todos aquellos que a menudo no se toleraban entre sí: Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert... Nacido en Ginebra en 1739, Romilly no continuó el oficio familiar de relojero, sino que fue teólogo de profesión. Al parecer, no solo era un hombre delicado y templado de personalidad, sino también de salud, pues fue destinado a la iglesia Waloon de Londres pero tuvo que volver a predicar en Europa porque el clima inglés no le convenía (por otro lado, ¿a quién *le conviene* el clima inglés?).

Jean-Jacques
ROUSSEAU

Rousseau no fue el mejor amigo de Voltaire. Sin entrar en *gossip* filosófico, lo cierto es que Rousseau nunca fue un ilustrado «oficial», de una pieza, sino una figura contradictoria, rica, entre lo ilustrado y lo romántico. Nació en Ginebra en 1712, y su legado es siempre revolucionario, en lo político o en lo pedagógico: véase *El contrato social* o *Emilio o De la educación.* Pese a ser considerado por ello un «ideólogo», el sentimentalismo de Rousseau es su cualidad más humana y más literaria. En sus *Confesiones*, Rousseau narra que de niño era huérfano, y mendigaba en una pastelería donde otros niños entraban con sus madres y salían con pasteles; un día, al darse cuenta de que tenía suficiente para un pastel, entró y puso las monedas en el contador. La dependienta, amable, le preguntó qué pastel quería, y entonces Rousseau se echó a llorar: lo que quería, se dio cuenta, no era comprar un pastel, sino tener a *alguien* que se lo diera.

VOLTAIRE

Voltaire no era Voltaire. Su nombre real era François-Marie Arouet. Tampoco era cándido, nombre que dio al protagonista de su novela más conocida. Era, más bien, lo contrario de *naïve*: como la enciclopedia misma, como la ilustración misma, el espíritu de Voltaire era el de la desmitificación, la indagación filosófica y científica en una guerra declarada contra la ignorancia y las ideas preconcebidas. Nacido en París en 1694, Voltaire escribió poesía, tratados, prosa filosófica y hasta obras de teatro, entre los cuales encontramos su *Cándido* y su *Diccionario filosófico*. La sátira fue quizá su arma más potente para criticar la intolerancia y el fanatismo religioso. El café era el único exento (¿tal vez el propulsor?) de los ataques volterianos: al parecer, bebía entre cincuenta y setenta y dos tazas al día.

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 2017, Gonzalo Torné, por la compilación y traducción
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2017, Fernando Savater, por el prólogo

Diseño: © Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse
© Alamay Stock Photo, por el grabado D'Holbach y el de Romilly

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-810-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La Enciclopedia

Prólogo, de Fernando Savater
Nota a la edición de Gonzalo Torné
La Enciclopedia
- *Discurso preliminar, de* D'Alembert
- Adulterio
- Afectación
- África
- Amistad
- Arabia
- Aristocracia
- Arte
- Astrología
- Autómata
- Autoridad
- Autoridad política
- Bestia, animal, bruto
- Bibliomanía
- Bosques sagrados
- Carácter
- Carácter de las naciones
- Carácter de las sociedades
- Celos
- Centauros
- Cerveza
- Chocolate
- Ciudadano
- Conversación, discusión
- Corrupción
- Cosmología
- Decadencia, ruina

Derechos naturales
Descubrimiento
Economía política
Elegancia
Elocuencia
Fácil
Fantasía
Fantasía musical
Felicidad
Feliz, felizmente
Filosofía socrática
Fósil de unicornio
Frío
Fuerza
Género estilístico
Grano
Hermoso
Historia
Hombre
Hombre de letras
Ídolo, idólatra, idolatría
Intolerancia
Irascible
Irreligioso
Maquiavelismo
Máximas de gestión económica
Meditación
Melancolía
Música
Obra maestra
Optimismo
Pasiones
Periodista
Recitativo
Sacerdotes
Sentido común

Temperamento
Tempo
Teocracia
Tolerancia
Tono
Virtud
Volcanes
Voluntad
Voluntad de dios
Prefacio al último tomo de la «Enciclopedia», de Diderot
Notas

Sobre este libro
Sobre los autores
Créditos